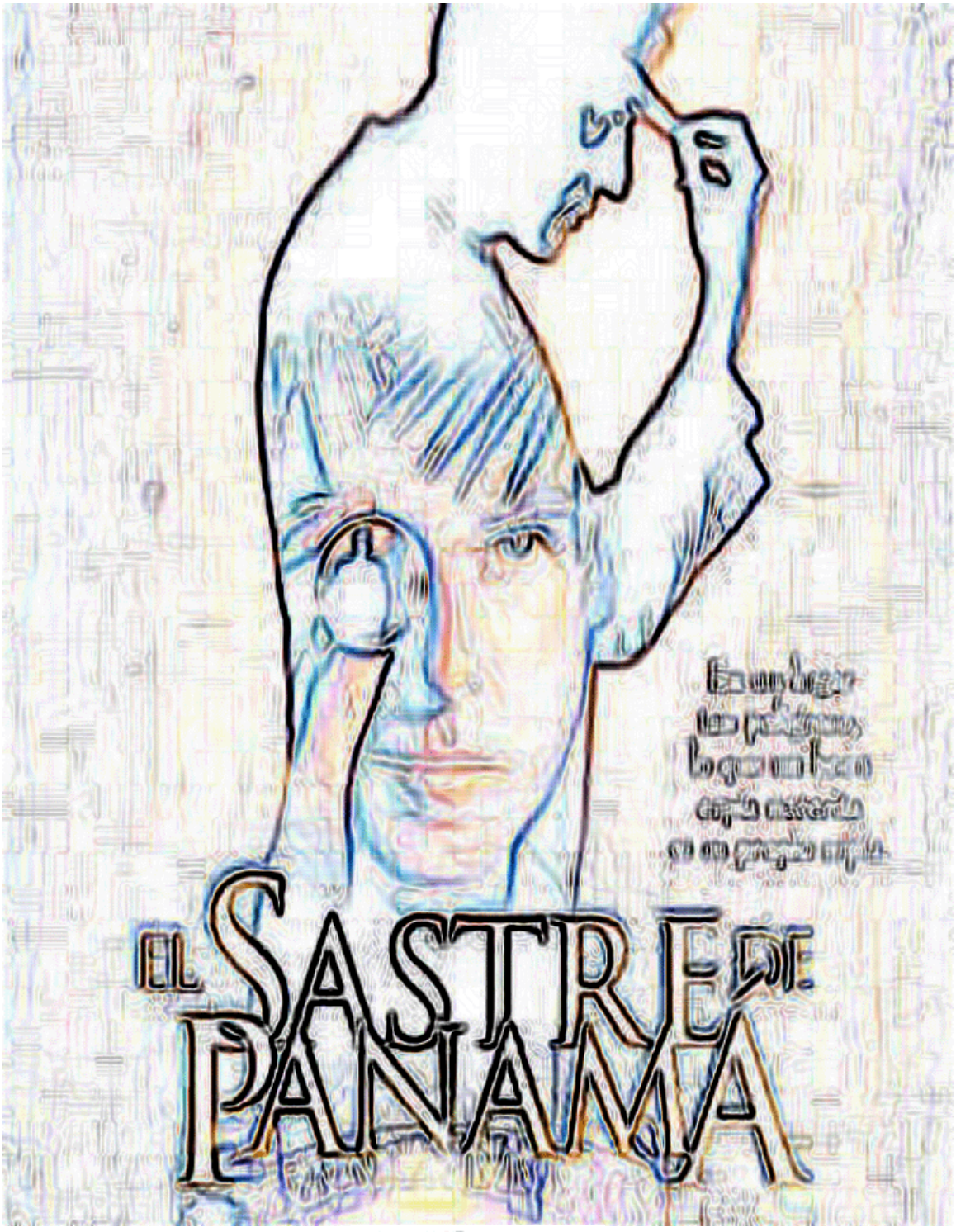
EL SASTRE DE PANAMÁ
JOHN LE CARRE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

A ninguna de las personas que me ha ayudado en la elaboración de esta novela debe atribuirse la responsabilidad de sus defectos.

En Panamá, debo expresar mi agradecimiento en primer lugar al eminente novelista norteamericano Richard Koster, quien con gran liberalidad de espíritu se desvió de sus propios asuntos para abrirme muchas puertas, y me ofreció sus sabios consejos. Alberto Calvo me brindó pródigamente su tiempo y su apoyo. Roberto Reichard fue siempre atento conmigo, y hospitalario hasta el exceso. Y cuando el libro estuvo acabado, reveló una innata aptitud para la corrección de textos. El valeroso Guillermo Sánchez, azote de Noriega y hasta el día de hoy alerta paladín del Panamá decente desde las páginas de *La Prensa,* me honró con su lectura del manuscrito acabado y dio el visto bueno, al igual que Richard Wainio de la Comisión del Canal de Panamá, que fue capaz de reír donde hombres de menor talla habrían palidecido.

Andrew y Diana Hyde sacrificaron horas de su precioso tiempo, pese a los gemelos, nunca manifestaron curiosidad indebida por mis propósitos y me ahorraron más de un desliz embarazoso. El doctor Liborio García-Correa y su familia me acogieron en su seno colectivo y me guiaron hasta lugares y personas a los que de otro modo nunca habría accedido. Estaré eternamente agradecido al doctor García-Correa por sus infatigables investigaciones en provecho mío y por las magníficas excursiones que hicimos juntos, en especial a Barro Colorado. Sarah Simpson, supervisora y propietaria del restaurante Pavo Real, me proporcionó incomparable sustento. Héléne Breebart, que confecciona hermosas prendas de vestir para hermosas mujeres panameñas, tuvo la gentileza de asesorarme en la creación de mi sastrería de caballeros. Y el personal del Instituto Smithsonian de Investigación Tropical me obsequió con dos días in-olvidables.

Mi retrato del personal de la embajada británica en Panamá es pura fantasía. Los diplomáticos británicos que conocí en Panamá, así como sus esposas, eran sin excepción aptos, diligentes y honrados. Nadie más lejos que ellos de malévolas conspiraciones o el robo de lingotes de oro, y en nada se asemejan, gracias a Dios, a los personajes imaginarios descritos en este libro.

De regreso en Londres, vaya mi agradecimiento a Rex Cowan y Gordon Smith por su aportación respecto a los antecedentes judíos de Pendel, y a Doug Hayward de Mount Street oeste, a quien debo mi primera imagen borrosa de Pendel el sastre. Si uno se pasa por el establecimiento de Doug con la idea de tomarse las medidas para un traje, es muy probable que lo encuentre sentado en su butaca frente a la puerta. Hay allí un acogedor sofá antiguo donde acomodarse y una mesita de centro cubierta de libros y revistas. Lamentablemente no cuelga de su pared el retrato del gran Arthur Braithwaite, ni tolera demasiado bien las habladurías de su probador, donde adopta una actitud dinámica y profesional. Pero si una tarde apacible de verano uno cierra los ojos en su sastrería, quizá oiga el eco lejano de la voz de Harry Pendel alabando las virtudes de la alpaca o los botones de tagua.

En cuanto a la música de Harry Pendel, estoy en deuda con otro gran sastre, Dennis Wilkinson de L. G. Wilkinson, en St. George Street. A Dennis, cuando

corta, nada le complace tanto como echar la llave de su taller para aislarse del mundo y escuchar sus clásicos preferidos. Alex Rudelhof me inició en los íntimos misterios del arte de tomar medidas.
Y por último, sin Graham Greene este libro nunca habría nacido. Desde la lectura de Nuestro hombre en La Habana, la idea de un inventor de información nunca ha abandonado mi mente.

JOHN LE CARRÉ

1

La tarde de aquel viernes se había desarrollado con toda normalidad en el Panamá tropical hasta que Andrew Osnard irrumpió en la sastrería de Harry Pendel y pidió que le tomasen las medidas para un traje. Cuando Osnard irrumpió en el establecimiento, Pendel era una persona. Cuando se marchó, Pendel no era ya el mismo. Tiempo total transcurrido: setenta y siete minutos según el reloj de caoba fabricado por Samuel Collier de Eccles, una de las muchas piezas con valor histórico reunidas en el establecimiento de Pendel & Braithwaite Co., Limitada, sastres de la realeza, antes en Savile Row, Londres, y actualmente en la vía España, Ciudad de Panamá.
O mejor dicho, a un paso de la vía España. Tan cerca, de hecho, que casi no había distancia material. Y más conocido como P & B.

El día comenzó puntualmente a las seis de la madrugada. Pendel se despertó sobresaltado por el estruendo de las sierras de cadena, los edificios en construcción y el tráfico del valle, y por la briosa voz masculina de la Radio de las Fuerzas Armadas.
—Yo no estaba allí, su señoría; eran otros dos tipos. Ella me pegó primero, y lo hice con su consentimiento —anunció Pendel a la mañana, pues tenía una sensación de inminente castigo a pesar de que era incapaz de atribuirle una causa concreta. De pronto
recordó que el director de su banco lo esperaba a las ocho treinta y saltó de la cama. Su esposa Louisa masculló «No, no, no» y se tapó la cabeza con la sábana porque para ella el amanecer era el peor momento del día.
–No estaría mal un «Sí, sí, sí», para variar –sugirió Pendel mirándose en el espejo mientras aguardaba a que el agua del grifo saliese caliente–. Pongámosle un poco de optimismo a la vida, ¿no te parece, Lou?
Louisa gimoteó pero su cuerpo permaneció inmóvil bajo la sábana, así que Pendel, para animarse, no encontró mejor distracción que apostillar las palabras del locutor con comentarios presuntamente ingeniosos.
«El comandante en jefe del Mando Sur de Estados Unidos reiteró anoche la firme voluntad de su gobierno de respetar, de palabra y obra, las obligaciones contraídas con Panamá mediante los tratados del Canal», proclamó el locutor con masculina solemnidad.
–Puro camelo, muchacho –replicó Pendel, enjabonándose la cara–. Si fuera verdad, no tendría necesidad de repetirlo una y otra vez, ¿no, general?

«El presidente panameño ha llegado hoy a Hong Kong, primera escala de su gira de dos semanas por las capitales del Sudeste asiático», informó el locutor.
–¡Aquí lo tenemos! –exclamó Pendel, y alzó una mano jabonosa para reclamar la atención de su mujer–. ¡Hablan de tu jefe!
«Viaja acompañado de un equipo de expertos en economía y comercio, entre ellos su asesor en materia de planificación sobre el canal de Panamá, el doctor Ernesto Delgado.»
– ¡Bravo, Ernie! –dijo Pendel con tono de aprobación, mirando de soslayo a su yacente esposa.
«El próximo lunes la comitiva presidencial reanudará viaje rumbo a Tokio para mantener allí unas decisivas conversaciones sobre el posible incremento de las inversiones japonesas en Panamá», prosiguió el locutor.
– ¡Ahora verán esas geishas! ¡Se van a quedar boquiabiertas! –murmuró Pendel mientras se afeitaba la mejilla izquierda–. No saben de lo que es capaz nuestro Ernie.
Louisa despertó con inesperado ímpetu.
–Harry, por favor, no quiero oírte hablar así de Ernesto ni en broma.
–Lo siento, cariño. No se repetirá. Jamás –prometió a la vez que acometía la difícil porción de bigote situada justo debajo de la nariz.
Pero sus palabras no sirvieron para apaciguar a Louisa.
–¿Por qué no invierten en Panamá los panameños? –protestó. A continuación apartó la sábana de un manotazo y se irguió en la cama, luciendo el camisón blanco de hilo que había heredado de su madre–. ¿Por qué tenemos que andar tras el dinero de los asiáticos? Somos un país rico. Sólo en esta ciudad hay ciento siete bancos, ¿o no? ¿Por qué no empleamos nuestras ganancias de la droga en construir fábricas, escuelas y hospitales?
Ese «nuestras» no lo decía en sentido literal. Louisa se había criado en la Zona del Canal cuando ésta, en virtud de un abusivo tratado, era territorio estadounidense a perpetuidad, pese a ser una franja de tierra de sólo dieciséis kilómetros de anchura por ochenta de longitud, y hallarse rodeada de menospreciables panameños. Su difunto padre era ingeniero del ejército y, encontrándose destinado en la Zona, se retiró anticipadamente para trabajar al servicio de la Compañía del Canal. Su difunta madre, fiel adepta del libertarianismo, era profesora de religión en un colegio segregado de la Zona.
–Ya sabes lo que dicen, cariño –respondió Pendel, levantándose el lóbulo de una oreja y pasando la navaja por debajo. Se afeitaba con la misma devoción con que otros pintan, feliz entre sus frascos y brochas–. Panamá no es un país; es un casino. Y nosotros conocemos a quienes lo dirigen. Tú trabajas para uno de ellos, ¿no es así?
Ya volvía a las andadas. Cuando tenía la conciencia intranquila, era tan incapaz de medir sus palabras como Louisa de contener sus exabruptos.
–No, Harry, te equivocas. Yo trabajo para Ernesto Delgado, y Ernesto no es uno de ellos. Ernesto es un hombre honrado, con ideales, preocupado por salvaguardar el futuro de Panamá como estado libre y soberano en la comunidad de naciones. A diferencia de ellos, Ernesto no persigue el lucro personal, no está hipotecando el patrimonio de su país. Eso lo convierte en una persona muy especial y muy poco corriente.
Calladamente avergonzado, Pendel abrió la ducha y probó la temperatura del agua con la mano.

–Otra vez ha caído la presión –dijo sin sucumbir al desaliento–. Nos está bien empleado por vivir en lo alto de un cerro.
Louisa se levantó de la cama y se quitó el camisón. Era alta, de cintura alargada, cabello oscuro e hirsuto, y pechos firmes de deportista. Cuando se olvidaba de sí misma, era hermosa; cuando volvía a recordar quién era, encorvaba los hombros y se sumía en una actitud taciturna.
–Bastaría con un buen hombre, Harry –prosiguió, perseverante, mientras se embutía el pelo en el gorro de baño–. Sólo eso necesitaría este país para salir a flote. Un buen hombre de la valía de Ernesto. No otro demagogo ni otro ególatra. Sencillamente un buen cristiano, un hombre con sentido ético, un administrador íntegro y competente que no se dejase sobornar, capaz de mejorar las carreteras y el alcantarillado, de poner remedio a la pobreza, la delincuencia y el narcotráfico, y de conservar el Canal en lugar de vendérselo al mejor postor. Y Ernesto alberga el sincero deseo de desempeñar ese papel. Así que ni tú ni nadie tenéis por qué difamarla.
Pendel se vistió deprisa, aunque con su acostumbrada meticulosidad, y se dirigió a la cocina sin pérdida de tiempo. Los Pendel, como cualquier otro matrimonio de clase media en Panamá, tenían una legión de criados, pero un tácito puritanismo exigía que el cabeza de familia preparase el desayuno: un huevo escalfado con tostadas para Mark; un panecillo con queso fresco para Hannah. Y unos pasajes de El Mikado que Pendel se sabía de memoria y entonaba armoniosamente porque la música era una parte importante de su vida. Mark, ya vestido, hacía las tareas de la escuela en la mesa de la cocina. Hannah, preocupada por una mancha en la nariz, necesitó ruegos y halagos para salir del cuarto de baño.
Después, una precipitada sucesión de reproches y despedidas mientras Louisa, vestida pero con el tiempo justo para llegar a su trabajo en la sede administrativa de la Comisión del Canal de Panamá, corre hacia su Peugeot, y Pendel y los chicos cogen el Toyota dispuestos a emprender el agotador camino a la escuela. En el tortuoso descenso por la empinada pendiente, izquierda, derecha, izquierda, hacia la carretera principal, Hannah se come su panecillo, Mark batalla con sus tareas en el bamboleante todoterreno, y Pendel dice «Siento haberos metido prisa, pandilla, pero a primera hora tengo una charla con la gente del banco» y se arrepiente en secreto de sus ramplones comentarios sobre
Delgado.
A continuación un tramo rápido contra el sentido habitual de la marcha, gentileza del operativo matutino que habilita los dos carriles para agilizar la entrada en la ciudad de los habitantes de la periferia. Seguidamente una carrera a vida o muerte entre las embestidas del tráfico por pequeñas carreteras vecinales flanqueadas por casas de estilo norteamericano muy parecidas a la de ellos, y por fin el pueblo, con sus McDonald's y Kentucky Fried Chicken y la feria donde Mark se rompió un brazo el último 4 de julio al recibir el impacto de un autochoque enemigo, y cuando llegaron al hospital se aglomeraba allí una multitud de niños con quemaduras a causa de los fuegos artificiales.
Luego unos instantes de revuelo mientras Pendel se escarba en los bolsillos buscando una moneda para el muchacho negro que vende rosas en el semáforo, y poco más adelante un entusiasta saludo por parte de los tres al anciano que lleva seis meses plantado en la misma esquina ofreciendo una mecedora por doscientos cincuenta dólares, como reza en el cartel que pende

de su cuello. Más carreteras vecinales –pues hoy le toca a Mark bajar-se el primero–, el acceso al insufrible infierno de Manuel Espinosa Batista, la Universidad Nacional, un furtivo y melancólico vistazo a las chicas de largas piernas con blusas blancas y libros bajo el brazo, una admirativa mirada a la iglesia del Carmen con su es-
plendor de tarta nupcial —buenos días, Dios—, el peligro mortal del cruce con vía España, la zambullida en la avenida Federico Boyd con un suspiro de alivio, otra zambullida en vía Israel en dirección hacia San Francisco, unas cuantas manzanas inmersos en la corriente de vehículos que circulan hacia el aeropuerto de Paitilla —buenos días también a las señoras y señores narcotraficantes, a quienes pertenecen la mayoría de las preciosas avionetas privadas que se alinean entre la chatarra, los ruinosos edificios, las gallinas y los perros callejeros—, pero cuidado ahora, un poco de precaución, respiremos hondo, la oleada de atentados contra intereses judíos en Latinoamérica no ha pasado aquí inadvertida: los jóvenes con cara de pocos amigos que montan guardia ante las puertas del Albert Einstein no se andan con bromas, así que vigila tus modales. Mark se apea, temprano por una vez.

—¡Te olvidas esto, bobo! —advierte Hannah, y le lanza la cartera.

Mark se aleja con paso decidido, sin demostraciones de afecto, ni siquiera una escueta despedida con la mano por temor a que sus compañeros puedan interpretarlo como un gesto de añoranza.

Y después otra vez a la brega, a los impotentes ululatos de las sirenas de policía, el martilleante fragor de excavadoras y taladros, los arbitrarios bocinazos, groserías y protestas de una ciudad tropical y tercermundista impaciente por morir de asfixia, otra vez a los pordioseros y los lisiados y los vendedores de flores, pañuelos de papel, tazas y galletas que se agolpan en torno a los coches en cada semáforo

—Hannah, baja la ventanilla y, por cierto, ¿dónde está aquel bote con monedas de medio balboa?—. Hoy es el turno del canoso senador sin piernas que se arrastra en su carrito impulsándose con los brazos. Lo sigue la hermosa madre negra con su feliz bebé apoyado en la cadera; cincuenta centésimos para la madre y unos mimos para el niño. Por último se acerca, una vez más, el lacrimoso muchacho de las muletas con la pierna doblada bajo el cuerpo como un plátano demasiado maduro. ¿Llora acaso todo el día o sólo en las horas punta? Hannah le da también medio balboa.

A partir de ahí el camino está despejado y subimos a toda velocidad por la empinada cuesta hasta el María Inmaculada, donde las monjas de rostros empolvados trajinan junto a los autobuses escolares de color amarillo a la entrada del colegio

—¡Buenos días, señor Pendel! y ¡Buenos días, hermana Piedad! ¡Buenos días,' hermana Imelda!—, ¿y se ha acordado Hannah de coger el dinero de la colecta para el santo del día? No, es una boba como su hermano, así que aquí tienes cinco dólares, cielo, llegas con tiempo de sobra, y que pases un buen día. Hannah, más bien regordeta, da un carnoso beso a su padre y se marcha en busca de Sarah, que es su amiga inseparable de esta semana, mientras un orondo policía con un reloj de oro en la muñeca contempla la escena sonriente como un Papá Noel.

Y nadie le concede la menor importancia, piensa Pendel casi complacido mientras la ve desaparecer entre el enjambre de alumnas. Ni los chicos ni nadie. Ni siquiera yo. Un niño judío que no lo es, una niña católica que

tampoco lo es, y a todos nos parece lo más normal. Y siento haber hablado en términos tan irrespetuosos del incomparable Ernesto Delgado, cariño, pero hoy no estoy de humor para portarme bien.

Tras lo cual Pendel, solazándose en su propia compañía, vuelve a la carretera y pone su Mozart en el radiocasete. Y de inmediato, como suele ocurrirle en cuanto se queda solo, se aguza su conciencia. Por puro hábito comprueba si está echado el seguro de todas las puertas y con el rabillo del ojo permanece alerta a posibles asaltantes, policías u otros elementos peligrosos. Pero no está preocupado. Después de la invasión estadounidense los pistoleros rigieron Panamá en paz durante unos meses. Ahora si alguien desenfundase un arma en un embotellamiento, recibiría una descarga cerrada de todos los vehículos circundantes menos del de Pendel.
Un sol cegador salta sobre él desde detrás de uno de tantos rascacielos a medio construir, las sombras se ennegrecen, el fragor urbano cobra densidad. Un arco iris de ropa tendida flota en la oscuridad de los precarios bloques de pisos erigidos a ambos lados de las callejuelas por las que tiene que abrirse paso. En las aceras se ven rostros africanos, amerindios, chinos y de todos los mestizajes concebibles. Panamá se enorgullece de poseer igual variedad de seres humanos que de aves, hecho que alegra a diario el corazón híbrido de Pendel. Unos descienden de esclavos, otros podrían haberlo sido, ya que sus antepasados desembarcaron en el país a millares para trabajar, y a veces morir, en el Canal.
De pronto se despeja el paisaje. Bajamar y una luz tenue en el Pacífico. Las islas grises situadas frente a la bahía semejan lejanas montañas chinas suspendidas en la turbia bruma. Pendel siente un intenso deseo de viajar hasta ellas. Quizá sea culpa de Louisa, pues en ocasiones su abrumadora inseguridad lo desalienta. O quizá sea porque frente a él asoma ya la torva punta roja del edificio del banco, compitiendo en altura con sus vecinos no menos siniestros. Una docena de barcos forma una espectral línea sobre el horizonte invisible, consumiendo las horas muertas mientras esperan turno para entrar en el Canal. En un acceso de empatía, Pendel experimenta el tedio de la vida a bordo. Se ahoga de calor en la cubierta inmóvil; yace en un camarote hediondo lleno de cuerpos extranjeros y gases de combustión. No, gracias, para mí no habrá ya más horas muertas, se promete, estremeciéndose. Nunca más. Durante el resto de su vida Pendel saboreará cada hora de cada día, y eso no tiene vuelta de hoja. O si no, que se lo pregunten al tío Benny, en este mundo o el más allá.
Al llegar a la señorial avenida Balboa lo asalta una súbita sensación de ingravidez. A su derecha aparece la embajada de Estados Unidos, mayor que el palacio Presidencial, mayor incluso que su banco. Pero menor, en ese momento, que Louisa. Soy demasiado pretencioso, explica a su esposa mientras desciende hacia la entrada del banco. Si no fuera por mis delirios de grandeza, no estaría metido en el lío en que me encuentro, no habría concebido la fantasía de convertirme en terrateniente, y no estaría endeudado hasta el cuello ni andaría despotricando contra Ernie Delgado o cualquier otro de tus modelos de moralidad intachable. Con desgana apaga su Mozart, alarga el brazo por encima del asiento, descuelga la chaqueta de la percha —hoy ha elegido el azul oscuro—, se la pone y, mirándose en el retrovisor, se arregla la corbata de Denman & Goddard. Un imperturbable

Librodot

muchacho de uniforme monta guardia ante las enormes puertas de cristal. Mece en sus brazos un fusil de repetición y saluda a todo aquel que viste traje.
— ¿Qué tal, don Eduardo? ¿Cómo estamos? —grita Pendel, alzando una mano.
El muchacho le dirige una radiante sonrisa de satisfacción y responde:
— Buenos días, señor Pendel. Ahí acaba su conocimiento del inglés.

Harry Pendel posee una robusta complexión poco común en un sastre. Quizá es consciente de ello porque su andar trasluce fuerza contenida. Es un hombre de torso ancho y considerable estatura. Lleva el pelo, ya gris, cortado a cepillo. Posee el pecho poderoso y los hombros recios y sesgados de un boxeador. Sin embargo, camina con el porte seguro y disciplinado de un líder político. En un primer momento sus manos cuelgan a los costa-dos, ligeramente contraídas, pero después las cruza tras la fornida espalda con afectada compostura. Es el porte de quien pasa revista a una guardia de honor o afronta con dignidad un asesinato. Y en su imaginación Pendel ha hecho lo uno y lo otro. En el faldón posterior de la chaqueta no admite más de un corte. La ley de Braithwaite, lo llama.
Pero es en la cara, fiel reflejo de sus cuarenta años, donde más claramente afloran el entusiasmo y la satisfacción de este hombre. Una incorregible inocencia resplandece en sus ojos azules de niño, y su boca, aun en reposo, exhibe una sonrisa cordial y desenvuelta. Tropezarse de improviso con este rostro infunde cierto bienestar.
En Panamá los grandes hombres tienen esculturales secretarias negras ataviadas con decorosos uniformes azules de conductora de autobús. Tienen puertas blindadas revestidas de teca procedente de las selvas tropicales y provistas de tiradores de bronce, que sólo sirven de adorno porque el pestillo se abre desde dentro mediante un dispositivo electrónico a fin de proteger a los grandes hombres de posibles secuestradores. El despacho de Ramón Rudd, amplio y moderno, se hallaba en la planta decimosexta, y la ventana panorámica de cristal ahumado daba a la bahía. Contenía un escritorio del tamaño de una pista de tenis, y Ramón Rudd estaba aferrado a un extremo como una diminuta rata aferrada a una enorme balsa. Era un hombre de figura oronda y corta estatura. Llevaba el pelo engominado y anchas patillas negras con destellos azules; una sombra azulada oscurecía su mandíbula, y una mirada alerta y codiciosa brillaba en sus ojos. Por practicar, se obstinaba en hablar en inglés, con una voz más bien nasal. Había gastado una fortuna en investigar su genealogía, y se proclamaba descendiente de unos aventureros escoceses que no pudieron abandonar la zona tras el desastre de Darién. Seis semanas atrás había encargado un kilt en el tartán de los Rudd para participar en el baile escocés del club Unión. Ramón Rudd debía a Pendel diez mil dólares por cinco trajes. Pendel debía a Rudd ciento cincuenta mil dólares. En un gesto de generosidad, Ramón sumaba los intereses impagados al capital, y por eso el capital no dejaba de aumentar.
— ¿Un caramelo de menta? —preguntó Rudd, empujando una bandeja metálica con caramelos verdes envueltos en celofán.
— Gracias, Ramón —contestó Pendel, pero rehusó el ofrecimiento. Ramón cogió uno.

—¿Por qué pagas tanto a un abogado? —quiso saber Rudd tras un silencio de dos minutos durante el cual él se dedicó a chupar el caramelo y ambos, por separado, examinaron cariacontecidos el estado de cuentas del arrozal.
— Dijo que sobornaría al juez, Ramón —explicó Pendel con la mansedumbre de un reo prestando declaración—. Dijo que era amigo suyo, y que prefería mantenerme al margen.
—¿Y por qué aplazó el juez la vista si el abogado lo había sobornado? —discurrió Rudd—. ¿Por qué no te concedió el agua tal como había prometido?
—Para entonces no era ya el mismo juez, Ramón. Después de las elecciones asignaron el caso a otro juez, y el soborno era intransferible, ¿comprendes? Y ahora el nuevo juez está dando largas al asunto para ver cuál de las partes puja más alto. Según el secretario del juzgado, este juez es más recto que el anterior, y por tanto más caro. En Panamá los escrúpulos de conciencia cuestan dinero, sostiene. Y las cosas empeoran por momentos.
Ramón Rudd se quitó las gafas, les echó el aliento y limpió las lentes con un trozo de gamuza que había sacado del bolsillo superior de su traje de Pendel & Braithwaite. A continuación se acomodó de nuevo las curvas patillas tras las orejas pequeñas y lustrosas.
— ¿Por qué no sobornas a algún funcionario del Ministerio de Desarrollo Agrícola? —sugirió, haciendo gala de superior indulgencia.
—Lo hemos intentado, Ramón, pero son gente de principios, ¿comprendes? Dicen que la otra parte ya los ha sobornado y no sería ético un cambio de lealtades.
— ¿Y no podría el administrador de tus tierras encontrar alguna solución? Se embolsa un buen salario. ¿Por qué no interviene?
— Mira, Ramón, la verdad, Angel es un archipifias de cuidado —admitió Pendel, que a veces inconscientemente contribuía con originales expresiones al enriquecimiento del idioma—. Hablando claro, creo que me prestaría un mejor servicio si desapareciera. Por lo que veo, tarde o temprano no va a quedarme más remedio que tomar cartas en el asunto.
A Ramón Rudd la chaqueta le apretaba aún un poco en la sisa. Se colocaron cara a cara junto a la gran ventana, y mientras Rudd cruzaba los brazos ante el pecho, los extendía a los lados y entrelazaba las manos tras la espalda, Pendel tiraba de las costuras con las puntas de los dedos y aguardaba como un médico para saber dónde dolía.
—Quizá le falta una pizca de holgura, Ramón, si es que real mente le falta –diagnosticó Pendel por fin–. No voy a descoser las mangas sin necesidad porque estropearíamos la chaqueta. Pero si la traes la próxima vez que vengas, veremos qué puede hacerse.
Volvieron a sentarse.
– ¿Dan algo de arroz tus campos? –preguntó Rudd.
–Muy poco, Ramón, por no decir nada. Además, según me han explicado, tenemos que competir con la globalización, que es el arroz a bajo precio importado de países donde la agricultura recibe subsidios del Estado. Me precipité. O mejor dicho, nos precipitamos los dos.
– ¿Tú y Louisa?
– No, Ramón. Tú y yo.
Ramón Rudd consultó su reloj con expresión ceñuda, como acostumbraba en presencia de clientes sin dinero.
–Es una lástima que no constituyeses el arrozal como sociedad independiente cuando aún estabas a tiempo, Harry. Presentar un buen

establecimiento como garantía para comprar un arrozal que se ha quedado sin agua es un disparate.

– ¡Vamos, Ramón, me lo aconsejaste tú! –protestó Pendel. Pero la vergüenza minaba su indignación–. Dijiste que a menos que considerásemos los dos negocios conjuntamente no podías asumir el riesgo del arrozal. Era condición necesaria para el préstamo. Muy bien, fue culpa mía; no debería haberte hecho caso. Pero me dejé convencer. Creo que aquel día representabas los intereses del banco, y no los de Harry Pendel.

Charlaron de hípica. Ramón tenía un par de caballos. Charlaron de tierras. Ramón tenía propiedades en la costa atlántica. Quizá Harry podía acercarse hasta allí un fin de semana, e incluso comprar una parcela; aunque no edificase en uno o dos años, el banco de Ramón le concedería una hipoteca. Sin embargo Ramón no le propuso que llevase a Louisa y los chicos, pese a que su hija estudiaba también en el María Inmaculada y las dos niñas eran amigas. Tampoco, para gran alivio de Pendel, le pareció oportuno mencionar los doscientos mil dólares que Louisa había heredado de su difunto padre y confiado a Pendel para invertir en algo seguro.

–¿Te has planteado trasladar la cuenta a otro banco? –preguntó Ramón Rudd cuando todo lo indecible había quedado sin decir.

–Dudo que me aceptase alguno en este preciso momento, Ramón. ¿Por qué lo dices?

–Recibí una llamada de un banco mercantil. Pedían información sobre tí. Solvencia, deudas, facturación; en fin, esa clase de datos que, naturalmente, no doy a nadie.

–Algún cabeza hueca –dijo Pendel--. Me habrán confundido con otro. ¿Qué banco era?

–Uno inglés. De Londres.

– ¿De Londres? ¿Y te llaman a ti? ¿Para preguntarte por mí? ¿Quiénes? ¿Cuál era? Pensaba que habían quebrado todos.

Ramón Rudd se disculpó por no poder ofrecerle una respuesta más precisa. En todo caso no les había dicho nada, naturalmente. Los incentivos le traían sin cuidado.

– ¡Santo cielo! –exclamó Pendel–. ¿Qué incentivos?

Pero, por lo visto, Rudd casi se había olvidado de esa parte. Cartas de presentación, contestó vagamente. Recomendaciones. No lo había considerado ni por un instante. Harry era un amigo.

–He estado pensando en encargarte una chaqueta –comentó Ramón Rudd cuando se despedían con un apretón de manos–. Azul marino.

– ¿Un azul como éste?

– Más oscuro. Cruzada. Con botones de metal. Escoceses.

Así que Pendel, en un nuevo arranque de gratitud, lo puso al corriente sobre una fabulosa gama de botones que acababa de enviarle la Badge & Button Company de Londres.

– Podrían grabar el escudo de armas de tu familia, Ramón. Ya me parece estar viendo el cardo. Y también podrían hacerte unos gemelos a juego.

Ramón dijo que lo pensaría. Como era viernes, se desearon mutuamente un feliz fin de semana. ¿Y por qué no? El día venía desarrollándose aún con toda normalidad en el Panamá tropical. Flotaba quizá alguna que otra nube en su horizonte personal, pero en el pasado había salido airoso de trances mucho peores.

Habían telefoneado a Ramón de un misterioso banco londinense, o quizá era pura invención. A su manera, Ramón era un hombre agradable, un apreciado cliente cuando pagaba, y habían tomado unas cuantas copas juntos. Pero habría que estar doctorado en percepción extrasensorial para saber qué se ocultaba dentro de aquella cabeza hispanoescocesa.

Para Harry Pendel llegar a su pequeña calle es siempre como arribar a puerto. En ocasiones, a modo de juego, se atormenta con la idea de que la sastrería pueda haber desaparecido, que haya quedado reducida a cenizas por una bomba, o que alguien se la haya apropiado. O incluso que ni siquiera haya existido jamás, que sea fruto de su fantasía, una ilusión imbuida por su difunto tío Benny. Hoy, sin embargo, la visita al banco le ha causado cierta desazón, y en cuanto se adentra en las sombras de los altos árboles, su mirada busca espontáneamente la sastrería y no se aparta ya de ella. Eres una auténtica casa, dice a las tejas abarquilladas de color rojo herrumbre que parpadean entre las hojas. No eres una simple tienda. Eres la casa con que un huérfano sueña toda su vida. Si el tío Benny pudiese verte:
–¿Te has fijado en las flores que adornan la entrada? –pregunta Pendel a Benny, dándole un afectuoso codazo–. Invitan a pasar al interior, donde se está fresco y a gusto y lo tratan a uno como un pachá.
– Harry, muchacho, esto es el súmmum –responde el tío Benny, tocándose las alas del sombrero de fieltro con las palmas de las manos como siempre que trama algo–. Con un local así, podrías cobrar una libra sólo por cruzar la puerta.
– ¿Y qué me dices del rótulo, Benny? P & B en un solo trazo acaracolado formando una cresta, que es como se conoce a la sastrería por toda la ciudad, en el club Unión, en la Asamblea Legislativa y en el mismísimo palacio de las Garzas. «¿Has pasado por P & B últimamente?» O «Ahí va fulano con su traje de P & B». ¡Así se habla por aquí, Benny!
–Harry, muchacho, ya lo he dicho otras veces y lo vuelvo arepetir: tienes afluencia; tienes la vista bien asentada. Sólo querría saber de quién lo has heredado.
Con el ánimo casi renovado, y Ramón Rudd casi olvidado, Harry Pendel sube por los peldaños de la sastrería dispuesto a iniciar su jornada.
La llamada de Osnard, que se produjo a eso de las diez y media, no causó el menor revuelo. Era un nuevo cliente, y por norma de la casa a los nuevos clientes los atendía el señor Harry en persona, o bien, si él estaba ocupado, se les rogaba que dejasen su número de teléfono para que el señor Harry se pusiese en contacto con ellos tan pronto como le fuese posible.
Pendel se hallaba en el taller de corte creando en papel marrón los patrones para un uniforme de la marina al son de la música de Gustav Mahler. El taller de corte era su santuario, y no lo compartía con nadie. La llave estaba alojada permanentemente en el bolsillo de su chaleco. A veces, por el mero placer de saborear lo que aquella llave significaba para él, la introducía en la cerradura y la hacía girar para aislarse del mundo como prueba de que era el único dueño de sus actos. Y a veces se quedaba unos segundos con la cabeza inclinada y los pies juntos en actitud de pleitesía antes de abrir de nuevo y reanudar su venturosa jornada. Nadie lo veía en tales momentos

excepto la parte de él que desempeñaba el papel de espectador de sus acciones teatrales.
A sus espaldas, en habitaciones igualmente espaciosas, bien iluminadas y refrescadas mediante pancas eléctricas, sus mimados operarios cosían, planchaban y charlaban con una libertad de la que raramente disfrutan las clases trabajadoras en Panamá. Pero ninguno trabajaba con más entrega que su jefe al detenerse un instante para atender a un crescendo de Nlahler y a continuación
aplicar diestramente la tijera a lo largo de la curva línea amarilla que definía la espalda y los hombros de un almirante de la flota colombiana cuyo único deseo era aventajar en elegancia a su degradado predecesor.
Pendel había diseñado para él un uniforme de singular esplendor. El pantalón blanco, confiado ya a los pantaloneros italianos que tenía cómodamente instalados en otra habitación de la sastrería, debía ser ajustado en los fondillos, idóneos para estar de pie pero no para sentarse. La casaca que Pendel cortaba en ese preciso instante era blanca y azul marino con charreteras doradas, entorchados en los puños, alamares de oro y un cuello alto a lo Nelson guarnecido de áncoras rodeadas de hojas de roble, siendo esto último un imaginativo detalle del propio Pendel que había agradado al secretario particular del almirante cuando Pendel le envió un esbozo por fax. Pendel nunca había acabado de entender a qué se refería Benny al atribuirle una «vista bien asentada», pero contemplando aquel esbozo supo que en efecto poseía ese don.
Y a medida que cortaba al compás de la música su espalda empezó a erguirse por efecto de la empatía hasta que finalmente se convirtió en el almirante Pende] descendiendo por una gran escalinata en su baile inaugural. Esas inocuas fantasías en nada mermaban su aptitud profesional. El cortador ideal, sostenía Pendel —no sin antes expresar su agradecimiento a su difunto socio Braithwaite, verdadero padre de la teoría—, era el parodista nato. Su trabajo consistía en meterse en el traje de aquel para quien cortaba y convertirse en él hasta que el legítimo dueño del traje lo reclamase.

Pendel se hallaba en este gozoso estado de transferencia cuando recibió la llamada de Osnard. Primero apareció Marta en la línea. Marta recibía a los clientes, atendía el teléfono, llevaba la contabilidad y preparaba los sándwiches. Era una mujer parca y leal, menuda y medio negra, cuya cara, asimétrica y surcada de cicatrices, formaba un mosaico de irregular coloración a causa de los injertos de piel y la pésima cirugía.
—Buenos días —dijo en español con su melodiosa voz.
Ni «Harry» ni «señor Pendel». Marta nunca se dirigía a él por su nombre. Simplemente le daba los buenos días con aquella voz angelical, porque su voz y sus ojos eran las dos únicas partes de su rostro que habían quedado indemnes.
—Buenos días, Marta.
—Tengo un nuevo cliente al teléfono.
— ¿De qué lado del puente? —preguntó Pendel. Era una broma habitual entre ellos.
—Del suyo. Se ha presentado como Osnard.
—¿Como qué?

— Señor Osnard —precisó Marta—. Es inglés, y muy chistoso.
—¿Y tienen gracia, sus chistes?
—Eso dígamelo usted.
Pendel dejó a un lado la tijera, bajó el volumen de la música a casi un susurro, y acercó la agenda y un lápiz, por ese orden. En su mesa de corte, como era sabido, todo estaba ordenado con una precisión obsesiva: el tejido aquí, los patrones allí, los albaranes y el libro de pedidos más allá, cada cosa en su sitio. Para cortar se había puesto, como de costumbre, un chaleco con la espalda de seda y la botonadura solapada que él mismo había diseñado y confeccionado. Le gustaba la imagen de servicio que transmitía.
— Y dígame, caballero, ¿cómo se deletrea? —preguntó jovialmente cuando Osnard repitió su apellido.
Una sonrisa impregnaba la voz de Pendel cuando hablaba por teléfono. Los desconocidos tenían de inmediato la sensación de estar oyendo a alguien que les inspiraba simpatía. Pero Osnard, al parecer, poseía ese mismo don contagioso, pues entre ambos se creó en el acto una festiva familiaridad que daría cuenta de la duración y desenfado de su muy inglesa conversación.
—Empieza por O-S-N y termina por A-R-D —contestó Osnard, y algo en el modo en que se expresó debió de antojársele a Pendel especialmente gracioso, porque anotó el nombre tal como Osnard se lo dictó, en dos grupos de tres letras mayúsculas separadas por un &.
— Por cierto, ¿es usted Pendel o Braithwaite? —dijo Osnard.
Ante lo cual Pendel, como casi siempre que le formulaban esta pregunta, respondió con una locuacidad acorde con ambas identidades:
— Pues por así decirlo, caballero, soy los dos en uno. Mi socio Braithwaite, lamento comunicarle, lleva muchos años muerto y enterrado. No obstante, puedo asegurarle que sus criterios se mantienen vivos y en perfecto estado de salud, y conforme a ellos se ha regido esta casa hasta la fecha, para alegría de cuantos lo conocieron.
Las frases de Pendel, cuando apuraba los recursos de su identidad profesional, poseían el vigor de un hombre que regresa al mundo conocido tras un largo exilio. Contenían asimismo más palabras de las que uno esperaba, sobre todo hacia el final, de igual modo que el pasaje de un concierto cuya culminación se prolonga más allá de las previsiones del público.
— No sabe cuánto lo siento —contestó Osnard después de un breve silencio, bajando la voz respetuosamente—. ¿Y de qué murió?
Y Pendel se dijo: Tiene gracia que la mayoría de la gente me pregunte eso, pero es comprensible, si consideramos que tarde o temprano a todos nos llega nuestra hora.
— Pues verá, señor Osnard, si hacemos caso al diagnóstico, fue una embolia -respondió con el tono resuelto que adoptan los hombres sanos para hablar de tales cuestiones—. Pero yo personalmente, para serle sincero, tiendo a pensar que murió de pena por el trágico cierre de nuestro establecimiento en Savile Row como consecuencia de unos gravámenes abusivos. Y si no es indiscreción, señor Osnard, ¿reside usted en Panamá, o está sólo de paso?
— Llegué a la ciudad hace un par de días, y espero quedarme aquí una temporada.

— Así pues, bienvenido a Panamá, y a propósito, ¿podría darme un teléfono de contacto por si se corta la comunicación, cosa que lamentablemente en este rincón del mundo ocurre con frecuencia?
Los dos, como buenos ingleses, llevaban en la lengua la marca indeleble de sus respectivas dicciones. Para un Osnard, los orígenes de Pendel eran tan inequívocos corno su afán por escapar de ellos. La voz de Pendel, aunque limada por el tiempo, no había perdido por completo el dejo de Leman Street, en el East End londinense. Si pronunciaba las vocales correctamente, lo traicionaban la cadencia y los hiatos. E incluso si todo era correcto, resultaba un tanto pretencioso en la elección del vocabulario. Para un Pendel, Osnard arrastraba las palabras como los groseros y privilegiados que desoían las quejas del tío Benny. Pero mientras ambos hablaban y escuchaban, Pendel tuvo la impresión de que nacía entre ellos una agradable complicidad, como entre dos exiliados dispuestos a olvidar sus prejuicios en favor de un vínculo común.
—Me alojaré en El Panamá hasta que pueda instalarme en mi apartamento —explicó Osnard—. En teoría debería haber estado listo hace un mes.
—Siempre es así, señor Osnard. Los contratistas son iguales en todas partes. Lo he dicho muchas veces y lo vuelvo a repetir: lo mismo da donde uno esté, ya sea Nueva York o Tombuctú, los contratistas son invariablemente el gremio más ineficaz.
—Y alrededor de las cinco no tendrán ahí mucho ajetreo, ¿verdad? ¿No habrá aglomeraciones?
—Las cinco es nuestra hora baja, señor Osnard. Los clientes del mediodía están ya sanos y salvos en sus trabajos, y los vespertinos, como yo los llamo, aún no han hecho acto de presencia. —Se reprendió a sí mismo con una risa de desaprobación—. No. Miento. Hoy es viernes, así que los vespertinos se marchan a casa con sus esposas. A las cinco le brindaré toda mi atención con sumo placer.
—¿Usted personalmente? ¿En carne y hueso? Los sastres de postín a veces contratan lacayos para hacerles el trabajo pesado.
—Por suerte o por desgracia, señor Osnard, yo estoy chapado a la antigua. Para mí, cada cliente es un desafío. Mido, corto, pruebo, y nunca me paro a contar cuántas pruebas son necesarias para conseguir un acabado perfecto. Ni una sola parte de los trajes sale de este establecimiento mientras están confeccionándose, y yo mismo superviso cada fase del proceso hasta su conclusión.
—Muy bien. ¿Y cuánto va a costarme? —preguntó Osnard. Pero en broma, sin ánimo de ofender.
En los labios de Pendel la sonrisa se hizo aún más amplia. Si hubiese estado hablando en español, lengua que se había convertido en su segunda alma y su preferida, habría contestado a esa pregunta sin la menor reserva. En Panamá nadie se avergonzaba al tratar de dinero a menos que estuviese en la ruina. En cambio, como era sabido, las clases altas inglesas resultaban imprevisibles en cuestiones de dinero, y a menudo los más ricos eran los más cicateros.
— Yo ofrezco lo mejor, señor Osnard. Como siempre digo, un Rolls-Royce no se regala, y un Pendel & Braithwaite tampoco.
— ¿Y cuánto va a costarme, pues? —insistió Osnard.
— Veamos. El traje convencional de dos piezas sale a unos dos mil quinientos dólares por término medio, aunque puede encarecerse según la

tela y el estilo. Una chaqueta son mil quinientos; un chaleco, seiscientos. Y puesto que acostumbrarnos usar los géneros más ligeros, y por consiguiente recomendamos un segundo par de pantalones a juego, ofrecemos ese segundo par a un precio especial de ochocientos dólares. ¿Es un silencio de estupefacción eso que oigo, señor Osnard?

— Pensaba que la tarifa estaba en dos de los grandes por un traje corriente.

— Y así era, caballero, hasta hace tres años. Pero en los últimos tiempos, desgraciadamente, el dólar anda por los suelos, y sin embargo en P & B no nos queda más remedio que seguir comprando géneros de primerísima calidad, que ni que decir tiene es lo que empleamos en todas nuestras prendas, sea cual sea el coste, y en su mayoría proceden de Europa, y todos sin excepción están... —Iba a descolgarse con algo altisonante como «circunscritos a países de divisa fuerte», pero se contuvo—. Aunque, según me han comentado, hoy por hoy un traje préta porter de una primera marca, y tomo como referencia Ralph Lauren, se acerca ya a los dos mil dólares v en algunos casos incluso los supera. Y permítame señalar que proporcionamos asistencia posventa. Dudo mucho que en las tiendas de ropa normales pueda usted volver y decirles que la chaqueta le tira un poco de los hombros, ¿o no es así? Y si le atienden, no será gratis. ¿Había pensado en algo en concreto?

— ¿Yo? Ah, lo habitual. Empezaríamos con un par de trajes de calle y veríamos cómo quedan. Después iríamos a por el lote completo.

— «El lote completo» —repitió Pendel con veneración, asaltado de pronto por una avalancha de recuerdos del tío Benny—. Hacía al menos veinte años que no oía esa expresión, señor Osnard. Santo cielo. El lote completo. Dios mío.

En este punto cualquier otro sastre, juiciosamente, habría moderado su entusiasmo y vuelto a su uniforme de la marina. Y quizá también Pendel cualquier otro día. Había dado hora a un cliente, el precio había sido aceptado, se habían cumplimentado los preliminares sociales. Pero Pendel estaba disfrutando de la conversación. Su visita al banco le había dejado un sentimiento de soledad. Tenía pocos clientes ingleses, y amigos ingleses aún menos. Louisa, guiada por el fantasma de su difunto padre, no veía con buenos ojos a sus coterráneos.

— Y P & B continúa siendo la principal atracción de la ciudad, ¿no? —preguntó Osnard—. ¿Los sastres de los peces gordos, de lo mejor y más granado de la sociedad panameña?

Pendel sonrió al oír «peces gordos».

—Eso nos gusta creer, señor Osnard. No nos dormimos en los laureles, pero estamos orgullosos de nuestros logros. En estos últimos diez años no todo ha sido coser y cantar, se lo aseguro. En Panamá no abunda el buen gusto, la verdad. 0 no abundaba hasta que llegarnos nosotros. Tuvimos que educarlos antes de poder venderles. ¿Ese dineral por un traje?, decían. Pensaban que éramos unos locos o algo peor. Fuimos calando gradualmente, y llegado un punto, me complace decir, no había ya quien nos frenase. Empezaron a entender que no nos limitamos a endosarles un traje y pedirles el dinero, que ofrecemos mantenimiento, retocarnos, estamos siempre a su disposición cuando vuelven, que somos amigos y brindarnos apoyo, que somos en definitiva seres humanos. ¿No trabajará usted por casualidad para la prensa? Recientemente leímos con agrado un artículo muy elogioso sobre

nuestro establecimiento en la edición local del Miami Herald. Quizá tuvo usted ocasión de echarle un vistazo.
—Debió de pasárseme.
-Bien, señor Osnard, pues permítame que ahora hable en serio, si no le importa. En pocas palabras, vestimos a presidentes, abogados, banqueros, obispos, diputados, generales y almirantes. Vestimos a todo aquel que, sea cual sea su credo, su reputación o el color de su piel, sabe valorar un traje hecho a medida y dispone de medios para pagarlo. ¿Qué le parece?
-Prometedor, sin duda. Muy prometedor. A la cinco, pues. Su hora baja. -dijo Osnard.
- -Las cinco lo es, señor Osnard -confirmó Pendel-. Aguardaré impaciente.
- Ya somos dos.
-Otro buen cliente, Marta -anunció Pendel cuando ella entró en el taller con unas facturas.
Pero cuando hablaba con Marta sus palabras nunca eran del todo naturales. Como tampoco lo era el modo en que ella lo escuchaba: la maltrecha cabeza siempre alejada, la sensata mirada de sus ojos oscuros en otro lugar, un velo de cabello negro ocultando lo peor de ella.

Y eso fue todo. Por más que después se reprochó su necia vanidad, Pendel se sentía contento y halagado. Aquel tal Osnard era sin duda un socarrón, y Pendel admiraba a los socarrones como los había admirado su tío Benny, y los ingleses, pese a las objeciones de Louisa y su difunto padre, producían mejores socarrones que la mayoría de los pueblos. Quizá después de tantos años volviendo la espalda a su patria natal cabía pensar que al fin y al cabo no era tan mala. No concedió importancia a la reticencia de Osnard al aludir a su actividad profesional. Muchos de sus clientes se mostraban igualmente reservados, y otros que deberían haberlo sido no lo eran. Estaba contento; no poseía el don de la presciencia. Y tras colgar el auricular siguió trabajando en su uniforme de almirante hasta que comenzó el ajetreo del «feliz mediodía del viernes», pues así era como llamaban en la sastrería, esas horas del viernes hasta que apareció Osnard arrebató a Pendel el ultimo resto de inocencia.
Y hoy quién podía encabezar el desfile sino el inigualable Domingo, considerado el mayor libertino de Panamá, y uno de los personajes que Louisa más fervientemente aborrecía.
-¡Señor Domingo! -Abre los brazos-. .Encantado de verlo, y no sé si está bien que yo lo diga, pero con ese traje tiene un aspecto desvergonzadamente juvenil. -Baja la voz un instante y le tira con deferencia de la bocamanga-. Y permíteme que te recuerde, Rafi, que el perfecto caballero, según la definición del difunto señor Braithwaite, enseña sólo dos dedos del puño de la camisa, nunca más que eso.
A continuación Rafi se prueba su nuevo esmoquin, sin otro motivo que exhibirlo ante los demás clientes del viernes, que empiezan a congregarse en la sastrería con sus teléfonos móviles, sus humeantes cigarrillos, sus comentarios procaces y sus anécdotas heroicas acerca de negocios y conquistas sexuales. El siguiente es Arístides el Braguetazo, quien como su apodo indica se casó por dinero, y por eso sus amigos lo han erigido en algo así como un mártir del sexo masculino. Después le toca el turno a Ricardo

«Llámame Ricki», quien durante un breve pero fructífero reinado en un alto escalafón del Ministerio de Obras Públicas se arrogó el derecho a construir todas las carreteras de Panamá de ahora a la eternidad. A Ricki lo acompaña Teddy, alias el Oso, el columnista más odiado de Panamá, que trae consigo su solitario y particular derrotismo; pero Pendel permanece inmune a él.
-Teddy, ilustre cronista y guardián de las reputaciones, dale un respiro a la vida. Deja reposar a tu alma cansada.
Y pisándoles los talones aparece Philip, ex ministro de Sanidad del gobierno de Noriega, ¿o era de Educación?
-Marta, una copa para su excelencia. Y el chaqué, si eres tan amable, también para su excelencia. Una prueba más, y creo que quedará listo. -Baja la voz-. Y enhorabuena, Philip. Ya me he enterado de que es preciosa y muy juguetona, y además te adora -susurra en gentil alusión a la nueva chiquilla de Philip.
Estos y otros admirables hombres entran y salen alegremente del emporio de Pendel en el último feliz viernes de la historia de la humanidad. Y Pendel, mientras se mueve con soltura entre ellos, riendo, vendiendo, citando las sabias palabras del bueno de Arthur Braithwaite, comparte su júbilo y los agasaja.

3

Como no podía ser de otro modo, pensaría Pendel más tarde, la llegada de Osnard a P & B fue precedida de truenos y «toda la parafernalia», por usar una expresión del tío Benny. Momentos antes era aún una de esas tardes luminosas propias de la estación de las lluvias, un agradable sol salpicaba la calle y dos muchachas preciosas curioseaban en el escaparate de Sally's Giftique en la acera de enfrente. Y la buganvilla del jardín vecino ofrecía un aspecto tan exquisito que apetecía morderla. Faltando tres minutos para las cinco --Pendel no había dudado por un instante que Osnard se presentaría puntualmente—, aparece un Ford marrón de tres puertas con un adhesivo de Avis en la luneta trasera y aparca en el espacio reservado a los clientes. Y dentro, suspendido tras el parabrisas como una calabaza de Halloween, flota un rostro despreocupado con un casquete de cabello negro en lo alto. Pendel ignoraba por qué aquel rostro le había traído reminiscencias de Halloween; quizá por sus ojos oscuros y redondos, supuso más tarde.
De pronto la oscuridad cae sobre Panamá.
Y no es más que un nubarrón de contornos bien definidos, no mayor que la mano de Hannah, pasando ante el sol. Y un segundo después gruesos goterones de diez centímetros rebotan como bobinas de hilo en los peldaños de la entrada: los rayos y truenos activan las alarmas de los coches; las tapas de las alcantarillas abandonan sus alojamientos y se deslizan calle abajo en la pardusca corriente junto con las hojas de las palmeras y la inmunda aportación de los cubos de basura; y empiezan a verse esos negros con impermeables que aparecen siempre como por ensalmo en cuanto se pone a llover, vendiendo paraguas u ofreciéndose a cambio de un dolar a empujarte el coche hasta un lugar más alto para que no se moje el delco.
Y uno de estos individuos asedia ya a cara de calabaza., que se ha quedado en el coche a quince metros de la entrada esperando a que amaine el apocalipsis. Pero el apocalipsis va para largo porque apenas se mueve el aire.

Cara de calabaza hace como si no viese al negro. El negro se mantiene firme a su lado. Cara de calabaza cede, introduce la mano en el interior de la chaqueta —lleva chaqueta, cosa poco corriente en Panamá a menos que uno sea alguien o un guardaespaldas—, extrae la cartera, extrae un billete de dicha cartera, vuelve a guardarse dicha cartera en el bolsillo interior izquierdo, baja el cristal de la ventanilla lo justo para que el negro entregue el paraguas y cara de calabaza le dé diez dólares acompañados de algún comentario jocoso sin empaparse. Maniobra concluida. Dato para el acta: cara de calabaza habla español pese a que acaba de llegar al país.
Y Pender sonríe con una sonrisa. de satisfacción anticipada, que viene a sumarse a la que lleva siempre escrita en el semblante.
--Es más joven de lo que imaginaba —comenta en voz alta, dirigiéndose a la espalda bien formada de Marta, que encogida en su cubículo de cristal comprueba sus billetes de lotería en busca , de los números premiados que nunca tiene.
Y con tono de aprobación. Como si pensase complacido en esos años más de venderle trajes a Osnard y disfrutar de su amistad en lugar de identificarlo como lo que en realidad es: un cliente venido del infierno.

Y tras arriesgarse a compartir con Marta esta observación y no recibir más respuesta que un solidario ademán de la morena cabeza, Pender, como siempre que aguardaba a un cliente nuevo, se apostó en la actitud en que deseaba mostrarse.
Pues como la vida lo había enseñado a confiar en las primeras impresiones, atribuía un valor análogo a la primera impresión que él producía en los demás. Nadie, por ejemplo, espera hallar a un sastre sentado. Sin embargo Pender había decidido hacía ya mucho tiempo que P & B sería un remanso de paz en un mundo trepidante. Por eso procuraba que lo encontrasen en su butaca inglesa del siglo XVIII, a ser posible con un ejemplar del Times de dos días atrás abierto sobre la falda.
Y no le molestaba en absoluto que la bandeja del té estuviese en la mesa frente a él, como era el caso en ese momento, colocada entre números atrasados de *Illustrated London News Country Life*, con una tetera de plata auténtica y unos apetitosos sándwiches de pepino extrafinos que Marta acababa de preparar a la perfección en la cocina, donde se recluía voluntariamente durante esos primeros instantes de nerviosismo que experimentaba cualquier cliente nuevo, por temor a que la presencia de una mulata con cicatrices en la cara pudiese resultar amenazadora para el orgullo de un panameño blanco en el difícil trance de engalanarse. Además le gustaba irse allí a leer, ya que por fin había reemprendido sus estudios: psicología, historia social y algo más que Pendel siempre olvidaba. El le había sugerido que estudiase derecho, pero ella se había negado en redondo, aduciendo que los abogados eran todos unos embusteros.
—No estaría bien --decía con su español medido e irónico— que la hija de un carpintero negro se degradase por dinero.

Para un joven corpulento con un paraguas blanco y azul de corredor de apuestas existen diversas maneras de salir de un coche pequeño en medio de un aguacero. Osnard —si es que era él-- eligió una ingeniosa pero desacertada. Su estrategia consistía en empezar a abrir el paraguas dentro

del coche y salir de espalda e encorvado en una desmañada pose para inmediatamente después, en un único y triunfal molinete, alzar el paraguas sobre su cabeza y desplegarlo por completo. Pero algo --bien Osnard, bien el paraguas– se atascó en la puerta de tal Invado que por un momento Pendel sólo vio de él un amplio trasero inglés cubierto por la tela de gabardina de un pantalón marrón demasiado justo de tiro y una chaqueta a juego con dos cortes posteriores convertida en un harapo a causa del chaparrón.
Tejido veraniego de trescientos gramos, observó Pendel. Mezcla de dacron. Demasiado caluroso para las temperaturas de Panamá. No es extraño que quiera un par de trajes a toda prisa. De cintura una cincuenta como mínimo. El paraguas se abrió. No siempre se abrían. Éste se desplegó como una bandera de rendición instantánea, y se plegó con igual prontitud en torno a la parte superior del cuerpo. Acto seguido Osnard desapareció, como hacían todos los clientes entre el aparcamiento y la entrada de la sastrería. Ya sube por los peldaños, pensó Pendel, expectante. Y oyó sus pisadas sobre el torrente. Helo ahí, ante la puerta; veo su sombra. Vamos, hombre, no está cerrado. Pero Pendel permaneció en su butaca. Había aprendido a esperar. De lo contrario se pasaría el día entero abriendo y cerrando puertas. Retazos de empapada tela de gabardina marrón, como las partículas de color de un calidoscopio, se veían en el semicírculo de letras transparentes plasmado en el cristal esmerilado: *PENDEL & BRAITHWAITE,PANAMA Y SAVILE ROW* desde 1932. Un instante después toda su humanidad, de medio lado y con el paraguas por delante, entró en la sastrería.
—El señor Osnard, supongo.
—Desde las profundidades de su butaca inglesa—. Pase. Soy Harry Pendel. Lamento que le haya cogido la lluvia. Tómese un té o algo más fuerte.
Los apetitos fueron lo primero que le vino a Pendel a la cabeza. Ojos castaños y vivaces de zorro. Cuerpo lento y miembros grandes, uno de esos atletas perezosos. Convenía guardar abundante tela para futuros ensanches. Y después acudió a su memoria una picardía de cabaré que el tío Benny, para fingido sofoco de la tía Ruth, no se cansaba de repetir:
—Manos grandes y pies grandes. Ya saben, señoras, lo que eso significa... guantes grandes y calcetines grandes.
Los caballeros que llegaban a P & B se encontraban ante dos opciones. Podían sentarse, como hacían los asiduos, aceptar un tazón del caldo de Marta o una copa de cualquier cosa, intercambiar cotilleos y dejar que el establecimiento ejerciese sobre ellos su efecto balsámico antes de subir al probador, camino del cual pasaban como por azar ante unos seductores muestrarios dispuestos sobre un aparador de madera de manzano. O bien podían ir derechos al probador, como hacían los inquietos, en su mayor parte clientes nuevos, y allí dar órdenes a sus chóferes a través de la mampara de madera, telefonear con sus móviles a sus queridas y sus agentes de bolsa, y en conjunto tratar de impresionar con su importancia. Hasta que transcurrido un tiempo los inquietos se convertían en asiduos y eran a su vez sustituidos por otros clientes nuevos. Pendel esperó a ver a cuál de estas categorías pertenecía Osnard. Conclusión, a ninguna.
No revelaba los consabidos síntomas de un hombre que está a punto de gastarse cinco mil dólares en su aspecto personal. No demostró el menor nerviosismo, no pareció atenazado por la inseguridad o las vacilaciones, no incurrió en actitudes ostentosas ni excesos verbales, no se tomó demasiadas confianzas. No se sintió culpable, aunque en Panamá la culpabilidad es poco

frecuente. Incluso si uno la trae consigo al país, no tarda en desprenderse de ella. Estaba perturbadoramente tranquilo.
Se limitó a apuntalarse en el chorreante paraguas con un pie al frente y el otro firmemente apoyado en la estera, razón por la cual el timbre del pasillo del fondo seguía sonando. Pero Osnard no oía el timbre. O lo oía y era inmune a la turbación, ya que mientras el timbre sonaba, él contemplaba el establecimiento con expresión radiante. Sonreía con la cara de reconocimiento de quien acaba de tropezarse con un antiguo amigo después de muchos años.
La escalera arqueada que ascendía a la sección de complementos de la galería superior: santo cielo, he ahí mi querida escalera... Los pañuelos, los batines, las zapatillas con iniciales bordadas: sí, sí, lo recuerdo todo claramente... 1a escalerilla de la biblioteca, utilizada en un alarde de ingenio como corbatero: ¿quién habría
pensado que serviría para eso? Las oscilantes pancas de madera colgadas del techo artesonado, los rollos de tela, el mostrador con sus tijeras de principio de siglo y su regla metálica engastada a lo largo de un borde: viejos compañeros todos ellos... Y por último la desgastada butaca de piel, propiedad del mismísimo Braithwaite como autentificaba la leyenda local. Y sentado en ella Pendel en persona, observando a su nuevo cliente con benévola autoridad.
Y Osnard lo miró también a él: una mirada escrutadora y descarada, empezando en el rostro y descendiendo por el chaleco hasta el pantalón azul oscuro, los calcetines de seda y los elegantes zapatos negros manufacturados por Ducker's de Oxford, modelo que tenía arriba en existencias del número treinta y nueve al cuarenta y cuatro. A continuación su mirada realizó el recorridos inverso, deteniéndose todo el tiempo del mundo en el rostro para un segundo examen antes de desviarse enérgicamente hacia los espacios interiores del establecimiento. Y el timbre sonaba y sonaba, porque su gruesa pierna continuaba plantada en la estera de hojas de coco.
-Extraordinario -declaró-. Realmente extraordinario. No cambie ni el menor detalle.
-Tome asiento, señor Osnard -instó Pendel con actitud hospitalaria--. Póngase cómodo. Aquí todos nuestros clientes están como en su propia casa, o eso esperamos. Nos visita más gente para charlar que para encargarnos trajes. Tiene un paragüero al lado. Déjelo ahí.
Pero Osnard, lejos de desprenderse del paraguas, lo esgrimió como un bastón de mando y señaló una fotografía enmarcada que colgaba de la pared del fondo en lugar preeminente. En ella aparecía un caballero de aspecto socrático, con gafas, cuello de puntas redondeadas v chaqueta negra, que contemplaba ceñudo un mundo mas joven.
-Y ése es él, ¿no?
¿Quién es quién? ¿Dónde? -preguntó Pendel.
-Allí, El gran hombre. Arthur Braithwaite.
-Lo es, en efecto. Es usted muy observador, si me permite decirlo. El gran hombre, como bien lo ha descrito. Retratado en su época de máximo esplendor, a ruego de sus devotos empleados, quienes después le obsequiaron la fotografía con motivo de su sexagesimo aniversario.
Osnard saltó hacia el retrato para mirarlo de cerca, y el timbre dejó por fin de sonar.

-«Arthur G.» -leyó de viva voz en la placa metálica sujeta a la base del marco-. «1908-1981. Fundador.» ¡Demonios, no lo habría reconocido! ¿Y esa G de qué es?
-De George -respondió Pendel, que si bien no entendió por qué creía Osnard que debería haberlo reconocido, prefirió no preguntar.
-¿De dónde procede?
-De Pinner -dijo Pendel.
- Me refiero al retrato. ¿Se lo trajo usted?
Pendel dejó escapar un suspiro acompañado de una triste sonrisa.
-No, señor Osnard. Me lo cedió su pobre viuda poco antes de reunirse con él. Un noble deseo que apenas podía permitirse debido al coste del flete desde Inglaterra, pero lo llevó a cabo de todos modos. «Allí es donde él querría estar», afirmó, nadie consiguió disuadirla. Tampoco insistieron demasiado. Al fin y al cabo era su mayor ilusión, ¿quién iba a oponerse?
- ¿Cómo se llamaba? --preguntó Osnard.
- Doris.
- ¿Y sus hijos?
- ¿Disculpe?
- De la señora Braithwaite. ¿ Tenía hijos? Herederos.Sucesores.
No, por desgracia Dios no bendijo con descendencia su matrimonio --respondió Pendel.
- Así y todo, siendo el viejo Braithwaite el socio de mayor edad, parecería más lógico Braithwaíte Pendel, ¿no? Debería ir él primero, aunque haya muerto.
Pendel negaba ya con la cabeza.
-Pues no, caballero. Se equivoca. Eso fue voluntad expresa de Arthur Braithwaite. «Harry, hijo mío, la juventud ha de anteponeres a la veteranía. A partir de ahora nos llamaremos P & B, y así no nos confundirán con cierta compañía petrolera.»
—¿Y a qué casa real visten? «Sastres de la realeza.» Lo he visto en el letrero de la entrada. Me muero de curiosidad.
Pendel moderó un poco la sonrisa.
—Verá, señor Osnard, a ese respecto, y por no incurrir en lesa majestad, no me es posible ser demasiado explícito, pero digámoslo así: ciertos caballeros, no muy lejanos a cierta corona, tuvieron a bien honrarnos con su confianza en el pasado, y de hecho han seguido confiando en nosotros hasta el día de hoy. Por desgracia, no estoy autorizado a revelar más detalles.
—¿Por qué no? —insistió Osnard.
—En parte por el código de conducta del gremio de sastres, que garantiza una total discreción a todos los clientes, sea cual sea su condición. Y en parte, dados los tiempos que corren, me temo que también por razones de seguridad.
—¿La corona de Inglaterra?
—Me pide usted demasiado, señor Osnard.
—¿Lo que hay pintado ahí afuera es, pues, la cresta del príncipe de Gales? Al llegar, por un momento he pensado que esto era un pub.
—Gracias, señor Osnard. Ha notado usted algo que en Panamá pasa inadvertido a la mayoría; pero sobre esa cuestión debo correr un velo. Siéntese. Los sándwiches que ha preparado Marta son de pepino, por si le interesa. Ignoro si la fama de Marta ha llegado ya a sus oídos. Y me permito recomendarle un vino blanco ligero y muy agradable. Chileno. Lo importa

uno de mis clientes, y tiene la gentileza de enviarme una caja de vez en cuando. Pida lo que desee e intentaremos complacerlo.
Pues para Pendel empezaba a ser importante complacer a Osnard.

Osnard no se había sentado pero sí había aceptado un sándwich, o dicho de otro modo, se había servido tres de la bandeja, uno para ir entreteniéndose y dos para actuar de contrapeso en la ancha y mullida palma de la mano izquierda, mientras Pendel y él, hombro con hombro ante el aparador de madera de manzano, elegían tela.
—Estas no son para nosotros —le confió Pendel, descartando con un gesto unas muestras de tweed ligero, como siempre hacía—. Tampoco éstas son las adecuadas, no para lo que yo llamo el talle maduro. Sirven para un muchacho imberbe o para el típico alfeñique, pero no para personas, digamos, como usted o como yo.
—Una nueva demostración de rechazo—. Esto ya es otra cosa.
—Alpaca de primera calidad —observó Osnard.
— En efecto —corroboró Pendel, asombrado—. Procedente de la región andina del sur de Perú y muy apreciada por su tacto suave y la diversidad de los tonos naturales, y estoy citando textualmente, sin ánimo de parecer pedante, la descripción del Anuario lanero. Francamente, señor Osnard, es usted una caja de sorpresas.
Pero lo dijo sólo porque el cliente medio no distinguía una tela de otra.
— La preferida de mi padre. Para él era sagrada. O alpaca, o nada.
— ¿Era? ¡Vaya por Dios!
—Sí, ya murió —confirmó Osnard—. Está allí arriba en compañía de Braithwaite.
—Pues le diré, señor Osnard, sin querer faltarle al respeto, que su estimado padre sabía lo que se hacía —exclamó Pendel, abordando uno de sus temas predilectos—. Porque la alpaca, en mi bien fundada opinión, es el tejido ligero mejor del mundo sin excepción. Y perdone la rotundidad, pero siempre lo ha sido y siempre lo será. Ya puede coger la mezcla de mohair y estambre que quiera, da igual. La alpaca se tiñe en la hebra, de ahí la amplia gama de colores, de ahí la vistosidad. La alpaca es pura, es elástica, permite el paso del aire. No irrita, ni siquiera la piel más sensible del cuerpo.
—Se tomó la libertad de tocar a Osnard en el brazo con un dedo—. ¿ Y a que no imagina, señor Osnard, en qué la malgastaban los sastres de Savile Row, para su eterna vergüenza, hasta que empezó a escasear?
--Sorpréndame.
–En los forros –declaró Pendel, indignado–. En forros vulgares y corrientes. Eso es vandalismo, no tiene otro nombre.
–El bueno de Braithwaite se habría puesto hecho una furia. –Y se ponía, claro que se ponía. No tengo el menor reparo en repetir sus palabras. «Harry», me decía; tardó nueve años en llamarme Harry. «Harry, lo que hace esta gente con la alpaca no se lo haría yo a un perro.» Aún me parece estar oyéndolo.
–A mí también –afirmó Osnard.
–¿Disculpe?
Si Pendel tenía de pronto una actitud alerta, la de Osnard, en cambio, era justamente la opuesta. Aparentaba no ser consciente del efecto de su comentario y examinaba con detenimiento las muestras.

–No acabo de entender qué ha querido decir con eso, señor Osnard.
–El bueno de Braithwaite vistió a mi padre –aclaró Osnard–. Hace mucho tiempo, naturalmente. Yo era un crío.
Pendel enmudeció de la emoción. Cuadró los hombros como un viejo soldado ante el cenotafio, y una repentina rigidez se extendió por su cuerpo. Sus palabras, cuando encontró qué decir, brotaron entrecortadas de su garganta.
–En fin, señor Osnard, yo nunca... Discúlpeme. Me he quedado de una pieza. --Se serenó un poco- Es la primera vez, lo admito sin el menor empacho. Padre e hijo. Las dos generaciones aquí, en P & B. Eso nunca nos había ocurrido, aquí en Panamá no. No hasta la fecha. No desde que nos marchamos de Savile Row.
–Suponía que se sorprendería.
Por un instante Pendel había asegurado que aquellos ojos castaños y vivaces de zorro habían perdido su brillo y se habían tornado circulares y grisáceos, con sólo una chispa de luz en el centro de cada pupila. Y en sus posteriores figuraciones esa chispa no sería dorada sino roja. Pero el brillo reapareció de inmediato.
–¿Le pasa algo? --preguntó Osnard.
—Creo que veía visiones, señor Osnard. Debo de estaralucinando, como dicen ahora.
-La gran rueda del tiempo, ¿eh?
–Usted lo ha dicho, caballero. La que gira, chirría y aplasta cuanto le sale al paso –coincidió Pendel, y se concentró de nuevo en el muestrario como quien busca consuelo en el trabajo.
Pero Osnard tenía antes que comerse el último sándwich, cosa que hizo de un solo bocado. Después se sacudió las migas de las manos, palmeando parsimoniosamente hasta quedar satisfecho.
En P & B existía un procedimiento establecido para atender a los clientes nuevos: elegir la tela en los muestrarios, admirar la misma tela en la pieza –pues Pendel, muy prudentemente, nunca enseñaba una muestra si no tenía la tela en existencias–, pasar al probador para las medidas, echar un vistazo a la Boutique de Caballero y el Rincón del Deportista, acercarse al pasillo del fondo, saludar a Marta, facilitar los datos para la ficha, dejar una cantidad a cuenta a menos que se conviniese lo contrario, y regresar al cabo de diez días para la primera prueba. En el caso de Osnard, sin embargo, Pender decidió introducir una variante. Después de examinar los muestrarios fueron directamente al pasillo del fondo, para consternación de Marta, que se había retirado a la cocina y se hallaba absorta en la lectura de un libro titulado *Ecology on Loan,* un estudio sobre la sistemática devastación de las selvas sudamericanas llevada a cabo con el entusiasta apoyo del Banco Mundial.
–Le presentaré al verdadero cerebro de P & B, señor Osnard, aunque a ella no le guste que lo diga. Marta, saluda al señor Osnard. O-S-N y A-R-D. Anota sus datos, por favor, y archívalo como cliente antiguo porque el señor Braithwaite vistió a su padre. ¿el nombre de pila, caballero?
–Andrew --contestó Osnard, Pendel advirtió que Marta alzaba la vista y lo observaba como si hubiese oído otra cosa en lugar de su nombre.
—¿Andrew? —repitió Marta, dirigiendo una mirada interrogatoria a Pendel.
Pendel se apresuró a explicar:
—Temporalmente se aloja en el hotel El Panamá, Marta, pero pronto, por gentileza de nuestros extraordinarios contratistas panameños, se trasladará ¿a...?

—Punta Paitilla —informó Osnard.
—Naturalmente —dijo Pendel con una sonrisa de veneración, como si Osnard hubiese pedido caviar.
Y Marta, tras señalar con parsimonia la página donde estaba leyendo y apartar el libro, rellenó la ficha adustamente desde detrás de su velo de cabello negro.
—¿Qué demonios le ha pasado a esa mujer? —susurró Osnard cuando salieron al pasillo.
—Un lamentable accidente, y posteriormente una atención médica demasiado expeditiva.
— Me sorprende que la mantenga aquí. Debe de asustar a los clientes.
— Todo lo contrario, me complace decir —replicó Pendel categóricamente—. Marta se ha granjeado la admiración de los clientes, y sus sándwiches son para chuparse los dedos, como suele decirse.
A continuación, para atajar la curiosidad de Osnard acerca de Marta y borrar de su mente la actitud de desaprobación de ésta, inició de inmediato su habitual apología de la tagua, que crecía en las selvas tropicales, explicó con la mayor seriedad, y se consideraba en todo el mundo sensible un sucedáneo aceptable del marfil.
— Y mi pregunta es, señor Osnard, ¿para qué se emplea hoy en día la tagua? —dijo con más ardor que de costumbre—. ¿Piezas de ajedrez ornamentales? Pues sí, piezas de ajedrez. ¿Tallas? También, en efecto. Pendientes, bisutería... Vamos acercándonos, pero ¿qué más? ¿Qué otra utilidad puede tener que es tradicional, que prácticamente se ha olvidado en estos tiempos, y que aquí, en P & B, no sin ciertos desvelos, hemos recuperado para bien de nuestros apreciados clientes y fortuna de las generaciones venideras?
—Botones —aventuró Osnard.
— Exacto. Los botones, cómo no. Gracias —respondió Pendel, deteniéndose ante otra puerta. Bajando la voz, informó—: Aquí trabajan mujeres indígenas, kunas. He de advertirle que son muy delicadas.
Llamó a la puerta, abrió, entró respetuosamente, y con una seña indicó a su invitado que pasase. Tres mujeres indígenas de edad indeterminada cosían chaquetas bajo los haces de luz de lámparas ladeadas.
—Le presento a las responsables de nuestros acabados, señor Osnard —susurró como si temiese romper su concentración.
Pero las mujeres no parecían la mitad de delicadas que Pendel, pues en el acto alzaron la vista alegremente y lo contemplaron de arriba abajo con amplias sonrisas.
—El ojal es al traje, señor Osnard, lo que el rubí al turbante —declaró Pendel, hablando todavía en un murmullo—. Ahí es donde se posa la mirada; por los detalles se juzga el conjunto. Un buen ojal no hace un buen traje; pero un mal ojal sí hace un mal traje.
— Por citar al bueno de Arthur Braithwaite —apuntó Osnard, imitando la voz susurrante de Pendel.
— Sí, así es. Y el botón de tagua, que antes de la desafortunada invención del plástico era de uso común en los continentes americano y europeo, y en mi opinión superior a cualquier otro, ha vuelto a cobrar vigencia, gracias a P & B, como colofón de todo buen traje hecho a medida.
—¿Eso también fue idea de Braithwaite?

—Se le ocurrió a él, señor Osnard —contestó Pendel cuando pasaba ante la puerta cerrada de los confeccionistas chinos encargados de las chaquetas, decidiendo no interrumpirlos sin otra razón que el simple pánico—. Ahora bien, el mérito de ponerla en práctica debo atribuírmelo yo.
Pero en tanto Pendel deseaba seguir adelante a toda costa, Osnard prefería por lo visto tomárselo con más calma, ya que apoyó un robusto brazo contra la pared e impidió a Pendel el paso.
—Ha llegado a mis oídos que en su día vistió a Noriega, ¿es verdad? —preguntó.
Pendel vaciló, desviando instintivamente la mirada hacia la puerta de la cocina, donde estaba Marta.
— ¿Y qué si lo vestí? —repuso. Por un momento un mohín de desconfianza cruzó su rostro, y su voz se tornó hosca y apagada—. ¿Qué iba a hacer? ¿Cerrar el negocio? ¿Marcharme a casa?
— ¿Qué clase de ropa le encargaba?
—El general no era hombre de trajes, señor Osnard. Con los uniformes perdía días enteros dando vueltas a los detalles más insignificantes. Y lo mismo con las botas y las gorras. Pero por reacio que fuese al traje, en ciertas ocasiones no podía eludirlo.
Pendel se volvió, exhortando a Osnard a seguir adelante por el pasillo. Pero Osnard no retiró el brazo.
— ¿En qué ocasiones?
—Por ejemplo, cuando lo invitaron a pronunciar aquel sonado discurso en la Universidad de Harvard, como probablemente usted recordará, aunque Harvard preferiría que lo hubiese olvidado. Como cliente, era todo un reto. Cuando venía a probarse la ropa, se impacientaba enseguida.
—Donde está ahora probablemente no le harán falta trajes —comentó Osnard.
—No, desde luego. Según parece, tiene cubiertas todas sus necesidades. Y otra de esas ocasiones fue cuando Francia, otorgándole sus más altos honores, lo nombró Légionnaire.
— ¿Y por qué demonios lo condecoraron?
En el pasillo la iluminación procedía del techo, y bajo ella los ojos de Osnard semejaban orificios de bala.
—Se me ocurren varias explicaciones, señor Osnard. La más verosímil es que el general, por razones crematísticas, permitió a las Fuerzas Aéreas francesas hacer escala en Panamá cuando llevaban a cabo sus impopulares pruebas nucleares en el Pacífico Sur.
—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Osnard.
—A veces los lacayos del general se iban de la lengua. No todos eran tan reservados como él.
—¿También vestía a sus lacayos?
— Y todavía los visto, todavía —repuso Pendel, recobrando su buen humor natural—Padecimos lo que podríamos llamar un ligero bajón justo después de la invasión estadounidense, cuando algunos de los altos funcionarios de la etapa anterior se vieron
obligados a cambiar de aires durante una temporada, pero no tardaron en volver. En Panamá nadie pierde la honra, al menos no por mucho tiempo, y a los caballeros panameños no les atrae gastar su dinero en el exilio. Aquí se tiende más a reciclar a los políticos que a desacreditarlos. Así pues, los destierros suelen ser breves.

— ¿Y no se los acusó de colaboracionistas o algo así?
— La verdad, señor Osnard, pocos tenían la autoridad moral necesaria para tirar la primera piedra. Yo vestí al general unas cuantas veces, es cierto. Pero la mayoría de mis clientes fueron bastante más allá.
— ¿Y las huelgas? ¿Usted las secundó?
Pendel lanzó otra mirada nerviosa hacia la cocina, donde Marta debía de haber reanudado ya sus lecturas.
—Le seré sincero, señor Osnard. Cerrábamos la puerta principal de la tienda, pero no siempre cerrábamos la de atrás.
—Muy sensato —alabó Osnard.
Pendel agarró el tirador de la puerta más cercana y abrió. Dos ancianos pantaloneros italianos con delantales blancos y gafas de montura dorada desviaron la vista de sus labores. Osnard los saludó con un gesto pomposo y volvió a salir al pasillo.
— Viste también al nuevo, ¿no?
— Sí, tengo el honor de decir que el presidente de la República de Panamá se cuenta entre mis clientes. Y hombre más encantador no lo hay.
— ¿Dónde lo hacen? —preguntó Osnard.
—¿Disculpe?
— ¿Viene aquí, o va usted allí?
Pendel adoptó un aire de cierta superioridad.
— Siempre soy citado en el palacio, señor Osnard. Los ciudadanos vamos al presidente; no es él quien viene a nosotros.
—Se mueve por allí como por su casa, ¿eh?
—Bueno, es mi tercer presidente —contestó Pendel—. Se crean vínculos.
— ¿Con los sirvientes?
— Sí, también con ellos.
— ¿Y con él? —interrogó Osnard—. ¿Con el propio presidente?
Pendel volvió a demorar unos segundos su respuesta, como poco antes cuando Osnard había puesto a prueba los principios del secreto profesional.
—El presidente vive como cualquier gran jefe de Estado en estos tiempos. Es un hombre aislado, sometido a continuas tensiones, privado de lo que yo llamo los placeres cotidianos por los que la vida merece la pena. Para él, unos minutos a solas con su sastre pueden ser una plácida tregua en la refriega.
— O sea, que usted y él sostienen alguna que otra charla —concluyó Osnard.
— Yo prefiero definir esos ratos como interludios de tranquilidad. Me pregunta qué opinan de él mis clientes, y yo le contesto, sin dar nombres, por supuesto. A cambio, de vez en cuando, si algo lo preocupa, me honra con una confidencia. Me he labrado cierta fama de hombre discreto, como sin duda el presidente sabe por sus cautos asesores. Y ahora, caballero, si me hace el favor…
— ¿Cómo se dirige a usted?
—¿Cuando estamos solos, o en presencia de terceros?
— ¿Lo llama Harry, pues? —adivinó Osnard.
— Exacto.
— ¿Y usted a él?
—Jamás me atrevería, señor Osnard. Se me ha brindado la ocasión, he sido invitado a ello, pero para mí es el señor Presidente y siempre lo será.
— ¿Y qué hay de Fidel? —preguntó Osnard.

Pendel rió de buena gana. Hacía ya un rato que lo necesitaba.
—Pues el comandante en la actualidad se decanta, en efecto, por los trajes, y es lógico, dada su progresiva corpulencia. No hay un solo sastre en la región que no diese cualquier cosa por vestirlo, al margen de lo que los yanquis piensen de él. Sin embargo sigue fiel a su sastre cubano, como probablemente habrá usted notado con bochorno en la televisión. ¡Qué horror! En fin, con eso está todo dicho. Nosotros aquí estamos, siempre a punto. Si llega la llamada, P & B la atenderá.
—Tiene aquí montado todo un servicio de inteligencia, ¿eh? —observó Osnard.
— Vivimos en un mundo despiadado, señor Osnard. Existe una competencia feroz. Sería una estupidez por mi parte no permanecer alerta, ¿no cree?
— Desde luego. ¿Quién querría acabar como el bueno de Braithwaite?

Pendel había trepado a una escalera de tijera. Hacía equilibrios en la plataforma abatible, que por lo general procuraba evitar, y manipulaba un rollo de la mejor alpaca gris que había conseguido sacar del último estante, manteniéndolo en alto para que Osnard inspeccionase la tela. Cómo había llegado hasta allí arriba o qué lo había inducido a subir eran misterios sobre los que no estaba más dispuesto a reflexionar que un gato encaramado a la copa de un árbol. Su única preocupación era escapar.
— Lo importante, como siempre advierto, es colgarlos cuando aún conservan el calor del cuerpo y no olvidarse de alternarlos —anunció a un estante de piezas de estambre azul oscuro situado a un palmo de su nariz—. Aquí tenemos la tela que, según hemos visto en los muestrarios, podría ser de su agrado, señor Osnard. Una elección excelente, si me permite decirlo, y en Panamá el traje gris es prácticamente de rigor. Le bajaré el rollo para que pueda tocarla y verla de cerca. ¡Marta! ¡A la tienda, por favor!
—¿Qué quiere decir con «alternarlos»? —preguntó Osnard desde abajo, donde examinaba las corbatas con las manos en los bolsillos.
— Ningún traje debería llevarse dos días consecutivos, señor Osnard, y menos los veraniegos, como seguramente le aconsejaría su padre en más de una ocasión.
—Lo aprendió de Arthur, supongo.
—Es la limpieza en seco con productos químicos lo que estropea un buen traje, como siempre advierto --explicó Pendel—. Cuando la suciedad y el sudor están ya muy agarrados, como ocurre cuando un traje se usa más de la cuenta, el paso siguiente
es la tintorería, y he ahí el principio del fin. Un traje que no se alterna es un traje que dura la mitad de tiempo. ¡Marta! ¿Dónde se ha metido esta chica?
Osnard continuó atento a la corbatas.
- El señor Braithwaite llegaba al extremo de recomendar a sus clientes que se abstuviesen de ir a la tintorería --prosiguió Pendel, alzando un poco la voz-. Según él, bastaba con que cepillasen los trajes, les pasasen una esponja húmeda si era necesario, y los trajesen a la sastrería una vez al año para lavarlos en el río Dee.
Osnard había dejado de contemplar las corbatas y lo miraba fijamente.

-Debido a las singulares cualidades limpiadoras de sus aguas -añadió Pendel-, el río Dee es para un traje algo así como el jordán para un peregrino.
- Pensaba que eso eran ideas de Huntsman -objetó Osnard sin apartar la mirada de Pendel.
Pendel titubeó. Y el titubeo fue ostensible. Y Osnard lo observó mientras titubeaba.
- El señor Huntsman es un excelente sastre, caballero, uno de los mejores de Savile Row. Pero a este respecto siguió las pisadas de Arthur Braithwaite.
Probablemente quería decir «los pasos», pero bajo la intensa mirada de Osnard se había representado la nítida imagen del gran Huntsman rastreando obedientemente, como el paje del rey Venceslao, las huellas de Braithwaite por el negro lodo escocés. Desesperado por deshacer el maleficio, agarró el rollo de tela e inició el descenso por la escalera, con un brazo extendido para mantener el equilibrio y el otro sujetando el rollo contra el pecho como a un bebé.
-Aquí tiene, caballero, nuestra alpaca gris de tono intermedio en todo su esplendor -anunció, y dio las gracias a Marta, quien, aunque tarde, había aparecido finalmente bajo él.
Ella, escondiendo el rostro, asió un extremo de la tela con las dos manos y, ladeándola para que Osnard la examinase, retrocedió hacia la puerta. Y de algún modo notó la mirada de Pendel, y de algún modo él notó también la suya, interrogativa y a la vez
acusadora. Afortunadamente este mudo dialogo pasó inadvertido a Osnard, que en ese momento escrutaba la tela. Se había encorvado sobre ella con las manos cruzadas a la espalda como un miembro de la familia real en visita oficial. No parecía satisfecho. Cogiéndola del borde, comprobó la textura con las yemas del pulgar y el índice. La premiosidad de sus movimientos acicateo el afán de complacer de Pendel, y aumentó la desaprobación de Marta.
--¿El gris no es de su agrado, señor Osnard? Veo que tiene preferencia por el marrón. Y le sienta muy bien, si me permite decirlo. Actualmente en Panamá el marrón no goza de gran aceptación, la verdad. En términos generales, los panameños lo consideran un color poco masculino, no me pregunte por qué.
-Dejando a Marta con el extremo de la tela entre las manos y el rollo tirado a sus pies, empezó a subir de nuevo por la escalera-. Tengo aquí arriba un marrón ni muy claro ni muy oscuro idóneo para usted, sin demasiado rojo. Vamos a ver. Siempre he dicho que el exceso de rojo echa a perder un buen marrón, no sé si estaré equivocado. ¿Por qué se inclina hoy el caballero?
Osnard tardó en responder. Primero su atención permaneció fija en la tela gris, después se desvió hacia Marta, que lo escudriñaba con una especie de aversión clínica. Por último alzó la cabeza y contempló a Pendel en lo alto de la escalera, y Pendel podría haber sido un acróbata inmovilizado bajo la carpa de un circo sin su balancín, separado por un abismo del mundo que se extendía bajo él a juzgar por la tría indolencia reflejada en el rostro de Osnard.
—Sigamos con el gris si no le importa, amigo —contestó por fin.
—. «Gris para la ciudad, marron para el campo.- ¿No es eso lo que él decía?
--¿Quién?
-Braithwaite. ¿Quién iba a ser?

Pendel bajó lentamente. Parecía a punto de hablar pero guardó silencio. Se había quedado sin palabras, Pendel, para quien las palabras eran su seguridad y su consuelo. Así pues, se limitó a sonreir mintras Marta acercaba el extremo de la tela y él la enrollaba. Sonrió hasta que la sonrisa le dolió, Marta lo miró ceñuda, en parte por Osnard, y en parte porque ésa era la mueca inalterable que el cirujano, tras sus aterradores esfuerzos, había dejado grabada en su cara.

4

----Y ahora, caballero, sus medidas, si me permite.
Pendel había ayudado a Osnard a quitarse la chaqueta, reparando en un grueso sobre marron encajado entre las dos mitades, de su cartera. Su voluminoso cuerpo emanaba calor como un spaniel mojado, Sus tetillas, cubiertas por castos rizos de vello, se dibujaban claramente bajo la camisa empapada de sudor. Pendel se colocó detrás de él y le midió la espalda del cuello a la cinntura. Ambos permanecían en silencio. Por experiencia, Tender sabía que los panameños se sentían a gusto mientras los medían. No ocurría lo mismo con los ingleses, guardaba relación con el contacto físico. Partiendo otra vez del cuello, tomó el largo total de la espalda, como siempre sin rozar siquiera el trasero. Seguían sin hablar. Midió el ancho de la espalda para determinar el lugar exacto de la costura central, desde ahí tomó la distancia al codo a el puño. Situándose al lado de Osnard, le separó los codos del cuerpo y paso la cinta métrica bajo los brazos y por encima de las tetillas. A veces con los clientes solteros buscaba otro recorrido menos sensible, pero con Osnard no albergaba recelos. Abajo sonó el timbre y a continuación un portazo de reproche,
—¿Esa era Marta? —preguntó Osnard.
—Sí. Seguramente se marcha a casa.
—¿Tiene algo contra usted?
—Claro que no —respondió Tendel- . ¿Que le hace pensar
—Simples vibraciones.
—¡Válgame! —exclamó Pendel, recobrándose.
—Me ha parecido que también tenía algo contra mí.
—¡Santo cielo! ¿Qué podría tener contra usted?
—No le debo dinero ni me he acostado con ella, así que ¿quién sabe?
El probador era una cabina de madera de dimensiones corrientes —unos tres metros por tres y medio— situada al fondo del Rincón del Deportista, en la primera planta. Un espejo basculante de cuerpo entero, tres espejos murales y una sillita dorada componían el mobiliario. Una tupida cortina verde hacía las veces de puerta. Pero el Rincón del Deportista no era en absoluto un rincón, sino un desván alargado, bajo y forrado de madera, con cierta atmósfera de infancia perdida. En ninguna otra sección de la sastrería Pendel se había esforzado tanto para lograr ese efecto. Un pequeño regimiento de trajes a medio hacer colgaba de rieles metálicos sujetos a la pared en espera del último toque de clarín. Impermeables, gorras y zapatillas de golf resplandecían en los antiguos estantes de caoba. Dispuestos en elaborado desorden había botas de montar, fustas, espuelas, un par de excelentes escopetas inglesas, cartucheras y palos de golf. Y en primer

plano, ocupando el lugar de honor, se erigía un majestuoso caballo ensillado, como un potro de gimnasio pero con cabeza y cola, donde los jinetes podían probar la comodidad de sus calzones con la plena confianza de que su montura no los avergonzaría.
Pendel se devanaba los sesos en busca de un tema de conversación. En el probador tenía por costumbre hablar ininterrumpidamente a fin de atenuar la sensación de intimidad, pero por alguna razón su habitual repertorio se le resistía. Recurrió por fin a las reminiscencias de sus primeros desvelos.
--¡Vaya que si madrugábamos por aquel entonces! Las mañanas inclementes y oscuras en Whitechapel, el rocío en los adoquines... Aún me parece sentir aquel frío. Hoy las cosas han cambiado, desde luego. Por lo que sé, son contados los jóvenes que entran en el oficio. Al menos en el East End. No en auténticas sastrerías. Lo tienen muy difícil, supongo. Es lógico.
Midió de nuevo el ruedo del torso, pero esta vez pasando la cinta métrica por el exterior de los brazos mientras Osnard mantenía pegados al cuerpo. No era una medida que tomase normalmente, pero Osnard no era un cliente normal.
—Del East End al West End —comentó Osnard—. Todo un salto.
—Y que lo diga, pero la verdad es que hasta la fecha no he tenido motivo para arrepentirme.
Se encontraban cara a cara y muy cerca. Pero en tanto 1os implacables ojos castaños de Osnard parecían perseguir a Pendel desde todos los ángulos, los de éste permanecían fijos en la cintura del pantalón de gabardina, arrugada a causa del sudor. Rodeó con la cinta el amplio contorno de Osnard y la tensó.
— Déme la mala noticia --pidió Osnard.
—Digamos que una discreta cuarenta y ocho, más un pico previsión.
— En previsión ¿de qué?
—Pues, pongamos, del almuerzo —contestó Pendel, arrancándole a Osnard una carcajada que necesitaba ya con urgencia.
—¿Alguna vez añora la madre patria? —preguntó Osnard mientras Pendel, cautamente, anotaba una cincuenta de cintura en su cuaderno.
— En realidad no. No, yo diría que no. No de una manera palpable. No —repitió Pendel a la vez que se guardaba el cuaderno en el bolsillo trasero del pantalón.
—Pero seguramente de vez en cuando echará de menos Savile Row.
— Ah, bueno, Savile Row —concedió Pendel efusivamente, sucumbiendo a la nostálgica imagen de sí mismo confinado a 1a seguridad de un siglo anterior, tomando medidas para levitas calzones ajustados—. Sí, pero tampoco Savile Row es ya lo que es. ¿no? Si tuviéramos más de lo que en otro tiempo representaba Savile Row y menos de lo que hoy en día tanto abunda, Inglaterra no estaría como está. Sería un país más próspero, con perdón.
Pero si Pendel había pensado que mediante esa clase de tópicos iba a librarse del inquisitivo asedio de Osnard, gastaba saliva en balde.
— Cuénteme cómo fue.
—¿A qué se refiere? —replicó Pendel.
—El bueno de Braithwaite lo tomó como aprendiz, ¿no?
—Así es.
— El joven y afanoso Pendel se sentaba en el portal de la sastrería un día tras otro. Cada mañana, cuando el viejo aparecía puntualmente, allí estaba

usted. «Buenos días, señor Braithwaite, ¿cómo estamos hoy? Soy Harry Pendel, su nuevo aprendiz.» Me encanta. Me encanta ese desparpajo en la gente.
—Me alegra saberlo —contestó Pendel, vacilante, intentando ahorrarse la experiencia de oír de labios de otra persona su propia anécdota en una de sus muchas versiones.
— Así que, a fuerza de machacar, se lo metió en el bolsillo y pasó a convertirse en su aprendiz preferido, como en el cuento de hadas —prosiguió Osnard. No especificó a qué cuento aludía, y Pendel tampoco mostró interés en saberlo—. Y un día... ¿al cabo de cuántos años? Un día el bueno de Braithwaite se le acerca y dice: «Muy bien, Pendel. Ya estoy harto de tenerte como aprendiz. A partir de ahora serás el príncipe heredero.» 0 algo por el estilo. Descríbame la escena. Póngale la salsa.
Un ceño de feroz concentración nubló la frente de Pendel, por lo general despejada. Situándose a la izquierda de Osnard, extendió la cinta métrica en torno al trasero, desde la rabadilla hasta el punto más prominente, y tomó nota. Se encorvó para medir el largo exterior de la pierna, se enderezó y, como un nadador en una salida nula, volvió a agacharse hasta tener la cabeza a la altura de la rodilla derecha de Osnard.
—¿Y a qué lado carga, si no es indiscreción? —murmuró, notando en la nuca la penetrante mirada de Osnard—. Por lo que he podido observar, la mayoría de mis clientes se decanta por el izquierdo. Dudo que sea por razones políticas.
Este era uno de sus chistes habituales, pensado para provocar la risa incluso en los clientes más circunspectos. Con Osnard obviamente no surtió efecto.
—Nunca sé dónde la tengo. La condenada va y viene como una manga de viento —contestó con indiferencia—. ¿Fue por lamañana? ¿Por la tarde? ¿A qué hora del día recibió la visita real?
—Por la tarde —masculló Pendel tras una eternidad. Y en reconocimiento de su derrota, añadió—: Un viernes, como hoy.
Aun dando por supuesto que cargaba a la izquierda, para no correr riesgos colocó el extremo metálico de la cinta métrica en el lado derecho de la bragueta de Osnard, poniendo especial cuidado en no tocar lo que pudiese esconderse dentro, y la extendió hasta la suela del zapato, que era recio y austero y estaba muy remendado. Tras restar dos centímetros y medio y apuntar el dato, se irguió resueltamente, pero el ánimo volvió a flaquearle al encontrarse bajo la intensa mirada de aquellos ojos oscuros y redondos y creer por un momento que lo encañonaban las armas del enemigo.
— ¿En verano o en invierno? —insistió Osnard.
— En verano —respondió Pendel casi sin voz. Con renovada determinación tomó aliento y volvió a la carga—. En verano éramos pocos los jóvenes dispuestos a trabajar los viernes por la tarde. Supongo que yo era la excepción, y por eso, entre otras cosas, el señor Braithwaite se fijó en mí.
— ¿En qué año ocurrió?
— Pues... sí... el año... —Ya recobrado, movió la cabeza y trató de sonreír—. Dios santo, ha pasado tanto tiempo... Pero uno no puede luchar contra la marea, ¿no? El rey Canuto lo intentó y ya ve dónde acabó —añadió, sin saber con certeza dónde había acabado Canuto, ni siquiera si había acabado en alguna parte. Así y todo, percibía que estaba recuperando la soltura, o lo que su tío Benny llamaba la «afluencia». Adoptando un tono

lírico, prosiguió—: Se encontraba en el umbral de la puerta. Yo, como me ocurre siempre que corto, debía de tener los cinco sentidos puestos en un pantalón, porque recuerdo que me sobresaltó. Levanté la vista, y allí estaba él, mirándome, sin hablar. Era un hombre corpulento. A veces la gente se olvida de ese rasgo de su persona. La amplia calva, las marcadas cejas... Poseía una apariencia imponente. Era un ciclón, una presencia ineludible...
—Se olvida del bigote —objetó Osnard.
—¿El bigote?
— Sí, un mostacho enorme poblado, siempre con restos de sopa. En la época en que le tomaron la fotografía de abajo ya debía de habérselo afeitado. A mí me aterrorizaba. Por entonces tenía sólo cinco años.
—No llevaba bigote cuando yo lo conocí, señor Osnard.
— Claro que lo llevaba. Lo recuerdo como si fuese ayer. Pendel, por tozudez o por instinto, decidió mantenerse en sus trece.
— Creo que a ese respecto lo engaña la memoria, señor Osnard. Quizá le atribuye a Arthur Braithwaite el bigote de otro caballero.
—¡Bravo! —susurró Osnard.
Pero Pendel se negó a aceptar que lo había oído, o que había visto el amago de un guiño en el rostro de Osnard. Siguió adelante:
--«Pendel», me dijo. «Quiero que seas mi hijo. Tan pronto como aprendas a hablar con propiedad tengo la intención de llamarte Harry, ponerte al frente de la sastrería, nombrarte heredero y socio...»
— ¿No había dicho que tardó nueve años? —preguntó Osnard.
— ¿Nueve años? ¿En qué?
— En llamarlo Harry.
— Empecé de aprendiz, ¿no? --repuso Pendel
— Tiene razón. Perdone. Siga, siga.
— Eso es todo lo que quería decirte, así que ahora vuelve a tus pantalones y ve a tomar clases nocturnas para mejorar la dicción», me dijo.
Se interrumpió. Se había quedado en blanco. Le escocía la garganta, le ardían los ojos y le zumbaban los odios. Pero experimentaba también una sensación de culminación airosa. Lo he hecho. Tenía una pierna rota, estaba a cuarenta grados de fiebre, pero la función ha continuado.
— Magnífico —murmuró Osnard.
- -Gracias.
—En la vida había oído una patraña mejor hilvanada, y me la ha recitado como un héroe de película.
Pendel escuchaba a Osnard a gran distancia, entre otras muchas voces. Las hermanas de la caridad de su orfanato del norte de Londres advirtiéndole que Jesús se enfadaría con él. Las risas de sus hijos en el todoterreno. La voz de Ramón anunciándole que un banco mercantil había indagado sobre su situación económica y ofrecido incentivos a cambio de la información. La voz de Louisa asegurándole que bastaría con un buen hombre. Y por último oyó el fragor del tráfico en hora punta saliendo de la ciudad y deseó hallarse con los otros conductores, inmóvil y libre en medio del embotellamiento.
—Sin embargo, amigo mío, resulta que yo sé quién es, por si no se ha dado cuenta.
—Pero Pendel no se daba cuenta de nada, ni siquiera de la intensidad con que Osnard lo miraba. Había corrido un velo en su mente, y Osnard se encontraba al otro lado--. 0 para ser más exactos, sé quién no es. Pero no se

asuste, no hay razón para alarmarse. Me ha encantado. Del principio al fin. No me lo habría perdido por nada del mundo.
—Yo no soy nadie —se oyó musitar Pendel desde su lado del velo, y después le llegó el sonido de la cortina del probador al descorrerse.
Y con ojos intencionadamente empañados vio que Osnard se asomaba por la abertura para echar un prudente vistazo al Rincón del Deportista. Volvió a oír la voz de Osnard, pero esta vez tan cerca de su oído que los susurros parecían silbidos.
—Es usted Pendel 906017, ex presidiario y ex delincuente juvenil, condenado a seis años por incendio provocado. Cumplió dos años y medio. Aprendió el oficio de sastre en el trullo. Abandonó el país tres días después de pagar su deuda a la sociedad con la ayuda de su tío paterno Benjamín, ya fallecido. Se casó con Louisa, hija de un militar de la Zona y una profesora de religión, que actualmente trabaja de factótum para el gran Ernesto Delgado cinco días por semana en la Comisión del Canal de Panamá. Dos hijos: Mark, de ocho años; Hannah, de diez, insolvente por gentileza del arrozal. Pendel & Braithwaite no es más que una sarta de gilipolleces. Nunca existió tal establecimiento en Savile Row. No hubo liquidación porque no había nada que liquidar. Arthur Braithwaite es uno de los grandes personajes de ficción. No hay nada como una farsa. ¿Qué es acaso la vida? No me mire con esa cara. Soy su premio. La respuesta a sus plegarias. ¿Me oye?
Pendel no oía nada. Permanecía inmóvil con la cabeza gacha y los pies juntos, paralizado por completo, incluso las orejas. Obligándose a salir de su letargo, levantó el brazo de Osnard a la altura del hombro, se lo dobló hasta que tuvo la palma de la mano abierta sobre el pecho, apoyó el extremo de la cinta métrica en el eje central de la espalda y la extendió en torno al codo hasta la muñeca.
—Le he preguntado quién más está al corriente —decía Osnard.
—¿De qué?
—De la farsa. El traspaso de responsabilidades de san Arthur al joven Pendel. P & B, sastres de la realeza. Mil años de historia. Todas esas sandeces. Aparte de su esposa, claro.
—¡Ella no está enterada! —exclamó Pendel, visiblemente alarmado.
— ¿No lo sabe?
Enmudeciendo de nuevo, Pendel negó con la cabeza.
— ¿Louisa no lo sabe? ¿También la ha engañado a ella? Quédate shtumm, Harry, muchacho. Shtumm es la palabra.
—¿Y lo de su ligero contratiempo local? —preguntó Osnard.
— ¿Cuál?
—La cárcel.
Pendel musitó algo que él mismo apenas oyó.
— ¿Eso es otro no?
—Sí. No.
— ¿No sabe Louisa que cumplió condena? ¿No sabe lo del tío Arthur? ¿Sabe acaso que el arrozal está a punto de irse a pique?
Otra vez la misma medida. Desde el centro de la espalda hasta la muñeca, pero ahora con los brazos rectos a los costados. Siguiendo la línea del hombro con movimientos rígidos.
— ¿Tampoco?
— Tampoco —respondió Pendel.

— Pensaba que era copropietaria.
—Lo es.
— Pero aún no se ha enterado —dijo Osnard.
—Al fin y al cabo, de los asuntos de dinero me ocupo yo, ¿no?
—A la vista está. ¿Cuánto debe?
—Cerca de cien mil —mintió Pendel.
—Yo he oído que son casi doscientos, y en aumento.
—Ha oído bien.
— ¿A qué interés?
—Al dos.
— ¿Al dos por ciento trimestral?
—Mensual —precisó Pendel.
—¿Interés compuesto?
—Es posible.
—E hipotecó la sastrería para conseguir el préstamo. ¿Cómo se le ocurrió semejante disparate?
—Atravesábamos lo que suele llamarse una época de recesión. No sé si se ha visto usted en ese trance alguna vez —dijo Pendel, recordando los días en que si tenía sólo tres clientes, los citaba uno tras otro a intervalos de media hora para crear una sensación de ajetreo.
—¿Qué hacía? ¿Apostar en bolsa?
— Asesorado por mi experto banquero, sí.
— ¿Y su experto banquero se especializa en vender empresas en quiebra o algo así? —ironizó Osnard.
— Probablemente.
—Y la pasta era de Louisa, ¿me equivoco?
— De su padre. La mitad de la herencia. Tiene una hermana.
—¿Y la policía?
—¿Qué policía?
— La policía panameña, o como se llame aquí.
—¿Qué pasa con la policía?
—La voz de Pendel se había destrabado por fin y fluía libremente—. Pago mis impuestos. Estoy en paz con la Seguridad Social. Mantengo al día la contabilidad. Aún no he quebrado. ¿Por qué iban a entrometerse?
—Pensaba que quizá habían descubierto sus antecedentes, que lo habían invitado a pagar una módica suma a cambio de su silencio. No le gustaría que lo echasen del país por no pagar sus sobornos, ¿verdad?
Pendel negó con la cabeza y después, agachándola, se la cubrió con la palma de la mano, bien para rezar, bien para asegurarse de que aún la tenía unida al cuerpo. A continuación adoptó la actitud que le había inculcado el tío Benny antes de su ingreso en prisión.
«Tienes que aplanarte, Harry, muchacho -insistía Benny, empleando una expresión que Pendel no había oído hasta entonces ni después a nadie más que a él-. Encógete. No seas nadie, no mires a nadie. Les molesta, como si dieras lástima. No eres siquiera una mosca en la pared. Formas parte de la pared.»
Pero Pendel no tardó en cansarse de ser pared. Levantó la cabeza y miró alrededor parpadeando, como despertando a la mañana siguiente de un estreno. Recordó una de las confesiones más desconcertantes del tío Benny y llegó a la conclusión de que por fin la había entendido: «Harry, muchacho, mi problema es que allá donde voy viajo yo conmigo y lo echo todo a perder.»

- ¿Y quién es usted, si puede saberse? -preguntó Pendel con un amago de hostilidad.
- Un espía. Un espía de la feliz Inglaterra de nuestros antepasados. Reabrimos Panamá.
- ¿Por qué?
- Se lo contaré durante la cena -contestó Osnard-, ¿A qué hora cierra los viernes?
- Si quiero, ahora mismo. Me sorprende que lo pregunte.
- Y en su casa ¿qué? ¿Velas, kiddush, o lo que sea que hagan?
- Nada. Somos cristianos -afirmó Pendel-. Hasta la médula. -Es socio del club Unión, ¿verdad?

-Apenas.

- Apenas ¿qué?
- Tuve que comprar el arrozal para que me aceptasen -explicó Pendel-. Rechazan a los sastres judíos pero no ponen reparos a los granjeros irlandeses. Siempre y cuando dispongan de veinticinco mil dólares para pagar la cuota.

-¿Y por qué quería ser socio?

Para su asombro, Pendel advirtió en sus propios labios una sonrisa más efusiva de lo que era normal en él. Una sonrisa delirante, forzada quizá por la perplejidad y el pánico, pero una sonrisa al fin y al cabo, y el alivio que le producía era como descubrir que aún podía valerse de sus miembros.

-En confianza, señor Osnard -dijo con repentina cordialidad-, eso es para mí un misterio aún sin resolver. Soy impulsivo, y a veces pretencioso. Es mi mayor defecto. Mi tío Benjamín, el que acaba de nombrar, soñó siempre con tener una villa en Italia. Quizá deseaba pertenecer al club por complacer a Benny. 0 quizá por hacerle un corte de mangas a la señora Porter.

-No la conozco.

-La supervisora que me asignaron al concederme la libertad condicional. Una mujer muy estricta, convencida de que mi único porvenir era la delincuencia.

_¿Cena alguna vez en el club Unión? -preguntó Osnard-. ¿Lleva invitados?

-Casi nunca. Y menos ahora, en mi, digamos, delicada situación económica.

-Si encargase diez trajes en lugar de dos y no tuviese ningún compromiso para la cena, ¿me llevaría allí?

Osnard estaba poniéndose la chaqueta. Dejemos que se las arregle él solo, pensó Pendel, reprimiendo su natural impulso de ayudar.

-Podría ser. Depende -contestó con cautela.

-Y llamaría a Louisa, supongo. «Cariño, buenas noticias, acabo de colocarle diez trajes a un inglés chiflado y lo he invitado a cenar en el club Unión.»

-Podría ser.

-¿Cómo se lo tomaría?

-Es imprevisible.

Osnard introdujo una mano en el interior de la chaqueta, sacó el sobre que Pendel había visto minutos antes, y se lo entregó.

-Cinco de los grandes a cuenta de los dos trajes. No me hace falta recibo. Hay más esperándole. Y añadamos otro par de cientos por el ágape de esta noche.

Pendel llevaba aún el chaleco, así que se metió el sobre en el bolsillo trasero del pantalón, donde guardaba el cuaderno.

–En Panamá todo el mundo conoce a Harry Pendel –dijo Osnard–. Si andamos escondiéndonos, lo notarán. Si vamos a algún sitio que usted frecuente, no le darán mayor importancia.
Volvían a hallarse cara a cara. Visto de cerca, Osnard irradiaba entusiasmo contenido. Pendel, siempre presto a la empatía, sintió crecer su propio ánimo por influencia de ese halo. Bajaron a la tienda para que él telefonease a Louisa desde el taller de corte mientras Osnard ponía a prueba con su peso la resistencia de un paraguas plegado en cuya etiqueta se afirmaba: «Creado a imagen de los paraguas utilizados por la Guardia Real británica.»

–Tú bien lo sabes, Harry –dijo Louisa, y Pendel la escuchaba con la oreja izquierda ya caliente por la presión del auricular. Era la voz de su madre. Socialismo y clases de religión.
– ¿Qué sé, Lou? ¿Qué debería saber? –En broma, siempre esperando una risa–. Ya me conoces, Lou, Yo no sé nada de nada. Soy un absoluto ignorante.
Por teléfono Louisa repartía los silencios como años de condena.
– Tú bien sabes, Harry, lo que te mereces por abandonar a tu familia esta noche y marcharte a tu club a divertirte con otros hombres y mujeres en lugar de disfrutar de la compañía de quienes te quieren. –Su voz cedió gradualmente a la ternura, y Pendel casi deseó estar a su lado. Pero como de costumbre las palabras no se correspondieron con el tono. Tras una pausa, como si todavía esperase que él cambiara de idea, añadió–: ¿Harry?
–¿Sí, cariño?
– No necesito zalamerías, Harry –replicó, que era su peculiar manera de devolver expresiones de afecto como «cariño». Pero si tenía algo más en mente, no lo dijo.
–Nos queda todo el fin de semana, Lou. Tampoco es que me vaya de casa para siempre. –Un silencio tan vasto como el Pacífico–. ¿Cómo estaba Ernie? Es un gran hombre, Louisa. No sé por qué he tenido que reírme de él. Es un santo como tu padre. Debería arrodillarme a sus pies.
Es por su hermana, pensó Pendel. Siempre que está de mal humor es porque la corroe la envidia que su hermana despierta en ella.
–Me ha pagado cinco mil dólares a cuenta, Lou –argumentó Pendel, suplicando su aprobación–, dinero en mano. Está solo. Desea un poco de compañía. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo ponga en la calle a estas horas, que le dé las gracias por comprarme diez trajes y le diga que se largue y se busque una mujer?
–Harry, no tienes por qué justificarte. No hay el menor inconveniente en que lo traigas a casa. Y si no nos consideras dignos de él, haz lo que debas y no te culpes por ello.
De nuevo asomó la ternura a su voz, la Louisa que deseaba ser y no la que hablaba por ella.
–¿Todo en orden? –preguntó Osnard con desenfado.
Había encontrado el whisky con que obsequiaba a los clientes y dos vasos. Ofreció uno a Pendel.
–Como una seda. Es una mujer entre un millón.

Pendel entró en el cuarto del material para cambiarse. Por puro hábito colgó el pantalón, sujeto de las pinzas, en la misma percha que la chaqueta y con igual pulcritud. Para la cena eligió un traje de mohair de color azul pastel, con una sola fila de botones, que se había cortado él mismo seis meses atrás mientras escuchaba a Mozart y aún no se había puesto por temor a que resultase demasiado ostentoso. Al verse en el espejo le sorprendió la normalidad de su rostro. ¿Por qué conservas el mismo color, tamaño y forma? ¿Qué más tiene que ocurrirte para que te ocurra algo? Te levantas esta mañana. El director de tu banco te confirma que el fin del mundo se acerca. Llegas a la sastrería e irrumpe un espía inglés que arremete contra ti blandiendo tu pasado y quiere enriquecerte y a la vez que sigas como hasta ahora.
–Andrew te llamas, ¿no? –gritó a través de la puerta abierta, iniciando un nueva amistad.
–Andy Osnard, soltero, sesudo experto en monsergas políticas de la embajada británica, recién llegado. El bueno de Braithwaite vestía a mi padre y tú andabas de un lado a otro con la cinta métrica. La tapadera perfecta. No la encontraríamos mejor.
Y esa corbata que siempre me ha gustado, pensó. Con rayas azules en zigzag y un toque de rosa pálido. Mientras Pendel conectaba la alarma, Osnard lo contempló con el orgullo de un creador.
Había dejado de llover. Los autobuses iluminados con bombillas de colores que cabeceaban por el irregular pavimento iban vacíos. El tórrido cielo azul del atardecer se perdía en la noche, pero el calor no aflojaba porque en Ciudad de Panamá nunca afloja. Es calor seco o es calor húmedo. Pero el calor siempre esta presente, como el ruido: el tráfico, los taladros, los andamios al montarse o desmontarse, los aviones, los acondicionadores de aire, la música enlatada, las excavadoras, los helicópteros y --con suerte— los pájaros, Osmard arrastraba su paraguas de corredor de apuestas. Pendel, aunque alerta, iba desarmado. Era incapaz de descifrar sus propios sentimientos, le habían puesto a prueba, y había salido fortalecido y avisado. Pero ¿cual era el objetivo de esa prueba? ¿Fortalecido y avisado en qué forma? si había sobrevivido, ¿por qué no se sentía a salvo? No obstante, pese a sus recelos, al salir de nuevo al mundo se sintió renacer:
—¡Cincuenta mil dolares! —anunció Pendel a voz en grito mientras abría la puerta del todoterreno,
— Para qué? —preguntó Osnard,
- Es lo que cuesta pintar a mano esos autobuses! !Contratan artistas profesionales! ¡Tardan dos años!
No era un dato que Fendel conociese hasta ese momento, si es que podía decirse que lo conocía, pero tenía la íntima necesidad de hablar con autoridad del tema. Al acomodarse en el asiento lo asaltó la incómoda sensación de que el coste se aproximaba más a mil quinientos dólares, y el tiempo de trabajo eran dos meses y no dos años.
-¿Quieres que conduzca yo? -ofreció Osnard mirando de reojo a uno y otro lado de la calle.
Pero Pendel era dueño de sus actos. Diez minutos antes estaba convencido de que nunca volvería a caminar libremente, y de pronto se hallaba sentado al volante de su propio coche en compañía de su carcelero y vestido con un traje de color azul pastel en lugar de un maloliente mono de yute con su nombre escrito en el bolsillo.

- ¿Y no andas metido en aprietos? -dijo Osnard.
Pendel no entendió la pregunta.
-Gente con la que prefieres no cruzarte: acreedores, maridos engañados, algo así.
-Sólo tengo deudas con el banco, Andy. En cuanto a lo otro, no voy por ahí persiguiendo esposas ajenas, aunque, conociendo a los latinos, nunca lo admitiría ante mi clientela. Pensarían que soy un capón o un marica. -Rió por ambos con mayor estridencia de la necesaria mientras Osnard permanecía atento a los retrovisores-. ¿De dónde eres, Andy? ¿Dónde tienes tus raíces? Por lo que se ve, tu padre ocupa un papel destacado en tu vida, a menos que también sea un personaje imaginario. ¿Fue un hombre famoso? Seguro que sí.
-Era médico -respondió Osnard sin vacilar.
- ¿Cuál era su especialidad? ¿Neurocirugía? ¿Cardiología? -Medicina general.
- ¿Dónde ejercía? ¿En algún país exótico?
- En Birmingham.
-¿Y tu madre de dónde era, si no es indiscreción?
-Del sur de Francia.
Pero Pendel no pudo menos que preguntarse si Osnard había emplazado a su difunto padre en Birmingham y a su madre en la Costa Azul con la misma despreocupación con que él había emplazado al difunto Braithwaite en Pinner.
El club Unión es donde los multimillonarios de Panamá se dan cita aquí en la tierra. Al cruzar el arco rojo en forma de pagoda, Pendel con la debida deferencia, redujo la velocidad hasta casi detenerse en su afán de demostrar a los dos vigilantes uniformados que él y su acompañante eran blancos y de clase media. Los viernes son noches de discoteca para los hijos de los gentiles adinerados. Frente a la rutilante entrada, flamantes todoterrenos vomitaban adustas princesas de diecisiete años y efebos de fornido cuello mirada vacía con pulseras de oro. Un pasillo delimitado por gruesos cordones de color carmesí conducía hasta la puerta, custodiada por hombres de anchas espaldas con uniformes de chófer y placas de identificación colgadas de un ojal. Tras obsequiar a Osnard con una confiada sonrisa, escrutaron a Pendel con expresión ceñuda pero 1e franquearon el paso. El vestíbulo, abierto al mar, era amplio y fresco. Una rampa tapizada de verde descendía a una terraza. Más allá se avistaba la bahía con su perpetua hilera de barcos, dispuestos como buques de guerra bajo una masa de negros nubarrones. La última claridad del día se difuminaba por momentos. El humo del tabaco, los perfumes caros y la música rítmica saturaban el aire.
-Ves aquella carretera elevada, Andy? -preguntó Penden, señalando con el brazo en un ademán de anfitrión, mientras con la otra mano anotaba el nombre de su invitado en el libro de visitas-. Pues el terraplén sobre el que está construída se hizo con los escombros extraídos del Canal. Impide que los sedimentos de los ríos se depositen en el fondo de la vía navegable. Nuestros antepasados yanquis no tenían un pelo de tontos -declaró, probablemente por identificación con Louisa, pues él no descendía de yanquis- Es una lástima que hayan desaparecido los cines al aire libre; tendrías que haberlos visto, Parece mentira, ¿no? Cines al aire libre aquí en la estación de las lluvias. Pues los había. ¿ A que no adivinas con qué frecuencia llueve en

Panamá entre las seis y las ocho de la tarde, tanto en la estación de las lluvias como el resto del año? ¡Un promedio anual de dos días! Sorprendido, veo. --¿Dónde podemos tornar una copa? -dijo Osnard. Pero Pendel deseaba mostrarle antes la última y más extraordinaria innovación del club: un ascensor silencioso, provisto de un magnífico revestimiento interior, para que las herederas geriátricas suban y bajen los casi tres metros que separan las dos plantas.

– Vienen a echar la partida, Andy. Algunas de esas ancianas juegan a las cartas día y noche. Deben de pensar que podrán llevarse la ganancia al otro barrio.

El bar se hallaba en plena fiebre del viernes noche. En todas las mesas los animados concurrentes se saludaban, y gesticulaban, se palmeaban los hombros, discutían, saltaban se hacían callar mutuamente a gritos. En medio de todo eso algunos se tomaban un momento para llamar a Pendel, estrecharle la mano y expresar alguna observación jocosa, sobre su traje.

– Permíteme que te presente a mi buen amigo Andy Osnard, uno de los hijos predilectos de su majestad, recién llegado de Inglaterra para rehabilitar el buen nombre de la diplomacia –dijo a un banquero llamado Luis.

–La próxima vez basta con que digas Andv –aconsejó Osnard cuando Luis volvió al lado de sus chicas--. Les trae sin cuidado quién soy o quién dejo de ser. Por cierto, ¿hay algún gerifalte esta noche? ¿Quiénes han venido: Delgado no, desde luego. Se ha tomado unas vacaciones en Japón con el presi.

– Correcto, Andy, Ernie está en Japón, gracias a eso Louisa puede tomarse un respiro. !Vaya, vaya! ¿Quién tenemos aquí? Increíble. Panamá tiene chismorreo en lugar de cultura. La mirada de Pendel se había posado en un cincuentón de aspecto distinguido y poblado bigote acompañado de una hermosa joven. Él vestía traje oscuro y corbata plateada; ella llevaba la larga cabellera negra caída sobre un hombro desnudo y un collar de diamantes de tamaño suficiente para hundirla. Estaban sentados uno al lado del otro, muy erguidos, conmo una pareja en una vieja fotografia, y recibían las felicitaciones de quienes los querían bien.

– Nuestro galante juez, Andy, está de nuevo entre nosotros –explicó Pendel en respuesta a los apremiantes requerimientos de Osnard–, y sólo una semana después de retirarse los cargos contra él.

– ¿Es cliente tuyo?

–En efecto, Andy, y muy apreciado. Tengo invertidos en ese caballero cuatro trajes a medio hacer, además de un esmoquin, y hasta la semana pasada todo ello estaba condenado a saldarse en las rebajas de Año Nuevo. –Sin precisar mayores ruegos, Pendel prosiguió con la historia, expresándose con esa pedantería que nos induce a pensar que una persona se ajusta escrupulosamente a la verdad–. Hace un par de años mi amigo Miguel llegó a la conclusión de que cierta amiga suya, cuyo bienestar había asumido él como obligación personal, concedía sus favores a otro. Dicho rival también era, cómo no, letrado. En Panamá siempre lo son, y en su mayoría, lamento decir, formados en universidades norteamericanas. Así que Miguel hizo lo que cualquiera haría en tales circunstancias: contrató a un matón que puso oportuno remedio a tan irritante asunto.

– Bien por él. ¿Y cómo?

Pendel recordó una frase que Mark había sacado de un escabroso cómic, confiscado posteriormente por Louisa.
–Envenenamiento por plomo, Andy. Los profesionales tres balazos: uno en la cabeza, dos en el cuerpo, y lo que quedó de él en las primeras páginas de todos los periódicos. El asesino fue detenido, cosa insólita en Panamá. Y confesó cumplidamente, cosa que, admitámoslo, no lo es.
–Pendel hizo una pausa, permitiendo a Osnard introducir una apreciativa sonrisa en la conversación y aprovechando el instante para acopiar inspiración artística. 0 como diría el tío Benny, para poner en claro el meollo. Darle rienda suelta a su afluencia. Exprimir bien la anécdota para mayor disfrute del público–. El fundamento de la detención, y la subsiguiente confesión, fue un cheque de cien mil dólares, extendido por nuestro amigo Miguel a nombre del susodicho matón e ingresado en un banco panameño partiendo del arriesgado supuesto de que la confidencialidad bancaria garantizaría la inmunidad ante miradas indiscretas.
– Y ésa es la dama en cuestión --adivinó Osnard con tácita admiración--. Se diría que tiene grandes aptitudes para la pantomima.
–La misma, Andy, y ahora unida a Miguel en santo matrimonio, aunque, según se cuenta, esa limitación no acaba de satisfacerle. Y lo que estás viendo esta noche es una triunfal demostración del retorno a la honra de Miguel y Amanda.
–¿Cómo demonios se las ha apartado?
–Verás, Andy, en primer lugar –continuó Pendel, enardecido por una omnisciencia que excedía con mucho su conocimiento real del caso– se habla de un soborno de siete millones de dólares, que nuestro docto juez puede permitirse de sobra habida cuenta de que posee una agencia de transporte especializada en la importación de arroz y café de Costa Rica, y sus camiones entran en el país sin causar innecesarias molestias a nuestros agobiados funcionarios, ya que su hermano es un alto cargo de aduanas.
–¿Y en segundo lugar? –preguntó Osnard.
Pendel estaba disfrutando de todo: de sí mismo, de su voz, de su propia triunfal resurrección.
–La comisión judicial designada para examinar las pruebas contra Miguel llegó a la sabia conclusión de que los cargos carecían de credibilidad. Se consideró que aquí en Panamá cien mil dólares era un precio exagerado para un simple asesinato, pues la tarifa corriente para un trabajo de esas características ronda los mil dólares. Además, ¿qué juez en su sano juicio firmaría un cheque nominal a un asesino a sueldo? Tras largas deliberaciones, la comisión dictaminó que la acusación era un burdo intento de incriminar en el delito a un probo servidor de su partido y su país. En Panamá tenemos un dicho: la justicia es un hombre.
–¿Y qué han hecho con el asesino?
–En un segundo interrogatorio tuvo la gentileza de confirmar que no había visto a Miguel en su vida y que había recibido las instrucciones de un hombre con barba y gafas de sol con quien se había reunido una sola vez en el vestíbulo del hotel Caesar Park durante un apagón.
–¿No hubo protestas? –dijo Osnard.
Pendel negó con la cabeza.
–Ernie Delgado y otros virtuosos defensores de los derechos humanos lo intentaron, pero como de costumbre sus protestas cayeron en saco roto

debido a cierta laguna en su credibilidad –explicó antes de pensar siquiera a qué se refería en particular. Sin embargo siguió adelante como un camionero dándose a la fuga–. Ernie no ha sido siempre tan intachable como lo pintan, o eso dicen.

– ¿Quiénes?

– Ciertos círculos, Andy. Círculos bien informados.

– ¿Significa eso que saca tajada como todos los demás? –inquirió Osnard.

–Corren rumores al respecto –respondió Pendel enigmáticamente, entornando los párpados para mayor veracidad–. Y disculpa, pero prefiero no entrar en detalles. Si no ando con cuidado, acabaré diciendo algo contrario a los intereses de Louisa.

– ¿Y qué ha pasado con el cheque?

Pendel advirtió con inquietud que los pequeños ojos de Osnard, como antes en la sastrería, parecían dos orificios negros en la blanda superficie de su rostro.

– Una tosca falsificación, Andy, como se había sospechado –contestó, notando un repentino calor en las mejillas–. El cajero del banco en cuestión ya ha sido oportunamente relevado de su puesto, me complace informar, así que no volverá a ocurrir. Y por otra parte están, cómo no, los trajes blancos. El blanco desempeña un papel muy importante en Panamá, más de lo que mucha gente cree.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Osnard sin dejar de mirarlo.

Quería decir que Pendel había visto a un austero holandés que habitualmente daba extraños apretones de manos y hablaba en confidenciales susurros acerca de asuntos mundanos.

– Masones, Andy –aclaró, con el vivo deseo de desviar la mirada de Osnard–. Sociedades secretas. Opus Dei. El vudú de las clases altas. Una garantía por si la religión falla. Es un país muy supersticioso, Panamá. Deberías vernos con nuestros billetes de lotería dos veces por semana.

—¿Cómo te enteras de todo eso? --quiso saber Osnard, dando a su voz una trayectoria descendente para que sólo Pendel lo oyese.

—Por dos canales, Andy.

— ¿Qué canales?

— Por un lado está lo que yo llamo el corrillo, es decir, las tertulias que se organizan en la sastrería algunos jueves por la noche, siempre de manera espontánea y por iniciativa de mis clientes, para tomar unas copas e intercambiar opiniones.

— ¿Y el otro? —preguntó Osnard, de nuevo con su mirada fija y severa.

— Andy, te aseguro que no exagero si te digo que las paredes de mi probador escuchan más confesiones que el sacerdote de una penitenciaría.

Existía un tercer canal que Pendel no mencionó. Se trataba de una tendencia compulsiva, y quizá él mismo no era consciente de que vivía dominado por ella. Consistía en confeccionarse un mundo a la medida. Consistía en mejorar a los demás, en cortarlos y darles forma hasta convertirlos en elementos comprensibles de su universo interior. Consistía en aprovechar su afluencia. Consistía en adelantarse a los acontecimientos y después aguardar a que se produjesen. Consistía en agrandar o empequeñecer a los demás en la medida en que favoreciesen o amenazasen

su existencia. Desde su particular prisma, Delgado menguaba y Miguel crecía. Y Harry Pendel permanecía siempre a flote como un corcho. Era una táctica de supervivencia que Pendel había desarrollado en la cárcel y perfeccionado en el matrimonio, y tenía como objetivo dotar a un medio hostil de todo lo que requiriese para mantenerse en un cómodo equilibrio. Hacerlo llevadero. Granjearse su estima. Arrancarle el aguijón.
— Y ahora el bueno de Miguel —continuó Pendel, eludiendo diestramente la mirada de Osnard y sonriendo en dirección al otro extremo del bar— disfruta de lo que yo llamo su última primavera. En mi profesión me encuentro con ese mismo caso una y otra vez. Primero son padres y esposos modélicos, con su rutina de nueve a cinco y sus dos trajes al año. De pronto llegan a la cincuentena y encargan pantalones de gamuza de dos tonos y chaquetas amarillo canario, y sus esposas empiezan a llamar para preguntar si los hemos visto.
Pero Osnard, pese a los denodados esfuerzos de Pendel por desviar su atención, no cesaba de observarlo. Sus ojos castaños y vivaces de zorro buscaban los de Pendel, y su expresión, si alguien en medio de aquel tumulto se hubiese tomado la molestia de sondearla, era la de un hombre que ha encontrado un filón de oro y no sabe si correr en busca de ayuda o excavarlo él solo.

Una falange de bulliciosos recién llegados descendía por la rampa. Pendel los adoraba a todos.
—¡Vaya, Jules, encantado de verte! Te presento a Andy, un viejo amigo mío. (Importa artículos a comisión, Andy; es mal pagador.)
¡Mordy, dichosos los ojos! (Es de Kiev, Andy. Llegó con la última oleada de askenazíes y se dedica a trapicheos diversos. Me recuerda a mi tío Benny. Mordy, saluda a Andy.
¡Salud, caballero! ¡Mis más sinceros respetos, señora! El joven y atractivo Kazuo y su novia adolescente, del centro comercial japonés; la pareja más encantadora de la ciudad. Ya le he hecho tres trajes con sus respectivos pantalones de reserva y aún soy incapaz de pronunciar su otro nombre, Andy.
Pedro, un joven abogado.
Fidel, un joven banquero.
José María, Antonio, Salvador, Paul, bisoños agentes de bolsa, obtusos principitos comúnmente conocidos como rabiblancos, mercachifles de ojos saltones que a sus veintitrés años no tenían más preocupación que su hombría y se quedaban impotentes a fuerza de beber. Y en algún punto, entre apretones de manos, palmadas en la espalda y despedidas hasta uno de estos jueves en la sastrería de Harry, Pendel introducía en susurros los pertinentes comentarios acerca de quiénes eran sus padres, a cuánto ascendían sus fortunas y cómo se hallaban repartidos estratégicamente sus hermanos y hermanas entre los distintos partidos políticos.
–Conoces a todo Dios –exclamó Osnard con ferviente admiración cuando volvieron a quedarse solos.
–No metas a Dios en esto, Andy –repuso Pendel con cierta hostilidad, pues Louisa no toleraba las expresiones sacrílegas en la casa.
–Tienes toda la razón, Harry. ¿Para qué vamos a meter a Dios estando tú aquí?

Librodot

Con sus tronos de teca y sus cubiertos de plata labrados, el restaurante del club Unión pretendía ser el súmmum de la opulencia, y sin embargo el techo curiosamente bajo y el alumbrado de seguridad creaban más bien una atmósfera de refugio clandestino para banqueros descarriados en fuga. Sentados en un rincón junto al ventanal, Pendel y Osnard bebían vino chileno y comían pescado del Pacífico. Atrincherados en sus reductos a la luz de las velas, los otros comensales se evaluaban mutuamente con miradas rencorosas: Y tú ¿cuántos millones tienes? ¿Qué hace ése aquí? ¿Adónde se ha creído ésa que va con semejante cargamento de brillantes? Fuera el cielo ya había ennegrecido. Abajo, en la piscina iluminada, una niña de unos cuatro años con un biquini dorado cruzaba solemnemente la parte honda en hombros de un musculoso monitor de natación con gorro de baño. Un guardaespaldas metido en carnes caminaba por el agua junto a ellos con los brazos extendidos por si se caía la niña. En el borde de la piscina, la aburrida madre, vestida con un traje pantalón de diseño, se pintaba las uñas.

–Sin ánimo de alardear, Louisa es lo que yo llamo el eje central –decía Pendel. ¿Por qué hablaba de ella? Osnard debía de haberla mencionado–. Es una secretaria única con un increíble potencial que, a mi juicio, aún no se ha desarrollado plenamente. –Le complacía resarcirla después de su insatisfactoria conversación telefónica–. Definirla como «factótum» no es en absoluto exacto. Oficialmente es desde hace tres meses la secretaria particular de Ernie Delgado, antes socio del bufete Delgado & Woo1f. Ahora ha renunciado a sus intereses personales para servir al pueblo. Extraoficialmente la administración del Canal atraviesa una etapa tan inestable desde que se inició la transferencia, como no podía ser de otro modo con los yanquis marchándose por una puerta y los panameños entrando por la otra, que Louisa es una de las pocas personas con la lucidez necesaria para mantenerlos al corriente de la situación. Recibe, informa, pone parches allí donde conviene. Sabe dónde encontrar las cosas si están y quién se las ha llevado si no están.

– Por lo que se ve, es una mujer como no hay dos –comentó Osnard.

Pendel no cabía en sí de orgullo marital.

– Tú lo has dicho, Andy. Y si quieres saber mi opinión, Ernie Delgado es un hombre de suerte. De pronto tiene que asistir a una conferencia al más alto nivel sobre el transporte por vía marítima, ¿y dónde están las actas de la anterior? Luego se presenta una delegación extranjera solicitando un informe, ¿y dónde se han metido esos intérpretes japoneses? –Una vez más sintió el incontenible impulso de socavar el pedestal de Ernie Delgado–. Por otra parte, Louisa es la única que puede hablar con Ernie cuando tiene resaca o ha padecido las severas críticas de su señora esposa. Sin Louisa, el bueno de Ernie estaría al descubierto, y su resplandeciente halo no tardaría en verse bastante oxidado.

–Japoneses –repitió Osnard con voz apagada y expresión pensativa.

– También podrían ser suecos, alemanes o franceses, supongo. Pero en la mayoría de los casos son japoneses.

–¿Qué clase de japoneses? ¿Residentes? ¿De paso? ¿Delegaciones comerciales? ¿Oficiales?

Librodot

–No sabría decirte, Andy. –Pendel dejó escapar una risa estúpida y nerviosa–. A mí me parecen todos iguales. Banqueros en su mayoría, imagino.
- Pero Louisa sí debe de saberlo.
-Andy, esos japoneses comen en la palma de su mano. No sé dónde reside el misterio, pero verla con sus delegaciones japonesas, haciéndoles reverencias, sonriéndoles, guiándolos, es un auténtico privilegio, no exagero.
-Se lleva trabajo a casa, supongo. ¿Por las noches, quizá? ¿O los fines de semana?
-Sólo en caso de extrema necesidad, Andy, y casi siempre los jueves, mientras yo agasajo a mis clientes, para disponer así del fin de semana y poder estar con los niños. No le pagan horas extras y la explotan de mala manera. Aunque le pagan conforme a los salarios de Estados Unidos, y hay que reconocer que la diferencia es considerable.
- ¿Y con eso qué hace? -preguntó Osnard.
-¿Con el trabajo? Pues adelantarlo. Escribir a máquina.
- Con la pasta. Los cuartos. La paga.
- Lo ingresa todo en nuestra cuenta conjunta, Andy. Le parece lo más correcto, como abnegada madre y esposa que es -contestó Pendel con gazmoñería.
Y para su sorpresa sintió que el rubor le teñía las mejillas y unas lágrimas ardientes le anegaban los ojos hasta que de algún modo las obligó a retroceder al lugar de donde procedían. Osnard, en cambio, no se ruborizó ni aparecieron lágrimas en sus ojos pequeños y protuberantes.
- La pobre trabaja para pagarle a Ramón -dijo despiadadamente-. Y ni siquiera lo sabe.
Pero si esta declaración, tan cruel como indiscutible, hirió a Pendel, la vergüenza no se reflejó ya en su semblante. Miraba inquieto hacia el comedor, y su rostro expresaba una mezcla de alegría y recelo.

-¡Harry, amigo mío! ¡Harry, te quiero, te lo juro!
Una figura enorme y desmañada envuelta en un esmoquin magenta se dirigía hacia ellos, tropezando con las mesas, tumbando vasos y arrancando gritos coléricos a su paso. Era aún joven y conservaba vestigios de su buena presencia pese a los estragos de la amargura y la disipación. Al verlo acercarse, Pendel se levantó.
- ¡Mickie! ¡Tu afecto es correspondido: ¿Qué tal? -preguntó, un tanto preocupado.-. Te presento a Andy Osnard, un viejo amigo. Andy, éste es Mickie Abraxas. Mickie, te veo un poco alegre. ¿Por qué no nos sentamos?
Pero Mickie necesitaba exhibir su esmoquin y no podía hacerlo sentado. Con los nudillos apoyados en la cadera y las yemas de los dedos hacia afuera, remedó grotescamente la pirueta de una modelo y acabó agarrándose al borde de la mesa para mantener el equilibrio, La mesa se balanceó y un par de platos cayeron al suelo.
- ¿Te gusta, Harry? ¿Estás orgulloso? -dilo con voz estridente en un inglés de marcada ascendencia norteamericana.
-Mickie, es precioso, sinceramente -respondió Pendel con toda seriedad-. Ahora estaba diciéndole a Andy que nunca he cortado un par de hombros como ése, y tú lo luces con verdadera prestancia, ¿a que sí, Andy? Y ahora ¿por qué no te sientas y charlamos un rato?
Pero Mickie observaba a Osnard.

-¿Y a usted qué le parece?
Osnard sonrió con naturalidad.
-Enhorabuena. P & B en su máximo exponente. Le cae que ni pintado.
-¿Quién coño es usted? -preguntó Mickie.
--Es un cliente, Mickie -terció Pendel, esforzándose por mantener la fiesta en paz, como siempre que Mickie estaba presente--. Se llama Andy. Ya te lo he dicho pero no me escuchas, Mickie estudió en Oxford, ¿verdad, Mickie? Cuéntale a Andy en qué colegio universitario estuviste. Además, Mickie es un admirador de la forma de vida inglesa. Durante una época fue presidente de la Casa de la Cultura anglo-panameña, ¿no, Mickie Andy es un diplomático importante, ¿no, Andy? Trabaja en la embajada británica. Arthur Braithwaite le hacía trajes a su padre.
Mickie Abraxas digirió la información, pero no con demasiado entusiasmo, pues examinaba a Osnard con expresión hosca, y aparentemente no le gustaba lo que veía.
-¿Sabe qué haría yo si fuese presidente de Panamá, señor Andy?
- ¿Por qué no te sientas y nos lo explicas, Mickie? -sugirió Pendel.
-No dejaría un panameño vivo. Lo nuestro no tiene remedio. Somos una mierda. Tenemos todo lo que Dios necesitó para crear el paraíso: buenas tierras, playas, montes, una fauna única, los hombres y mujeres mejor plantados del mundo. Basta con clavar un palo en el suelo y crece un árbol frutal. ¿Y qué hacemos? Engañar. Conspirar. Mentir. Falsear. Robar. Matarnos de hambre unos a otros. A como si nos fuese en ello la vida. Somos
tan necios, tan corruptos y tan ciegos que no sé por qué no se nos traga la tierra en este mismo momento. Bueno, sí lo sé. Porque le hemos vendido la tierra a esos jodidos árabes de Colón. ¿Se lo dirá a la reina?
- En cuanto la vea -contestó Osnard con tono afable.
--Mickie, acabaré enfadándome contigo si no te sientas -recriminó Pendel--. Te estás poniendo en ridículo y me estás avergonzando.
--¿No me aprecias?
-Bien sabes que sí. Y ahora sé buen chico y siéntate.
- ¿Dónde está Marta? --preguntó Mickie.
-En casa, supongo, en El Chorrillo. Estudiando, seguramente. -Adoro a esa mujer.
-Me alegra oírlo, Mickie, y sin duda ella también se alegrará y ahora siéntate
- Tú también la adoras.
- Los dos la adoramos, Mickie, sin duda, cada uno a su manera -- concedió Pendel sin llegar a sonrojarse pero con la voz inoportunamente empañada--. Y ahora, por favor, sé buen chico y siéntate
Mickie agarró a Pendel la cabeza con las dos manos y le habló al oído con un húmedo susurro.
- *Dolce Vita* en la principal carrera del domingo, ¿me has oído? Rafi ha comprado a los jockeys. A todos, del primero al último, ¿me oyes? Díselo a Marta. Ganará una fortuna.
-Mickie, te oigo con toda claridad, y Rafi Domingo ha pasado esta tarde por la sastrería, cosa que tú, en cambio, no has hecho, lo cual es una lástima porque tienes allí un precioso esmoquin que aún no te has probado. Y ahora siéntate, por favor, como un buen amigo.
Pendel advirtió de reojo que dos hombres corpulentos con placas de identificación avanzaban resueltamente hacia ellos por el pasillo lateral del

restaurante. En actitud protectora rodeó hasta donde le fue posible los descomunales hombros de Mickie.
- Mickie, si causas más molestias, no volveré a cortarte un traje jamás -dijo en inglés. Y dirigiéndose en español a los dos hombres que se acercaban, aseguró-: Todo en orden, señores, gracias. El señor Abraxas se marchará por su propia voluntad. Mickie.
—¿Qué?
- ¿Me has oído, Mickie?
--No.
- ¿Te espera Santos fuera con el coche?
-¿Qué más da?
Cogiendo a Mickie del brazo, Pendel lo guió con delicadeza hacia el vestíbulo bajo el techo de espejos del restaurante. Allí Santos, el amable chófer, aguardaba impaciente a su señor.
-Lamento que hayas tenido que verlo en ese estado, Andy -dijo Pendel, abochornado--. Mickie es uno de los pocos auténticos héroes de Panamá.
Con defensivo orgullo, ofreció por propia iniciativa una breve biografía de Mickie: su padre, un armador griego establecido en Panamá, había sido íntimo amigo del general Ornar Torrijos, razón por la cual descuidó sus negocios y se entregó a tiempo completo al tráfico de droga, convirtiéndolo en una honrosa actividad de la que cualquiera podía enorgullecerse en la guerra contra el comunismo.
-¿Siempre habla así? -preguntó Osnard.
- Bueno, te aseguro que no es un simple: charlatán. Mickie sentía un gran respeto por su padre, simpatizaba con Torrijos, y no tenía en mucha estima a quien ya sabemos —explicó, ateniéndose a la opresiva costumbre local de no aludir a Noriega por su nombre—. Circunstancia que Mickie se sintió obligado a proclamar desde los tejados a todo aquel que tuviese oídos para escucharlo, hasta que quien ya sabemos se cansó y lo metió en la cárcel para hacerlo callar.
— ¿Y a qué venía todo eso de Marta?
—Recuerdos de los viejos tiempos, Andy, lo que yo llamo reliquias del pasado. De la época en que los dos defendían activamente la misma causa. Marta era hija de un artesano negro y él un niño malcriado de familia bien, pero luchaban hombro con hombro por la democracia, por así decirlo -- contestó Pendel, anticipándose: a sí mismo en su deseo de zanjar el lema cuanto antes. Por aquel entonces se entablaron insólitas amistades. Se crearon lazos. Como él ha dicho, se amaron. E hicieron bien.
—Tenía la impresión de que hablaba de ti.
Pendel se espoleó aún más.
--Sólo que aquí las cárceles, Andy, son mas cárceles que en Inglaterra, por así decirlo. Y no pretendo quitarle mérito a las nuestras, nada más lejos. Pero Mickie fue a caer en compañía de, un buen número de delincuentes con larga condenas, gente poco considerada, doce o más por celda, así que hazte cargo. Y de vez en cuando lo cambiaban de celda, lo cual considerando que en su día era lo que podríamos llamar un joven apuesto, no fue demasiado bueno para su salud, no sé si me entiendes.
—Incómodo con el relato, Pendel, guardó unos segundos de silencio, que Osnard
tuvo la delicadeza de no interrumpir, en memoria de la gallardía perdida de Mickie—, Ademas se llevó unas cuantas palizas, por molestarlos.

--¿Lo visitaste: —indagó Osnard sin miramientos
— ¿En la cárcel? Sí. Sí, lo visité.
—Debió de ser todo un cambio, estar al otro lado d e las rejas.
Mickie reducido a un montón de huesos, el rostro deforme a causa de los golpes, la expresión aún desencajada por el terror.
Mickie cubierto de raídos andrajos de color naranja; allí no había trajes a medida. Las muñecas y los tobillos en carne viva. Un hombre con grilletes debe aprender a no retorcerse mientras lo apalean pero uno tarda en aprenderlo. Mickie: musitando: «Harry, por Dios, dame la mano, Harry, por el afecto que nos une, sácame de aquí.» Y Pendel respondiendo en un susurro: «Mickie, escúchame, tienes que encogerte, no los mires a los ojos.» Un dialogo de sordos. Sin nada que decirse salvo hola y hasta pronto.
—¿Y ahora a qué se dedica? —preguntó Osnard, como si para él el asunto ya hubiese perdido interés—. ¿Hace algo más aparte de empinar el codo y andar molestando a la gente por ahí?
—¿Mickie?
—¿Quién va a ser?
Y de pronto Pendel, inducido por el mismo duende que lo había obligado a pintar a Delgado como un tunante, sintió la necesidad de presentar a Abraxas como un héroe moderno: Si este Osnard se ha creído que puede desechar a Mickie de un plumazo, está muy equivocado. Mickie es mi amigo, mi apoyo, mi camarada, mi compañero de celda. A Mickie le rompieron los dedos y le aplastaron los testículos mientras tú jugabas a la pídola en tu selecto colegio inglés.
Pendel lanzó un furtivo vistazo alrededor para asegurarse de que no los oían. En la mesa contigua un hombre de cabeza ahusada cogía un enorme teléfono portátil de color blanco que le ofrecía el maitre. Cuando acabó de hablar, el maitre retiró el teléfono para acercárselo, como si de una copa de la amistad se tratase, a otro cliente con iguales necesidades.
—Mickie sigue metido, Andy —murmuró Pendel--. En el caso de Mickie, lo que uno ve no es ni remotamente lo que se esconde detrás, por así decirlo. Ya no lo era antes y tampoco lo es ahora.
¿Qué hacía? ¿Cómo se le ocurría decir aquello? Estaba desconocido, era un atolondrado. En algún rincón de su fatigada mente se albergaba la idea de que podía hacerle una ofrenda de amor a Mickie, erigirlo en algo que no sería nunca, un Mickie redux, regenerado, rutilante, combativo e intrépido.
—Metido ¿en qué? No te entiendo. Otra vez hablas en clave.
— Metido en el asunto.
— ¿Dónde?
- En la Oposición Silenciosa --respondió Pendel como un guerrero medieval que lanza su estandarte a las filas enemigas para después arremeter contra ellas y recuperarlo.
— La ¿qué?
-El sector que se opone silenciosamente. Él y un grupo de correligionarios estrechamente unidos en la defensa de su causa.
- ¿Qué causa, por Dios?
-La de quienes creen que esto es una parodia, un mero barniz, una apariencia bajo la que se oculta algo muy distinto -insistió Pendel, ascendiendo vertiginosamente a inexploradas cotas de fantasía. Recientes diálogos con Marta recordados a medias acudieron con presteza en su ayuda-. Que este inmaculado nuevo Panamá es una seudodemocracia. Todo

es una falacia. Eso te ha dicho Mickie. Tú mismo lo has oído. Engañar. Conspirar. Mentir. Falsear. Corre la cortina y encontrarás a los mismos que instalaron en el poder a quien ya sabemos esperando a coger de nuevo las riendas.
Los ojos como orificios de Osnard mantenían atrapado a Pendel en su negro haz. Es el alcance de mi información lo único que le interesa, pensó Pendel, protegiéndose ya de las consecuencias de su irreflexión. No la exactitud sino el alcance. Poco le importa si leo anotaciones, hablo de memoria o improviso. Probablemente ni siquiera me escucha, no con verdadera atención.
-Mickie está en contacto con los del otro lado del puente -prosiguió con audacia.
-¿Quiénes demonios son ésos?
Se refería al puente de las Américas. Una vez más debía la expresión a Marta.
-El ejército en las sombras, Andy -respondió Pendel con osadía-. Los denodados luchadores e idealistas que prefieren el progreso a los sobornos -añadió, citando textualmente las palabras de Marta-. Los campesinos y artesanos que se han visto traicionados por un gobierno inepto y codicioso. Los profesionales modestos que viven con honradez. Esa parte respetable de la población panameña sobre la que nunca se habla. Han empezado a organizarse. Están ya hartos. Y Mickie también.
--¿Marta tiene algo que ver con todo eso?
–Podría ser. Andy. Nunca pregunto. No es asunto mío. Yo tengo mi propia visión. Con eso está todo dicho.
Un largo silencio.
– ¿Y de qué están hartos exactamente?
Pendel recorrió el restaurante con una rápida mirada de complicidad. De pronto encarnaba a Robín Hood, portador de esperanza a los oprimidos, administrador de justicia. En la mesa contigua una docena de vocingleros comensales se atiborraba de langosta y Dom Pérignon.
– De esto –contestó Pendel con voz baja y rotunda–. De esa gente y todo lo que representa.

Osnard quería saber más acerca de los japoneses.
–Verás, Andy, los japoneses… Has conocido uno hace un rato; supongo que a eso se debe tu curiosidad. Los japoneses, te decía, están muy presentes en Panamá, y es así desde hace ya bastantes años, unos veinte quizá –explicó Pendel con entusiasmo, contento de haber dejado atrás el terna de su único verdadero amigo–. Tenemos los desfiles japoneses para diversión de las multitudes; tenemos las bandas de música japonesas; tenemos un mercado de pescado que los japoneses obsequiaron a la nación, y tenemos incluso un canal de televisión educativo financiado con capital japonés –añadió, recordando uno de los pocos programas que sus hijos no tenían prohibido ver.
– ¿Cuál es tu japonés de mayor rango?
– ¿Como cliente? El de mayor rango, no sé. Son lo que yo llamo gente enigmática. Tendría que preguntar a Marta. Como siempre decimos, por cada uno que viene a tomarse las medidas, entran seis a hacer reverencias y sacarse una fotografía, y si no es ésa la proporción exacta, se aproxima bastante. Hay un tal Yoshio, de una de las delegaciones comerciales, un

fulano más bien prepotente que se deja caer por la sastrería de cuando en cuando. Y está también Toshikazu, de la embajada. Pero en cuanto a si son de primera o segunda línea, tendría que informarme.
- O pedirle a Marta que indague.
- Así es.
Advirtiendo de nuevo la oscurecida mirada de Osnard, Pendel le dedicó una encantadora sonrisa en un esfuerzo por esquivarla, pero la táctica no surtió efecto.
- ¿Alguna vez has invitado a Ernie Delgado a comer en tu casa? -dijo Osnard de pronto cuando Pendel esperaba aún alguna otra pregunta sobre los japoneses.
- Pues no, Andy, no.
- ¿Por qué? Es el jefe de tu mujer.
-Dudo que a Louisa le gustase la idea, la verdad.
- ¿Por qué?
El duende de nuevo. Ese que asoma para recordarnos que nada se pierde en el vacío, que un instante de envidia puede generar una ficción perpetua, y que lo único que puede hacerse con un buen hombre cuando se lo ha enlodado es enlodarlo más aún.
- Ernie pertenece a lo que yo llamo la derecha dura, Andy. Era ya una figura de peso en el régimen de quien ya sabemos, aunque lo llevaba muy escondido. Cuando estaba con sus amigos liberales, se cagaba en todo, con perdón, pero en cuanto los otros se daban la vuelta, iba a ver a quien ya sabemos y todo era «Sí, señor; no, señor; ¿en qué puedo servir a su excelencia?».
-Lo cual, sin embargo, no es un hecho conocido. La mayoría lo tenemos por un hombre intachable.
-Y por eso resulta doblemente peligroso, Andy. Pregúntale a Mickie. Ernie es un iceberg. Lo que se ve de él no es ni la décima parte de lo que se oculta bajo la superficie, por así decirlo.
Osnard partió en panecillo con las manos, añadió una pizca de mantequilla y empezó a masticar, accionando la mandíbula inferior con movimientos lentos y circulares de rumiante. Pero su mirada negra no se saciaba con pan y mantequilla.
-Esa sección que tienes en la sastrería, en el piso de arriba... el Rincón del Deportista...
-Te ha gustado, ¿verdad, Andy?
- ¿Nunca has pensado en convertirla en una especie de sala de reuniones para tus clientes? ¿Un sitio donde puedan desmelenarse? Sería más cómodo para tus tertulias de los jueves que un sofá destartalado y un sillón, ¿no crees?
-Admito que le he dado muchas vueltas a esa posibilidad, Andy, y me asombra que se te haya ocurrido lo mismo después de un simple vistazo. Pero siempre choco con una objeción inamovible: «¿Dónde pondría entonces el Rincón del Deportista?»
-¿Te salen muy a cuenta, esas cosas?
-Sí, sin duda.
-A mí no me volvían loco.
-Los artículos deportivos son lo que yo considero un gancho, Andy. Si no los vendo yo, los venderá otro, y de paso me quitará la clientela.

Ni un solo movimiento innecesario, advirtió Pendel con cierta inquietud. Conocí a un sargento de policía igual que tú en eso. Nunca jugueteaba con las manos ni se rascaba la cabeza ni movía el culo en el asiento. Se quedaba allí quieto y te miraba con aquellos ojos suyos.

- -¿Me estás tomando las medidas para un traje, Andy? -preguntó con tono burlón.

Pero Osnard no tuvo necesidad de contestar, pues la atención de Pendel se desvió de nuevo hacia el otro extremo del comedor, donde una docena de bulliciosos recién llegados ocupaban sus sillas en torno a una mesa larga.

- !Y ahí tenemos al otro miembro de la ecuación, podríamos decir! -anunció Pendel mientras cruzaba briosas señas con el hombre sentado a la cabecera de la mesa-. !Ni más ni menos que Rafi Domingo en persona, el otro amigo de Mickie! ¡Ahí es nada!

-¿Qué ecuación? -quiso saber Osnard.

- Me refiero a la mujer que está junto a él, Andy -informó Pendel, abocinando una mano en torno a la boca para mayor discreción.

-¿Qué tiene de especial?

-Es la esposa de Mickie.

Osnard lanzó un vistazo furtivo hacia aquella mesa a la vez que fingía concentrarse en su comida.

-¿La de las tetas? -preguntó.

-La misma, Andy. Uno se pregunta a veces por qué se casan ciertas parejas, ¿no?

-Quiero oír algo acerca de Domingo -ordenó Osnard, como si dijese: «Quiero oír un do mayor.»

Pendel tomó aire. Le daba vueltas la cabeza y tenía la mente cansada, pero al parecer no había llegado aún el interludio, así que siguió solfeando.

- Pilota su propia avioneta -comenzó arbitrariamente. Retazos de conversación que había oído al vuelo en la sastrería.

-¿Y eso?

- Dirige una cadena de buenos hoteles en los que no se alhoja nadie. Habladurías de procedencia diversa.

- ¿Porqué?

El resto, afluencia.

-Los hoteles pertenecen a cierto consorcio con sede en Madrid, Andy.

- ¿Y?

- Pues que, según rumores, ese consorcio es propiedad de ciertos caballeros colombianos no totalmente ajenos al tráfico de cocaína. Dicho consorcio es una empresa próspera, como sin duda te alegrará saber. Un nuevo hotel a todo lujo en Chitré, otro a medio construir en David, dos en Bocas del Toro, y Rafi Domingo salta de uno a otro en su avioneta como un grillo en una sartén caliente.

- ¿Y por qué tantos viajes?

Un silencio de espías mientras el camarero volvía a llenarles los vasos de agua. Un tintineo de cubitos de hielo como el tañido de minúsculas campanas. Y un silbido en los oídos de Pendel como una ráfaga de inspiración genial.

-Todo son suposiciones, Andy, pero Rafi no tiene la menor noción de hostelería, lo cual no representa problema alguno porque, como te he dicho, los hoteles no admiten huéspedes. No se

anuncian, y si intentas reservar una habitación, te dicen cortésmente que no les queda ninguna libre.
-No comprendo.
A Rafi no le importaría, pensó Pendel. Rafi es otro Benny. Diría: «Harry, muchacho, cuéntale a ese Osnard lo que sea para mantenerlo contento, siempre y cuando no haya testigos delante.»
- Cada hotel ingresa cinco mil dólares diarios, ¿de acuerdo? Al final de este ejercicio anual o el siguiente, tan pronto como los hoteles alcancen una situación contable saneada, se venderán al mejor postor, quien casualmente será Rafi Domingo en nombre de otra compañía. Los hoteles se hallarán en perfecto estado de conservación, como no será de extrañar considerando que nadie ha dormido en las camas y no se ha preparado una sola hamburguesa en las cocinas. Y serán negocios legítimos, porque en Panamá el dinero con tres años de vida es más que respetable; tiene hasta solera.
- Y se tira a la mujer de Mickie -concluyó Osnard. -Eso dicen, Andy -- respondió Pendel, ahora con cautela, pues esa parte era verdad.
--¿Te lo ha confirmado Mickie?
- En realidad no, Andy. Al menos no de manera explícita. En el caso de Mickie, esas cosas se adivinan. -De nuevo la afluencia. Por qué lo hacía? ¿Qué lo impulsaba? Andy. Un artista es un artista. Si el público no está a favor, está en contra. 0 quizá con su propia ficción desmantelada, necesitaba aderezar las ficciones de los demás. Quizá se sentía regenerado al reconstruir su mundo-. Rafi es uno de ellos, Andy, ¿comprendes? De hecho es la primerísima figura.
-La primerísima figura ¿de qué?
--De la Oposición Silenciosa. Los chicos de Mickie. Los que esperan entre bastidores, como yo digo. Los que saben lo que se avecina. Rafi es un pardo.
-Un ¿qué?
-Un pardo, Andy. Como Marta. Como yo mismo. En su caso con sangre india. En Panamá no hay discriminación racial, te alegrará saber, pero no les entusiasman los mestizos, y menos los nuevos. Cuanto más asciendes en la escala social, más blancas son las caras. Lo que yo llamo el mal de las alturas.
El chiste acababa de ocurrírsele, y pensaba incluirlo en su repertorio, pero Osnard no lo entendió. O si lo entendió, no lo encontró gracioso. De hecho, a juzgar por lo que Pendel veía, daba la impresión de que hubiese preferido estar presenciando una ejecución pública.

—El pago irá en función de los resultados —explicó Osnard--. No puede ser de otro modo. ¿Conforme? —Había hundido la cabeza en los hombros, y el volumen de su voz había descendido en igual proporción.
—Andy, me he regido por ese principio desde que abrí la sastrería — respondió Pendel con fervor, intentando recordar cuándo había pagado a alguien por última vez en función de los resultados.
Ligeramente mareado por la bebida y envuelto en una sensación de irrealidad, en cuanto a sí mismo y todos los demás, estuvo tentado de añadir que también el bueno de Arthur Braithwaite se había regido por ese principio, pero se reprimió, diciéndose que ya había exprimido bastante su afluencia por aquella noche y que un artista, por más que se sienta con ánimos de continuar hasta el amanecer, debe saber dosificarse.

Librodot

— Ahora ya nadie se avergüenza de ser mercenario. El interés es lo único que mueve a la gente.
— Coincido plenamente contigo, Andy —dijo Pendel, suponiendo que Osnard se lamentaba del deplorable estado en que se hallaba Inglaterra. Osnard echó un vistazo alrededor para cerciorarse de que nadie los oía. Y quizá se envalentonó al ver tantos conspiradores cara a cara en las mesas vecinas, pues su rostro reflejó de pronto una dureza que Pendel encontró poco reconfortante, y su voz, aunque apagada, adquirió un tono cortante como los dientes de una sierra.
— Ramón te tiene entre la espada y la pared. Si no le pagas, estás jodido. Si le pagas, tendrás que cargar con un río sin agua y un arrozal que no da arroz. Y no hablemos ya de la trifulca que va a organizarte Louisa.
— El asunto me tiene muy preocupado, Andy, no lo puedo negar — admitió -Pendel—. Me quita el sueño desde hace semanas.
—¿Sabes de quién es la finca colindante?
— De un propietario absentista. Un fantasma en extremo malévolo.
— ¿Sabes cómo se llama?
Pendel negó con la cabeza y contestó:
—No es una persona, por lo visto, Se trata más bien de una sociedad con sede en Miami.
—¿Sabes en qué banco tiene cuenta?
— En realidad no, Andy.
—En el de tu querido amigo Ramón. La sociedad en cuestión es de Rudel. Posee dos terceras partes; y el tercio restante pertenece al señor X. ¿A que no adivinas quién es el tal X?
—Me tienes en vilo, Andy.
— ¿Y si te dijese que es el administrador de tus tierras? ¿Cómo se llama?
— ¿Angel? Me quiere como a un hermano.
— Te han timado. Un claro ejemplo de burlador burlado. Piénsalo detenidamente.
—Eso estoy haciendo, Andy. No había pensado tan en serio desde hacía mucho tiempo —dijo Pendel mientras otro fragmento de su mundo zozobraba ante sus ojos.
— ¿Alguien se ha ofrecido a comprar tus tierras a precio de saldo? — preguntó Osnard desde detrás del muro de bruma que de algún modo se había formado entre ellos.
—Mi vecino. Después devolverá el agua, ¿no?, y tendrá un rentable arrozal con un valor cinco veces superior a lo que pagó por él.
--Y Angel se hará cargo de la administración —añadió Osnard.
Veo un círculo cerrado, Andy, y yo estoy atrapado en el centro.
— ¿Qué extensión tienen las tierras de tu vecino?
—Ochenta hectáreas.
—¿Qué uso les da?
— Cría ganado —contestó Pendel—. Exige un gasto mínimo. No necesita el agua. Su único objetivo es impedir que me llegue a mí.
El detenido da respuestas lacónicas y el funcionario toma nota; salvo que Osnard no anota ni una palabra. Lo recuerda todo con sus ojos castaños y vivaces de zorro.
--¿Compraste el arrozal por consejo de Rudd?
–Me aseguró que era una ocasión inmejorable. La liquidación de una herencia. El sitio idóneo para el dinero de Louisa. Hice el primo.

Osnard se llevó la copa de coñac a los labios, quizá para ocultarlos. A continuación tomó aire y empezó a hablar de corrido, eliminando de su voz cualquier inflexión para mayor velocidad.
–Eres un regalo del cielo, Harry. Reúnes todas las características de un puesto de escucha en primera línea. Una esposa con acceso. Unos contactos inmejorables. Una empleada que se relaciona con las masas descontentas. Unas pautas de comportamiento arraigadas desde hace diez años. Una tapadera natural, dominio del idioma local, labia, buenos reflejos. En la vida había oído una historia mejor contada. Sigue representando tu papel, sólo que con un poco más de protagonismo, y tendremos todo Panamá atado y bien atado. Para colmo, eres refutable. ¿Cuento contigo o no?
Pendel sonrió, en parte halagado, en parte asustado por el aprieto en que se hallaba. Pero sobre todo porque era consciente de estar asistiendo a un momento decisivo de su vida que, aun siendo terrible y purificador, parecía tener lugar sin su participación activa.
–Para serte sincero, Andy, he sido refutable desde que tengo memoria –admitió mientras su mente erraba por el irregular perfil de su vida pasada. Pero no había dado una respuesta afirmativa.
–El inconveniente es que estarás metido hasta el cuello desde el primer día. ¿Eso te preocupa?
-Ya estoy metido hasta el cuello, ¿no? Es más una cuestión de dónde prefiero no estar.
Otra vez aquellos ojos, demasiado viejos, demasiado inmutables, escuchando, recordando, olfateando, todo simultáneamente. Y a pesar o a causa de ellos Pendel, en una actitud temeraria, se resistía a doblegarse.
–No obstante, la utilidad que pueda tener para ti un puesto de escucha en quiebra escapa a mi comprensión –declaró con el jactancioso orgullo de un condenado--. No tengo salvación, que yo sepa, a menos que encuentre un millonario loco. -Una innecesaria mirada alrededor--. ¿Ves algún millonario loco entre los presentes, Andy? No digo que todos estén cuerdos, desde luego. Pero no padecen la clase de locura que a mí me convendría.
Todo en Osnard permaneció inalterable, Los ojos, la voz, las pesadas manos extendidas cara abajo sobre el elegante mantel blanco.
–Quizá mi departamento sí esté suficientemente loco --dijo.
Buscando un respiro, Pendel fijó la atención en la siniestra figura del Oso, el columnista más odiado de Panamá, que dirigía sus inconsolables pasos hacia una solitaria mesa de la zona más oscura del restaurante. Pero seguía sin dar una respuesta afirmativa, y con un oído escuchaba desesperadamente al tío Benny: «Hijo, cuando te tropieces con un timador, dale largas, porque si hay algo que no le gusta a un timador, es que lo hagan volver la próxima semana.»
– ¿Cuento contigo o no?
--Estoy pensándolo, Andy. Estoy reflexionando.
– ¿Sobre qué?
Sobre el hecho de ser un adulto responsable tomando una decisión, replicó indignado en su mente. Sobre el hecho de tener un centro y una voluntad en lugar de un cúmulo de absurdos impulsos y malos recuerdos y una sobredosis de afluencia.
–Estoy sopesando mis opciones, Andy. Considerando todas las posibilidades –dijo con arrogancia.

Osnard desmiente acusaciones que nadie ha formulado contra él. Para ello reduce la voz a un murmullo apagado y salivoso plenamente acorde con su neumático cuerpo, pero Pendel no ve continuidad en sus palabras. Estoy en otra noche. Pensaba de nuevo en el tío Benny. Tengo que marcharme a casa y acostarme.
—Nosotros no coaccionamos a nadie, Harry. Y menos a la gente que nos cae bien.
— Yo no he dicho eso, Andy.
—No es nuestro estilo. ¿Qué demonios ganaríamos filtrándole tus antecedentes penales a los panameños cuando lo que nos interesa es que sigas en tu papel pero con mayor protagonismo?
—Nada en absoluto, Andy, y me alegra oírtelo decir —responde Pendel.
—¿Para qué vamos a destapar lo de Braithwaite? ¿Para hacerte quedar mal con tu mujer y tus hijos? ¿Para destruir un hogar feliz? Harry, te necesitamos. Tienes una buena mercancía que vender, y nuestra única intención es comprarla.
-Solucióname el asunto del arrozal, Andy, y os entregaré mi cabeza en una bandeja —dice Pendel en un alarde de cordialidad.
—No buscamos una ganga, muchacho. Queremos comprar tu alma.
Imitando a su pródigo acompañante, Pendel ha cogido su copa de coñac entre las manos y está acodado en la mesa a la luz de las velas. Todavía indeciso. Resistiéndose pese a que buena parte de él accedería con gusto, aunque sólo fuese por no prolongar más la violenta situación.
— Todavía no has descrito las características del empleo, Andy.
--Un puesto de escucha, ya te lo he dicho.
—Sí, pero ¿qué quieres que escuche, Andy? ¿Cuál es el objetivo básico?
Otra vez la mirada penetrante. Las chispas rojas en el fondo de los ojos. La mandíbula caída mientras cavila y mastica distraídamente. El cuerpo desmadejado de niño gordo. El susurro arrastrado saliendo por un ángulo de la boca torcida.
—Nada del otro mundo. La correlación de fuerzas internacionales en el siglo XXI. El futuro del comercio mundial. La colocación de las piezas en el tablero político de Panamá. La Oposición Silenciosa. Los tipos del otro lado del puente, como tú los llamas. ¿Qué va a ocurrir cuando se retiren los yanquis? Si es que se retiran. ¿Quién reirá y quién llorará a mediodía del 31 de diciembre de 1999? ¿Hacia dónde tenderán las cosas cuando una pandilla de espabilados saque a subasta una de las dos principales vías de navegación del mundo? Vamos, pan comido ---contestó, pero terminando con una inflexión interrogativa como si guardase lo mejor para más tarde.
Pendel sonríe.
— !Ah, bueno! Entonces no hay problema. Puedes pasar a recogerlo mañana a la hora de comer. Lo tendrás todo listo y envuelto. Y si no te queda bien, tráelo a retocar siempre que quieras.
—Y un par de detalles más que no están en la carta --añade Osnard bajando aún más la voz—. O mejor dicho, no todavía.
— ¿A qué te refieres, Andy?
Un gesto de indiferencia. Un gesto lento, prolongado, sospechoso, insinuante, turbador. Un gesto de policía que delata falsa tranquilidad, sobrecogedor poder y una inagotable reserva de conocimiento superior.

— En este oficio hay muchas maneras de despellejar a un gato. No es posible aprenderlas todas en una noche. ¿Es un «sí» eso que he oído, o estás haciéndote la Garbo?
Asombrosamente, aunque quizá el único asombrado es él. Pendel encuentra aún evasivas. Quizá sabe que la indecisión es la única libertad que conserva. Quizá el tío Benny está tirándole otra vez de la manga. O quizá tiene la vaga idea de que, según los derechos de todo reo, un hombre que vende su alma está autorizado a un período de reflexión.
—No me hago la Garbo, Andy. Me hago el Harry —responde, poniéndose en pie enérgicamente y sacando el pecho—. Como comprobarás, a la hora de tomar decisiones que cambian el rumbo de la vida, Harry Pendel es un hombre en extremo calculador.

Pasaban ya de las once cuando Pendel apagó el motor del todoterreno y se deslizó en punto muerto hasta detenerse a unos veinte metros de la casa para no despertar a los niños. A continuación abrió la puerta de entrada valiéndose de las dos manos, una para empujarla y la otra para hacer girar la llave, porque sin esa ligera presión inicial el cerrojo se descorría bruscamente y sonaba como la detonación de una pistola. Fue a la cocina y se enjuagó la boca con cocacola esperando disipar así los vapores del coñac. Luego se desnudó en el pasillo, dejó la ropa en una butaca y entró de puntillas en la habitación. Louisa había dejado abiertas las dos ventanas, que era como le gustaba dormir. Por ellas entraba la brisa del Pacífico. Al apartar la sábana advirtió con sorpresa que Louisa estaba desnuda como él e insomne, y lo miraba fijamente.
— ¿Qué pasa? —preguntó, temiendo una discusión que sin duda despertaría a los niños.
Extendiendo sus largos brazos, Louisa lo estrechó con vehemencia contra su pecho, y Pendel descubrió que tenía el rostro bañado en lágrimas.
— Harry, lo siento mucho, quiero que lo sepas. Mucho mucho.
—Lo besaba y a la vez no permitía que él la besase—. No tienes que perdonarme, Harry, todavía no. Eres un buen hombre y un buen marido, y te ganas bien la vida. Mi padre tenía razón: soy fría y mezquina, y no distinguiría una palabra amable aunque apareciese de pronto y me mordiese en el culo.
Es demasiado tarde, pensó Pendel mientras ella empezaba a hacerle el amor. Así deberíamos haber sido antes de que fuese demasiado tarde.

6

Harry Penel amaba a su esposa e hijos con un sometimiento que sólo pueden comprender quienes nunca han pertenecido a una familia, quienes nunca han sabido qué es respetar a un padre decente, amar a una madre feliz, o aceptarlos a ambos como la recompensa natural por haber nacido en este mundo.
Los Pendel vivían en lo alto de un cerro del barrio de Bethania. Su casa de dos plantas, moderna y confortable, estaba rodeada de césped e incontables buganvillas, y tenía bellas vistas del mar, el casco viejo y punta Paitilla.

Pendel había oído decir que los cerros de los alrededores estaban huecos y albergaban bombas atómicas y pabellones militares norteamericanos, pero Louisa sostenía que eso garantizaba su seguridad, y Pendel, por no discutir, contestaba que quizá fuese así.
Los Pendel tenían una criada para fregar los suelos de baldosas, una criada para lavar la ropa, una criada para cuidar a los niños en ausencia de sus padres y ocuparse de las compras de rutina, y un negro canoso con barba blanca de tres días y sombrero de paja que escardaba a machetazos el jardín, plantaba lo que se le ocurría, fumaba sustancias ilegales y gorroneaba cuanto podía de la cocina. Por este pequeño regimiento de empleados domésticos pagaban ciento cuarenta dólares semanales.
Cuando Pendel se acostaba por las noches, se solazaba en el secreto placer de conciliar el desasosegado sueño del recluso, con las piernas encogidas, el mentón en el pecho y las manos en los oídos para amortiguar los gemidos de los compañeros de celda, para luego despertar y cerciorarse mediante un cauteloso reconocimiento de que no se hallaba en la cárcel sino en Bethania, al cuidado de una esposa fiel que lo necesitaba y respetaba y unos hijos felices que dormían al otro lado del pasillo, lo cual era siempre una bendición del cielo, o como diría el tío Benny una mitzvah: Hannah, su princesa católica de nueve años; Mark, su rebelde violinista judío de ocho.
Pero si bien Pendel amaba a su familia con responsable energía y devoción, también temía por ellos y se imponía el ejercicio cotidiano de considerar su felicidad un espejismo.
Cuando estaba solo y a oscuras en el balcón, como acostumbraba todas las noches al concluir su jornada de trabajo, quizá con uno de los pequeños cigarros del tío Benny, y olía el perfume nocturno de exquisitas flores en el aire húmedo, contemplaba las luces en la bruma y vislumbraba a través de nubes intermitentes la fila de barcos anclados en la bocana del Canal, su desbordante buena fortuna le infundía una aguda conciencia de la fragilidad de todo aquello: Harry, muchacho, sabes que esto no puede durar, sabes que el mundo puede estallar ante tus ojos; ya lo has visto ocurrir desde este mismo lugar, y lo que pasa una vez puede volver a pasar en cualquier momento, así que cuidado.
Entonces clavaba la mirada en la ciudad demasiado apacible, y pronto las bengalas, el trazador rojo y verde, el ronco tableteo de las ametralladoras y el estruendo de los cañones comenzaban a crear su propio bullicio en el teatro de su memoria, tal como había sucedido aquella noche de diciembre de 1989, cuando los cerros titilaron y helicópteros Spectre enormes y vibrantes llegaron desde el mar sin encontrar resistencia para castigar la humilde barriada de El Chorrillo –como de costumbre se achacaba a los pobres la culpa de todo–, donde cargaban a placer contra las chabolas en llamas, se marchaban momentáneamente a reabastecerse y volvían de nuevo a la carga. Y probablemente los atacantes no lo habían planeado de aquel modo. Probablemente eran buenos padres e hijos y en un principio su único propósito era desmantelar la comandancia de Noriega, hasta que un par de obuses se desviaron de su curso y a ésos siguieron otros dos. Pero en tiempo de guerra no es fácil transmitir las buenas intenciones a quienes las padecen, el comedimiento pasa inadvertido, y la presencia de unos cuantos francotiradores enemigos en un barrio pobre no justifica la completa incineración de éste. De poco sirve decir «Recurrimos a la fuerza en el grado mínimo indispensable» a las víctimas aterrorizadas que, en un desesperado

intento por salvar sus vidas, corren descalzas sobre charcos de sangre y cristales rotos, arrastrando consigo maletas y niños en su huida a ninguna parte. De nada sirve alegar que los incendios fueron provocados por miembros resentidos de los batallones de la dignidad de Noriega. Aun si era cierto, ¿por qué iba alguien a creerlo?

Así pues, los gritos no tardaron en llegar a lo alto del cerro, y Pendel, que en su día había oído no pocos gritos e incluso proferido unos cuantos, nunca habría imaginado que un grito humano podía elevarse por encima del escalofriante rugido de los vehículos blindados o el estruendo del armamento más avanzado, pero desde luego así era, en especial cuando se aunaban multitud de gritos y surgían en su mayoría de las gargantas sanas de niños asustados en medio del nauseabundo hedor de la carne humana quemada.

–Harry, entra. Te necesitamos, Harry. Harry, ven aquí. Harry, no entiendo qué haces ahí fuera.

Ésos eran los gritos de Louisa, encajonada en el armario de la limpieza que había bajo la escalera, afianzando la espalda encorvada contra los travesaños para mayor protección de sus hijos: Mark, por entonces de casi dos años, se abrazaba a su vientre, empapándola a través del pañal –Mark, como los soldados norteamericanos, parecía disponer de una reserva ilimitada de munición–; Hannah, arrodillada a sus pies con zapatillas y un camisón del oso Yogi, rezando a alguien que insistía en llamar Jovey, quien como más tarde dedujeron era una amalgama de Jesús, Jehová y Júpiter, una especie de cóctel divino compuesto por los residuos del folklore espiritual que había recopilado en sus tres años de vida.

—Saben lo que hacen —repetía Louisa una y otra vez con un potente bramido militar que recordaba perturbadoramente la voz de su padre—. Esto no es una improvisación. Lo tienen todo calculado. Nunca alcanzan objetivos civiles. Nunca.

Y Pendel, por el amor que le inspiraba, tuvo la delicadeza de dejarla con su fe mientras El Chorrillo gemía, llameaba y se desmoronaba bajo las sucesivas incursiones del armamento que el Pentágono necesitase probar en aquella ocasión.

—Marta vive allí —dijo.

Pero una mujer que teme por la vida de sus hijos no teme por nadie más, así que al amanecer Pendel salió a dar un paseo por las inmediaciones y oyó un silencio que jamás había oído desde su llegada a Ciudad de Panamá. De pronto comprendió que, al pactarse las condiciones del alto el fuego, todas las partes habían acordado que allí no volvería a haber aire acondicionado, construcción de edificios, excavaciones o dragados; que todos los automóviles, vehículos de carga, autobuses escolares, taxis, camiones de basura, coches de policía y ambulancias quedaban desterrados para siempre; y que nunca más se permitiría gritar a los niños o las madres bajo pena de muerte.

Ni siquiera la colosal y majestuosa columna de humo negro que se alzaba de lo que horas antes había sido El Chorrillo emitía el menor sonido mientras se vaciaba en el cielo matutino. Sólo un grupo de descontentos se negaba como de costumbre a acatar la prohibición. Eran los últimos francotiradores atrincherados en el complejo de la comandancia, que disparaban aún contra los emplazamientos norteamericanos de las calles adyacentes. Pero en breve también ellos, persuadidos por los tanques apostados en cerro Ancón, guardaron silencio.

Librodot

Ni siquiera el teléfono de la gasolinera había quedado exento de la expiatoria ordenanza. Estaba intacto. Se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. Pero el número de Marta rehusaba dar señal.

Aferrándose con actitud desafiante a su recién asumida responsabilidad de hombre maduro y solitario ante una decisión vital, Pendel saltó sobre su balancín familiar de devoción y pesimismo crónico con una desenfrenada irresolución que amenazó con des-cabalgarlo. De las acusadoras voces de Bethania corría al santuario de la sastrería, y de las acusadoras voces de la sastrería corría al santuario del hogar, y todo por sopesar tranquilamente sus opciones. Ni por un segundo consideró la idea —ni siquiera en los momentos en que más le remordía la conciencia— de que estaba oscilando entre dos mujeres. Te han desenmascarado, se decía con el triunfalismo de quien ve cumplidas sus peores expectativas. Vas a pagar las consecuencias de tus delirios de grandeza. Tu mundo imaginario se desmorona alrededor y la culpa es tuya por erigir un templo sin cimientos. Pero tan pronto como esgrimía estos apocalípticos augurios acudía en su rescate el optimista consejero que llevaba dentro: ¿Así que unas cuantas verdades molestas se convierten ya en una Némesis?

—Usando la voz de Benny—. ¿Aparece un diplomático joven y distinguido pidiéndote que des la cara por Inglaterra como un hombre, y te ves ya en el depósito de cadáveres? ¿Acaso una Némesis se ofrecería a ser tu millonario loco, te metería en el bolsillo un grueso fajo de billetes de cincuenta y te diría que hay más esperándote? Te ha llamado «regalo del cielo», Harry, cosa que no te ha dicho mucha gente. ¿Una ocasión única? ¿Una Némesis?

Y de pronto Hannah necesitaba que el Gran Tomador de Decisiones decidiese qué libro le convenía leer para el concurso de lectura del colegio, y Mark necesitaba que le oyese interpretar Lazy Sheep con su violín nuevo a fin de decidir si daba la talla para presentarse a su examen, y Louisa necesitaba su parecer sobre el último escándalo en la sede de la Comisión a fin de decidir qué pensar en cuanto al futuro del Canal, pese a que las opiniones de Louisa a ese respecto estaban ya de sobra decididas desde hacía tiempo: el incomparable Ernesto Delgado, modelo de virtud con el respaldo del gobierno de Estados Unidos y guardián de los valores de un pasado dorado, no era susceptible de culpabilidad alguna.

–Harry, no lo entiendo. Basta con que Ernesto abandone el país durante diez días para acompañar a su presidente, y su equipo autoriza de inmediato el nombramiento nada menos que de cinco atractivas panameñas para puestos de relaciones públicas a escala continental cuando no poseen más méritos que ser jóvenes y blancas, conducir BMWs, vestir ropa de diseño, tener pechos grandes y padres ricos, y negarse a hablar con los empleados permanentes.

–Vergonzoso –decidió Pendel.

Y de vuelta en la sastrería Marta necesitaba repasar con él las facturas vencidas y los pedidos todavía sin recoger a fin de decidir a quién hostigar y a quién conceder otro mes.

–¿Cómo van esos dolores de cabeza? –preguntó Pendel con ternura al advertir que Marta estaba aún más pálida que de costumbre.

–No es nada –contestó ella desde detrás de su cabello.

– ¿Se ha averiado otra vez el ascensor?

Librodot

–El ascensor está averiado por tiempo indefinido. –Esbozó una sonrisa torcida–. El ascensor se ha declarado oficialmente averiado.
– Lo siento.
– Pues no lo sienta. El ascensor no es responsabilidad suya. ¿Quién es ese Osnard?
Pendel se sobresaltó. ¿Osnard? Osnard? Un cliente, mujer. ¡No vuelvas a hablarme de él!
– ¿Por qué lo preguntas? –dijo, ya totalmente sereno.
– Es mala persona.
– ¿Y no lo son todos mis clientes? –repuso Pendel, aludiendo en broma a la preferencia de Marta por la gente del otro lado del puente.
–Sí, pero esos otros no son conscientes –matizó Marta, ahora sin sonreír.
–¿Y Osnard sí es consciente?
– Sí. Osnard es mala persona. No acceda a lo que le ha pedido.
– Pero ¿qué me ha pedido?
– No lo sé. Si lo supiera, se lo impediría. Por favor. Habría añadido «Harry». Pendel vio formarse su nombre en los labios maltrechos de Marta. Pero ella tenía a mucha honra no aprovecharse nunca de su indulgencia en la sastrería, no demostrar mediante palabras o gestos que estaban unidos en su otra vida, que cada vez que se veían, veían lo mismo desde distintas ventanas: Marta tirada en la calle como basura sin recoger con los vaqueros y la camisa blanca hechos jirones mientras tres miembros de los batallones de la dignidad de Noriega, conocidos cariñosamente como «dignobates», intentaban por turno ganarse su afecto y su voluntad con la ayuda de un bate de béisbol ensangrentado, empezando por la cara. Pendel mirándola mientras otros dos dignobates lo sujetaban por los brazos, y gritando desesperadamente, primero asustado, luego furioso y por último suplicante, rogándoles que la dejaran. Pero fue en vano. Lo obligaron a mirar. Porque ¿de qué serviría darle un escarmiento a una rebelde si no había nadie para tomar buena nota?
–Es un error, capitán. Es pura coincidencia que esta mujer lleve la camisa blanca de protesta.
–Cálmese, señor. No seguirá siendo blanca durante mucho tiempo.
Marta en la cama de la clínica improvisada adonde Mickie los ha llevado valerosamente; Marta desnuda, cubierta de sangre y magulladuras, mientras Pendel asedia al médico, prometiéndole dólares y garantías, y Mickie monta guardia en la ventana.
–Somos mejores de lo que parece –susurra Marta a través de los labios sanguinolentos y los dientes rotos.
Quiere decir que hay un Panamá mejor. Habla de la gente del otro lado del puente.
Al día siguiente detienen a Mickie.

–He pensado en convertir el Rincón del Deportista en una especie de sala de reuniones –anunció Pendel a Louisa, todavía en busca de una decisión–. Ya me parece estar viendo allí un bar.
– Harry, no entiendo para qué necesitas un bar. En tus tertulias de los jueves hay ya bastante alboroto sin bar.
– Es para atraer a la gente, Lou. Para aumentar la clientela. Los

amigos traen a sus amigos, éstos se ponen cómodos, se relajan, echan un vistazo a los muestrarios, y empezamos a llenar libros de pedidos.
— ¿Y dónde irá el probador? —objetó Louisa.
Buena pregunta, pensó Pendel. Ni siquiera Andy sería capaz de encontrar una respuesta. Decisión aplazada.

—Para los clientes, Marta —explicó Pendel con paciencia—. Para todos los que vienen a comer tus sándwiches. Y así se multiplicará la clientela y encargarán más trajes.
— Por mí, ojalá se envenenasen todos con los sándwiches.
— ¿Y a quién vestiría yo entonces? A esos estudiantes exaltados amigos tuyos, supongo. La primera revolución del mundo hecha a medida, por gentileza de P & B. Muchas gracias.
— ¿Y por qué no? ¿Acaso no iba Lenin en Rolls-Royce? —replicó ella con igual sentido del humor.

No le pregunté por los bolsillos, pensó Pendel mientras cortaba un esmoquin a última hora del día al compás de la música de Bach. Ni por los dobladillos o la holgura del pantalón. Tampoco le hablé de las ventajas de los tirantes con respecto al cinturón en un clima húmedo, sobre todo para caballeros cuya cintura es lo que yo llamo un continuo vaivén. Provisto de esta excusa, se disponía a levantar el auricular cuando sonó el teléfono, ¿y quién podía ser sino Osnard, que le propuso salir a tomar una copa antes de retirarse a casa?
Quedaron en el moderno bar forrado de madera del hotel Executive, una torre blanca e impoluta situada a un paso de la sastrería. Un enorme televisor ofrecía un partido de baloncesto a dos atractivas muchachas en minifalda. Pendel y Osnard se sentaron lejos de ellas en unas sillas de mimbre más pensadas para reclinarse cómodamente contra el respaldo que para mantenerse en la postura que ellos habían elegido, con el cuerpo hacia adelante y las cabezas muy juntas.
—¿Ya te has decidido? —preguntó Osnard.
—En realidad no, Andy. Estoy en ello, digamos. Deliberando.
—En Londres están entusiasmados con lo que han oído. Quieren cerrar el trato.
— Vaya, estupendo, Andy —dijo Pendel—. Debes de haberme puesto por las nubes.
—Te quieren trabajando a pleno rendimiento cuanto antes. Están fascinados con eso de la Oposición Silenciosa. Les interesa conocer los nombres de los protagonistas, las fuentes de financiación, los lazos con los estudiantes, si existe algún manifiesto, métodos y objetivos.
— Ah, bien. Sí. De acuerdo —contestó Pendel, preocupado entre otras muchas cosas porque había perdido de vista a Mickie Abraxas, el gran guerrillero, y a Rafi Domingo, su ilustre patrocinador. Cortésmente, añadió—: Me alegra saber que les ha gustado.
— He pensado que podrías sonsacarle algo a Marta: pormenores del activismo estudiantil. Fabricación de artefactos explosivos en las aulas y esas cosas.
— Ah, bien. De acuerdo.

Librodot

Quieren establecer una relación formal, Harry. Y yo también. Ficharte, prepararte, pagarte, enseñarte un par de trucos. Prefieren que el asunto no se enfríe.
—Es cuestión de días, Andy. Ya te lo dije. No me gusta precipitarme. Reflexiono.
— Han mejorado las condiciones en un diez por ciento —informó Osnard—. Eso te permitirá una mayor dedicación. ¿Quieres que repasemos juntos las condiciones?
Tanto si Pendel quería como si no, Osnard comenzó a enumerarlas, mascullando a través de una mano ahuecada como si se escarbase los dientes con un palillo: tanto de anticipo, tanto en plazos mensuales para amortizar el crédito, primas en efectivo según la calidad del producto —siempre a criterio de Londres—, una gratificación de tanto al final del trabajo.
— En tres años máximo saldrías del atolladero —agregó.
— O en menos, con un poco de suerte.
- 0 de inteligencia —puntualizó Osnard.
—Harry.
Ha pasado una hora pero Pendel se siente demasiado distante de su mundo para volver a casa, así que ha vuelto al taller y está de nuevo con su esmoquin y su Bach.
— Harry.
Escucha la voz de Louisa la primera vez que hicieron el amor, que lo hicieron realmente, no sólo dedos y lengua y el oído atento por si los padres de ella regresaban del cine, sino completamente desnudos en la cama de Harry, que vive en una miserable buhardilla de Calidonia, donde corta trajes por las noches después de vender ropa de confección durante todo el día en la tienda de un astuto sirio llamado Alto. Su primer intento no se ha visto coronado por el éxito. Los dos sienten vergüenza, los dos se han iniciado tarde en el amor, inhibidos por demasiados fantasmas familiares.
— Harrv.
—Sí, cariño.
Ninguno de los dos pronuncia con naturalidad la palabra «cariño». Ni al principio ni nunca.
—Si el señor Braithwaite te dio tu primera oportunidad, te acogió bajo su techo, te convenció de que estudiases por las noches y te apartó de ese siniestro tío Benny tuyo, cuenta con mi total aprobación.
—Me alegra que pienses así, cariño.
— Debes honrarlo y venerarlo, y hablarle de él a nuestros hijos cuando crezcan para que vean como un buen samaritano puede salvar la vida de un huérfano.
— Arthur Braithwaite era el único hombre decente con quien me había cruzado hasta que conocí a tu padre, Lou —asegura Pendel con unción.
¡Y no mentía, Lou!, prorrumpe Pendel en su mente con desesperación mientras aplica la tijera al hombro izquierdo. ¡En el mundo todo es verdad si se inventa con suficiente convicción y se ama a la persona a quien va dirigido!
—Se lo diré —anuncia Pendel en voz alta, izado por los acordes de Bach a un plano de sinceridad perfecta. Y por un horrendo instante de abandono contempla seriamente la posibilidad de renunciar a los sabios preceptos que

han regido su existencia y ofrecer a su compañera de vida una confesión completa de sus pecados. 0 casi completa. Una selección.
Louisa, tengo que contarte algo un tanto engorroso. Lo que sabes de mí no es rigurosamente cierto en lo relativo a los detalles. Se acerca más a lo que desearía haber sido si las cosas hubiesen tomado un rumbo algo más favorable.
Carezco del vocabulario preciso, piensa. No he confesado nada en toda mi vida, salvo aquella vez por el tío Bennv. ¿Hasta dónde llegaría? ¿Y cuándo recuperaría la credibilidad? Aterrorizado, se representa la marcial escena, una de las sesiones de fervor cristiano de Louisa pero con toda la pompa: el servicio ausente por orden expresa, el núcleo familiar reunido en torno a la mesa con las manos cogidas, y Louisa con la espalda erguida y los labios apretados a causa del miedo, pues en el fondo teme la verdad más que yo.
La última vez fue Mark quien se vio obligado a admitir que había escrito «A la mierda» en el poste de la vera de su colegio. Anteriormente Hannah tuvo que reconocer que había vertido un bote de pintura de secado rápido por el fregadero en un acto de venganza contra una criada.
Pero ahora es el mismísimo Harry quien está en el punto de mira, explicando a sus adorados hijos que papá, desde el primer día de su matrimonio con mamá y desde que ellos tienen edad suficiente para escucharlo, ha estado contando patrañas en extremo ornamentadas sobre el gran héroe familiar y modelo de conducta, el inexistente señor Braithwaite, que en paz descanse. Y que, lejos de ser el hijo predilecto de Braithwaite, su padre y esposo se había dedicado durante novecientos doce instructivos días con sus respectivas noches al estudio exhaustivo de los ladrillos de los correccionales de su majestad la reina.
Decisión tomada. Os lo contaré más adelante. Mucho más adelante. Digamos que en otra vida. Una vida sin afluencia.

Pendel detuvo el todoterreno a un palmo escaso del vehículo que lo precedía y aguardó expectante a que el coche de detrás se cmpotrase contra el suyo, cosa que por alguna razón no ocurrió. ¿Cómo he llegado hasta aquí?, se preguntó. Quizá sí ha chocado contra mí y estoy muerto. Debo de haber cerrado la sastrería sin darme cuenta. De pronto recordó que había cortado el esmoquin y había extendido las piezas acabadas sobre la mesa para examinarlas, como siempre hacía: la despedida del creador hasta que volviesen a él embastadas en forma semihumana.
Una lluvia negra azotaba el capó. Un camión se había cruzado en la carretera cincuenta metros más adelante; las ruedas habían quedado esparcidas por el asfalto como boñigas. A través de la cortina de agua no se veía nada más, salvo hileras e hileras de coches parados camino de la guerra o intentando escapar de ella. Puso la radio pero el estruendo de la artillería le impidió oírla. Lluvia sobre el tejado de zinc caliente. Estaré aquí eternamente. Encerrado. En el útero materno. Cumpliendo condena. Apaga el motor, apaga la refrigeración. Espera. Cuécete. Suda. Se avecina otra salva. Escóndete debajo del asiento.
El sudor mana de sus poros, copioso como la lluvia. El agua gorgotea bajo sus pies. Pendel flota, río arriba o río abajo. El pasado que había sepultado a dos metros bajo tierra se precipita sobre él: la versión de su vida sin expurgar, sin esterilizar, sin Braithwaite, empezando por el milagro de su

nacimiento tal como se lo narró el tío Benny en la cárcel y terminando trece años atrás con el Día de la Rotunda No Expiación, cuando en honor a Louisa se inventó a sí mismo en un inmaculado y muy norteamericano jardín de la Zona del Canal, oficialmente abolida, mientras las barras y estrellas ondeaban en la nube de humo procedente de la barbacoa de su padre, la banda interpretaba el himno nacional, y los negros los observaban a través de la alambrada.
Ve el orfanato que se negaba a recordar y al tío Benny, magnífico con su sombrero de fieltro, llevándoselo de allí cogido de la mano. Hasta ese momento nunca había visto un sombrero de fieltro, y se preguntó si el tío Benny era Dios. Ve los sueltos adoquines de Whitechapel, grises y húmedos, que entrechocan bajo sus pies mientras empuja el carrito cargado de oscilantes prendas entre los bocinazos del tráfico camino del almacén del tío

Benny. Se ve a sí mismo en el interior del almacén doce años más tarde, exactamente el mismo niño, sólo que más alto, embobado entre las columnas de humo naranja, las hileras de vestidos veraniegos de señora como las mártires de un convento, y las llamas lamiéndoles los pies.
Ve al tío Benny que se aleja apresuradamente en medio del alboroto de las sirenas y, con las manos ahuecadas en torno a la boca, grita: «Harry, estúpido, corre; ¿dónde tienes la cabeza?» Y a sí mismo atrapado en arenas movedizas, incapaz de mover un miembro. Ve acercarse los uniformes azules, y ve cómo lo agarran y lo arrastran hasta el furgón. Ve también al amable sargento que, sosteniendo la lata de querosene, sonríe como cualquier padre decente y pregunta: «¿Esto no será tuyo, caballerete judío? «0 simplemente da la casualidad de que lo tenías en la mano?»
– No puedo mover las piernas –explica Pendel al amable sargento–. Las tengo paralizadas. Es como un calambre o algo así. Debería correr pero no puedo.
– No te preocupes, hijo, enseguida lo arreglamos –responde el amable sargento.
Se ve a sí mismo, desnudo y esquelético, contra la pared de ladrillo del calabozo. Y ve la interminable noche en que los policías le pegan por turno, como a Marta pero con más premeditación, y con más cervezas en el cuerpo. Y ve al amable sargento, que es un padre ejemplar, mientras los incita a seguir. Hasta que el agua lo cubre y se ahoga.
Cesa la lluvia. Nada de eso ha ocurrido jamás. Los coches cobran vida; la gente vuelve contenta a casa. Pendel está muerto de cansancio. Pone el motor en marcha y avanza lentamente, apoyando los antebrazos en el volante. Permanece atento por si en la carretera han quedado restos del accidente. Oyendo al tío Benny, una sonrisa asoma a sus labios.
–Fue una explosión –susurró el tío Benny entre lágrimas–. Una explosión de la carne.
De no ser por las visitas semanales a la cárcel el tío Benny

nunca habría hablado con tanta locuacidad de los orígenes de Pendel. Pero al ver a su sobrino sentado ante él con la espalda erguida y el nombre escrito en el bolsillo del austero mono, su corazón culpable se desmorona por más tartas de queso y libros sobre cómo mantenerse en forma que la tía Ruth le envíe a través de él, o por más que, con un nudo en la garganta, manifieste

su agradecimiento por el hecho de que Pendel haya conservado la fe pese a tantas adversidades, o dicho de otro modo, se haya mantenido shtumm.
«Fue idea mía, sargento... Lo hice porque aborrecía ese almacén, sargento... Guardaba rencor a mi tío Benny por obligarme a trabajar tantas horas sin pagarme, sargento... Su señoría, sólo tengo que decir que me arrepiento de mis malas acciones y del dolor que he causado a quienes me quieren y me han criado, en especial a mi tío Benny...»
Benny es muy anciano; para un niño, tan viejo como un sauce. Nació en Lvov, y Pendel a los diez años de edad conoce Lvov como si fuese su pueblo. En la familia de Benny todos crían campesinos, artesanos, modestos comerciantes y zapateros remendones. Para la mayoría de ellos, el viaje en tren a los campos de concentración fue la primera y última salida de los confines del shtetl o el gueto. Pero no para Benny. El Benny de aquel entonces es un sastre joven y avispado que sueña con un futuro dorado y, valiéndose de sus dotes de persuasión, logra el traslado a Berlín con la misión de confeccionar uniformes para los oficiales alemanes, aunque su verdadera ambición es estudiar canto bajo la tutela de Gigli, convertirse en un gran tenor y comprar una villa en las montañas de Umbría.
—Harry, muchacho, donde estuviese aquel shmatte de la Wehrmacht que se quitase todo lo demás —dice el demócrata Benny, para quien cualquier prenda de vestir, independientemente de su calidad, era un shmatte, un harapo—. Da igual que cojas el mejor traje de Ascot o los más elegantes calzones y botas de caza. Al lado de nuestra Wehrmacht no había color, hasta lo de Stalingrado, claro; después de eso se fue todo a pique.
Benny pasa de Alemania a Leman Street, en el este de Londres, para abrir un taller y, sometiendo a su familia a unas condiciones infames —cuatro por habitación--, tomar por asalto la industria de la confección con el único objetivo de marcharse a Viena a cantar ópera. Benny es ya un anacronismo. A finales de los años cuarenta la mayoría de los sastres judíos se han establecido en zonas de mayor nivel, como Stoke Newington o Edgware, y ejercen su oficio de manera menos precaria. Su lugar lo han ocupado indios, chinos y paquistaníes. Benny no cae en la tentación. Pronto el East End se convierte en su Lvov, y Evering Road en la mejor calle de Europa. Y es en Evering Road un par de años más tarde —por lo poco que se ha permitido saber a Pendel-- donde Leon, el hermano mayor de Benny, se instala también con su esposa Rachel y varios niños, el mismo Leon que, debido a la antedicha explosión, deja encinta a una criada irlandesa de dieciocho años que llama Harry a su hijo bastardo.

Pendel conduce hasta la eternidad, siguiendo con ojos cansados las difusas estrellas rojas que lo preceden, pisando los talones a su pasado. Casi ríe en sueños, su gran decisión relegada al olvido mientras recuerda celosamente cada sílaba y cada inflexión del atribulado monólogo del tío Benny.
—Por qué consintió Rachel que tu madre cruzase el umbral de su casa es algo que nunca entenderé —dice Benny moviendo el sombrero de fieltro en un gesto de estupefacción—. No hacía falta haber estudiado las Sagradas Escrituras para darse cuenta de que aquella chica era dinamita. Poco importaba si era inocente o virtuosa. Era una shicksa muy núbil y muy estúpida a punto de hacerse mujer. Sólo necesitaba un empujoncito. Estaba escrito lo que iba ocurrir.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta Pendel.
—Cherry —responde su tío con un suspiro, como un enfermo agonizante que se desprende de su último secreto—.Diminutivo de Cherida, creo, aunque nunca vi su partida de nacimiento. Podría haberse llamado Teresa o Bernadette o Carmel, pero no, tuvo que ser Cherida. Su padre era un albañil inmigrado del condado de Mayo. Los irlandeses eran más pobres que nosotros, y por eso teníamos criadas irlandesas. A los judíos no nos gusta envejecer, Harry, muchacho. Y a ese respecto tu padre no era una excepción. No creer en el cielo es lo que nos pierde. Llevamos mucho tiempo en el largo pasillo de Dios, pero el salón principal de Dios, con todas las comodidades, aún estamos esperándolo, y muchos dudamos que llegue algún día. —Se inclina sobre la mesa de hierro y coge la mano de Pendel—. Harry, hijo, escúchame. Los judíos necesitamos el perdón de los hombres, no el de Dios, y eso no es precisamente una ventaja porque, se lo mire corno se lo mire, los hombres son más duros de pelar. La redención puedo conseguirla en mi lecho de muerte. Para el perdón, Harry, eres tú quien firma el cheque.
Pendel le concederá a Benny lo que pida, aunque sólo sea para que siga adelante con la explosión.
—Fue su olor, me confesó tu padre —continúa Benny—, mesándose los cabellos por el remordimiento. Sentado frente a mí como tú lo estás ahora, pero sin el uniforme. «Por su olor provoqué la caída del templo sobre mi cabeza», me dijo. Tu padre era un buen creyente, Harry. «Estaba arrodillada ante la chimenea y noté su olor a mujer, no a jabón y piel estregada, Benny, a auténtica mujer. Su olor a mujer fue más fuerte que yo.» Si Rachel no se hubiese ido de picos pardos con las Hijas de la Pureza judía de Southend Pier, tu padre no habría sucumbido a la tentación.
— Pero sucumbió —dijo Pendel para incitarlo a seguir.
—Harry, entre lágrimas de culpabilidad católica y judía, entre avemarías y oi veys y qué será de mí por parte de ambos, tu padre le arrebató la virginidad. A mí me cuesta ver en eso la mano de Dios, Harry, pero si puedes sacudirte la culpabilidad, míralo de esta forma: tú has heredado el descaro judío y la zalamería irlandesa.
— ¿Cómo me sacaste del orfanato? —pregunta Pendel, casi a voz en grito por la apremiante curiosidad.
Perdida en los desdibujados recuerdos de su primera infancia —cuando Benny aún no lo había rescatado—, flota la imagen de una mujer de pelo oscuro como Louisa que, de rodillas, friega un suelo de piedra tan grande como el patio de un colegio bajo la mirada de una estatua del buen pastor envuelto en una túnica azul y acompañado de su cordero.
Pendel recorre ya el tramo final del camino. Las casas de siempre dormidas desde hace rato. Las estrellas limpias tras el aguacero. Una luna llena enmarcada por la ventana de su celda. Encerradme otra vez, piensa. La cárcel es adonde uno va cuando no quiere tomar decisiones.
—Harry, estaba impecable. Aquellas monjas eran unas francesas remilgadas y pensaron que tenían delante a todo un caballero. Me puse el lote completo: un traje gris recién estrenado, una corbata que escogió tu tía Ruth, calcetines a juego, los zapatos hechos a mano por Lobb de St. James, que habían sido siempre mi debilidad. Sin arrogancia, con las manos a los costados, sin dejar entrever ni remotamente mis tendencias socialistas. —Pues entre sus innumerables hazañas Benny se ha convertido en un vehemente defensor de la causa obrera y los derechos humanos—. «Madres»,

dije, «Harry tendrá una vida feliz aunque sea lo último que haga, tienen mi palabra. Será nuestra mitzvah. Indíquenme a qué tutores debo llevarlo, y estará allí puntualmente con una camisa blanca para recibir instrucción. Garantizo que tendrá educación de pago en el colegio que ustedes elijan, la mejor música en el gramófono, y una vida hogareña por la que cualquier huérfano daría un ojo de la cara. Salmón en la mesa, conversación idealista, su propia habitación, un colchón de plumas.» Por aquellos tiempos las cosas nos iban viento en popa. Ya no me dedicaba a los shmatte; sólo vendía palos de golf y calzado, y el palacio en Umbría estaba a la vuelta de la esquina. Pensábamos que nos haríamos ricos en una semana.
—¿Dónde estaba Cherry?
—Se había marchado, Harry, muchacho —responde Benny, bajando la voz para añadir dramatismo-. Tu madre ahuecó el ala, y no puedo reprochárselo. Una tía suya de Mayo envió una carta donde nos contaba que Cherry estaba desfallecida de tantas oportunidades de limpiar sus pecados como le daban las hermanas de la caridad.
- ¿Y mi padre?
- Bajo tierra, hijo -dice Benny, sumiéndose de nuevo en la desesperación y enjugándose las lágrimas--. Tu padre, mi hermano. Donde también debería estar yo por obligarte a hacer lo que hiciste. Murió de pena, creo yo, que es lo que a mí está a punto de pasarme cada vez que te veo ahí. Aquellos vestidos de verano fueron mi ruina. No hay visión más deprimente en este mundo que quinientos vestidos de verano sin vender en pleno otoño, como cualquier shlemiei sabe. Cada día que pasaba, la póliza del seguro resultaba más tentadora. Me dejé arrastrar por el ejemplo de tantos otros, Harry, y peor aún, te hice llevar la antorcha por mí.
— He empezado el curso —anuncia Pendel para levantarle el ánimo cuando suena el timbre—. Voy a ser el mejor sastre del mundo. Fíjate en esto.
Y le enseña una pieza de tela que ha sacado del almacén de la cárcel y ha cortado a medida.
En su siguiente visita el tío Benny, movido por los remordimientos, le entrega una estampa de la Virgen María en un marco de latón que, según él, le trae recuerdos de su infancia en Lvov, cuando se escabullía del gueto para ir a ver rezar a los goyim. Y ahora está con él, junto a su cama de Bethania, sobre la mesilla de roten al lado del despertador, y lo observa con su difumi-nada sonrisa irlandesa mientras se despoja del uniforme de recluso empapado en sudor y se desliza entre las sábanas para compartir el inocente sueño de Louisa.
Mañana, piensa. Se lo diré mañana.

—Harry, ¿eres tú?
Mickie Abraxas, el gran revolucionario clandestino y héroe secreto de los estudiantes, con una borrachera lúcida a las tres menos diez de la madrugada, jurando por Dios que iba a matarse porque su mujer lo había echado de casa.
—¿Dónde estás? —preguntó Pendel, sonriendo en la oscuridad, pues Mickie, por más problemas que causase, sería siempre un compañero de celda.
—En ninguna parte. Soy un vagabundo,
—Mickie.

Librodot

– ¿Oué?
— ¿Dónde está Ana?
Ana era la actual chiquilla de Mickie, una mujer briosa y realista, amiga de la infancia de Marta, que al parecer aceptaba a Mickie tal como era. Los había presentado Marta.
—Hola, Harry --dijo Ana alegremente.
Y Pendel le devolvió el saludo con igual ánimo.
—¿Cuánto ha bebido, Ana?
—No lo sé. Dice que ha estado en un casino con Rafi Domingo. Ha tomado un poco de vodka, ha perdido un poco de dinero. Puede que también haya esnifado un poco de coca, no lo recuerda. Suda a mares. ¿Llamo a un médico?
Mickie se puso de nuevo al teléfono antes de que :Pendel contestase.
— Harry, te quiero.
—Ya lo sé, Mickie, y te lo agradezco. Yo también te quiero.
—¿Apostaste a aquel caballo?
— Pues si, Mickie, sí. Admito que aposté a aquel caballo.
—Lo siento, Harry. Créeme. Lo siento.
--No te preocupes, Nickie. No se hunde el mundo. Los buenos caballos no siempre ganan.
—Te quiero, Harry. Eres un buen amigo, ¿me oyes?
—Entonces ¿para qué vas a matarte? ¿No te parece, Mickie? --dijo Pendel con delicadeza—. Si tienes a Ana y a un buen amigo...
—¿Sabes qué podemos hacer, Harry? Pasar juntos un fin de semana. Tú, yo, Ana y Marta. Vamos a pescar. Follamos.
—Ahora, Mickie, échate un sueño —atajó Pended con firmeza—, y mañana pasa por la sastrería a probarte el esmoquin y tomarte un sándwich, y charlamos. ¿De acuerdo?

— ¿Quién era? —preguntó Louisa cuando Pendel colgó.
— Mickie. Su mujer lo ha plantado en la calle otra vez.
—¿Por qué?
— Porque está liada con Rafi Domingo —respondió Pendel, forcejeando con la ineluctable lógica de la vida.
—¿Por qué no le parte la boca?
— ¿A quién? —dijo Pendel tontamente.
—A su mujer, Harry. ¿A quién va a ser?
— Está cansado. Noriega le quebrantó el alma.
Hannah se metió con ellos en la cama, y poco después la siguieron Mark y el oso de peluche gigante que había abandonado hacía años.
Ya era mañana, así que se lo dijo.
Lo hice para tener credibilidad, le dijo cuando ella había conciliado de nuevo el sueño.
Para servirte de puntal cuando te tambaleas.
Para ofrecerte un verdadero hombro en que apoyarte, y no simplemente el mío.
Para ser más digno de la hija de un militar de la Zona que habla exaltadamente y se acelera cuando se siente amenazada y se olvida de andar con pasos cortos después de oírle decir a su madre durante veinte años que si no anda así nunca se casará como Emily.

Librodot

Y se cree demasiado fea y alta mientras todos alrededor son de la estatura correcta y tan encantadores como Emily.
Y que ni en un millón de años, ni siquiera en sus momentos más vulnerables e inseguros, ni siquiera por rencor a Emily, prendería fuego al almacén del tío Benny por hacerle un favor, empezando con los vestidos de verano.
Pendel se sienta en el sillón y se tapa con una colcha, dejando la cama a los puros de corazón.

—Estaré fuera todo el día —avisa a Marta al llegar a la tienda la mañana siguiente—. Tendrás que atender tú a los clientes.
—A las once viene el embajador boliviano.
—Dale hora en otro momento. Por cierto, quiero verte.
—¿Cuándo?
—Esta noche.

Hasta ese día habían ido siempre en familia, comiendo en el camino a la sombra de los mangos, viendo planear perezosamente a los halcones, las águilas pescadoras y los buitres en la abrasadora brisa; contemplando a los jinetes en caballos blancos como vestigios del ejército de Pancho Villa. 0 tiraban del bote hinchable por los arrozales inundados, Louisa exultante como pocas veces con pantalón corto y el agua hasta las rodillas haciendo de Katharine Hepburn en La Reina de África para el Bogan de Pendel, Mark rogando precaución y Hannah tachándolo de insípido.
0 se adentraban en el todoterreno por amarillentos caminos de tierra que se cortaban de repente al llegar al bosque, en cuyo punto, para deleite de los niños, Pendel lanzaba uno de los maravillosos gemidos de desesperación del tío Benny, fingiendo que estaban perdidos. Como de hecho así era, hasta que cincuenta metros más adelante asomaban entre las palmeras las torres plateadas del molino arrocero.
0 visitaban las tierras en temporada de siega, montándose de dos en dos en las enormes cosechadoras de oruga, observando frente a ellos el movimiento de las aletas, que golpeaban el arroz y levantaban nubes de mosquitos. El aire caliente y pegajoso comprimido bajo un cielo bajo y severo. Campos llanos como tablas perdiéndose en los manglares. Los manglares perdiéndose en el mar.
Pero aquel día, mientras el Gran Tomador de Decisiones recorría su solitario camino, lo molestaba todo lo que veía, todo se le antojaba un mal augurio: las hostiles alambradas de los depósitos de armas norteamericanos, que le recordaban al padre de Louisa, las pancartas de condena donde rezaba «Jesús es el Señor», los poblados de cartón de los ocupas en cada ladera: cualquier día de éstos me uniré a vosotros.
Y después de la miseria, el paraíso perdido de la breve infancia de Pendel: una sinuosa extensión de tierra roja de Devon, con reminiscencias de unas colonias de verano en Okehampton; vacas inglesas que lo observaban desde los bananales. Ni siquiera Haydn, sonando en el radiocasete, lo salvó de la melancolía de aquellos animales. Al entrar en el camino de la finca y notar el traqueteo provocado por los baches no pudo menos que preguntarse indignado cuántas veces le había ordenado ya a Angel que reparase la calzada. Y al ver a Angel con botas de montar reforzadas, sombrero de paja y

Librodot

cadenas de oro en el cuello se encolerizó más aún. Se encaminaron en el todoterreno hacia el lugar donde su vecino de Miami había abierto su zanja en el río de Pendel.
–¿Sabes una cosa, Harry, amigo mío? –dijo Angel.
—¿Qué?
–Lo que ha hecho ese juez es una inmoralidad. Aquí en Panamá cuando sobornamos a alguien, confiamos en su lealtad. ¿Y sabes en qué más confiamos?
–No –contestó Pendel.
–Confiamos en el valor de un trato, Harry. Nada de cambiar las condiciones. Nada de ceder a las presiones. Nada de echarse atrás. Para mí que ese individuo es antisocial.
--¿Y qué sugieres?
Angel se encogió de hombros en un gesto de conformidad propio de alguien cuyas noticias preferidas son las malas.
–¿Quieres mi consejo, Harry? ¿Un consejo sincero, de amigo?
Habían llegado al río. En la margen contraria los esbirros del vecino hicieron como si no viesen a Pendel. La zanja se había convertido en un canal, por debajo, el lecho del río estaba seco,
– Yo te recomiendo que negocies. Reduce las pérdidas, llega a un acuerdo. ¿Quieres que tantee a esa gente? ¿Que inicie un diálogo con ellos?
–No,
– Acude entonces a tu banquero, Ramón tiene fama de negociador implacable. El hablará en tu nombre.
–¿Cómo es que conoces a Ramón Rudd? –preguntó Pendel, Quién no conoce a Ramón? Escucha, yo no soy sólo tu administrador, ¿entendido? Soy tu amigo,
Pero Pendel no tiene más amigos que Marta y Mickie, y quizá también el señor Charlie Blüthner, que vive en la costa a quince kilómetros del arrozal y lo espera para jugar una partida de ajedrez.
–¿Blüthner? ¿Como los pianos? --preguntó Pendel al tío Benny en los muelles de Tilbury siglos atrás, examinando bajo la lluvia el herrumbroso carguero que transportará al ex recluso hacia la siguiente etapa de su lucha por la vida.
–Exacto, Harry, muchacho, y está en deuda conmigo --contestó .Benny, sumando sus lágrimas a la lluvia–. Charlie Blüthner es el rey del shmatte en Panamá, y no estaría donde está si Benny no se hubiese mantenido shtumrn por él como tú hiciste por mí.
–¿Le pegaste luego a sus vestidos de verano?
–Peor aún, Harry, muchacho. Y nunca lo ha olvidado.
Por primera y última vez en sus vidas, se abrazaron. Pendel lloraba también pero en realidad no sabía por qué, pues mientras corría por la pasarela del barco sólo tenía una idea en la mente: He salido y nunca volveré,
Y el señor Blütbner no había defraudado la confianza de Benny. Pendel apenas se había instalado en Panamá cuando el Mercedes granate con chófer pasaba ya asiduamente a recogerlo por su lamentable buhardilla de Calidonia y lo llevaba a la suntuosa villa de Blúthner, con sus varias hectáreas de acicalado jardín frente al Pacífico, sus suelos embaldosados, su caballeriza refrigerada, sus cuadros de Nolde, y sus ornados diplomas donde inexistentes universidades norteamericanas de nombres pomposos lo

nombraban estimado profesor, doctor, decano, etcétera, Y también con su piano vertical rescatado del gueto.
En pocas semanas Pendel se había convertido, o así se veía él, en el amado vástago del señor Blüthner, ocupando su lugar natural entre los animosos y bullangueros hijos y nietos, las augustas tías y los rechonchos tíos, y las sirvientas con sus uniformes verde pastel. En las celebraciones familiares y el kiddush cantaba desafinadamente y a nadie le importaba. Jugaba fatal al golf en su campo privado y no se molestaba en pedir disculpas. Chapoteaba con los niños en la playa y conducía los buggies de la familia a toda velocidad por las dunas de arena negra. Retozaba con los desastrados perros y les lanzaba mangos caídos y contemplaba los escuadrones de pelícanos sobre el mar, y creía en todo ello: la fe de la familia, la moralidad de su riqueza, las buganvillas, el millar de matices de verde, y su respetabilidad, cuyo resplandor eclipsaba por completo los destellos del pequeño incendio que el tío Benny pudiese haber provocado en los difíciles comienzos del señor Blüthner.
Y la amabilidad del señor Blüthner no se restringía a su casa, ya que cuando Pendel dio sus primeros pasos en el campo de la confección a medida, Blüthner Compañía Limitada le concedió seis meses de crédito en su enorme almacén textil de Colón, y las recomendaciones de Blüthner le proporcionaron los primeros clientes y le abrieron muchas puertas. Y cuando Pendel intentaba agradecérselo, el señor Blüthner, un hombre de corta estatura, arrugado y lustroso, movía la cabeza en un gesto de negación y decía: «Dale las gracias a tu tío Bennv.» Luego añadía su habitual consejo: «Busca una buena chica judía, Harrv. No nos abandones.»
Ni siquiera cuando se casó con Louisa se interrumpieron sus visitas al señor Blüthner, aunque inevitablemente exigieron un mayor sigilo. El hogar de los Blüthner se convirtió en su paraíso secreto, un santuario al que únicamente podía acudir solo y con algún pretexto. Y el señor Blüthner, en correspondencia, prefería pasar por alto la existencia de Louisa.

—Tengo un ligero problema de liquidez, señor Blüthner —admitió Pendel cuando se encontraban ya sentados en la terraza norte separados por un tablero de ajedrez. Había una terraza en cada ala para que el señor Blüthner estuviese siempre a resguardo del viento.
—¿En el arrozal? —preguntó el señor Blüthner. Su pequeña mandíbula era de roca hasta que sonreía, y en ese momento no sonreía. Sus viejos ojos pasaban mucho tiempo dormidos. En ese momento dormían.
— Y en la sastrería —aclaró Pendel, sonrojándose.
— ¿Has hipotecado la sastrería para financiar el arrozal, Harry?
—Sólo en cierta medida, señor Blüthner.
—Recurrió al humor—. Así que, como es lógico, ahora busco un millonario loco.
El señor Blüthner lo pensaba todo con detenimiento, tanto si jugaba al ajedrez como si le pedían dinero. Permaneció inmóvil mientras reflexionaba; daba la impresión de que ni siquiera respirase. Pendel recordó a viejos reclusos en aquella misma actitud.
—O se está loco, o se es millonario —respondió el señor Blüthner por fin—. Harry, muchacho, todo hombre ha de pagar sus sueños; es la norma.

Nervioso, como siempre en los instantes previos a sus citas con ella, avanzaba por la avenida 4 de Julio, antiguo límite de la Zona del Canal. Abajo, a su izquierda, la bahía. Arriba, a su derecha, el cerro Ancón. Y en medio se extendía el reconstruido barrio de El Chorrillo, con su parcela de césped demasiado verde en el lugar donde se había alzado la comandancia. A modo de indemnización se habían construido un puñado de infames edificios pintados a franjas en tonos pastel. Marta vivía en el de en medio. Pendel subió con cautela por la inmunda escalera, recordando que en su anterior visita alguien, amparado en la oscuridad, se había orinado sobre él desde un piso superior mientras el edificio entero se estremecía en una salva de abucheos carcelarios y delirantes carcajadas.

— Bienvenido seas —dijo Marta con solemnidad después de descorrer los cuatro cerrojos.

Se tendieron en la cama como siempre se tendían, vestidos y a cierta distancia, los dedos secos y menudos de Marta doblados sobre la palma de la mano de Pendel. No había sillas, apenas había suelo. El apartamento se reducía a una única habitación dividida por cortinas marrones: un cubículo para lavar, otro para cocinar y aquél para acostarse. Junto a la oreja izquierda, Pendel tenía una caja de cristal abarrotada de animales de porcelana que había pertenecido a la madre de Marta, y ante sus pies descalzos se erguía un tigre de cerámica de un metro de altura que su padre había regalado a su madre en sus bodas de plata, tres días antes de morir hechos pedazos en los bombardeos. Y si Marta hubiese acompañado a sus padres a la casa de su hermana casada aquella noche en lugar de quedarse en la cama recuperándose de las heridas en la cara y las magulladuras en el cuerpo, también ella habría muerto hecha pedazos, ya que su hermana vivía en la calle donde cayeron las primeras bombas, aunque en la actualidad sea imposible encontrarla, tan imposible como encontrar a los padres, la hermana, el cuñado o la sobrina de seis meses de Marta, o al gato azafranado de la familia, llamado Hemíngway. Cadáveres, escombros y la calle entera habían sido relegados oficialmente al olvido.

-Me gustaría que te mudases a tu antiguo apartamento --dijo Pendel como de costumbre.

-No puedo.

No podía porque sus padres habían vivido donde ahora se alzaba ese edificio.

No podía porque ése era su Panamá.

No podía porque su corazón seguía al lado de los muertos

Hablaban poco. Preferían contemplar la monstruosa historia secreta que los unía: Una empleada joven, hermosa e idealista ha participado en una manifestación contra el tirano. Llega a su lugar de trabajo sin aliento y asustada. Al anochecer su jefe se ofrece a acompañarla en coche a su casa con el indudable propósito de convertirse en su amante, porque en la tensión de las últimas semanas ha nacido entre ellos una irresistible atracción. El sueño de un Panamá mejor es como el sueño de una vida en común, e incluso Marta reconoce que sólo los yanquis son capaces de remediar el caos que ellos mismos han creado, y que los yanquis deben intervenir cuanto antes. En el camino han de detenerse en un control de carretera, donde unos dignobates desean saber por qué lleva Marta una camisa blanca, símbolo de la resistencia contra Noriega. Insatisfechos con la explicación, le destrozan la cara.

Pendel acomoda en el asiento trasero del todoterreno a Marta, que sangra copiosamente, v aterrorizado se dirige a toda prisa hacia la universidad. Por esas fechas Mickiees también estudiante, y la única persona en quien Pendel se atreve a confiar. Milagrosamente lo encuentra en la biblioteca. Mlickie conoce a un médico; lo llama, lo amenaza, lo soborna. Mickie se pone al volante de todoterreno de Pendel; Pendel se sienta detrás con la cabeza sangrante de Marta en el regazo, empapándole el pantalón y manchando irreparablemente la tapicería del vehículo familiar. El médico la atiende tan mal como sabe. Pendel informa a los padres de Marta, les da dinero. Luego se ducha y se cambia de ropa en la sastrería, vuelve a casa en taxi, y durante tres días, por culpabilidad y miedo, es incapaz de explicarle a Louisa lo ocurrido, inclinándose por contarle una sarta de mentiras sobre un conductor idiota que embistió el todoterreno por un costado, siniestro total, Lou, hay que comprar uno nuevo, ya he hablado con los del seguro y no ponen ningún problema. Hasta el quinto día no reúne el valor necesario para anunciarle, con tono de desaprobación, que Marta se había involucrado en los disturbios estudiantiles, lesiones faciales, Lou, una larga convalecencia, he prometido readmitida cuando se recupere.
--Oh -dice Louisa.
-Y han metido en la cárcel a Mickie --prosigue inconexamente, omitiendo que el cobarde médico lo ha denunciado, y habría denunciado también a Pendel si hubiese sabido su nombre.
-Oh -dice Louisa por segunda vez.

-La razón sólo actúa cuando entran en juego las emociones --afirmó Marta, llevándose los dedos de Pendel a los labios y besándolos uno por uno.
-¿Qué significa eso?
--Lo he leído. Te noto confuso por algo. He pensado que podía ser útil.
-En principio la razón debería ser lógica -objetó Pendel.
-No existe lógica a menos que entren en juego las emociones.
-Quieres hacer algo, y lo haces. Eso es lógica. Si quieres hacer algo y no lo haces, es un fracaso de la razón.
—Será verdad si tú lo dices, ¿no? —respondió Pendel, que desconfiaba de todo razonamiento abstracto menos de los suyos—. Desde luego esos libros tuyos te suministran toda una jerga, ¿no? Hablas como una profesora y ni siquiera te has presentado a los exámenes todavía.
Marta nunca persistía, y por eso Pendel acudía a ella sin temor. Parecía saber que él nunca decía la verdad a nadie, que se la guardaba por educación, y lo poco que le contaba poseía por tanto un gran valor para ambos.
—¿Cómo está Osnard? —preguntó Marta.
—¿Cómo debería estar?
— ¿Por qué piensa que te tiene a su entera disposición? —Sabe ciertas cosas —contestó Pendel.
—¿Sobre ti?
— Sí.
—¿Es algo que yo conozco?
—No lo creo.
— ¿Es algo malo?
—Sí —reconoció Pendel.

— Haré lo que me pidas. Cuenta conmigo para lo que sea. Si quieres que lo mate, lo mataré e iré a la cárcel.
— ¿Por el otro Panamá?
—Por ti.

Ramón Rudd tenía acciones en un casino del casco viejo y le gustaba ir allí a relajarse. Se acomodaron en un banco tapizado de felpa y observaron a las mujeres de hombros desnudos y los crupieres de ojos hinchados dispuestos en torno a las ruletas vacías.
—Voy a pagar la deuda, Ramón —informó Pendel—. El capital, los intereses, todo. Voy a hacer borrón y cuenta nueva.
—¿Con qué dinero?
—Digamos que he encontrado un millonario loco.
Ramón sorbió un poco de limonada con una pajita.
—Voy a comprarte la finca, Ramón. No tienes tierras suficientes para sacarles rentabilidad ni te interesa cultivarlas. Sólo te interesa estafarme.
Rudd se examinó en el espejo y se quedó impasible ante lo que vio.
— ¿Tienes otro negocio en marcha? —preguntó—. ¿Algo de lo que no estoy enterado?
—Ojalá, Ramón.
—¿Algo extraoficial?
— Tampoco eso, Ramón.
— Porque si es así, me corresponde una parte. Yo te presté dinero, así que debes decirme en qué clase de negocio andas. Es lo ético. Lo justo.
— Esta noche no estoy de humor para ética, Ramón, la verdad. Rudd pensó en lo que acababa de oír y no pareció complacido.
— Pues si tienes un millonario loco, págame seis mil dólares por hectárea —dijo, citando otra inmutable ley ética.
Pendel consiguió reducir el precio a cuatro mil y se marchó a casa.

Hannah tenía fiebre.
Mark quería retarlo a una partida de ping pong.
La criada que lavaba la ropa estaba otra vez embarazada.
La que fregaba el suelo se quejaba de que el jardinero le había hecho proposiciones deshonestas.
El jardinero insistía en que a los setenta años tenía derecho a hacer proposiciones a quien se le antojase.
El inmaculado Ernesto Delgado había regresado de Tokio.

Al entrar en la sastrería a la mañana siguiente Harry Pendel, cabizbajo, pasa revista a sus filas, empezando por las mujeres kunas responsables de los acabados, siguiendo con los pantaloneros italianos y los confeccionistas chinos encargados de las chaquetas, y
I31
terminando por la señora Esmeralda, una anciana mulata de pelo rojo que sólo hace chalecos de la mañana a la noche y con eso está ya contenta.
Como un gran comandante en la víspera de una batalla dirige unas palabras de aliento a cada uno de ellos, salvo que es Pendel quien necesita ese

Librodot

aliento, y no sus tropas. Hoy es día de pago, y disfrutan todos de un excelente estado de ánimo. Encerrándose en el taller de corte, Pendel desenrolla dos metros de papel marrón sobre la mesa, coloca el cuaderno abierto en su atril de madera y, acompañado del melodioso lamento de Alfred De11er, empieza a bosquejar con suma delicadeza los contornos del primero de los dos trajes de alpaca para Andrew Osnard, una creación de Pendel Braithwaite Co. Limitada, sastres de la realeza, antes en Savile Row. El maduro hombre de negocios, gran sopesador de argumentos y frío evaluador de situaciones, está votando con sus tijeras.

7

El aciago anuncio por parte del embajador Maltby de que un tal señor Andrew Osnard —¿sería eso alguna clase de aves?, se preguntaba uno al oír aquel nombre— se incorporaría, en breve al personal de la embajada británica en Panamá llenó primero de incredulidad y después de recelo el honrado corazón del ministro consejero, Nigel Stormont.
Naturalmente, cualquier otro embajador habría llamado aparte a su ministro consejero. Era una cuestión de elemental cortesía: «Veras, Nigel, be pensado que deberías saberlo tú antes que los demás,...» Pero después de soportarse mutuamente durante un año habían entrado en la etapa en que la cortesía podía darse por sentada, Y en todo caso Maltby- se preciaba de sus divertidas sorpresas. Así que se guardó la noticia hasta la reunión que presidía los lunes por la mañana, y que Stormont personalmente conside-raba el momento más intranscendente de la semana laboral.
Su público, compuesto por una atractiva mujer y tres hombres, incluido Stormont, se hallaba sentado frente a su escritorio en. una hilera de sillas cromadas dispuestas en forma de media luna, Ante ellos, Maltby parecía una criatura de una raza más pobre y de mayor tamaño. Rondaba la cincuentena y medía un metro noventa. Tenía un raído flequillo negro, un doctorado *summa cum laude* en alguna especialidad inútil, y una mueca permanente que no debía confundirse con una sonrisa. Siempre que su mirada se posaba en la atractiva mujer, uno adivinaba que de buena gana la mantendría allí fija pero no se atrevía, pues de inmediato la desviaba avergonzado hacia la pared y sólo la mueca persistía. Tenía la chaqueta del traje colgada en el respaldo de la silla, y la caspa titilaba en los hombros bajo los rayos del sol. Sentía debilidad por las camisas estridentes, y la de esa mañana sumaba a lo ancho diecinueve listas. 0 eso calculaba Stormont, que aborrecía el suelo que Maltby pisaba.

Si Maltby no se ajustaba a la augusta imagen del funcionariado británico en el extranjero, también su embajada dejaba mucho que desear. No había verjas de hierro forjado ni pórticos dorados ni regias escaleras para inspirar obediencia a las razas inferiores que vivían sin ley, y tampoco retratos del siglo XVI mostrando a hombres ilustres con bandas cruzadas sobre el pecho. La porción de la Gran Bretaña imperial gobernada por Maltby se hallaba suspendida a un cuarto de la altura total de un rascacielos perteneciente al mayor bufete de Panamá y coronado por la insignia de un banco suizo.

Librodot

La embajada tenía una puerta principal blindada con un revestimiento de roble inglés, y se accedía a ella pulsando un botón en un ascensor silencioso. En aquella quietud refrigerada, la divisa real hacía pensar en silicona y funerarias. Las ventanas, como las puertas, habían sido reforzadas para frustrar las incursiones de los irlandeses, y tintadas para frustrar las incursiones del sol. No penetraba ni un solo susurro del mundo real. El tráfico, las grúas, los barcos, el casco viejo y las zonas nuevas, la brigada de mujeres con uniformes de color naranja que recogía hojas en la mediana de la avenida Balboa eran meros especímenes en el registro de inspección de su majestad la reina. Desde el momento en que uno ponía los pies en el espacio aéreo extraterritorial de Gran Bretaña, se desentendía del mundo exterior.

En la reunión se habían analizado, improvisadamente, las posibilidades de Panamá de convertirse en uno de los signatarios del Tratado Norteamericano de Libre Comercio (desdeñables, a juicio de Stormont), las relaciones entre Panamá y Cuba (turbias alianzas comerciales, consideraba Stormont, vinculadas en su mayor parte al narcotráfico), y la repercusión de las elecciones guatemaltecas sobre la psique política panameña (nula, como Stormont había advertido ya al Departamento). Maltby, para no perder la costumbre, había hecho hincapié en el insufrible tema del Canal: la omnipresencia de los japoneses; las maniobras de los chinos continentales disfrazados de representantes de Hong Kong, y un absurdo rumor publicado en la prensa panameña sobre un consorcio francoperuano que se proponía comprar el Canal con la ayuda de expertos franceses y dinero colombiano procedente de las drogas. Y seguramente en algún punto de esta disertación, en parte por aburrimiento, en parte como defensa, Stormont dejó de atender e inició una atribulada revisión de su vida hasta la fecha: Stormont, Nigel, nacido hace mucho tiempo, educado no muy bien en Shrewsbury y Jesus, Oxford. Licenciado en historia con una calificación mediocre como todo el mundo, divorciado como todo el mundo; salvo que mi pequeña aventura apareció en los titulares de la prensa dominical. Casado finalmente con Paddy, diminutivo de Patricia, sin par ex esposa de un cher college de la embajada británica en Madrid, poco después de que éste intentase inmolarme con una copa de plata en la fiesta navideña del personal diplomático. Actualmente cumpliendo condena en Sing Sing, Panamá, población 2,6 millones, una cuarta parte en el paro, la mitad en condiciones de supervivencia. El Departamento de Personal aún no ha decidido mi próximo destino, si es que no opta por prescindir de mí, cosa probable a juzgar por la arisca respuesta de ayer a mi carta de hace seis semanas. Y la tos de Paddy, una continua preocupación; ¿cuándo van a curarla esos condenados médicos?
–¿Y por qué no podría ser un perverso consorcio inglés, para variar? –se lamentaba Maltby con una voz débil y básicamente nasal–. Me encantaría estar en el centro de una diabólica intriga británica. Nunca lo he estado. ¿Y tú, Fran?
La atractiva Francesca Deane esbozó una forzada sonrisa y contestó:
—Desgraciadamente.
--Desgraciadamente ¿sí?
--Desgraciadamente no.

Maltby no era el único que suspiraba por Francesca. Medio Panamá andaba tras ella. Un cuerpo que quitaba el sentido, y una inteligencia en consonancia. Una de esas pieles inglesas lechosas y suaves que enloquecen a los latinos. Stormont la observaba en las fiestas, siempre rodeada de los más solicitados sementales de Panamá, todos rogándole una cita. Pero ella a las once invariablemente estaba leyendo en su cama, y a la mañana siguiente a las nueve sentada tras su escritorio con un sobrio traje de chaqueta y sin maquillaje, dispuesta a emprender un nuevo día en el paraíso.
—Gully, ¿a que sería gracioso que existiese un secretísimo plan británico para convertir el Canal en una piscifactoría? --preguntó Maltby con burdo sentido del humor al menudo e impecablemente ataviado teniente Gulliver de la marina real, retirado, agregado administrativo de la embajada—. Los alevines en las esclusas de Miraflores, los medianos en las de Pedro Miguel, los crecidos en lago Gatún. Creo que es una idea brillante.
Gully soltó una estentórea carcajada. -La administración era la última de sus preocupaciones. Su misión consistía en colocarle tantas armas inglesas como fuese posible a cualquiera con suficiente dinero de las drogas para pagarlas, y las minas de tierra eran su especialidad.
—Una idea brillante, embajador, brillante —prorrumpió con su habitual estridencia cuartelera a la vez que se sacaba un pañuelo de lunares de la manga y se limpiaba enérgicamente la nariz—. A propósito, este fin de semana he capturado un salmón magnifico. Diez kilos pesaba el muy cabrón. Tuve que pasarme dos horas en coche para pescarlo, pero mereció la pena hasta el último kilómetro.
Gulliver había intervenido en la guerra de las Malvinas, ganando una condecoración, Desde entonces, por lo que Stormont sabía, no había regresado al Viejo Continente. A veces, cuando se emborrachaba, alzaba una copa por «una paciente dama del otro
lado del charco» y exhalaba un suspiro. Pero era un suspiro de gratitud más que de privación.

--¿Consejero político? —repitió Stormont. Debía de haber levantado la voz más de lo que creía. Quizá se había quedado traspuesto. Tras pasar toda la noche en vela atendiendo a Paddy no sería de extrañar—. El consejero político soy yo, embajador. La asesoría política forma parte de las competencias del ministro consejero. ¿Por qué no lo han asignado a mi sección, como corresponde? Niéguese. No ceda.
—Lamentablemente no hay nada que hacer, Nigel. Es un hecho consumado —respondió Maltby. El aleccionador tonillo de sus relinchos siempre crispaba a Stormont—. Dentro de ciertos parámetros, claro está. Ya envié un fax a Personal con una prudente objeción. En una nota que pasa de mano en mano, uno no puede decir gran cosa. Y hoy en día enviar mensajes codificados acarrea un coste astronómico. Es por todas esas máquinas y mujeres inteligentes, supongo. —La mueca dio paso a otra refrenada sonrisa en dirección a Francesca—. Pero uno defiende su parcela, naturalmente. Su respuesta fue ni más ni menos la que cabía esperar. Comprensivos con nuestro punto de vista pero inflexibles. Lo cual en cierto modo es lógico. Al fin y al cabo, si uno estuviese en el Departamento de Personal, respondería

lo mismo. Quiero decir que tampoco ellos tienen elección, ¿no? Dadas las circunstancias.
En la palabra «circunstancias», añadida como una posdata, detectó Stormont el primer indicio de la verdad, pero el joven Simon Pitt se le adelantó. Simon era alto, rubio y travieso, y llevaba el pelo recogido en una coleta que la autoritaria esposa de Maltby le había ordenado, en vano, que se cortase. Acababa de incorporarse a la embajada y se ocupaba de todo aquello que nadie más quería: visados, información, ordenadores bloqueados, súbditos británicos establecidos en Panamá, y de ahí para abajo.
—Quizá podría pasarle algunas de mis tareas, embajador —propuso con descaro, levantando una mano para expresar su oferta—.
¿Qué tal, para empezar, Los sueños de Albión? –añadió, aludiendo a una colección itinerante de acuarelas de la primera etapa del gótico inglés que en ese momento se pudría en un cobertizo de las aduanas panameñas para desesperación del Consejo Británico de Londres.
Maltby escogió las palabras con más minuciosidad aún que de costumbre.
– No, Simon, lamentablemente no creo que pueda ocuparse de Los sueños de Albión, gracias –contestó, cogiendo un clip y desplegándolo con sus huesudos dedos mientras reflexionaba–. Osnard no es en rigor uno de los nuestros, ¿comprendes? Es más bien uno de ellos, ¿me explico?
Ni siquiera entonces, asombrosamente, Stormont extrajo la conclusión obvia.
–Disculpe, embajador, pero no lo entiendo. Uno ¿de quiénes? ¿Trabaja con contrato o algo así? –Lo asaltó una horrenda sospecha–. ¿No lo habrán reclutado de la empresa privada?
Maltby lanzó un suspiro de paciencia sobre el clip.
– No, Nigel, que yo sepa no lo han reclutado de la empresa privada. Puede que así sea. No me consta que no sea así. No sé nada de su pasado y casi nada de su presente. En cuanto a su futuro, también es para mí un libro cerrado. Es un Amigo. Aclaremos, no un verdadero amigo, aunque esperemos que a su debido tiempo llegue a serlo. Es uno de esos amigos. ¿Comprendes ahora? –Guardó silencio por un instante para dar tiempo de asimilar la información a mentes menos ágiles que la suya–. Es del otro lado del parque, Nigel. Mejor dicho, del río. Se han trasladado, según he oído decir. Lo que antes era un parque ahora es un río.
Stormont recuperó el habla.
– ¿Quiere decir que los Amigos abren aquí un puesto? ¿En Panamá? No es posible.
– ¡Qué interesante! –replicó Maltby–. ¿Y por qué no?
– Se marcharon. Lo dejaron correr. Cuando terminó la guerra fría, desmontaron el tenderete y cedieron el espacio a Estados Unidos. Existe un acuerdo de mutua comunicación, siempre y cuando se mantengan a distancia. Yo mismo pertenezco al comité conjunto que supervisa el tráfico de información.
– Así es, Nigel. Y realizas una meritoria labor, si me permites decirlo.
– ¿Qué ha cambiado, pues? –preguntó Stormont.
– Las circunstancias, cabe suponer. La guerra fría terminó, y por consiguiente los Amigos se marcharon. Ahora la guerra fría empieza de nuevo y los americanos se van. Son sólo conjeturas, Nigel. Yo no sé nada. Sé tanto como tú. Han solicitado su antigua parcela. Y nuestros jefes han accedido.

– ¿Cuántos serán?
– De momento uno. Si los resultados les satisfacen, sin duda enviarán alguno más. Quizá asistamos nuevamente a aquellos vertiginosos tiempos en que la principal función del servicio diplomático era encubrir sus actividades.
–¿Se ha informado a los americanos?
– No, y no deben saberlo. La misión de Osnard ha de quedar entre nosotros.
Stormont digería aún la noticia cuando Francesca rompió el silencio. Fran era una mujer práctica. A veces demasiado.
– ¿Trabajará aquí en la embajada? Físicamente, quiero decir. Al dirigirse a Francesca, Maltby cambiaba el tono de voz, así como la expresión. Empleaba algo a mitad de camino entre mandato y caricia.
– Sí, Fran, claro. Físicamente y a todos los efectos.
– ¿Tendrá personal a su cargo?
– Nos han pedido que le proporcionemos un ayudante, Fran.
– ¿Hombre o mujer?
–Eso está por verse. En cualquier caso, cabe suponer, no será la persona seleccionada quien lo decida, aunque en estos tiempos nunca se sabe. –Una sonrisa.
–¿Qué rango tiene? –Esta vez la pregunta procedía de Pitt.
– ¿Acaso los Amigos tienen rango, Simon? ¡Qué gracioso! Yo siempre he considerado su condición un rango en sí mismo. ¿No estás de acuerdo? Estamos todos nosotros, y después están todos ellos. Posiblemente ellos vean las cosas de manera distinta. Estudió en Eton. Es curioso, qué datos nos facilitan y qué datos nos ocultan. Así y todo, no debemos prejuzgarlo. Maltby se había formado en Harrow.
–¿Habla español? –quiso saber Francesca.
– Con soltura, según me han dicho, Fran. Pero las lenguas nunca me han parecido garantía de nada. Para mí, un hombre capaz de decir necedades en tres idiomas distintos es tres veces más necio que un hombre que está limitado a un solo idioma.
–¿Cuándo llega? –preguntó Stormont.
– El viernes día 13, muy atinadamente. Mejor dicho, el 13 es la fecha en que se me ha comunicado que llegará.
– Eso es a ocho días vista –protestó Stormont.
El embajador alargó el cuello hacia un calendario en que aparecía la reina con un sombrero de plumas.
–¿Ah, sí? Bueno, bueno. Pues que así sea.
– ¿Está casado? –preguntó Simon Pitt.
– No que yo sepa, Simon.
–¿Significa eso que no? –Otra vez Stormont.
– Significa que no me han informado al respecto, y como él ha pedido alojamiento de soltero, doy por sentado que, tenga o no pareja, vendrá solo.
Maltby extendió los brazos y, doblándolos cuidadosamente, cruzó las manos tras la nuca. Aunque extravagantes, sus gestos rara vez carecían de significado. Aquél en concreto indicaba que se acercaba la hora de su partido de golf y la reunión estaba a punto de concluir.
– Por cierto, Nigel, es un nombramiento en firme, no algo temporal. –Con cierto optimismo, añadió–: A menos que lo echen del país, claro. Fran, querida, el Foreign Office espera con impaciencia aquel memorándum

Librodot

preliminar del que hablamos. Si no es mucho pedir, ¿podrías robarle unas horas al sueño esta noche, o ya te has comprometido?
De nuevo la sonrisa voraz, tan triste como la vejez.

–Embajador.
– Vaya, Nigel. ¿Qué hay?
Era un cuarto de hora más tarde. Maltby guardaba unos documentos en su caja fuerte. Stormont lo había sorprendido a solas. A Maltby no le complacía.
– ¿Qué clase de información se supone que va a cubrir Osnard? Deben de habérselo dicho. Me cuesta creer que les haya firmado un cheque en blanco.
Maltby cerró la caja fuerte, quitó la combinación, se irguió y consultó su reloj.
– Pues me temo que así ha sido. ¿Para qué iba a resistirme? De todos modos harán lo que quieran. No es culpa del Foreign Office. A Osnard lo apadrina una poderosa agencia interministerial. No podía negarme.
– ¿Y cómo se llama esa agencia?
– Planificación y Realización. Nunca se me habría ocurrido pensar que fuésemos capaces de lo uno o de lo otro.
– ¿Quién está al frente?
– Nadie. Yo pregunté lo mismo, y eso me contestó el Departamento de Personal. Debo aceptarlo y dar las gracias. Y eso sirve también para ti.

Nigel Stormont se hallaba sentado en su despacho, cribando la correspondencia. En su día se había granjeado cierta fama de hombre frío en situaciones de presión. Cuando estalló el escándalo en Madrid, se reconoció de mala gana que su comportamiento había sido ejemplar. Y ésa fue su salvación, ya que cuando presentó la obligatoria carta de dimisión, el jefe del Departamento de Personal estaba más que dispuesto a aceptarla, hasta que instancias superiores lo detuvieron.
– Vaya, vaya. Las siete vidas del gato –masculló el jefe de personal desde las profundidades de su lóbrego e inmenso palacio de la antigua sede, no tanto estrechándole la mano a Stormont como palpándosela para saber a qué atenerse en el futuro–. Así que todavía no le ha llegado el cese. Lo mandan a Panamá. Lo compadezco. Lo pasará bien con Maltby, no me cabe duda. Y volveremos a hablar de usted dentro de un año o dos, ¿no? Esperaremos impacientes.
Cuando el Departamento de Personal enterró el hacha de guerra, dijeron los listillos de la sala tercera, Stormont navegaba ya hacia la tumba.

Andrew Osnard, repitió Stormont para sí. Un ave. Una bandada de osnards surca el cielo. Gully acaba de cazar un osnard. Muy gracioso. Un Amigo. Uno de esos amigos. Soltero. Habla español. Una condena a largo plazo a menos que consiga la remisión de la pena por mala conducta. Rango desconocido, todo desconocido. Nuestro nuevo consejero en asuntos políticos. Apadrinado por una agencia que no existe. Un hecho consumado. Aquí dentro de una semana con un ayudante de sexo indeterminado. Aquí ¿para hacer qué? ¿A quién? ¿Para reemplazar a quién? ¿A un tal Nigel Stormont? No deliraba, por

más que la tos de Paddy estuviese destrozándole los nervios; al contrario, era muy realista.
Cinco años atrás habría sido inimaginable que un advenedizo anónimo del otro lado del parque, adiestrado para estar de plantón en una esquina y abrir sobres con vapor, se considerase el sustituto adecuado para un diplomático de pura cepa como Stormont. Pero eso era antes de la actual etapa de racionalización del gasto público y la tan pregonada contratación de expertos en gestión para llevar al Foreign Office agarrado del pescuezo hacia el siglo XXI.
¡Dios, cómo detestaba a aquel gobierno! Inglaterra S. A. Dirigida por un hatajo de ineptos y embusteros que no servirían ni para regentar una sala recreativa en un pueblo de mala muerte. Conservadores que despojarían al país hasta de su última bombilla con tal de conservar el poder. Que consideraban la función pública un lujo tan superfluo como la supervivencia del mundo o la sanidad, y el cuerpo diplomático el lujo más superfluo de todos. En ese clima de charlatanería y soluciones fáciles no era en absoluto inimaginable que el puesto de ministro consejero en Panamá se declarase innecesario, y a Nigel Stormont con él.
¿Para qué duplicar las funciones?, debían de graznar los gerifaltes semiautónomos de Planificación y Realización desde sus tronos de un día a la semana y treinta y cinco mil libras al año. ¿Para qué vamos a tener a un tipo haciendo el trabajo delicado y a otro haciendo el trabajo sucio? ¿Por qué no reunir los dos puestos en una misma persona? Enviamos a nuestro pájaro, Osnard, y cuando conozca el terreno, sacamos de allí al otro pájaro, Stormont. Nos ahorramos un puesto de trabajo, racionalizamos un empleo, y después nos vamos todos a comer a cuenta del contribuyente.
El Departamento de Personal estaría encantado. Y Maltby también.

Stormont se paseó por el despacho, explorando las estanterías. En *Quién es Quién* no aparecía un solo Osnard. En Debrett's tampoco. Y en Aves de Gran Bretaña, supuso, tampoco. La guía telefónica de Londres saltaba de Osmotherly a Osner, pero era de cuatro años atrás. Hojeó un par de antiguos libros rojos del Foreign Office, buscando algún rastro de las anteriores encarnaciones de Osnard en las embajadas de países hispanohablantes. Nada. Ni en tierra ni en vuelo. Consultó Planificación y Realización en la guía de instituciones de Whitehall. Maltby tenía razón. No existía tal agencia. Llamó por el teléfono interior a Reg, el encargado del mantenimiento, para hablar del controvertido tema de la gotera en el tejado de su casa de alquiler.
–La pobre Paddy tiene que andar poniendo moldes de pudin en la habitación de los invitados cada vez que llueve, Reg –se quejó–. Y llueve lo suyo.
Reg, inglés afincado en el país, era un empleado local y vivía con una peluquera panameña llamada Gladys. Nadie conocía a Gladys personalmente, y Stormont sospechaba que era un chico. Por decimoquinta vez tuvo que oír la historia del contratista en la quiebra, el juicio pendiente y la escasa cooperación que recibían del Departamento de Protocolo panameño.
–Reg, ¿se ha previsto ya algún espacio en la oficina para el señor Osnard? ¿Hay algún detalle que tratar?

—La verdad, Nigel, no sé qué detalles deberíamos tratar y cuáles no. Sobre esa cuestión, recibo instrucciones directas del embajador, ¿no?
—¿Y qué instrucciones ha tenido a bien darte su excelencia?
—Tendrá el pasillo del lado este, Nigel. Todo el pasillo. Hay que instalarle cerraduras nuevas en la puerta blindada, llegaron ayer por mensajero; el señor Osnard traerá sus propias llaves. En la antigua sala de espera para las visitas irán armarios de acero; el señor Osnard fijará las combinaciones, y no deben anotarse en ningún sitio... como si fuéramos a anotarlas. Y debo comprobar que dispone de enchufes suficientes para su equipo electrónico. No es cocinero, ¿verdad?
—No sé qué es, Reg, pero me apuesto lo que sea a que tú sí lo sabes.
— Bueno, por teléfono parece muy amable, Nigel. Como un locutor de la BBC pero humano.
—¿De qué habláis? —preguntó Stormont.
—Empezamos hablando de su coche. Quiere uno de alquiler hasta que pueda disponer del suyo, así que tengo que alquilárselo yo. Ya me ha enviado por fax una fotocopia de su carnet de conducir.
— ¿Ha pedido algún coche en particular?
Reg se echó a reír.
— Dijo que no quería un Lamborghini ni un triciclo. Algún coche donde pudiera ponerse un bombín, en caso de que usase bombín, porque es muy alto.
—¿De qué más habéis hablado? —insistió Stormont.
— De su apartamento. Le interesa saber cuándo lo tendremos listo. Le encontramos uno muy agradable, si consigo que los decoradores se marchen ya de una vez. Justo encima del club Unión, le dije. Podrá escupirles en los peluquines y los reflejos azules siempre que le venga en gana. Sólo nos queda darle una mano de pintura. Blanca, le sugiero, amortiguada con el color que usted elija. ¿Cuál prefiere? Rosa no, gracias, me dice, y amarillo chillón tampoco. ¿Qué le parece un cálido marrón tono cagada de camello? No he podido evitar reírme.
—¿Qué edad le calculas, Reg?
— No tengo la menor idea. Podría ser cualquier edad, de hecho.
— Pero tienes ahí su carnet de conducir, ¿no?
—«Andrew Julian Osnard» —leyó Reg en voz alta, con manifiesto entusiasmo—. «Fecha de nacimiento: 01 10 1970, Watford. ¡Qué casualidad! Ahí precisamente se casaron mis padres.

Stormont se encontraba en el pasillo, sacando un café de la máquina, cuando Simon Pitt se le acercó sigilosamente y le ofreció un vistazo confidencial, de espía a espía, de una fotografía de pasaporte que sostenía en el hueco de la mano.
—¿Qué te parece, Nigel? ¿Carruthers en el gran juego, o Mata Hari metida en carnes y disfrazada de hombre?
La fotografía, enviada con antelación a fin de que el Departamento de Protocolo panameño tuviese preparado a tiempo su pase diplomático, mostraba a un Osnard orondo y de orejas prominentes. Stormont la observó y por un instante todo su mundo pareció quedar fuera de control: la pensión alimenticia de su ex esposa, excesiva pero que él había insistido en pagar; los estudios universitarios de Claire, la ambición de Adrian de licenciarse en

derecho; su sueño secreto de encontrar una sólida casa en una colina del Algarve, con olivos, sol invernal y aire seco para la tos de Paddy. Y un retiro con pensión completa para ver su fantasía hecha realidad.
— Parece buena persona —concedió, dejando imponerse su innata decencia—. Esa mirada es muy expresiva. Puede estar bien.
Paddy tiene razón, pensó. No debería haberme quedado en vela toda la noche. Debería haber dormido un rato.

Los lunes, a modo de consuelo tras las plegarias matutinas, almorzaba en el Pavo Real con Yves Legrand, su homólogo en la embajada francesa, ya que a los dos les gustaba batirse en duelo y comer bien.
—A propósito, por fin va a incorporarse un colega más al personal, me complace decir –anunció Stormont cuando Legrand le hubo confiado un par de secretos muy inferiores al suyo–. Un hombre joven. De tu edad más o menos. Intervendrá en el área política.
– ¿Me caerá bien?
– Nos caerá bien a todos –afirmó Stormont con rotundidad.

Stormont acababa de volver a su escritorio cuando Fran lo llamó por el teléfono interno.
– Nigel. Una noticia asombrosa. ¿A que no adivinas?
– Así, sin más, no creo.
– ¿Conoces a Miles, mi extravagante medio hermano?
–No personalmente, pero he oído hablar de él.
– Bueno, pues, como sabrás, Miles estudió en Eton, naturalmente.
–No lo sabía, pero ahora ya lo sé.
– Pues, verás, casualmente hoy es el cumpleaños de Miles, así que lo he telefoneado, ¿y puedes creer que fue compañero de Andy Osnard? Según él, es un tipo encantador, un poco rechoncho, un poco enigmático, pero buen compañero en términos generales. Y lo expulsaron por el mal de Venus.
–Por ¿qué?
– Chicas, Nigel. ¿Recuerdas? Venus. No pueden haber sido chicos porque entonces se llamaría mal de Adonis. Miles sostiene que quizá se debió también a que no pagaba las cuotas. No recuerda quién intervino antes, si Venus o el tesorero.
En el ascensor Stormont se encontró con Gulliver, que llevaba un maletín y tenía una expresión seria en el rostro.
– ¿Te espera algún asunto delicado esta noche, Gully?
– La cosa tiene miga, sí, Nigel. Voy a tener que andarme con pies de plomo, la verdad.
–Pues cuídate –recomendó Stormont con la debida seriedad.
Una de las comadres de Phoebe Maltby en sus partidas de bridge había visto a Gulliver en brazos de una escultural muchacha panameña. Tenía como mucho veinte años, y querida, era negra como tu sombrero. Phoebe se proponía advertir a su marido cuando llegase el momento oportuno.
Paddy ya se había acostado. Stormont la oyó toser mientras subía por la escalera.
Parece que tendré que ir solo a casa de los Shoenberg, pensó. Los Shoenberg eran norteamericanos y civilizados. Elsie, empedernida abogada, volaba

continuamente a Miami para defender allí importantes casos. Paul pertenecía a la CIA y se contaba entre las personas que no debían saber que Osnard era un Amigo.

8

—Pendel. Vengo a ver al presidente.
— ¿ Quién?
— Su sastre. Yo.
El palacio de las Garzas se alza en el corazón del casco viejo, en la lengua de tierra que se adentra en la bahía desde punta Paitilla. Llegar hasta allí desde el otro lado de la bahía es saltar del infierno del desarrollo urbanístico a la cochambre y la elegancia de la España colonial del siglo XVII. Está rodeado de barrios míseros, pero una cuidadosa selección del itinerario anula su presencia. Aquella mañana, frente al antiguo atrio, una banda interpretaba a Strauss para una fila de automóviles de embajada vacíos y motocicletas de la policía. Los músicos llevaban cascos blancos, uniformes blancos y guantes blancos. Sus instrumentos relucían como oro blanco. El agua les caía a chorros por el cuello desde el exiguo toldo desplegado sobre sus cabezas para protegerlos de la lluvia. Hombres con trajes negros de mala calidad montaban guardia ante la puerta.
Otras manos enfundadas en guantes blancos cogieron la maleta de Pendel y la pasaron por un detector. Le indicaron que subiese a un estrado. Allí de pie se preguntó si en Panamá se ejecutaría a los espías mediante la horca o el fusilamiento. Las manos enguantadas le devolvieron la maleta. El estrado lo declaró inofensivo. El gran agente secreto había conseguido acceder a la ciudadela.
– Por aquí, si es tan amable –dijo un dios alto y negro.
– Ya conozco el camino –repuso Pendel con orgullo.
Una fuente de mármol borboteaba en el centro de un suelo de mármol. Níveas garzas se pavoneaban entre los surtidores, picoteando todo aquello que se les antojaba. Desde una hilera de jaulas empotradas en la pared a la altura del suelo, otras garzas observaban con expresión ceñuda a quienes pasaban por delante. Y no es de extrañar, pensó Pendel, recordando la anécdota que Hannah se empeñaba en oír varias veces por semana. En 1977, durante la visita de Jimmy Carter a Panamá para ratificar los tratados del Canal, agentes del servicio secreto fumigaron el palacio con un desinfectante que protegía a los presidentes pero mataba a las garzas. En una operación de emergencia, llevada a cabo bajo la más estricta reserva, las aves muertas fueron retiradas y sustituidas por congéneres vivas traídas de Chitré al amparo de la oscuridad.
– Su nombre, por favor.
– Pendel.
– El motivo de su visita.
Esperó, recordando las estaciones de ferrocarril de su infancia: demasiada gente mucho más grande que él corriendo en todas direcciones, y su maleta siempre en medio. Una amable muchacha se había acercado para guiarlo. Se volvió hacia ella pensando, por su hermosa voz, que debía de ser Marta. Pero

Librodot

de pronto la luz le iluminó la cara, y no la tenía destrozada. En la placa que llevaba sujeta al uniforme de girl scout, leyó que era una virgen presidencial llamada Helen.

– ¿Pesa mucho? –preguntó la muchacha.

– Es ligera como una pluma –aseguró Pendel cortésmente, rechazando su virginal mano.

La siguió por la gran escalera, y el resplandor del mármol dio paso a la profunda oscuridad roja de la caoba. Más hombres con trajes de mala calidad y audífonos lo escrutaron desde puertas flanqueadas por columnas. La virgen le comunicó que había elegido un día de mucho ajetreo.

– Cuando el presidente regresa de sus viajes, estamos siempre muy ocupados –dijo, alzando la vista al cielo, donde ella vivía.

«Pregúntale por las horas muertas en Hong Kong», había indicado Osnard. «¿Qué demonios hizo en París? ¿Se fue de putas o estaba conspirando?»

–Hasta aquí estábamos bajo dominio colombiano –informó la virgen, señalando con su inocente mano hileras de antiguos gobernadores panameños–. De aquí en adelante, bajo dominio estadounidense. Pronto ya no nos dominará nadie.

–Magnífico –exclamó Pendel con entusiasmo–. Sin duda serán también tiempos gloriosos.

Entraron en una sala con revestimiento de madera semejante a una biblioteca sin libros. Pendel percibió el olor dulzón de la cera para suelos. Un pitido sonó en el cinturón de la virgen. Pendel se quedó solo.

«Hay muchos vacíos en su itinerario. Averigua todo lo que puedas sobre las horas muertas.»

Y siguió solo, y erguido, aferrado a su maleta. Las sillas tapizadas de amarillo dispuestas junto a las paredes eran demasiado frágiles para sentarse un simple recluso. ¿Y si rompía una? Adiós a la remisión de la pena. Los días convertidos en semanas, pero si hay algo que Harry Pendel sabe hacer es cumplir condena. Si es necesario, permanecerá allí el resto de su vida, maleta en mano, esperando a oír su nombre.

A sus espaldas se abrieron de pronto las dos hojas de una gran puerta. Un rayo de luz irrumpió en la sala, acompañado de un bullicio de apresurados pasos y masculinas voces de mando. Con cuidado de no realizar ningún movimiento irrespetuoso, Pendel se situó furtivamente bajo un grueso gobernador del período colombiano y se aplanó hasta convenirse en una pared cargada con una maleta.

Se aproximaba una políglota partida de doce hombres. Enardecidos comentarios en español, japonés e inglés resonaban sobre el martilleo de impacientes zapatos en el parquet. La partida avanzaba a ritmo político: mucha pompa y alboroto, y un continuo
parloteo como si se tratase de colegiales en libertad después de una hora de castigo. Los uniformes eran trajes oscuros; el tono, de felicitación por los propios méritos; la formación, como advirtió Pendel mientras se acercaban atronadoramente, en cuña. Y al frente, elevado a uno o dos palmos del suelo, flotaba una encarnación de tamaño superior al real del mismísimo Rey Sol, el omnipresente, el iluminado, el divino matador de horas vestido con una chaqueta negra y un pantalón a rayas de P & B y calzado con un par de zapatos negros de piel con punteras manufacturados por Ducker's.

Un resplandor rúbeo, en parte santidad y en parte gastronomía, bañaba las mejillas presidenciales. Tenía el cabello plateado pero aún tupido, y los labios pequeños, rosados y húmedos, como si acabasen de ser retirados del pecho materno. En sus límpidos ojos de un azul clarísimo brillaba aún el rescoldo de negociaciones felizmente concluidas. Al llegar a donde Pendel se hallaba, la partida se detuvo disparejamente y se produjeron en las filas ciertos escarceos y algún que otro empujón hasta que, con el debido pragmatismo, se estableció una especie de orden. Su augusta excelsitud avanzó un paso, se dio media vuelta y se plantó ante sus invitados. Un asesor llamado Marco, según se leía en su placa de identificación, se colocó al lado de su señor. Una virgen con uniforme marrón de girl scout se situó junto a ellos. Su nombre no era Helen sino Juanita.
Uno por uno los invitados fueron estrechando la mano del inmortal y despidiéndose. Su ilustrísima refulgencia dirigió una palabra de aliento a cada uno de ellos. Si a la salida les hubiesen entregado regalitos para llevárselos a sus mamás, Pendel no se habría sorprendido. Entretanto el gran espía se atormenta pensando en el contenido de su maleta. ¿Y si las responsables de los acabados se han equivocado de traje? Se imagina que abre la maleta y aparece el disfraz que las mujeres kunas le han improvisado a Hannah para la fiesta de cumpleaños de Carlita Rudd: una falda de flores acampanada, un sombrero con flecos, unos bombachos azules. De buena gana, para su sosiego, echaría un vistazo de comprobación, pero no se atreve. Las despedidas continuaban.
Dos de los invitados, en su condición de japoneses, eran de corta estatura. Todo lo contrario que el presidente. Algunos apretones de manos tenían lugar en un plano inclinado.
— Trato hecho, pues. El próximo sábado nos vernos en el campo de golf —prometió su eminentísima supremacía con el tono lúgubre y monótono que tanto divertía a los hijos de Pendel.
Al instante un japonés prorrumpió en convulsas carcajadas.
Otros afortunados disfrutaron del privilegio de un trato personal:
— Marcel, gracias por tu apoyo. Volveremos a vernos en París. ¡París en primavera!
Don Pablo, transmítale mis más cordiales saludos a su presidente y dígale que agradeceré la opinión de su banco nacional.
Hasta que por fin se marchó el último componente del grupo, se cerraron las puertas, se desvaneció el rayo de luz y sólo quedaron en la sala su excelentísima inmensidad, un untuoso asesor llamado Marco y la virgen llamada Juanita. Y una pared con una maleta.
Se volvieron los tres a la vez y, con el Rey Sol en medio, desfilaron por la sala. Se dirigían al santuario presidencial, cuyas puertas se hallaban a menos de un metro de Pendel. Enarboló una sonrisa y, maleta en mano, dio un paso al frente. La cabeza plateada se alzó y giró hacia su posición, pero los clarísimos ojos azules vieron sólo la pared. El trío pasó de largo ante él. Las puertas del santuario se cerraron. Marco salió de nuevo.
—¿Es usted el sastre?
— El mismo, señor Marco, siempre al servicio de su excelencia.
— Espere aquí.
Pendel esperó, como corresponde a todos aquellos cuya única misión es servir. Pasaron los años. Las puertas volvieron a abrirse.
— Acabe cuanto antes —ordenó Marco.

«Pregúntale por las horas muertas en París, Tokio y Hong Kong.»
En un rincón de la sala se había erigido un biombo tallado de color oro. Lazos dorados de escayola adornan los ángulos enrejados. Hileras de rosas doradas descienden por puntales del armazón. Iluminado desde atrás por la luz de la ventana, su graciosísima transparencia se yergue majestuosamente ante el biombo con su chaqueta negra y su pantalón a rayas. La palma de la mano presidencial es tan suave como la de una anciana pero mucho más amplia. Al tocar sus sedosos y mullidos promontorios, Pendel recuerda de pronto a su tía Ruth troceando un pollo para el caldo del domingo mientras Benny canta Celeste Aida acompañándose con el piano vertical.
— Bienvenido sea, señor, tras su ardua gira —murmura Pendel a través de un laberinto de oclusiones glóticas.
Pero es más que dudoso que el jefe supremo de la Tierra haya captado en toda su plenitud la fuerza de este ahogado saludo, porque Marco le ha entregado un teléfono inalámbrico rojo, y está ya hablando por él.
— ¿Franco? No me molestes ahora con eso. Dile que necesita un abogado. Nos veremos en la recepción de esta noche. Ya me pondrás al corriente.
Marco recoge el teléfono rojo. Pendel abre la maleta. No aparece un disfraz infantil sino un pantalón y un frac con la delantera discretamente reforzada para sostener el peso de veinte condecoraciones ensartadas en el relleno de tisú perfumado. La virgen se retira en silencio cuando el amo del orbe ocupa su puesto tras el biombo dorado, que tiene espejos por dentro. Es una antigüedad del palacio. La cabeza plateada, tan venerada por sus súbditos, desaparece y reaparece mientras los pantalones presidenciales son desenfundados.
— Si su excelencia es tan amable —murmura Pendel.
Una mano presidencial asoma a un lado del biombo. Pendel cuelga el pantalón negro embastado en el antebrazo presidencial. Brazo y pantalón desaparecen. Suenan otros teléfonos. «Pregúntale por las horas muertas.»
— Es el embajador español, su excelencia —informa Marco desde el escritorio—. Solicita una audiencia privada.
—Dale hora mañana por la noche, después de la delegación de Taiwán.
Pendel se coloca frente al señor del universo: el rey del ajedrez político panameño, el hombre que guarda las llaves de una de las dos mayores vías de navegación del planeta, que determina el futuro del comercio mundial y la correlación de fuerzas internacionales en el siglo XXI. Pendel introduce dos dedos en la cintura presidencial mientras Marco anuncia otra llamada, de un tal Manuel.
— Dile que el miércoles —replica el presidente por encima del biombo.
— ¿Mañana o tarde?
— Tarde —contesta el presidente.
La cintura presidencial resulta un tanto escurridiza. Si la entrepierna cae bien, falla el largo de pata. Pendel levanta la cintura. Los dobladillos se elevan sobre los elásticos de los calcetines de seda presidenciales, de tal modo que por un momento el presidente parece Charlie Chaplin.
—Manuel no tiene inconveniente en que sea por la tarde siempre y cuando no jueguen más de nueve hoyos —advierte Marco a su señor con severidad.
De pronto reina la calma. Lo que Pendel había descrito a Osnard como una plácida tregua en la refriega inunda el santuario. Nadie habla. Ni Marco ni el presidente ni sus numerosos teléfonos. El gran espía está de rodillas,

Librodot

marcando con alfileres la pata izquierda del pantalón presidencial, pero eso no merma su agudo ingenio.
— Y si su excelencia me permite el atrevimiento, ¿ha tenido ocasión de relajarse durante su triunfal gira por Extremo Oriente? ¿Practicar algún deporte, quizá? ¿Pasear? ¿Salir de compras?
Los teléfonos siguen callados. Nada perturba la plácida tregua mientras el guardián de las llaves de la correlación de fuerzas internacionales piensa su respuesta.
— Demasiado justo —declara—. Me viene demasiado justo, señor Braithwaite. ¡Ustedes los sastres...! ¿Por qué no deja respirar a su presidente?

–«Harry», me ha dicho, «tendrías que ver los parques de París. Si no fuese por las inmobiliarias y los comunistas, mañana mismo llenaría yo Panamá de parques como ésos.»
– Un momento. –Osnard pasó una hoja de su cuaderno y se apresuró a tomar nota.
Se encontraban en la cuarta planta de un hotel de citas llamado El Paraíso, situado en una de las partes más bulliciosas de la ciudad. Al otro lado de la calle un letrero luminoso de CocaCola se encendía y apagaba, llenando de pronto la habitación de llamas rojas y dejándola segundos después en completa oscuridad. En el pasillo sonaban las urgentes pisadas de las parejas que llegaban y se marchaban. A través de los tabiques se oían gemidos de decepción o placer y el acelerado fragor de cuerpos voraces.
– No ha dicho eso exactamente –aclaró Pendel con cautela–. Pero es lo que se desprendía de sus palabras.
– Nada de paráfrasis, ¿de acuerdo? Quiero saber sólo lo que ha dicho textualmente. –Osnard se lamió el pulgar y pasó otra hoja.
Pendel veía la casa de veraneo del doctor Johnson en Hampstead Heath el día en que acompañó hasta allí a su tía Ruth para coger unas azaleas.
– «Harry», me ha dicho, «visité un parque en París... ojalá recordase cómo se llama. Había una pequeña cabaña con el tejado de madera, y estábamos sólo nosotros, los guardaespaldas y los patos». Al presidente le encanta la naturaleza. «Y en esa cabaña se escribió una página de la historia. Algún día, si todo sale como está previsto, en la pared de madera de esa cabaña colgará una placa donde se proclame que allí mismo se decidió la independencia, el bienestar y la prosperidad futuras del naciente Estado de Panamá, junto con la fecha.»
– ¿Ha dicho con quién se reunió allí? –preguntó Osnard–. ¿Los japoneses, los alemanes, los franceses? No estaría allí sentado charlando con las flores, digo yo.
– No ha concretado, Andy. Pero sí ha dado algunas pistas.
–¿Cuáles? –Un nuevo lametón, ligeramente audible.
– «Harry, no se lo cuentes a nadie, pero la brillantez de la mentalidad oriental ha sido para mí una total revelación, aunque desde luego los franceses no van muy a la zaga.
– ¿Ha especificado a qué orientales se refería?
– No.
– Japoneses? ¿Chinos? ¿Malasios?

Librodot

– Andy, tengo la impresión de que intentas poner ideas en mi mente que no estaban antes ahí.
No se oyó más sonido que los chirridos del tráfico, el jadeo del aire acondicionado, la música enlatada para amortiguar ese jadeo. Los gritos de voces latinas elevándose por encima de la música. El susurro del bolígrafo de Osnard deslizándose a toda velocidad por las hojas del cuaderno.
–¿Y a Marco no le has caído bien?
–Ya no le caía bien antes, Andy.
– ¿Por qué?
–A los cortesanos de palacio les molesta que un sastre mestizo disfrute de una charla a solas con su jefe, Andy. No les gusta. «Marco, el señor Pendel y yo no hemos hablado desde hace tiempo y tenemos que ponernos al día sobre muchas cosas, así que sé buen chico y quédate al otro lado de esa puerta de caoba hasta que te dé un grito…» ¿Cómo va a gustarles?
– ¿Es marica?
– Que yo sepa, no, Andy, pero no se lo he preguntado ni creo que sea asunto mío.
– Invítalo a cenar –propuso Osnard–. Prepara el terreno, ofrécele un traje a buen precio. Por lo que cuentas, sería el tipo idóneo para tenerlo de nuestro lado. ¿Has oído algo sobre el posible resurgimiento del tradicional antiamericanismo entre los japoneses?
– Nada, Andy.
– ¿Y sobre los japoneses como la próxima superpotencia?
– No, Andy.
–¿O su papel como líder natural de los estados en vías de desarrollo? ¿Tampoco? ¿Animadversión entre Japón y Estados Unidos? ¿Se siente Panamá entre la espada y la pared? ¿El presi nada entre dos aguas? ¿Algo de eso? ¿Nada?
–A ese respecto nada fuera de lo corriente, Andy. No, sobre Japón, no. Bueno, ahora que lo mencionas, sí ha hecho una alusión al tema.
A Osnard se le iluminó la cara.
– «Harry», me ha dicho, «lo único que ruego es no tener que sentarme nunca *nunca* más en una habitación con los japoneses a un lado de la mesa y los yanquis al otro, porque mantener la paz entre ambos bandos me ha quitado años de vida, como puedes ver por mi pobre cabello canoso». Aunque personalmente dudo que todo ese pelo sea suyo, la verdad. Creo que tiene algún añadido.
– Ha hablado por los codos, ¿eh?
– Andy, no podía contenerse. Tan pronto como está detrás del biombo, no hay nada que lo frene. Y cuando a veces empieza a hablar de Panamá como títere del resto del mundo, entonces se le va la mañana entera.
– ¿Y qué has averiguado de sus horas muertas en Tokio? Pendel negó con la cabeza. Circunspecto.
– Lo siento, Andy. En cuanto a eso tendremos que correr un velo –dijo, y volvió el rostro hacia la ventana en una estoica negativa.

El bolígrafo de Osnard se había detenido a medio trazo. El letrero de CocaCola inflamaba su figura de manera intermitente.
–¿Qué demonios te pasa? –preguntó.

–Es mi tercer presidente, Andy –respondió Pendel sin desviar la mirada de la ventana.
– ¿Y qué?
– Que no lo haré. No puedo.
–No puedes ¿qué?
–Destapar una cosa así. Mi conciencia no lo admitiría.
– ¿Has perdido el juicio? –exclamó Osnard–. Esto es oro en polvo, muchacho. Estamos hablando de una prima muy muy importante. ¡Cuéntame qué carajo te dijo el presi sobre sus horas muertas en Japón mientras se probaba los jodidos pantalones!
Pendel requirió un largo momento de reflexión para vencer su reticencia. Pero lo consiguió. Hundió los hombros, aflojó los miembros, volvió la cabeza hacia el interior de la habitación.
– «Harry», me ha dicho, «si algún cliente te pregunta por qué en Tokio tenía una agenda tan poco apretada, contéstale por favor que mientras mi esposa visitaba una fábrica de seda en compañía de la emperatriz, yo estaba echando mi primer polvo japonés» (que es una expresión que, como tú bien sabes, Andy, yo no emplearía, ni en la sastrería ni en casa) «porque así Harry, amigo mío, aquí en Panamá aumentará mi prestigio en algunos círculos, y a la vez impedirá a otros elementos seguir el rastro de mis verdaderas actividades y de las conversaciones que allí sostuve en el mayor secreto, por el bien de Panamá pese a lo que muchos piensen».
–¿Y qué demonios quería decir con eso?
– Se refería a ciertas amenazas que pesan sobre su persona y no han salido a la luz para no alarmar a la población –contestó Pendel.
– Sus palabras exactas, Harry, ¿si no te importa? Eso que acabas de decir suena a noticia de relleno en un lunes con escasez de información.
Pendel estaba sereno.
– No ha habido palabras, Andy. No propiamente. No eran necesarias.
– Explícate.
–En todas sus chaquetas, el presidente me pide un bolsillo especial en el lado izquierdo del pecho, que debo añadir con la más absoluta reserva. El largo del cañón me lo facilita Marco. «Harry», me dice siempre el presidente a este respecto, «no vayas a contárselo a alguien pensando que son exageraciones mías. Lo que estoy haciendo por el Estado naciente de Panamá, al que tanto amo, acabaré pagándolo con sangre».
De la calle llegaban, como mofándose de ellos, las insulsas carcajadas de los borrachos.
–Te garantizo una prima por todo lo alto –afirmó Osnard, cerrando el cuaderno–. ¿Qué noticias tenemos del hermano Abraxas?
El mismo escenario, distinto decorado. Osnard había encontrado una inestable silla y estaba sentado a horcajadas en ella con los rollizos muslos separados y el respaldo irguiéndose desde su entrepierna.
—No es fácil definirlos, Andy —advirtió Pendel, paseándose por la habitación con las manos cruzadas detrás de la espalda.
— ¿De quiénes hablas, Harry?
— De la Oposición Silenciosa.
—No debe de ser fácil, no.
— Mantienen sus cartas muy cerca del corazón.
— ¿Y qué demonios persiguen? —preguntó Osnard—. La democracia, ¿no? Entonces ¿por qué se lo traen tan callado? ¿Por qué no lo airean? ¿Por

Librodot

qué no movilizan a los estudiantes? ¿Qué demonios quieren guardar en secreto?
—Digamos que Noriega les dio una lección profiláctica, y no están dispuestos a recibir otra indefensos. Nadie va a meter a Mickie en la cárcel otra vez.
— Mickie es el cabecilla, ¿no?
--A efectos morales y prácticos Mickie es el cabecilla, Andy, aunque nunca lo admitiría, como tampoco lo admitirían sus seguidores ni los estudiantes o la gente del otro lado del puente con quienes mantiene contacto.
— Y Rafi apuesta por ellos.
—Sin reservas —afirmó Pendel, dándose media vuelta. Osnard recogió el cuaderno de su regazo, lo apoyó contra el respaldo de la silla y empezó a anotar de nuevo.
— ¿Existe una lista de miembros? ¿Tienen un programa, o una declaración de principios? ¿Cuál es su objetivo común?
—En primer lugar, aspiran a limpiar el país. —Pendel hizo una pausa para dar tiempo a Osnard. En su mente, oía a Marta, la amaba. Veía a Mickie, sobrio y rehabilitado con un traje nuevo. Su pecho se henchía de orgullo leal—. En segundo lugar, aspiran a fomentar la identidad de Panamá como democracia naciente y autónoma cuando nuestros amigos americanos desmonten por fin el tenderete y desaparezcan si es que eso llega a ocurrir, cosa dudosa. En tercer lugar, aspiran a extender la educación a los pobres y necesitados, construir hospitales, mejorar el sistema de becas universitarias y asegurar unas condiciones más justas a campesinos y pescadores, en particular arroceros y camaroneros, y además se oponen, cueste lo que cueste, a vender al mejor postor el patrimonio del país, incluido el Canal.
— ¿Son izquierdistas, pues? —aventuró Osnard entre dos ráfagas de anotaciones mientras chupaba el capuchón de plástico del bolígrafo con su boca pequeña como un capullo de rosa.
— En realidad, Andy, no más izquierdistas de lo que es decente y saludable. Mickie se decanta hacia la izquierda, cierto. Pero su consigna es la moderación, y además, igual que Marta, rechaza la Cuba de Castro y a los comunistas.
Osnard escribía con una mueca de concentración, y Pendel lo observaba con creciente recelo, buscando la manera de obligarlo a aminorar el paso.
—He oído un buen chiste sobre Mickie, por si te interesa —dijo Pendel por fin—. Eso de in vino veritas a él puede aplicársele pero a la inversa. Cuanto más bebe, más en silencio mantiene su oposición.
—Sin embargo, contigo habla largo y tendido cuando está sobrio, ¿no? Podrías ponerlo en un apuro con algunas de las cosas que te ha contado.
—Es un amigo, Andy. Yo no pongo en apuros a mis amigos.
—Un buen amigo —dijo Osnard—. Y tú también has sido un buen amigo para él. Quizá ya sea hora de que hagas algo al respecto.
— Como ¿qué?
— Como ficharlo. Convertirlo en un ciudadano de provecho. Ponerlo en nómina.
—¿A Mickie?
— ¿Qué tiene de raro? Dile que has conocido a un filántropo forrado de dinero que admira su causa y está dispuesto a echarle una mano en secreto. No tienes por qué decirle que es inglés. Dile que es un yanqui.
— ¿A Mickie, Andy? —susurró Pendel, incrédulo—. «Mickie, ¿te gustaría ser espía?» ¿Estás sugiriendo que vaya y le pregunte eso?

— Remuneradamente, ¿por qué no? A mayor rango, mayor salario —declaró Osnard como si formulase una ley irrefutable del espionaje.
— Mickie no movería un dedo por un yanqui —dijo Pendel, lidiando con la atrocidad que Osnard proponía—. La invasión le dejó una huella imborrable. Terrorismo de Estado, lo llama, y no se refiere a Panamá.
Osnard se mecía en la silla como en un caballo de balancín, moviéndola sobre su eje con sus amplias posaderas.
— En Londres están encandilados contigo, Harry. Eso rara vez pasa. Quieren que extiendas las alas, que organices una red completa, que abarques todas las áreas: ministerios, estudiantes, sindicatos, la asamblea nacional, el palacio presidencial, el Canal y más Canal. Te pagarán un complemento por la responsabilidad, incentivos, generosas primas y un salario mayor para amortizar el crédito. Recluta a Abraxas y su grupo; tenemos entera libertad.
— ¿Tenemos, Andy?
La cabeza de Osnard permanecía giroscópicamente inmóvil mientras su trasero seguía balanceándose, y su voz parecía haber aumentado de volumen porque la había bajado.
— Yo estaría a tu lado. Como guía, filósofo, compinche. No podrías controlarlo tú solo. Nadie podría. Es un trabajo de demasiada envergadura.
—Lo comprendo, Andy. Y lo respeto.
—Pagarán también por las fuentes de información secundarias, ni que decir tiene. Por tantas como consigas. Podríamos hacer el agosto. Mejor dicho, tú podrías. Siempre y cuando el resultado justifique el coste. ¿Qué problema ves?
—Ninguno, Andy.
— Y entonces ¿qué pasa?
Que Mickie es amigo mío, pensaba Pendel. Mickie ya se ha opuesto bastante y no necesita oponerse más. Ni en silencio ni de ninguna otra manera.
— Tendré que pensarlo, Andy.
— Nadie nos paga por pensar, Harry.
— En cualquier caso, Andy, es una necesidad personal.
Osnard tenía aún un último punto en la agenda de aquella noche, pero Pendel no se dio cuenta en un primer momento porque la memoria lo había llevado a su época de recluso, en concreto a un guardia apodado Amistoso que dominaba como nadie el codazo en los testículos a corta distancia. A aquel individuo me recuerdas, se dijo. A Amistoso.

—El jueves es el día que Louisa se trae trabajo a casa, ¿verdad?
— El jueves, sí, Andy.
Tras desmontarse de su balancín, primero un muslo, luego otro, Osnard se rebuscó en un bolsillo y extrajo un ornamentado encendedor con baño de oro.
— Un regalo de un cliente árabe rico —sugirió, acercándoselo a Pendel, que estaba de pie en el centro de la habitación—. La joya de Londres. Pruébalo.
Pendel apretó el pulsador, y se encendió. Soltó el pulsador, y la llama se extinguió. Repitió la operación un par de veces. Osnard volvió a coger el encendedor, lo manipuló por la parte inferior y se lo ofreció de nuevo.

— Ahora echa un vistazo a través de la lente —ordenó con el orgullo de un mago.

El reducido apartamento de Marta se había convertido en la cámara de descompresión de Pendel entre Osnard y Bethania. Marta yacía junto a él, con la cara vuelta en otra dirección. A veces adoptaba esa actitud.
—¿Y a qué se dedican hoy en día tus estudiantes? —preguntó Pendel, dirigiéndose a su larga espalda.
— ¿Mis estudiantes?
— Los chicos y chicas con los que andabais tú y Mickie en los malos tiempos. Todos aquellos lanzadores de bombas de los que estabas enamorada.
— No estaba enamorada de ellos. Te quería a ti.
—¿Qué ha sido de ellos? ¿Dónde están ahora?
—Se han hecho ricos. Acabaron de estudiar. Encontraron trabajo en el Chase Manhattan. Entraron en el club Unión.
— ¿Aún ves a alguno?
— A veces me saludan desde sus coches caros —contestó Marta.
— ¿Les preocupa Panamá?
— Si tienen el dinero en bancos extranjeros, no.
— ¿Y ahora quién fabrica las bombas?
—Nadie.
— A veces tengo la impresión —prosiguió Pendel— de que está cociéndose una especie de Oposición Silenciosa. Algo que parte de las capas altas y se propaga hacia abajo. Una de esas revoluciones de la clase media que estallan un día y se extienden por todo el país cuando menos se espera. Un alzamiento militar sin militares, ¿me explico?
—No —dijo Marta.
— No ¿qué?
— No, no hay ninguna Oposición Silenciosa. Hay beneficios. Hay corrupción. Hay poder. Hay ricos y desesperados. Hay apatía. —De nuevo su voz docta, el tono meticulosamente libresco, la pedantería del autodidacta—. Hay gente tan pobre que si empobreciese más, moriría. Y hay política. Y la política es la mayor estafa. ¿Todo esto es para el señor Osnard?
— Lo sería, si fuese lo que desea oír.
Marta encontró la mano de Pendel y se la llevó a los labios. Por unos instantes se la besó dedo a dedo sin hablar.
— ¿Te paga mucho? —preguntó por fin.
—No puedo proporcionarle lo que busca. No sé lo suficiente.
—Nadie sabe lo suficiente. En Panamá deciden el futuro treinta personas. Los otros dos millones y medio tienen que adivinarlo.
— ¿Y a qué se dedicarían tus antiguos compañeros de estudios si no trabajasen en el Chase Manhattan y no tuviesen coches resplandecientes? —insistió Pendel—. ¿Qué harían si hubiesen seguido militando? ¿Qué sería lo lógico? ¿Suponiendo que en el presente quisiesen para Panamá lo que querían entonces?
Marta reflexionó, comprendiendo lentamente adónde pretendía llegar.
—¿Te interesa saber cómo presionaríamos al gobierno? ¿Cómo lo doblegaríamos?
— Sí.

Librodot

—Primero provocaríamos el caos. ¿Quieres un caos?
— Tal vez. Si es necesario.
— Lo es —afirmó Marta—. El caos es condición necesaria de la conciencia democrática. Cuando los obreros descubren que nadie los dirige, eligen líderes de entre sus propias filas, y el gobierno, por miedo a la revolución, dimite. ¿Deseas que los obreros elijan sus líderes?
— Me gustaría que eligiesen a Mickie —respondió Pendel, pero Marta movió la cabeza en un gesto de negación.
— A Mickie no.
— Muy bien, pues sin Mickie.
— Primero nos dirigiríamos a los pescadores. Ése era entonces nuestro plan pero no lo llevamos a cabo.
—¿Por qué a los pescadores? —preguntó Pendel.
—Los estudiantes nos oponíamos al armamento nuclear. Nos indignaba que por el Canal navegasen barcos con sustancias nucleares a bordo. Considerábamos que esa clase de cargamentos era peligrosa para Panamá y una afrenta a nuestra soberanía nacional.
—Y contra eso ¿cómo podían ayudaros los pescadores?
— Habríamos acudido a sus sindicatos e individuos más influyentes. Si no nos hubiesen atendido, habríamos recurrido a los elementos criminales de los muelles, que están siempre dispuestos a cualquier cosa por dinero. Por aquel entonces contábamos con unos cuantos estudiantes ricos. Estudiantes ricos con conciencia.
— Como Mickie —le recordó Pendel, pero ella volvió a negar con la cabeza.
—Les habríamos ordenado: «Coged todos los bous, lanchas y botes que encontréis, cargadlos de comida y agua y llevadlos hasta el puente de las Américas. Ancladlos bajo el puente y anunciad que tenéis intención de quedaros. Muchos de los grandes cargueros necesitan un par de kilómetros para reducir la velocidad. Pasados tres días habrá doscientos barcos esperando a cruzar el Canal. Pasadas dos semanas, mil. Y otros varios miles se desviarán antes de llegar a Panamá, con la orden de cambiar de ruta o regresar al puerto de partida. Se producirá una crisis, cundirá el pánico en las bolsas mundiales, los yanquis perderán la paciencia, la industria naviera exigirá que se tomen medidas, el balboa se devaluará, el gobierno se hundirá, y no volverán a pasar cargamentos nucleares por el Canal.»
– Para serte sincero, Marta, no estaba pensando en cargamentos nucleares.
Marta se acodó en el colchón, acercando su cara maltrecha a la de él.
– Escucha. Panamá intenta ya demostrar al mundo que es capaz de controlar el Canal tan bien como los gringos. Nada debe entorpecer el funcionamiento del Canal. Ni huelgas ni interrupciones ni gestiones incompetentes ni errores. Si el gobierno panameño no consigue mantener la navegación por el Canal fluidamente, ¿cómo va a poder robar los ingresos que genere, aumentar las tarifas, vender las concesiones? En cuanto la banca internacional se asuste, los rabiblancos nos darán lo que pidamos. Y lo pediremos todo. Para nuestras escuelas, nuestras carreteras, nuestros hospitales, nuestros campesinos y nuestros pobres. Si intentan desalojar nuestros barcos, dispararnos o comprarnos, haremos un llamamiento a los nueve mil trabajadores panameños que mantienen en marcha el canal diariamente. Y les preguntaremos: ¿De qué lado del puente estáis? ¿Sois

Librodot

ciudadanos panameños o esclavos yanquis? La huelga es un derecho sagrado en Panamá. Quienes se oponen a ese derecho son parias. Sin embargo hay ahora en el gobierno algún sector partidario de excluir el Canal de la legislación laboral panameña. Ya verán lo que les espera.
Marta estaba tendida sobre Pendel, y sus ojos castaños, de tan cercanos, eran lo único que él veía.
–Gracias –dijo Pendel, y la besó.
–No hay de qué.
Louisa Pendel amaba a su marido con una intensidad que sólo pueden comprender las mujeres que se han criado entre los algodones de una cautividad impuesta por unos padres intolerantes, y han padecido la presencia de una preciosa hermana mayor diez centímetros más baja que lo ha hecho todo bien dos años antes de que ellas lo hagan mal, que les ha robado todos los novios aunque no haya llegado a acostarse con ellos –si bien en la mayoría de los casos sí lo ha hecho–, y que las ha obligado a seguir el camino del noble puritanismo como una única respuesta posible. Lo amaba por su permanente devoción a ella y a sus hijos, por ser un tenaz luchador como su padre, por reconstruir un antiguo y selecto negocio inglés que todo el mundo daba por muerto, por preparar caldo de pollo y locksben los domingos ataviado con su delantal a rayas, por su kibitzing, es decir, sus continuas bromas, y por poner la mesa para sus cenas íntimas con cubiertos de plata y vajilla de porcelana, y servilletas de tela, nunca de papel. Y por aguantar las rabietas que brotaban en ella como impulsos contrapuestos de electricidad hereditaria: Louisa perdía por completo el control hasta que remitían por sí solas, o hasta que él le hacía el amor, que era con mucho la mejor solución, pues Louisa poseía los mismos apetitos que su hermana, pese a carecer de la amoralidad y el atractivo físico necesarios para abandonarse a ellos. Y se avergonzaba profundamente de su incapacidad para estar a la altura de los chistes de Harry y obsequiarle con esa risa desinhibida que él anhelaba, porque incluso si le daba rienda suelta, su risa, igual que sus oraciones, se parecía demasiado a la de su madre, así como en sus enfados se entreveía la ira de su padre.
En Harry, amaba también a la víctima y el resuelto superviviente que había arrostrado las peores penalidades en lugar de sucumbir a la perversa influencia del tío Benny y sus delictivos métodos hasta que llegó en su rescate el admirable señor Braithwaite, tal como el propio Harry la había rescatado a ella de sus padres y la Zona, proporcionándole una nueva forma de vida, libre y agradable, lejos de todo lo que hasta entonces la había oprimido. Y lo amaba por haberse enfrentado él solo a difíciles decisiones, debatiéndose entre creencias encontradas hasta que los sabios consejos de Braithwaite lo guiaron hacia una moralidad no confesional, y sin embargo tan afín al cristianismo cooperativo que Louisa de niña oía postular a su madre desde el púlpito de la iglesia de la Unidad de Balboa.
Por todas estas bendiciones, daba gracias a Dios y a Harry Pendel, y maldecía a su hermana Emily. Louisa creía sinceramente que amaba a su marido en todas sus facetas y estados anímicos, pero no lo había visto nunca como en los últimos tiempos, y el terror empezaba a adueñarse de ella.

Librodot

Si por lo menos le pegase, en caso de que fuera eso lo que necesitaba. Si la emprendiese a golpes con ella, le gritase, la sacase a rastras al jardín donde los niños no pudiesen oírlo, y dijese: «Louisa, este matrimonio no va ya a ninguna parte, te abandono; tengo a otra.» Si era eso lo que tenía. Cualquier cosa habría sido preferible a aquella insípida pantomima de normalidad, de que nada había cambiado, pese a que se marchaba a las nueve de la noche para tomar las medidas a un apreciado cliente y regresaba tres horas más tarde sugiriendo que había llegado el momento de invitar a cenar a los Delgado. ¿Y por qué no sentar a la mesa también a los Oakley y Rafi Domingo? Idea que, como cualquier idiota habría visto, contenía todos los ingredientes de un desastre, aunque Louisa no se atreviese a decirlo por el abismo que recientemente se había abierto entre Harry y ella.

Así que Louisa se mordió la lengua e invitó a Ernesto. Una tarde, cuando Ernesto se marchaba ya de la oficina, Louisa le colocó un sobre en la mano; él lo aceptó sin darle importancia, pensando que debía de ser una nota para recordarle alguno de sus muchos compromisos. Ernesto, perdido siempre en sus sueños y proyectos, absorto en la lucha cotidiana contra los grupos de presión y las intrigas políticas, a veces apenas sabía en qué hemisferio estaba. Sin embargo cuando llegó a la mañana siguiente, era la cortesía en persona, un auténtico caballero español, y sí, él y su esposa irían con mucho gusto, a condición de que Louisa no se ofendiese si se despedían temprano, ya que Isabel, su esposa, estaba preocupada por su hijo Jorge, de corta edad, que tenía una infección en un ojo y pasaba en vela noches enteras. Después envió una tarjeta a Rafi Domingo, sabiendo de antemano que su esposa no acudiría porque no lo acompañaba a ninguna parte, así de calamitoso era aquel matrimonio. Y al día siguiente, cómo no, llegó un enorme ramo de rosas, por valor de unos cincuenta dólares, y una tarjeta adjunta con un caballo de carreras estampado y una frase de Rafi donde, de su puño y letra, contestaba que él iría con sumo placer, querida Louisa, pero lamentablemente su esposa tenía otras obligaciones. Y Louisa interpretó con todo acierto el significado de aquellas flores, pues ninguna mujer menor de ochenta años escapaba a las insinuaciones de Rafi; según las habladurías, había renunciado al uso del calzoncillo a fin de mejorar su tiempo y capacidad de movimiento. Y lo vergonzoso —tenía que admitir Louisa si se sinceraba consigo misma, cosa que por lo común sólo ocurría después de dos o tres vodkas— era que lo encontraba desconcertantemente atractivo. Para terminar telefoneó a Donna Oakley, tarea que había dejado aposta para el último momento, y Donna contestó: «¡Carajo, Louisa, será un gustazo!», respuesta a la altura de sus modales. ¡Valiente grupo!
El temido día llegó, y Harry por una vez volvió a casa temprano, cargado con unos candelabros de porcelana de dos o trescientos dólares comprados en Ludwig, champán francés comprado en Motta, y una pieza entera de salmón ahumado comprada en algún otro sitio. Y al cabo de una hora se presentó un equipo de pomposos camareros y cocineros, dirigido por un engreído gigoló argentino, y tomó posesión de la cocina de Louisa porque, según Harry, sus criadas no eran dignas de confianza. De pronto Hannah cogió una pataleta de mil demonios cuya causa Louisa fue incapaz de adivinar: ¿No vas a ser amable con el señor Delgado, cielo? Al fin y al cabo, es el jefe de mamá e íntimo amigo del presidente. Y además va a salvar el Canal, y sí,

Librodot

también la isla de Todo Tiempo. Y no, Mark, gracias, no es la ocasión idónea para que nos toques Lazy Sheep al violín; los señores Delgado estarían encantados de escucharte pero los otros invitados no.
Entonces entra Harry y dice, vamos, Louisa, déjalo tocar; pero Louisa se mantiene firme y prorrumpe en uno de sus monólogos, que salen a borbotones de su boca, que escapan a su control, sin que ella pueda hacer otra cosa que oírse y gemir: Harry, no entiendo por qué cada vez que doy una orden a mis hijos vienes tú y me contradices sólo para demostrar que eres el señor de la casa. Ante lo cual Hannah empieza a gritar de nuevo y Mark se encierra en su habitación y toca Lazy Sheep ininterrumpidamente hasta que Louisa llama a su puerta y anuncia: «Mark, los invitados llegarán de un momento a otro», lo cual es cierto, pues el timbre suena en ese preciso instante y hace su aparición Rafi Domingo, con su olor a loción corporal, su insinuante mirada de sátiro, sus patillas y sus zapatos de piel de cocodrilo. Ni aun los mayores esfuerzos de Harry por vestirlo con elegancia conseguían camuflar aquel aire de macho latino de la peor especie; sólo por la brillantina, el padre de Louisa lo habría echado a la calle por la puerta de atrás.
E inmediatamente después entran los Delgado y, casi a la vez, los Oakley, una prueba más de la anormalidad de la reunión, ya que en Panamá nadie llega puntualmente a menos que se trate de ocasiones muy formales. Y de súbito todo está ya en marcha, y Ernesto sentado a la derecha de Louisa con el aspecto del sabio y bondadoso mandarín que es: sólo agua, Louisa, gracias; no soy un gran bebedor, me temo. A lo cual Louisa, que a esas alturas aventaja ya a todos los presentes en dos generosas copas tomadas en la intimidad de su cuarto de baño, responde que, para ser sincera, tampoco lo es ella, y que siempre ha pensado que la bebida echa a perder muchas veladas. Pero la señora Delgado, sentada a la derecha de Harry, oye el comentario y esboza una peculiar sonrisa de incredulidad, como si ella supiese de buena tinta que la realidad es otra.
Entretanto Rafi Domingo, a la izquierda de Louisa, reparte su atención en dos polos: estregar el pie descalzo contra la pierna de Louisa cada vez que ella lo consiente –con ese propósito se ha quitado el zapato de piel de cocodrilo– y abismar la mirada en la delantera del vestido de Donna Oakley, cortado con el mismo patrón que los de Emily, es decir, con los pechos levantados como pelotas de tenis y el vértice del escote apuntando en dirección sur hacia lo que el padre de Louisa, en estado de ebriedad, llamaba la zona industrial.
– ¿Sabes qué es para mí tu mujer, Harry? –pregunta Rafi en un trabalenguas de deplorable spanglish. Esa noche, en consideración a los Oakley, la lengua franca es el inglés.
– No le hagas caso –ordena Louisa.
–¡Es mi conciencia! –Una estridente carcajada con todos los dientes y trozos de comida a la vista–. ¡Y lo curioso es que no sabía que tuviese hasta que la he conocido a ella!
Y encuentra tan graciosa esta humorada que todos deben brindar por su conciencia mientras alarga el cuello para obsequiarse con otra ración del escote de Donna y acaricia con los dedos del pie la pantorrilla de Louisa, lo cual la pone furiosa y cachonda al mismo tiempo: Emily, te odio; Rafi, déjame en paz, degenerado, y aparta ya los ojos de Donna; y por Dios, Harry, ¿por fin vas a echarme un polvo esta noche?

Los motivos de Harry para incluir a los Oakley en la velada fue otro misterio para Louisa hasta que recordó que Kevin se había embarcado en cierta actividad especulativa relacionada con el Canal, ya que era comerciante de algo, y por lo demás lo que el padre de Louisa llamaba un condenado estafador yanqui. Su esposa Donna, entretanto, se dedicaba a mantenerse en forma con los vídeos de Jane Fonda, salir a correr con un pantalón corto de vinilo y menear el culo para disfrute de cualquier apuesto joven panameño que se prestase a empujarle el carrito de la compra en el supermercado, y según rumores, no sólo el carrito.
Y Harry, desde el momento mismo que se sentaron a la mesa, se empecinó en hablar sobre el Canal, primero tratando de sonsacar a Delgado, que respondió con las discretas trivialidades propias de su condición, y luego incitando a intervenir en la conversación al resto de los comensales, tanto si tenían algo que aportar como si no. Sus preguntas a Delgado eran tan zafias que Louisa se sintió abochornada. Sólo el pie errante de Rafi y la clara conciencia de que estaba un poco más sedada de lo conveniente le impidieron decir: «Harry, el señor Delgado es mi jefe, no el tuyo, joder. Así que ¿por qué no dejas de hacer el gilipollas, eh, mamón?» Pero ése era el vocabulario de Emily la Puta, no el de Louisa la Virtuosa, que nunca empleaba palabras soeces, o al menos no delante de los niños y en ningún caso cuando estaba sobria.
No, replicó Delgado cortésmente al bombardeo de Harry; no se habían negociado acuerdos durante la gira presidencial, pero sí se habían propuesto algunas ideas interesantes. Existía un clima general de cooperación, Harry; la buena voluntad era esencial.
Bien hecho, Ernesto, pensó Louisa, dile que corte ya de una vez.
—Aun así, todo el mundo sabe que los japoneses van detrás del Canal, ¿o no es así, Ernie? —dijo Harry, derivando hacia absurdas generalizaciones sin el menor conocimiento de causa—. La cuestión es saber por dónde nos van a salir. ¿Tú que piensas, Rafi?
Los dedos envueltos en seda del pie de Rafi hurgaban en la corva de Louisa, y el escote de Donna se abría como la puerta de un granero.
—Te diré qué pienso de los japoneses, Harry. ¿Quieres saber qué pienso de los japoneses? —respondió Rafi con su voz vibrante de subastador mientras reunía a su público.
—Claro que sí, Rafi —aseguró Harry obsequiosamente. Pero Rafi requería la atención de todos los presentes.
— Ernesto, ¿quieres saber qué pienso de los japoneses? Delgado, deferente, expresó su interés por oír la opinión de Rafi sobre los japoneses.
— Donna, ¿quieres saber qué pienso de los japoneses?
— Dilo ya de una vez, Rafi, por Dios —prorrumpió Oakley, irritado.
Pero Rafi seguía acaparando público.
— ¿Louisa? —preguntó, haciéndole cosquillas en la corva con los dedos del pie.
— Diría que estamos todos pendientes de tus palabras, Rafi —contestó Louisa en su papel de encantadora anfitriona y hermana puta.
Así que por fin Rafi emitió su dictamen sobre los japoneses.
— ¡Lo que yo creo es que esos cabrones de japoneses inyectaron una dosis doble de valium a mi caballo Dolce Vita antes de la carrera principal del fin de semana pasado! —clamó, y estalló en tales carcajadas por su propio chiste, irradiando el brillo de tantos dientes de oro, que su público no

Librodot

pudo menos que reír con él, siendo Louisa la más efusiva, seguida muy de cerca por Donna.
Pero Harry no se dejó distraer. Al contrario, abordó el tema que, como bien sabía, más alteraba a su esposa: ni más ni menos que el inminente destino de la antigua Zona del Canal.
—Porque hay que admitirlo, Ernie, os va caer en las manos de la noche a la mañana un buen pedazo de tierra de primera calidad. Más de mil doscientos kilómetros cuadrados de jardín norteamericano, cuidado y regado como el Central Park, más piscinas que en todo Panamá junto... Uno no puede evitar preguntarse qué va a ser de todo eso. Y no sé si la idea de la Ciudad del Saber sigue siendo el plato fuerte, Ernie. Según algunos de mis clientes, no tendría mucho futuro, una universidad en medio de la selva. Cuesta imaginarse a un distinguido profesor que considerase eso la cima de su carrera. No sé si estarán equivocados, mis clientes. —Estaba quedándose sin palabras, pero como nadie salió en su auxilio, continuó—: Supongo que todo depende de cuántas bases militares abandone Estados Unidos al final del día, ¿no? Pero para saberlo, por lo que parece, necesitaríamos una bola de cristal. Tendríamos que pinchar las líneas secretas del Pentágono para conocer la respuesta a ese acertijo, diría yo.
—Tonterías —lo interrumpió Kevin—. Eso ya se lo han repartido todo entre cuatro listillos hace años, ¿o no, Ernie?
Un aterrador vacío cayó sobre ellos. El delicado rostro de Delgado se quedó sin color ni expresión. Nadie sabía qué decir, a excepción de Rafi que, indiferente a todo clima, interrogaba desenfadadamente a Donna sobre su maquillaje para recomendárselo a su esposa. Intentaba asimismo meter el pie entre las piernas de Louisa, que las había cruzado en actitud defensiva. De pronto Emily la Bruja halló las palabras que Louisa la Inmaculada reprimía por decoro, y éstas empezaron a brotar de su boca, primero en una serie de declaraciones testimoniales, luego en un aluvión imparable inducido por el alcohol.
—Kevin, no entiendo qué insinúas. El doctor Delgado ha defendido siempre la conservación del Canal. Si no te habías enterado, es porque Ernesto, en su modestia y cortesía, ha preferido no decírtelo. Tú, por tu parte, has venido a Panamá con la única intención de amasar fortuna a costa del Canal, un objetivo para el que no fue creado. La única manera de sacar provecho del Canal es destruyéndolo. —Su voz fue desbocándose a medida que enumeraba los crímenes que Kevin había maquinado—. Talando los bosques. Privándolo del agua de los ríos. Descuidando el mantenimiento de su maquinaria y su estructura al nivel exigido por nuestros antepasados.
—Su voz se tornó áspera y nasal. Louisa la oía pero era incapaz de hacerla callar—. Por tanto, Kevin, si tienes la imperiosa necesidad de enriquecerte vendiendo las grandes gestas de insignes norteamericanos, te sugiero que vuelvas a San Francisco y le vendas el Golden Gate a los japoneses. Y Rafi, si no me quitas la mano del muslo ahora mismo, voy a clavarte un tenedor en los nudillos.
Tras lo cual todos decidieron de pronto que no podían quedarse más tiempo. Los esperaban su hijo enfermo, su canguro, su perro, o cualquier cosa que se hallase a una distancia prudencial de donde estaban en ese momento.
¿Y qué se le ocurre a Harry después de apaciguar a sus invitados, acompañarlos a sus coches y despedirse de ellos desde la puerta de la casa? Nada menos que dirigir un discurso a la junta directiva.

Librodot

—Hay que expandirse, Lou, he ahí la cuestión. —Abrazándola y dándole unas palmadas en el hombro—. Cultivar la clientela. —Enjugándole los ojos con su pañuelo de hilo irlandés—. En estos tiempos es la expansión o la muerte, Lou. Ya ves cómo acabó el bueno de Arthur Braithwaite. Primero se le escapó de las manos el negocio, luego la vida. No querrás que eso me pase a mí, ¿verdad? Así que expandámonos. Abramos el club. Relacionémonos. Promocionémonos, porque así debe ser. ¿De acuerdo, Lou?
Pero sus paternales atenciones han endurecido a Louisa, que se zafa de él.
—Harry, hay otras maneras de morir. Quiero que pienses en tu familia. Conozco demasiados casos, y tú también los conoces, de hombres de cuarenta años que han sufrido infartos y otras enfermedades relacionadas con el estrés. Y me sorprende que tu sastrería no esté ya en expansión, pues recientemente te he oído hablar mucho de mayores ventas y resultados. Pero si de verdad te preocupa el futuro, y todo eso no es sólo un pretexto, recuerda que siempre podemos echar mano del arrozal, y sin duda todos preferiríamos pasar estrecheces, ejercitando la abstinencia cristiana, a seguir el tren de vida de tus amigos ricos e inmorales y perderte en el camino.
Al oír sus palabras, Pendel la envuelve en un feroz abrazo y promete volver pronto a casa mañana, y quizá llevar a los niños a la feria o al cine. Y Louisa solloza y dice, eso, Harry, vayamos todos juntos. Vayamos. Pero el plan se frustra. Porque cuando llega mañana, él recuerda la recepción prevista para la delegación comercial brasileña —muchos personajes importantes, Lou—, ¿por qué no vamos mañana? Y cuando llega ese otro mañana, lo siento, Lou, pero tengo una cena en tal club donde acaban de aceptarme como miembro. Han preparado una fiesta por todo lo alto para unos peces gordos mejicanos, y por cierto ¿era el último Spillway lo que he visto en tu escritorio?
Pues así se llama, Spillway, el boletín informativo del Canal.

Y el lunes tuvo lugar la inevitable llamada semanal de Naomi. Por su voz, Louisa dedujo de inmediato que tenía alguna noticia trascendental. Se preguntó qué sería esta vez. Adivina a quién se llevó Pepe Kleeber en su viaje de negocios a Houston la semana pasada, quizá. 0 ¿te has enterado de lo de Jaqui López y su profesor de equitación? O ¿a que no sabes a quién visita Dolores Rodríguez cuando dice a su marido que va a reconfortar a su madre después de su operación de bypass? Pero en esta ocasión Naomi no sacó a relucir ninguno de esos asuntos, y mejor así, porque Louisa estaba dispuesta a colgarle si lo hacía. Naomi sólo deseaba conocer las buenas nuevas de la encantadora familia Pendel. ¿Cómo le iba a Mark con su examen de violín? ¿Y si era cierto que Harry iba a comprarle a Hannah su primer poni? ¿Lo era? Louisa, Harry es el hombre más generoso del mundo. ¡El mezquino de mi marido tendría que tomar ejemplo! Sólo cuando habían terminado de pintar entre las dos el empalagoso cuadro de la delirante felicidad de la familia Pendel comprendió Louisa que Naomi estaba compadeciéndose de ella.
—Estoy tan orgullosa de ti, Louisa... Orgullosa de que estéis todos bien de salud, de que los niños hagan continuos progresos, de que os queráis tanto, y de que Dios cuide de vosotros y Harry sepa valorar lo que tiene. Y estoy muy orgullosa de haberme dado cuenta en el acto de que lo que acaba de contarme Letti Hortensas sobre Harry no podía ser verdad de ningún modo.

Louisa se quedó paralizada al teléfono, demasiado asustada para hablar o colgar. Letti Hortensas, rica heredera y putilla, esposa de Alfonso. Alfonso Hortensas, marido de Letti, dueño de un burdel, cliente de P & B y redomado sinvergüenza.
--Por supuesto —dijo Louisa, sin saber con qué se mostraba de acuerdo exactamente pero pensando que así incitaba a Naomi a seguir.
—Tú y yo sabemos muy bien, Louisa, que Harry no es la clase de hombre que visitaría un sórdido hotelucho del centro donde se paga por horas. «Letti, querida», le he contestado, «ya va siendo hora de que cambies de gafas. Louisa es amiga mía. Harry y yo mantenemos desde hace muchos años una amistad platónica que Louisa siempre ha conocido y comprendido. Ese matrimonio es sólido como una roca». Así mismo se lo he dicho. «Me trae sin cuidado que tu marido sea dueño del hotel Paraíso y que tú estuvieses sentada en el vestíbulo esperándolo cuando Harry salió del ascensor acompañado de varias putas. Muchas panameñas parecen putas. Muchas putas trabajan en el Paraíso. Harry tiene muchos clientes, y éstos se ganan la vida de maneras muy diversas.» Que conste, Louisa, que te he sido leal. Te he apoyado. He puesto fin al rumor. «¿Sospechoso?», le he dicho. «Harry nunca tiene un aspecto sospechoso. No sabría cómo conseguirlo. ¿Has visto alguna vez a Harry con aspecto sospechoso? Pues claro que no.»
Louisa tardó un rato en sentirse otra vez el cuerpo. Se había planteado seriamente un período de abstinencia. El exabrupto de la cena la había alarmado.
—¡Zorra! —gritó con lágrimas en los ojos. Pero no hasta que hubo colgado y se hubo servido un par de pródigos vodkas en el bar recién instalado de Harry.

Se debía a la nueva sala de reuniones que había acondicionado, Louisa estaba convencida. La planta superior de P & B había sido objeto durante años de las más irreales fantasías de Harry.
Voy a poner el probador debajo de la galería, Lou, decía. Voy a poner el Rincón del Deportista junto a la sección de complementos. O: Puede que deje el probador donde está y añada una escalera exterior. O: ¡Ya lo tengo, Lou! Escucha. Ampliaré el local por la parte trasera con un anexo voladizo, e instalaré allí un gimnasio con sauna y un pequeño restaurante, sólo para clientes de P & B, sopa y el menú del día, ¿qué te parece?
Harry incluso había encargado ya una maqueta y pedido un presupuesto del proyecto cuando también este plan quedó archivado. Así pues, la planta superior había sido hasta el momento un perpetuo viaje de sillón que disfrutaba sólo como plan. Y en todo caso, ¿dónde pondría el probador? En ninguna parte, fue por fin la solución. El probador continuaría donde estaba. Pero el Rincón del Deportista, el orgullo de Harry, se comprimiría en el cubículo de cristal de Marta.
—¿Y dónde pondrás a Marta? —preguntó Louisa, medio esperando con su lado vergonzoso que Marta simplemente desapareciese, porque había algo en relación con sus heridas que nunca había entendido. Sin ir más lejos el hecho de que Harry las asumiese como responsabilidad propia, pero en realidad Harry se sentía responsable de todo, y en parte por eso lo amaba. Cosas que se le escapaban. Cosas que sabía. Los estudiantes radicales y las condiciones de vida de los pobres en El Chorrillo. Y por alguna razón la

influencia que Marta ejercía a veces sobre él se parecía demasiado a la que ejercía la propia Louisa.
Tengo celos de todos, se dijo Louisa, preparándose un martini seco, imprescindible para desengancharse del vodka. Tengo celos de Harry; tengo celos de mi hermana y mis hijos. Casi tengo celos de mí misma.

Y luego los libros. Sobre China. Sobre Japón. Sobre los tigres, como él los llamaba. Nueve volúmenes en total. Se tomó la molestia de contarlos. Habían llegado una noche sin previo aviso a la mesa de su estudio, y allí se quedaron, un siniestro y mudo ejército de ocupación. Japón a través de los siglos. Su economía. El incontenible ascenso del yen. Del imperio a la democracia imperial. Corea del Sur. Demografía, economía y constitución. Malasia, su papel pasado y futuro en la marcha del mundo, ensayos de grandes estudiosos. Tradiciones, lengua, forma de vida, destino, su cauto matrimonio de conveniencia industrial con China. ¿Tiene futuro el comunismo? La corrupción de la oligarquía china tras la muerte de Mao, derechos humanos, la bomba de tiempo del crecimiento demográfico, ¿qué debe hacerse? Ya es hora de que estudie, Lou. Me siento anquilosado. Como de costumbre, el bueno de Braithwaite tenía razón. Debería haber ido a la universidad. ¿En Kuala Lumpur? ¿En Tokio? ¿En Seúl? Son los lugares del mañana, Lou. Las superpotencias del siglo que viene, ¿comprendes? Dentro de diez años serán mis únicos clientes.

—Harry, quiero que me expliques en qué reside el beneficio —dijo Louisa un día, haciendo acopio del poco valor que le quedaba—. ¿Quién paga las cervezas, los whiskys, el vino, los sándwiches y las horas extra de Marta? ¿Encargan trajes tus clientes porque te tienen hablando y bebiendo hasta las once de la noche? Harry, ya no entiendo nada.
Estuvo a punto de echarle en cara el rumor sobre el hotel Paraíso pero se le acabó el valor, y necesitaba otro vodka del estante superior de su cuarto de baño. No veía a Harry muy claramente y sospechaba que él padecía el mismo problema. Una película de cálida neblina le cubría los ojos, y en lugar de ver a Harry se veía a sí misma, envejecida a causa de la angustia y el vodka, de pie en medio del salón cuando él ya la ha abandonado, observando a los niños, que se despiden de ella con las manos a través de las ventanillas del todoterreno porque les toca pasar el fin de semana con Harry.
—Yo arreglaré esta situación, Lou —prometió él, dándole unas palmadas en el hombro para consolar a la inválida.
Si tenía que arreglarla, era porque algo andaba mal, ¿no? ¿Y cómo carajo se proponía arreglarla?

¿Quién lo impulsaba? ¿Quién o qué? Si ella no le bastaba, ¿quién le proporcionaba el resto? ¿Quién era ese Harry desconocido, que un día actuaba como si ella no existiese, y al día siguiente la colmaba de regalos y llegaba a extremos ridículos por complacer a
los niños? ¿Que se prodigaba por toda la ciudad como si le fuese en ello la vida? ¿Que aceptaba invitaciones de gente que antes eludía como el veneno, salvo en su condición de clientes: repugnantes rentistas come Rafi, políticos,

aventureros del mundo de la droga? ¿Que una y otra vez sentaba cátedra sobre los asuntos del Canal? ¿Que había salido furtivamente del hotel Paraíso con un cargamento de fulanas a altas horas de la noche? Pero el episodio más insondable se produjo la tarde anterior.
Era jueves, y los jueves Louisa se llevaba trabajo a casa para asegurarse de que el viernes no le quedaban tareas pendientes en la oficina y disponía de todo el fin de semana para su familia. Había dejado el maletín de su padre en el escritorio de su estudio, pensando en aprovechar esa hora muerta que tenía desde que acostaba a los niños hasta que preparaba la cena. Pero de pronto tuvo el presentimiento de que los bistecs estaban afectados por la enfermedad de las vacas locas, así que cogió el coche y bajó a comprar un pollo. Al volver, descubrió con agrado que Harry había regresado temprano: allí estaba el todoterreno, mal aparcado como de costumbre, sin dejar espacio en el garaje para el Peugeot. De modo que Louisa tuvo que estacionar en la calle, cosa que hizo de buen grado, y acarrear la compra hasta la casa.
Calzaba unas zapatillas de deporte. La puerta no estaba cerrada. Harry en su estado de máximo despiste. Lo sorprenderé, me burlaré de su pésimo aparcamiento. Avanzó por el pasillo, y a través de la puerta abierta de su estudio vio a Harry de espaldas a ella y con el maletín de su padre abierto sobre el escritorio. Había sacado todos los papeles y los hojeaba como quien sabe qué anda buscando pero no lo encuentra. Incluían un par de expedientes confidenciales. Informes personales sobre cierta gente. Un borrador sobre posibles servicios a los barcos en espera de tránsito redactado por un nuevo miembro del equipo de Delgado. Ernesto albergaba ciertas dudas, porque el autor había creado recientemente su propia empresa de aprovisionamiento para buques y acaso intentase atraer contratos en su dirección. Tal vez Louisa podía echarle un vistazo y darle su opinión.
-Harry -dijo Louisa.
0 quizá gritó. Pero Harry nunca se sobresalta por un grito. Simplemente deja lo que tiene entre manos y espera nuevas órdenes. Y precisamente así reaccionó: se quedó inmóvil, y luego muy despacio, como para no alarmar a nadie, dejó los papeles de Louisa en el escritorio de Louisa. A continuación retrocedió un paso y encorvó los hombros en aquella actitud de modestia tan característica de él, con la vista fija en el suelo a dos metros al frente y la plácida sonrisa de una persona bajo los efectos de un sedante.
-Busco aquella factura, cariño -explicó con voz de pobre desvalido.
-¿Qué factura?
- ¿No te acuerdas? La del instituto Einstein. El suplemento por las clases de música de Mark. La que, según ellos, nos enviaron y no hemos abonado.
- Harry, pagué esa factura la semana pasada.
- Eso les he dicho. Louisa la abonó la semana pasada. Nunca se olvida, les he asegurado. Pero no me han hecho el menor caso.
-Harry, tenemos extractos de cuenta, tenemos los resguardos de los cheques, tenemos un banco al que consultar y tenemos dinero en efectivo en casa. No entiendo por qué has de registrar mi maletín en mi estudio para encontrar una factura que ya hemos pagado.
- Sí, si realmente la hemos pagado, no me preocupa. Gracias por la información.

Y haciéndose el ofendido, o lo que fuese, pasó ante Louisa y se dirigió a su estudio. Y mientras cruzaba el patio interior, ella vio que se guardaba algo en el bolsillo del pantalón y adivinó que era el espantoso encendedor que últimamente acostumbraba llevar encima, regalo de un cliente, había explicado a la vez que lo agitaba ante el rostro de Louisa, encendiéndolo y apagándolo para ella, satisfecho como un niño con un juguete nuevo.
De pronto el pánico se apoderó de Louisa. Se le nubló la vista, le zumbaron los oídos, le flojearon las rodillas. El olor a quemado, el sudor de los niños corriéndole por el cuerno, la escena completa. Vio El Chorrillo en llamas, y el semblante de Harry al entrar del balcón, con aquel untuoso resplandor rojo todavía en
las pupilas. Lo vio acercarse al armario de la limpieza, donde ella se había escondido. Y abrazarla. Y abrazar también a Mark porque ella no se despegaba de Mark. A continuación balbuceó algo que Louisa nunca había comprendido ni había considerado de manera racional hasta aquel momento, prefiriendo desecharlo como parte de la enajenada conversación entre dos traumatizados testigos de una catástrofe:
—Si yo hubiese provocado uno de esa magnitud, me habrían apartado de la circulación para siempre. —Luego inclinó la cabeza y se miró los zapatos como alguien que reza de pie, la misma postura que había adoptado hacía unos segundos pero más exagerada. Al cabo de un instante, añadió—: No podía mover las piernas, ¿comprendes? Las tenía paralizadas. Era como un calambre o algo así. Debería haber corrido pero no podía.
Después expresó su preocupación por Marta.
¡Harry estaba a punto de prenderle fuego a la casa!, gritó Louisa en su interior, estremeciéndose, tomándose un vodka a sorbos y escuchando las ráfagas de música clásica que llegaban del estudio de Harry al otro lado del patio. ¡Ha comprado un encendedor y va a incinerar a su familia! Cuando Harry se acostó, Louisa lo violó, y él pareció agradecerlo. A la mañana siguiente nada de aquello había ocurrido. Por las mañanas todo quedaba olvidado. Para Harry y para Louisa. De ese modo sobrevivían juntos. El todoterreno se resistió a arrancar, y Harry tuvo que llevar a los niños al colegio en el Peugeot. Louisa se fue al trabajo en taxi. La criada encargada de los suelos encontró una serpiente en la despensa y se puso histérica. A Hannah se le había caído un diente. Llovía. Harry no había sido apartado de la circulación para siempre, ni había incendiado la casa con su encendedor nuevo. Pero aquella noche volvió tarde, con el pretexto una vez más de que se había presentado un cliente a última hora.

—¿ Osnard? —repitió Louisa, que no daba crédito a sus oídos—. ¿Andrew Osnard? Por amor de Dios, ¿quién es ese señor Osnard y por qué lo has invitado a venir con nosotros de excursión a la isla el domingo?
—Es inglés, Lou, ya te lo he dicho. Se incorporó a la embajada hace un par de meses. Es el de los diez trajes, ¿te acuerdas? Aquí no tiene a nadie. Estuvo viviendo en un hotel varias semanas hasta que terminaron de acondicionarle el apartamento.
—¿En qué hotel? —preguntó Louisa, rogando a Dios que fuese el Paraíso.
—El Panamá. Desea conocer a una verdadera familia, lo comprendes, ¿no?
—El perro apaleado, siempre fiel, siempre incomprendido. Y al ver que a ella no se le ocurría qué decir, añadió—: Es un tipo divertido, Lou, ya lo verás.

Librodot

Muy alegre. Hará muy buenas migas con los niños, te lo aseguro. —Rió con la risa falsa que había desarrollado en su nueva etapa—. Mis raíces inglesas asoman sus malévolas cabezas, supongo. El patriotismo. Nos pasa a todos, dicen. A ti también.
—Harry, no veo qué relación pueda tener el amor por nuestros respectivos países con invitar al señor Osnard a una excursión familiar en el cumpleaños de Hannah cuando, como todos sabemos, apenas tienes tiempo para tus hijos.
Ante lo cual Harry agachó la cabeza y le suplicó como un mendigo que llamase a su puerta.
—El señor Braithwaite le hacía los trajes al padre de Andy, Lou; yo andaba ya por allí y le sostenía la cinta métrica.

Hannah quería ir al arrozal en su cumpleaños. Y por otras razones también Louisa, pues no comprendía por qué el arrozal había desaparecido de las conversaciones de Harry. En sus peores momentos estaba convencida de que había instalado allí a otra mujer; el cobista de Angel no tendría inconveniente en alcahuetear para cualquiera. Pero en cuanto Louisa propuso visitar el arrozal, Harry declaró con arrogancia que grandes cambios tenían lugar allí y era mejor dejarlo todo en manos de los abogados hasta que el trato quedase zanjado.
Así pues, viajaron a Todo Tiempo, que era una casa sin paredes colgada como una pérgola de madera en su propia isla redonda y brumosa de unos sesenta metros de diámetro, en medio de un extenso valle inundado, el lago Gatún, a algo más de treinta kilómetros de la costa atlántica en el tramo más elevado del Canal, cuyo curso se halla allí trazado mediante dos sinuosas filas de boyas de colores que desaparecen de dos en dos en la húmeda neblina. La isla se encuentra en la franja occidental del lago, perdida en un laberinto de tórridos manglares, ensenadas e islas, entre las cuales la mayor es Barro Colorado y la más insignificante Todo Tiempo, llamada así por Hannah y Mark en homenaje a cierta mermelada, cedida al padre de Louisa por la empresa para la que trabajaba a cambio de un alquiler simbólico, y legada a Louisa por caridad.
El Canal humeaba a la izquierda del todoterreno y las volutas de bruma flotaban sobre él como un rocío eterno. Los pelícanos se zambullían en la bruma y el aire olía a combustible de barco, y nada en el mundo había cambiado ni cambiaría, amén. Los mismos buques que pasaban cuando Louisa tenía la edad de Hannah, las mismas figuras negras con los codos desnudos apoyados en las barandillas impregnadas de sudor, las rnismas banderas mojadas, inertes en sus mástiles, cuya procedencia nadie conocía —bromeaba siempre el padre de Louisa— salvo un viejo pirata ciego de Portobelo. Pendel, extrañamente incómodo en presencia del señor Osnard, conducía en hosco silencio. Louisa viajaba repantigada en el asiento delantero junto a él, que había ocupado por insistencia del señor Osnard, quien aseguraba que prefería la parte de atrás.
El señor Osnard, se repitió Louisa, adormilada. El corpulento señor Osnard. Te llevo diez años por lo menos, y sin embargo jamás seré capaz de llamarte Andy. Había olvidado, si es que alguna vez lo había sabido, hasta qué punto un caballero inglés era capaz de vencer cualquier resistencia con su cortesía cuando ponía en ello su hipócrita alma. Humor y buenos modales, la adver-

tía siempre su madre, una peligrosa mezcla de encantos. Y más aún si añadimos saber escuchar, reflexionó Louisa a la vez que sonreía recostada contra el respaldo por el modo en que Hannah le describía los lugares de interés como si fuesen suyos; Mark la dejaba hablar porque era su cumpleaños, y además, a su manera, estaba tan encandilado como ella por el invitado.
Uno de los viejos faros surgió en el paisaje.
— ¿Quién sería el zoquete al que se le ocurrió pintar un faro por un lado de negro y por el otro de blanco? —preguntó el señor Osnard tras escuchar el interminable relato de Hannah sobre el atroz apetito de los caimanes.
— Hannah, trata con respeto al señor Osnard —amonestó Louisa cuando Hannah se rió de él y lo llamó tonto.
— Háblale del bueno de Braithwaite, Andy —propuso Harry entre dientes—. Cuéntale tus recuerdos de infancia. Le gustará.
Está presumiendo de su amistad ante mí, pensó Louisa. ¿Por qué lo hará?
Pero su memoria derivaba de nuevo hacia las brumas de su niñez, como siempre que visitaba Todo Tiempo, una experiencia extrasensorial: hacia la previsible cotidianidad de la vida en la Zona, hacia la placidez de crematorio legada por nuestros antepasados, donde no tenemos otra cosa que hacer salvo pasear entre las flores perennes cultivadas por la Compañía y los verdes céspedes cortados por la Compañía, y nadar en las piscinas de la Compañía, y odiar a nuestras preciosas hermanas, y leer la prensa de la Compañía, y alimentar la fantasía de que somos una sociedad perfeccionada de pioneros socialistas, en parte colonos, en parte dominadores, en parte evangelizadores de los irreligiosos indígenas que habitan fuera de los límites de la Zona, cuando en realidad nunca hemos ido más allá de las nimias rencillas y envidias consustanciales a la vida en cualquier acuartelamiento extranjero, nunca hemos cuestionado los supuestos de la Compañía, ya sean económicos, sexuales o sociales, nunca nos hemos atrevido a salir del confinamiento que nos ha sido asignado, sino que hemos seguido adelante dócil e inexorablemente, paso a paso, de un extremo a otro de la uniforme y angosta avenida de nuestra rutina preprogramada, conscientes de que cada esclusa, lago y cauce, cada túnel, robot y represa, y cada modelada colina a uno y otro lado es el logro inmutable de los muertos, y de que nuestro deber sagrado e ineludible en esta tierra consiste en alabar a Dios y a la Compañía, avanzar en línea recta entre los muros, cultivar la fe y la castidad a despecho de nuestras promiscuas hermanas, masturbarnos hasta no poder más y sacar brillo a los dorados de la octava maravilla de su tiempo.

¿Quién va a quedarse las casas, Louisa? ¿Quién va a quedarse la tierra, las piscinas, las pistas de tenis, los pulcros setos y los renos navideños de plástico propiedad de la Compañía? ¡Louisa, Louisa, dinos cómo mejorar ingresos, reducir costes, ordeñar la vaca sagrada de los yanquis! ¡Louisa, queremos saberlo ahora! Ahora que todavía tenemos el control, ahora que nos cortejan los postores extranjeros, ahora que esos ingenuos ecologistas aún no han empezado a predicar sobre la vital importancia de las selvas tropicales.
Rumores de sobornos, maniobras y acuerdos secretos resuenan en los pasillos. El Canal será modernizado, ensanchado para admitir un mayor tráfico de barcos. Se han proyectado nuevas esclusas. Empresas

Librodot

multinacionales ofrecen grandes sumas a cambio de asesoría, influencias, encargos, contratos. Y entretanto: nuevos expedientes a los que Louisa no tiene acceso y nuevos jefes que enmudecen en cuanto ella entra en cualquier despacho salvo el de Delgado, el pobre y honrado Ernesto blandiendo su escoba en un vano esfuerzo por barrer la insaciable codicia de cuantos lo rodean.
—¡Soy demasiado joven! —exclamó Louisa—. ¡Soy demasiado joven y estoy demasiado viva para presenciar cómo tiran a la basura mi niñez ante mis propios ojos!
Se irguió sobresaltada. La cabeza debía de haberle resbalado hacia el hombro poco cooperante de Pendel.
—¿Qué he dicho? —quiso saber, angustiada.
No había dicho nada. Había hablado desde atrás el diplomático señor Osnard. En su infinita cortesía, le había preguntado si le complacía ver cómo pasaba el Canal a manos panameñas.
En el puerto de Gamboa, Mark enseñó al señor Osnard cómo se quitaba la lona del bote y se ponía el motor en marcha. Harry tomó el timón hasta que abandonaron la estela del tráfico del Canal, pero fue Mark quien llevó el bote hasta la playa, descargó los bultos y, con la ayuda del alegre señor Osnard, encendió la barbacoa.

¿Quién es este lustroso joven, tan joven, tan apuesto en su fealdad, tan sensual, tan divertido, tan amable…? ¿Qué relación mantiene este sensual joven con mi marido, y mi marido con él? ¿Por qué este sensual joven se ha convertido en una nueva vida para nosotros, pese a que Harry, después de habérnoslo impuesto, parece ahora arrepentirse? ¿Por qué sabe tanto de nosotros, está tan a gusto con nosotros, tan en familia, y por qué habla con tal conocimiento de causa sobre la sastrería, Marta, Abraxas, Delgado y toda la gente que forma parte de nuestras vidas, en virtud simplemente de la amistad que unió a su padre y el señor Braithwaite?
¿Por qué me cae mejor a mí que a Harry? Es amigo de Harry, no mío. ¿Por qué mis ojos no se separan de él mientras que Harry lo mira con expresión ceñuda, le vuelve la espalda y se niega a reír sus continuos chistes?
Primero pensó que quizá Harry tenía celos, y la idea la complació. Pero la otra explicación que se le ocurrió se transformó de inmediato en una pesadilla y en un vergonzoso y horrendo motivo de júbilo: ¡Santo cielo, Dios bendito, Harry quiere que me enamore del señor Osnard para que estemos en igualdad de condiciones!

Pendel y Hannah asan unas costillas. Mark prepara las cañas de pescar. Louisa reparte cervezas y zumo de manzana y contempla cómo se aleja su infancia entre las boyas. El señor Osnard le pregunta por los estudiantes panameños —¿conoce alguno?, ¿hay sectores militantes?— y por la gente que vive al otro lado del puente.
–Bueno, en esa dirección tenemos el arrozal –contesta Louisa haciendo acopio de todo su encanto–. Pero no creo que conozcamos allí a nadie.
Harry y Mark anclan el bote a cierta distancia de la orilla y se sientan espalda contra espalda. Los peces, citando al señor Osnard, se ofrecen en un espíritu de voluntaria eutanasia. Hannah yace boca abajo en la pérgola de

Todo Tiempo y pasa con afectación las hojas del carísimo libro sobre caballos que el señor Osnard le ha regalado por su cumpleaños. Y Louisa, bajo la influencia de la suave persuasión del señor Osnard y un secreto trago de vodka, le obsequia con la historia de su vida hasta la fecha valiéndose del insinuante lenguaje de Emily, la hermana puta, cuando representaba la escena de Escarlata O'Hara antes de caerse de espaldas.
–Mi problema... y tengo que decirlo: ¿De verdad no te importa que te tutee, Andy? Por cierto, llámame Lou. Aunque lo quería de muy diversas maneras, mi problema... y gracias a Dios yo sólo tengo eso, porque casi todas las chicas que conozco en Panamá tienen un problema para cada día de la semana... mi problema no puede ser otro que mi padre.

10

Louisa instruyó a su marido para su peregrinación a la casa del general del mismo modo que aleccionaba a los niños para las clases de catequesis, pero aún con mayor entusiasmo. Un ligero rubor le coloreaba atractivamente las mejillas. Hablaba con gran animación. Pero buena parte de su entusiasmo se lo debía a la botella.
–Harry, tenemos que lavar el todoterreno. Estás a punto de vestir a un héroe moderno. Para su rango y edad, el general ha recibido más condecoraciones que ningún otro general del ejército de Estados Unidos. Mark, tú lleva los cubos de agua caliente. Hannah, tú ocúpate por favor de la esponja y el detergente, y ya está bien de renegar.
Pendel podría haber llevado el todoterreno al túnel de lavado del garaje, pero para el general Louisa exigía no sólo limpieza sino sobre todo devoción. Nunca se había sentido tan orgullosa de su nacionalidad. Lo repitió docenas de veces. Estaba tan emocionada que tropezó y casi cayó. Cuando acabaron de lavar el todoterreno, examinó la corbata de Pendel tal como la tía Ruth examinaba las corbatas del tío Benny: primero de cerca, luego a cierta distancia, como si se tratase de un cuadro. Y no quedó satisfecha hasta que lo obligó a cambiársela por otra más discreta. El aliento le olía intensamente a dentífrico. Pendel no entendía por qué desde hacía un tiempo se lavaba tanto los dientes.
–Harry, que yo sepa no vas como tercera parte implicada a un juicio de divorcio por adulterio. Por tanto no resulta apropiado que ése sea tu aspecto para presentarte ante el general estadounidense al frente del Mando Sur. –A continuación, recurriendo a la más genuina voz de secretaria de Ernesto Delgado, telefoneó al peluquero y le pidió hora a las diez en punto–. Ni ondas ni patillas, José. Hoy el señor Pendel querrá el cabello muy corto y bien peinado. Lo espera el general estadounidense del Mando Sur. –Después indicó a Pendel cómo debía comportarse–: Nada de chistes, Harry. Te dirigirás al general con sumo respeto. –Le arregló cariñosamente los hombros de la chaqueta pese a que no había nada que arreglar–. Dale saludos de mi parte y, sobre todo, no te olvides de decirle que todos los Pendel, y no sólo la hija de Milton Jenning, esperan con ilusión la barbacoa y los fuegos artificiales del día de Acción de Gracias para las familias norteamericanas, como todos los años. Y antes de salir de la sastrería vuelve a lustrarte los zapatos. Hasta la fecha no ha nacido un solo militar que no

Librodot

juzgue a un hombre por sus zapatos, y el general del Mando Sur no es una excepción. Conduce con prudencia, Harry. Lo digo en serio.
Sus rigurosas advertencias no eran necesarias. Mientras ascendía por la zigzagueante y selvática carretera de cerro Ancón, Pendel respetó con su acostumbrado celo las limitaciones de velocidad. En el puesto de control del ejército estadounidense, se irguió y mostró al centinela una vigorosa sonrisa, pues en ese punto él mismo se hallaba a mitad de camino de convertirse en militar. Al pasar frente a las inmaculadas villas blancas, observó cómo aumentaba el rango de los ocupantes, estampado en la entrada de cada una de ellas, e indirectamente experimentó en sus propias carnes un continuo ascenso en su viaje al cielo. Y cuando subía por la noble escalinata de Quarry Heights número 1, adoptó, pese a la maleta, el peculiar paso marcial de los soldados norteamericanos, que mantiene el solemne porte de la mitad superior del cuerpo mientras la cadera y las rodillas realizan sus funciones independientes.
Pero en cuanto Harry Pendel cruzó el umbral de la puerta se sintió, como siempre que visitaba aquella casa, arrebatadamente enamorado.
Aquello no era poder. Era el premio del poder: el palacio de un procónsul en lo alto de un monte extranjero conquistado, bajo la organización de corteses guardias romanos.
–Señor. El general lo recibirá ahora mismo, señor –informó el sargento, apoderándose de su maleta con un único movimiento bien ensayado.
En las paredes del resplandeciente vestíbulo blanco colgaban placas de bronce con los nombres de todos los generales que habían servido allí. Pendel los saludó como a viejos amigos si bien echó un nervioso vistazo alrededor en busca de indeseadas señales de cambio. No había nada que temer. La terraza había sido acristalada con dudoso gusto, se oía el zumbido de invisibles aparatos de aire acondicionado. Adornaban los suelos quizá demasiadas alfombras. En una etapa anterior de su carrera el general había tenido Oriente bajo su yugo. Por lo demás la casa continuaba poco más o menos como la encontró Teddy Roosevelt al visitar Panamá para inspeccionar los progresos del vuelo lunar de su tiempo. Ingrávido, consciente de su propia insignificancia, Pendel siguió al sargento a través de una serie de cámaras, bibliotecas y salones comunicados. Cada ventana mostraba a Pendel un nuevo mundo: ahora el Canal, repleto de barcos, serpenteando majestuosamente por la cuenca fluvial; ahora las sucesivas hileras de colinas boscosas de color malva envueltas en bruma; ahora los arcos del puente de las Américas, semejantes a los anillos de un colosal monstruo marino que surcase la bahía, y a lo lejos las tres islas cónicas suspendidas en el cielo.
¡Y las aves! ¡Los animales! Sólo en aquel cerro –como había leído Pendel en uno de los libros del padre de Louisa– habitaban más especies que en toda Europa. En las ramas de un enorme roble, varias iguanas adultas meditaban y se calentaban bajo el sol de media mañana. En otro, una colonia de titís marrones y blancos se precipitaba hasta el suelo por una barra para recoger trozos de mango que la alegre esposa del general había dejado al pie del árbol; después volvían a trepar por la barra, una mano tras otra, atropellándose mutuamente por simple diversión mientras se dispersaban buscando la seguridad de las ramas. Y en el perfecto césped ñeques de color marrón como hámsters gigantes corrían de acá para allá.
Era otra de las casas donde Pendel siempre había deseado vivir.

El sargento ascendía por la escalera con la maleta de Pendel a babor. Pendel lo seguía. Antiguos grabados de guerreros de uniforme blandían sus bigotes junto a él. Carteles de reclutamiento reclamaban su participación en guerras olvidadas. En el gabinete del general destacaba un escritorio de teca tan abrillantado que Pendel habría jurado que podía verse a través. Pero Pendel alcanzaba el punto máximo de levitación ante la visión del vestidor. Noventa años atrás los más lúcidos cerebros norteamericanos en las áreas arquitectónica y militar aunaron sus fuerzas para crear el primer santuario de la elegancia panameño. Por aquel entonces los trópicos no eran benévolos con la indumentaria de los caballeros. Los trajes mejor cortados podían enmohecerse en una noche. Confinarlos en espacios reducidos empeoraba los efectos de la humedad. Por consiguiente los inventores del vestidor del general habían diseñado, en lugar de armarios, una alta y ventilada capilla con ventanas ingeniosamente dispuestas cerca del techo para capturar hasta el menor soplo de brisa. Y dentro habían ejercido su magia en forma de una gran barra de caoba suspendida de poleas para elevarla hasta lo alto y bajarla al nivel del suelo. Bastaba con el más ligero tirón de una mano femenina para desplazarla. Y de la barra habían colgado los muchos trajes, chaqués, esmóquines, fracs y uniformes de gala del primer general al mando de Quarry Heights, de modo que pendían libremente y rotaban, aireados por los céfiros que penetraban por las ventanas. Pendel dudaba que en el mundo entero existiese un tributo a su oficio más entusiasta que aquél.

– !Y además lo conservan, general! !Lo utilizan! –exclamó Pendel con vehemencia–Actitud que, sin ánimo de ofender, no se corresponde con la que normalmente los británicos atribuimos a nuestros respetados amigos norteamericanos.

– Bueno, Harry, nadie es lo que aparenta, ¿no crees? –dijo el general con inocente satisfacción mientras se examinaba en el espejo.

–No, señor, nadie. Y es imposible adivinar, supongo, qué será de todo esto cuando caiga en manos de nuestros corteses anfitriones panameños –añadió arteramente en su papel de puesto de escucha–. Anarquía y cosas peores, si uno hace caso de lo que opinan algunos de mis clientes con mayor propensión al sensacionalismo.

El general era joven de espíritu y le gustaba hablar con franqueza.

– Harry, esto es un continuo vaivén. Ayer nos querían fuera porque éramos unos bárbaros colonialistas y no les dejábamos respirar. Hoy no quieren que nos marchemos porque somos la principal fuente de trabajo del país, y porque si el Tío Sam se va, sufrirán una crisis de confianza en el mercado monetario internacional. Tan pronto hacemos las maletas como las deshacemos. Me cae estupendamente, Harry. ¿Cómo está Louisa?

–Gracias, general. Louisa está de maravilla, y estará aún mejor cuando se entere de que se ha interesado usted por ella.

– Milton Jenning era un excelente ingeniero y un americano honrado. Su muerte fue una lamentable pérdida para todos.

Se probaba un traje de alpaca en color gris oscuro con chaleco y chaqueta de una sola hilera de botones cuyo precio ascendía a quinientos dólares, que era lo que Pendel le había cobrado a su primer general hacía ya nueve años. Dio un tirón en la cintura. El general, sin un ápice de grasa, poseía la figura de un dios atlético.

– Me temo que después de usted vivirá aquí un caballero japonés –se lamentó el puesto de escucha, doblando el brazo del general por el codo mientras ambos miraban al espejo–. Junto con toda su familia, apéndices y cocinero, seguramente. Da la impresión de que algunos de ellos no han oído siquiera hablar de Pearl Harbor. La verdad, general, no se ofenda, pero me resulta deprimente ver cómo ha cambiado el viejo orden.
La respuesta del general, si es que llegó siquiera a pensarla, quedó ahogada por la alborozada intervención de su esposa. –Harry Pendel, deja a mi marido en paz en este mismo instante -protestó en broma, surgiendo de la nada con un enorme jarrón lleno de azucenas entre los brazos-. Es todo mío, y no alteres una sola puntada de ese traje. En mi vida he visto una cosa más excitante. Pienso fugarme otra vez con él ahora mismo. ¿Cómo está Louisa?

Se reunieron en un modesto restaurante iluminado con luces de neón que abría las veinticuatro horas y se encontraba junto a la ruinosa terminal del ferrocarril oceánico, actualmente convertida en punto de embarque para recorridos turísticos por el Canal. Osnard estaba sentado desgarbadamente en una mesa de un rincón y llevaba en la cabeza un panamá. Junto al codo tenía una copa vacía. Desde su último encuentro, hacía una semana, había engordado y parecía más viejo.
-¿Té o una de éstas?
- Tomaré un té, Andy, si no te importa.
- Té -ordenó Osnard a la camarera sin la menor delicadeza, rastrillándose el cabello con una mano-. Y otra de lo mismo.
- Has tenido una noche ajetreada, por lo que veo, Andy.
- Una noche de servicio.
Por la ventana se veía la caduca maquinaria de la época heroica de Panamá. Viejos vagones de pasajeros con la tapicería de los asientos hecha jirones por la acción de las ratas y los vagabundos, y las lamparillas metálicas de las mesas intactas. Herrumbrosas locomotoras de vapor, plataformas giratorias, ténderes en estado de total abandono como los juguetes de un niño malcriado. En la acera, turistas con mochilas a la espalda se apretujaban bajo los toldos, se sacudían a los mendigos, contaban dólares empapados de agua, intentaban descifrar los carteles en español. Había llovido durante la mayor parte de la mañana. Seguía lloviendo. El restaurante olía a gasolina caliente. Las sirenas de los barcos ululaban por encima del bullicio.
-Nos hemos encontrado casualmente -dijo Osnard a la vez que reprimía un eructo-. Tú habías salido de compras; yo había venido a consultar los horarios de las excursiones.
-¿Y qué estaba comprando yo? -preguntó Pendel, perplejo.
- ¿Y a mí qué coño me importa? Osnard echó un trago de coñac; Pendel tomó un sorbo de té.

Pendel iba al volante. Habían optado por el todoterreno, ya que el coche de Osnard, provisto de distintivos del cuerpo diplomático, llamaba mucho más la atención. Pequeñas capillas erigidas junto a la carretera en los lugares donde habían muerto espías y otros automovilistas. Caballos abrumados por su excesiva carga guiados por pacientes familias indias con fardos en equilibrio sobre las cabezas. Una vaca muerta en un cruce. Un enjambre de buitres negros disputándose los mejores pedazos. Un pinchazo en una rueda

trasera anunciado por una ensordecedora salva de cañonazos. Pendel cambió el neumático mientras Osnard, acuclillado en el arcén con su panamá, observaba hoscamente. Un restaurante de carretera fuera de la ciudad, mesas de madera maciza bajo toldos de plástico, pollo asado en una barbacoa. Dejó de llover. El violento resplandor del sol bañó el césped de color esmeralda. Unos cuantos papagayos se desgañitaban en una pajarera acampanada. Pendel y Osnard se hallaban solos salvo por dos hombres corpulentos con camisas azules sentados a una mesa en el otro extremo de la plataforma de madera.

- ¿Los conoces? -preguntó Osnard.
- No, Andy, me complace decir.

Y dos vasos de vino blanco de la casa para acompañar el pollo: un momento, que sea una botella, y después lárgate y no molestes más.

-Nerviosos, se los nota -comenzó Pendel.

Osnard había apoyado la cabeza entre los dedos extendidos de una mano y tomaba nota con la otra.

- Alrededor del general había continuamente media docena de militares, así que no he podido quedarme a solas con él. Uno, un coronel de considerable estatura, se lo llevaba aparte una y otra vez. Le entregaba documentos para firmar y le susurraba cosas al oído.

—¿Has visto qué firmaba? —preguntó Osnard, y movió ligeramente la cabeza para aliviar la jaqueca.

--Mientras le probaba el traje, imposible, Andy.

—¿Has cazado algún susurro?

—No, y dudo que tú hubieses cazado nada, estando allí de rodillas. —Bebió un sorbo de vino—. «General», he dicho, «si no es buen momento o estoy oyendo lo que no debo, sólo tiene que decírmelo. No lo tomaré a mal, y ya volveré otro día». Se ha negado. «Harry, haz el favor de quedarte y seguir con lo tuyo. Eres una balsa de cordura en un mar tempestuoso.» Y yo he dicho: «Está bien, me quedaré.» Entonces ha entrado su esposa, y no han cruzado palabra. Pero hay miradas que expresan más que mil palabras, Andy, como ha sido el caso. Lo que yo llamo una mirada elocuente entre dos personas que se conocen bien.

Osnard no escribía a gran velocidad.

— «El general al frente del Mando Sur cruza una mirada elocuente con su esposa.» Esto pondrá a Londres en alerta roja --comentó con sarcasmo—. ¿Se ha quejado el general en algún momento del Departamento de Estado?

—No, Andy.

— ¿Ha dicho que eran una pandilla de maricones amanerados y demasiado leídos? ¿Ha despotricado contra los acartonados universitarios de la CIA, recién salidos de Yale?

Pendel, juiciosamente, se tomó un instante para repasar sus recuerdos.

—Algo de eso había, Andy. FIotaba en el ambiente, por así decirlo.

Osnard escribió con un poco más de entusiasmo.

—¿Se ha lamentado de la pérdida de poder de Estados Unidos? ¿Ha especulado sobre los futuros dueños del Canal?

— Se percibía tensión, Andy. Se ha hablado de los estudiantes, y no precisamente con lo que yo llamo respeto.

—Sólo sus palabras, si no te importa. Tú pon palabras, y ya las adornaré yo.

Pendel, obediente, puso las palabras:

— «Harry», me ha dicho, en voz muy baja porque estaba justo frente a él, comprobando la caída del cuello, «si quieres un consejo, vende tu sastrería y tu casa y llévate a tu familia de este agujero ahora que aún estás a tiempo. Milton Jenning era un gran ingeniero. Su hija se merece algo mejor». Me he quedado de una pieza. No he contestado. Estaba demasiado afectado. Me ha preguntado cuántos años tenían nuestros hijos, y ha mostrado un gran alivio al saber que no están en edad universitaria, porque no le habría gustado concebir siquiera que los nietos de Milton Jenning pudiesen andar por las calles con esa panda de maleantes comunistas de pelo largo.
— Un momento.
Pendel aguardó.
—Muy bien. Más.
— Después me ha dicho que cuide de Louisa, y que sólo una digna hija de su padre tendría la paciencia que ella tiene para aguantar a ese cabrón de Ernesto Delgado de la Comisión del Canal, ese impostor que ojalá se pudra en el infierno. Y el general no es hombre que use esa clase de vocabulario, Andy. No salía de mi asombro. Te aseguro que no es normal.
— Delgado ¿un cabrón?
— Como lo oyes, Andy —confirmó Pendel, recordando la actitud esquiva de Ernesto en la cena, y varios años de tener que digerirlo como un moderno Braithwaite.
— ¿Y en qué demonios consiste su impostura?
— El general no ha sido más explícito, Andy, y yo no soy quién para preguntarlo.
— ¿Ha dicho algo sobre la permanencia o el desmantelamiento de las bases americanas?
— No exactamente, Andy.
—¿Y eso qué demonios quiere decir?
— He oído chistes. Humor negro. Comentarios al efecto de que los váteres no tardarán en rebosar.
—¿Y sobre la seguridad de la navegación? ¿Algún grupo terrorista árabe que haya amenazado con paralizar el Canal? ¿La importancia de que los yanquis se queden para proseguir la guerra contra la droga, controlar el tráfico de armas, mantener la paz en la zona?
Pendel negó modestamente con la cabeza ante cada una de estas posibilidades.
— Andy, Andy, soy un simple sastre, ¿recuerdas?
Y dirigió una virtuosa sonrisa a una bandada de águilas pescadoras que giraban en el cielo azul.
Osnard pidió dos copas de combustible para avión. Bajo la influencia del alcohol, su interpretación cobró vida y chispas de luz destellaron de nuevo en sus ojos pequeños y negros.
—Muy bien. Hablemos ahora de la campaña de captación. ¿Qué ha dicho Mickie? ¿Quiere jugar o no?

Pero Pendel no estaba dispuesto a dejarse apremiar. Al menos respecto a Mickie. Contaría la historia sobre su amigo a su debido tiempo. Maldecía su propia afluencia y lamentaba profundamente que Mickie apareciese en el club Unión aquella noche.

— Puede que le interese jugar, Andy. Pero pondrá condiciones. De momento tiene que pensarlo.
Osnard volvía a tomar nota. Goteaba sudor en el mantel de plástico.
— ¿Dónde te reuniste con él?
—En el Caesar's Park, Andy. En el pasaje largo y ancho que hay a la salida del casino. Es donde se relaciona con la gente cuando no ha de mantener el anonimato.
La verdad había asomado por un instante su peligrosa cabeza. El día anterior Mickie y Pendel habían estado sentados justo donde acababa de describir, y Mickie había colmado de improperios y afectuosos halagos a su esposa y había llorado por el dolor de sus hijos. Y Pendel, su leal compañero de celda, se había compadecido de él, procurando no decir nada que exacerbase sus pasiones.
—¿Dejaste caer el cuento del excéntrico filántropo? —preguntó Osnard.
—Sí, Andy, y tomó buena nota.
— Le atribuiste una nacionalidad.
— Eludí la cuestión, Andy, como tú me aconsejaste. «El amigo del que te hablo es occidental, con firmes principios democráticos, pero no norteamericano», dije. «De momento no puedo ser más explícito.» «Harry, muchacho», me respondió él (siempre me llama así, Harry, muchacho), «si es inglés, ya tengo media decisión tomada. Recordarás que estudié en Oxford y fui presidente de la Casa de la Cultura anglopanameña». Y yo le dije: «Mickie, confía en mí, no puedo entrar en detalles. Mi excéntrico amigo cuenta con cierta suma de dinero, y pondría esa suma a tu disposición siempre y cuando tuviese la certeza de que defiendes una causa justa, y no hablo de calderilla. Si alguien se propone vender Panamá», dije, «si otra vez vamos a tener botas y saludos nazis en las calles, y va a ponerse en peligro el camino hacia la democracia de una noble y joven nación, en tal caso mi excéntrico amigo está dispuesto a ayudar con sus millones».
— ¿Cómo se lo tomó?
— «Harry, muchacho», me dijo, «te seré sincero. En este momento es el dinero lo que me tienta, porque me he quedado sin blanca. No son los casinos la causa de mi ruina, ni las donaciones a mis queridos estudiantes o a quienes viven al otro lado del puente. La causa son mis fuentes de información, los sobornos que tengo que pagarles; por ahí se me va el dinero. Y no sólo en Panamá, sino también en Kuala Lumpur, Taipei, Tokio y no sé cuántos sitios más. Estoy a cero, y ésa es la cruda verdad».
— ¿A quién tiene que sobornar? ¿Qué demonios compra? No entiendo.
— No me lo dijo, Andy, y yo no le pregunté. Se fue por la tangente, como es propio de él. Empezó a hablar por los codos de los oportunistas extranjeros que esperan en la puerta trasera y de los políticos que se llenan los bolsillos con el patrimonio del pueblo panameño.
— ¿Y Rafi Domingo? —preguntó Osnard con el tardío enojo de quien ofrece dinero y luego averigua que la oferta ha sido aceptada—. Pensaba que Domingo los apoyaba económicamente.

—Ya no, Andy.
—¿Cómo es eso?
De nuevo la verdad acudió cautamente en ayuda de Pendel.
— Hace apenas unos días el señor Domingo dejó de ser lo que podríamos llamar un invitado bien recibído en la mesa de Mickie.

Librodot

Lo que era evidente para todos por fin lo es también para él.
—¿Quieres decir que ha descubierto lo de Rafi y su mujer?
— Así es, Andy.
Osnard asimiló la noticia.
— Estos gilipollas me superan —protestó—. Complots aquí, complots allá, que si la gran capitulación, golpes de Estado a la vuelta de la esquina, oposiciones silenciosas, estudiantes movilizados. Pero, por Dios, ¿a qué se oponen? ¿Para qué? ¿Por qué no actúan abiertamente?
—Eso mismo le dije yo, Andy: «Mickie, mi amigo no va a invertir en un enigma. Pues mientras exista ahí fuera un gran secreto que tú conoces y mi amigo no, su dinero seguirá en su bolsillo.» Me he mostrado firme, Andy. Con Mickie es necesario. El tiene mano de hierro. «Tú nos informas de vuestra trama, Mickie», dije, «y nosotros realizamos nuestro acto filantrópico». Esas han sido mis palabras —concluyó mientras Osnard resoplaba y escribía, y las gotas de sudor caían sobre el mantel.
— ¿Cómo se lo tomó?
— Se aplanó, Andy.
—¿Cómo?
— Pasó a ser una sombra, nadie. Tuve que obligarlo a hablar como un interrogador. «Harry, muchacho», respondió por fin, «somos hombres de honor, los dos, tú y yo, así que tampoco me andaré con medias palabras». Se había enardecido. «Si me preguntas cuándo, te contestaré nunca. Nunca nunca.» —La vehemencia con que Pendel relataba la historia no dejaba dudas acerca de su veracidad. Uno sabía de inmediato que había estado allí, que había percibido la pasión de Abraxas—. «Porque nunca divulgaré el menor detalle de cuanto me comuniquen mis fuentes secretas hasta que tenga el visto bueno de todos y cada uno de los implicados.» —Su voz, ahora un susurro, adoptó el tono de una promesa solemne—. «Llegado ese momento le facilitaré a tu amigo el plan de combate de mi movimiento, más una declaración de objetivos e ideales, más un manifiesto de intenciones para cuando, si es que eso ocurre, ganemos el primer premio en la lotería de la vida, más los necesarios datos y cifras que revelan las secretas maquinaciones de este gobierno, en mi opinión diabólicas, todo ello sujeto de antemano a las más sólidas garantías.»
—¿Como cuáles?
— «Como tratar los asuntos de mi organización con seriedad y respeto, como comunicar anticipadamente todos los detalles a través de Harry Pendel, por más que eso ponga en peligro mi seguridad y la seguridad de quienes dependen de mí sin excepción.» Punto.
Se produjo un silencio. En los ojos de Osnard apareció la mirada fija y oscura, Y una expresión ceñuda y confusa asomó al rostro de Harry Pendel mientras luchaba por proteger a Marta de las consecuencias de su mal calculado regalo de amor.

Osnard habló primero.
— Harry, amigo mío.
—Dime, Andy.
— ¿Por casualidad me ocultas algo?
— Te lo he contado tal como sucedió, con las palabras textuales de Mickie y mías.

— Esto es el premio gordo, Harry.
—Gracias, Andy, soy consciente de ello.
— Esto es el no va más, para lo que tú y yo estamos en este mundo. Esto colma los mayores sueños de Londres: un movimiento radical de clases medias en favor de la libertad, ya formado y en marcha, dispuesto a luchar por la democracia en cuanto estalle la situación.
—Andy, en realidad no sé adónde va a llevarnos todo esto.
— Harry, no es momento de que andes chapoteando en tu propio Canal. ¿Entiendes lo que quiero decir?
—Creo que no, Andy.
Juntos, saldremos airosos. Separados, estamos jodidos. Tú pones a Mickie; yo pongo a Londres. Así de sencillo.
A Pendel se le ocurrió una idea. Una excelente idea.
– Planteó una condición más, Andy, que debería mencionarte.
– ¿De qué se trata?
– Me pareció tan ridículo, la verdad, que ni siquiera pensaba informarte. «Mickie», le dije, «eso no es manera de empezar una relación. Se te ha ido la mano. Dudo que vuelvas a tener noticias de mi amigo durante una temporada».
– Sigue –apremió Osnard.
Pendel reía, pero sólo en sus adentros. Había visto una escapatoria, una puerta hacia la libertad de dos metros de anchura. La afluencia bullía en todo su cuerpo; sentía su cosquilleo en los hombros, sus latidos en las sienes, y su música en los oídos. Tomó aire e inició otro párrafo:
– «Es respecto a la forma de pago del dinero que tu millonario loco se propone entregar a mi Oposición Silenciosa a fin de que sea un instrumento útil de la democracia en una pequeña nación al borde de la autodeterminación y todo lo que eso supone.»
–¿Y?
– Los pagos deben realizarse en efectivo. Dinero contante y sonante u oro –explicó Pendel excusándose–. Nada de tarjetas de crédito, cheques o transferencias bancarias, por razones de seguridad. Para uso exclusivo de su movimiento, lo cual incluye a estudiantes y pescadores, todo limpio y claro, con recibos y toda la parafernalia –concluyó, con un triunfal homenaje a su tío Benny.
Pero Osnard no reaccionó como Pendel preveía. Al contrario, sus carnosas facciones parecieron iluminarse mientras escuchaba a Pendel.
– Comprendo sus razones –declaró con calma después de reflexionar sobre aquella interesante propuesta con todo el detenimiento que merecía–. Y Londres las comprenderá también. Ya los tantearé, veré hasta dónde estarían dispuestos a llegar. En su mayoría son gente razonable. Sagaz. Flexible cuando es necesario. No puede pagarse con cheques a los pescadores. Sería absurdo. ¿Alguna otra cosa?
– Creo que eso ha sido todo, Andy, gracias –contestó Pendel con remilgamiento, disimulando su perplejidad.

Marta estaba ante el hornillo preparando un café griego porque sabía que a Pendel le gustaba. Pendel, tendido en la cama, estudiaba un complejo gráfico con líneas, círculos y letras mayúsculas seguidas de cifras.

Librodot

–Es un plan de combate –explicó Marta–. Tal como lo elaborábamos cuando éramos estudiantes. Nombres en clave, células, canales de comunicación, y un grupo especial de enlace con los sindicatos.
– ¿Dónde está situado Mickie?
– En ninguna parte. Mickie es amigo nuestro. No sería correcto.
El café subió y volvió a bajar. Llenó dos tazas.
– Ha telefoneado el Oso.
–¿Qué quería?
– Está pensando en escribir un artículo sobre ti.
– Todo un detalle por su parte.
– Quería saber cuánto te cuesta mantener la nueva sala de reuniones.
– ¿Qué interés puede tener en eso?
– El también es mala persona.
Marta cogió el plan de combate, le entregó el café y se sentó junto a él en la cama.
– Y Mickie quiere otro traje. Uno de alpaca en pata de gallo como el de Rafi. Le he dicho que primero debía pagar el anterior. ¿He hecho bien?
Pendel tomó un sorbo de café. Tenía miedo y no sabía de qué.
– Concédeselo si le hace feliz –contestó eludiendo su mirada–. Se lo ha ganado.

11

Todo el mundo estaba contento con el joven Andy. Incluso el embajador Maltby, si bien se lo consideraba incapaz de la satisfacción tal como otros la entendían, había comentado que un joven que jugaba al golf como él y mantenía la boca cerrada entre golpes no podía ser tan malo. Nigel Stormont dejó de lado sus recelos en cuestión de días. Osnard no representaba una amenaza a su posición como ministro consejero, demostraba la debida deferencia a las susceptibilidades de sus colegas, y resplandecía, aunque con moderado brillo, en las cenas y cócteles.
—¿Tienes alguna sugerencia sobre cómo debo explicar tu función a la gente de esta ciudad? —preguntó Stormont a Osnard, sin demasiada delicadeza, en su primer encuentro. Y añadió—: Por no hablar ya del personal de la embajada.
—¿Y si me presentas como observador del Canal? —propuso Osnard—. De las rutas comerciales británicas en la era poscolonial. En cierto modo, es mi verdadero trabajo. Al fin y al cabo, todo se reduce a emplear unos métodos u otros en las observaciones.
Stormont no pudo objetar nada a su propuesta. Todas las embajadas importantes de Panamá tenían un experto en asuntos del Canal, salvo la británica. Pero ¿conocía Osnard la materia?
—¿Qué es lo esencial respecto de las bases norteamericanas? —inquirió Stormont con la intención de poner a prueba la aptitud de Osnard para el nuevo puesto.
—No entiendo la pregunta.
—¿Se quedará o no el ejército de Estados Unidos?

Librodot

—Todavía no está claro. Muchos panameños desean la permanencia de las bases como aval para los inversores extranjeros. Lo consideran una solución a corto plazo, una transición.
— ¿Y los otros?
— No quieren verlo aquí ni un día más. Han padecido a los americanos como potencia colonial desde 1904; son la deshonra de la región; que se larguen de una vez. Los marines partieron de aquí en sus campañas contra México y Nicaragua de los años veinte, reprimieron los disturbios panameños en el año veinticinco. Los militares americanos están aquí desde que se construyó el Canal. Nadie se siente cómodo con su presencia a excepción de los banqueros. En el presente Estados Unidos utiliza Panamá como base en la lucha contra los señores de la droga de los Andes y Centroamérica, y prepara milicias latinoamericanas para la acción cívica contra enemigos aún por determinar. Las bases estadounidenses dan trabajo a cuatro mil panameños, y otros once mil viven indirectamente de ellas. En la actualidad el contingente de tropas norteamericanas asciende oficialmente a siete mil hombres, pero mantienen oculto mucho más que eso, muchas montañas huecas llenas de juguetes y refugios subterráneos. La presencia militar norteamericana representa un cuatro coma cinco por ciento del producto nacional bruto, pero eso no es nada si consideramos los movimientos de dinero invisibles de Panamá.
— ¿Y los tratados? —dijo Stormont, secretamente impresionado.
—El tratado de 1904 cedió la Zona del Canal a los yanquis a perpetuidad; según los tratados Torrijos-Carter del setenta y siete, el Canal y toda su infraestructura debe revertirse a los panameños a finales de siglo, sin coste alguno. Los sectores derechistas de Estados Unidos siguen viéndolo como una capitulación. El protocolo prevé la continuidad del ejército norteamericano si ambas partes están de acuerdo. La cuestión de quién paga cuánto, por qué y cuándo todavía no se ha discutido. ¿Apruebo?
Aprobaba. Osnard, el observador oficial del Canal ya instalado en su apartamento, ofreció sus fiestas de recepción, estrechó manos y en unas semanas se había convertido en un agradable personaje secundario del panorama diplomático panameño. Poco tiempo después era ya uno de los protagonistas. Si jugaba al golf con el embajador, jugaba también al tenis con Simon Pitt, asistía a alegres fiestas playeras con el personal de menor edad, y se sumaba a los periódicos y desenfrenados esfuerzos de la comunidad diplomática por reunir fondos de ayuda para los sectores más desfavorecidos de Panamá, de los cuales había afortunadamente una reserva inagotable. En la embajada estaba ensayándose una pantomima, y Osnard, por unánime acuerdo, fue designado el personaje principal.
— ¿Te importaría decirme una cosa? —preguntó Stormont cuando ya se conocían mejor—. ¿Qué es exactamente la Comisión de Planificación y Realización?
Osnard contestó con vaguedad. Con intencionada vaguedad, pensó Stormont.
— No estoy muy seguro, en realidad. Depende del Ministerio de Hacienda. Una mezcla de gente de distintos departamentos. Incluye miembros de diversas áreas de actividad. Un soplo de aire fresco para quitar las telarañas. Hay autónomos y funcionarios.
— ¿Con predominio de algún área en particular?

Librodot

—El Parlamento. La prensa. Gente de aquí y de allá. Según mi jefe, tiene bastante peso, pero no habla demasiado al respecto. La preside un tal Cavendish.
¿ Cavendish?
— Sí, y el nombre de pila es Geoff.
—¿Geoffrey Cavendish?
— Por lo que se ve, trabaja más o menos por cuenta propia. Mueve los hilos entre bastidores. Tiene una oficina en Arabia Saudí, casas en París y el West End, una finca en Escocia. Es miembro de Boodles.
Stormont miró a Osnard con manifiesta incredulidad. Cavendish, el traficante de influencias, pensaba. Cavendish, destacado elemento de los grupos de presión próximos a Defensa. Cavendish, el supuesto amigo de los estadistas. Y durante la breve temporada que Stormont trabajó en la sede del Foreign Office en Londres, ése era sólo el diez por ciento visible de Cavendish.
Bum-Bum Cavendish, traficante de armas. Geoff el Escurridizo. Cualquiera que entre en contacto con el susodicho comuníquelo inmediatamente al Departamento de Personal.
–¿Quién más hay metido?
– Un tal Tug no sé qué más.
–¿No será Kirby?
–Sólo Tug –respondió Osnard con una indiferencia que agradó a Stormont–. Oí el nombre por casualidad. Mi jefe había comido con Tug antes de la reunión. Pagó mi jefe. Parece que era la norma.
Stormont se mordió el labio y no preguntó más. Ya sabía más de lo que deseaba y probablemente más de lo que debía. Optó por abordar la delicada cuestión de los futuros frutos del trabajo de Osnard, que trataron en cónclave privado durante el almuerzo en un nuevo restaurante suizo que servía kirsch con el café. Osnard encontró el sitio; Osnard insistió en pagar la cuenta, cargándola a lo que él llamaba su fondo de reptiles, y comieron, a sugerencia de Osnard, cordon bleu y ñoquis, regado todo con vino tinto chileno antes del kirsch.
¿En qué punto vería la embajada el producto de Osnard?, preguntó Stormont. ¿Antes de enviarlo a Londres? ¿Después? ¿Nunca?
– Según instrucciones explícitas de mi jefe, no debo compartir la información con nadie en Panamá a menos que él dé su expreso consentimiento –respondió Osnard con la boca llena–. Le tienen miedo a Washington. Quieren ocuparse personalmente de la distribución.
– ¿A ti te resulta cómodo eso?
Osnard tomó un sorbo de vino y negó con la cabeza.
– Oponeos, es un consejo. Formad un grupo de trabajo interno en la embajada. Tú, el embajador, Fran y yo. Gully depende de Defensa, así que no es de la familia, y Pitt está a prueba. Se prepara una lista de adoctrinamiento, se incluye a quien convenga, y nos reunimos al acabar la jornada.
– ¿Accederá tu jefe, quienquiera que sea?
– Vosotros presionad, y yo haré también lo que pueda. Se llama Luxmore. En teoría es un secreto, pero lo sabe todo el mundo. Dile al embajador que dé un puñetazo en la mesa. «El Canal es una bomba de relojería. Se precisa una respuesta local inmediata.» Ese tipo de cosas. Cederá.

– El embajador no da puñetazos en las mesas –dijo Stormont.
Pero Maltby debió de dar un puñetazo en algún sitio, porque tras un tempestuoso intercambio de obstruccionistas telegramas por parte de sus respectivos servicios, por lo general descifrados a mano a altas horas de la noche, se consintió de mala gana que Osnard y Stormont formasen causa común. Se constituyó en la embajada un equipo de trabajo bajo la designación aparentemente inocua de Grupo de Estudio del Istmo. Llegaron de Washington tres taciturnos técnicos, quienes después de escuchar durante tres días a las paredes, las declararon sordas. Y a las siete de la tarde de un turbulento viernes los cuatro conspiradores se sentaron en torno a la mesa de reuniones de la embajada –hecha de teca procedente de las selvas tropicales– y bajo una lámpara suspendida del techo, gentileza del Ministerio de Obras Públicas, firmaron un documento donde admitían tener conocimiento de la información especial BUCHAN, suministrada por la fuente BUCHAN en una operación cuyo nombre en clave era BUCHAN. Aligeró la solemnidad del momento una imprevista ráfaga de buen humor de Maltby, atribuida posteriormente a la temporal ausencia de su esposa, de visita en Inglaterra.
– A partir de ahora el tema BUCHAN probablemente rodará a buen ritmo, embajador –declaró Osnard con desenfado mientras recogía las hojas firmadas como un crupier arrastrando las fichas con su raqueta–. Está entrando material continuamente. Puede que no baste con una reunión semanal.
–El tema BUCHAN ¿qué, Andrew? --dijo Maltby, dejando su pluma en la mesa con un sonoro chasquido.
–Rodará a buen ritmo.
– ¿Rodará?
– Sí embajador, eso he dicho. Rodará.
– Ya. Bien. Gracias. Pues si me haces el favor, Andrew, a partir de ahora consideraremos que el tema, por usar tu vocabulario, ha
rodado ya bastante. BUCHAN puede prevalecer. Puede perdurar. Puede persistir. Puede incluso, si es necesario, continuar o proseguir. Pero nunca, mientras yo sea embajador, rodará, si no te importa. Resultaría angustioso.
Tras lo cual, para asombro de todos, Maltby los invitó a tomar unos huevos con beicon y a nadar un rato en su residencia oficial, donde después de pronunciar un chistoso brindis por «los bucaneros» los guió al jardín para admirar a sus sapos, cuyos nombres entonó por encima del ensordecedor ruido del tráfico:
—¡Vamos, Hércules! ¡Salta, salta! No te quedes ahí mirándola boquiabierto, Galileo, ¿es que no has visto nunca una chica guapa?
Y mientras se bañaban placenteramente en la piscina a la luz del crepúsculo, Maltby los sorprendió de nuevo profiriendo un grito de júbilo en loa de Fran: «¡Dios, es preciosa!» Por último, para completar la velada, insistió en poner música de baile e hizo retirar las alfombras a sus criados. Stormont advirtió que Fran bailaba con todos a excepción de Osnard, quien por lo visto estaba más interesado en los libros del embajador, que inspeccionó con las manos a la espalda como un príncipe inglés pasando revista a una guardia de honor.
— A ti no te parece que Andy sea de la otra acera, ¿verdad? —le preguntó a Paddy esa noche mientras tomaban una copa antes de acostarse—. Nadie lo ha visto salir con chicas, y trata a Fran como si tuviese la peste.

Librodot

Stormont pensó que Paddy iba a toser otra vez pero ella se echó a reír.
— Cariño, por favor —murmuró Paddy, alzando la vista al cielo—. ¿Andy Osnard?
Opinión que Francesca Deane, si la hubiese oído, habría corroborado con gusto desde su posición yacente en la cama de Osnard, en su apartamento de Paitilla.

Cómo había llegado hasta allí era para ella un misterio, aunque a esas alturas era ya un misterio con diez semanas de antigüedad.
—Mira, chica, sólo hay dos maneras de resolver esta situación —había explicado Osnard con el aplomo que demostraba en todas las facetas de la vida ante unas generosas raciones de pollo asado y dos cervezas frías junto a la piscina de El Panamá—. Método A: Aguantar seis tensos meses y después echarnos el uno en brazos del otro en un pegajoso revoltijo. «Cariño, ¿por qué no lo hemos hecho antes, y bla, bla?» Y método B, mi preferido: darle gusto al cuerpo ya mismo, observar una total omertá, y ver cómo nos va. Si va bien, organizamos un baile. Si va mal, lo dejamos correr, y aquí no ha pasado nada. «Ya he estado allí, no me ha gustado, gracias por la información. Y la vida sigue. Basta.»'
—Perdona, pero existe también un método C.
— ¿Cuál es?
— La abstinencia, sin ir más lejos.
—O sea, que yo me haga un nudo y tú te metas a monja. —Osnard alzó una mullida mano y señaló la piscina, alrededor de la cual exuberantes muchachas de todo tipo coqueteaban con sus pretendientes al son de la música que interpretaba una banda—. Esto es una isla desierta. No hay un solo hombre blanco en un radio de miles de kilómetros. Estamos solos tú y yo, y nuestros deberes con la Madre Inglaterra, hasta que dentro de un mes llegue mi esposa.
Francesca, levantándose parcialmente, exclamó:
— ¡Tu esposa!
— No estoy casado. Nunca lo he estado y nunca lo estaré —dijo Osnard, poniéndose también en pie—. Y una vez eliminado ese obstáculo a nuestra felicidad, ¿qué sentido tiene negarse?
Bailaron con soltura mientras Francesca buscaba denodadamente una respuesta. Nunca habría imaginado que alguien con una complexión tan opulenta pudiese moverse con tal ligereza. 0 que unos ojos tan pequeños pudiesen poseer tal fuerza de persuasión. Para ser sincera consigo misma, nunca habría imaginado que pudiese sentirse atraída por un hombre que, por decirlo con delicadeza, no se parecía en nada a un dios griego.

—Y ni siquiera debe de habérsete pasado por la cabeza que yo pueda preferir a otro, ¿no? —preguntó.
— ¿En Panamá? Imposible, chica. Te he investigado. Por aquí, entre la población masculina, se te conoce como el iceberg inglés.
Bailaban muy juntos. Parecía lo lógico en aquellas circunstancias.
—¡Eso no es verdad!
— ¿Nos jugamos algo?
Se apretaron más aún.

Librodot

--¿Y en Inglaterra? —insistió ella—. ¿Cómo sabes que no tengo un alma gemela en Shropshire? ¿O en Londres, si a eso vamos?
Osnard le besaba la sien pero podría haber sido cualquier otra parte de su cuerpo. Mantenía la mano absolutamente inmóvil en la espalda desnuda de Francesca.
— Aquí de poco te serviría. A ocho mil kilómetros de distancia no cabe esperar grandes satisfacciones, diría yo. ¿No crees?
No era que Fran hubiese sucumbido a los argumentos de Osnard, se dijo mientras contemplaba su oronda y adormecida figura echada en la cama junto a ella. 0 a sus extraordinarias dotes de bailarín. 0 su habilidad para hacerla reír corno ningún otro hombre. Era sólo que no se veía capaz de oponerle resistencia un solo día más, y mucho menos durante tres largos años.
Francesca había llegado a Panamá hacía seis meses. En Londres pasaba los fines de semana con un agente de bolsa muy atractivo llamado Edgar. Cuando a ella le asignaron destino, ambos habían llegado al mutuo acuerdo de que aquella relación había cubierto ya todas sus etapas. Con Edgar todo se decidía de común acuerdo.

Pero ¿quién era Andy?
Firmemente convencida de la importancia de una documentación sólida, Fran nunca se había acostado con alguien cuyos antecedentes no hubiese investigado de antemano.
Sabía que había estudiado en Eton pero sólo porque Miles se lo había dicho. Osnard, que por lo visto aborrecía su antiguo colegio, sólo aludía a él como «el trullo» o «el cenagal», y por lo demás evitaba toda referencia a su educación. Su intelecto se basaba en un bagaje amplio pero arbitrario, como cabía esperar en alguien cuya trayectoria académica se había visto bruscamente truncada. En estado de ebriedad, le gustaba citar a Pastear: «La suerte favorece sólo a las mentes preparadas.»
Era rico, o si no, era un derrochador o un hombre en extremo generoso. En casi todos los bolsillos de sus carísimos trajes recién comprados en una sastrería local —Andy, cómo no, había buscado el mejor sastre de la ciudad nada más llegar— parecían rebosar los billetes de veinte y cincuenta dólares. Pero cuando Fran le comentó este detalle, él hizo un gesto de indiferencia y dijo que aquello formaba parte de su trabajo. Si la llevaba a cenar, o se iban en secreto a pasar un fin de semana en el campo, gastaba el dinero a manos llenas.
Había tenido un galgo y lo había hecho correr en la Ciudad Blanca hasta que —según sus propias palabras— unos cuantos muchachos de allí lo invitaron a llevarse su chucho a otra parte. Un ambicioso proyecto, la construcción de un circuito de karts en Omán, se frustró de manera semejante. También había supervisado un puesto de plata en el Shepherd Market. Pero ninguno de estos interludios debía de haber durado mucho tiempo, porque Andy contaba sólo veintisiete años.
En cuanto a sus padres, rehusaba hacer el menor comentario, afirmando que había heredado su irresistible encanto y su fortuna de una tía lejana. Nunca hablaba de sus anteriores conquistas, si bien Fran tenía motivos para pensar que habían sido muchas y muy variadas. Fiel a su promesa de omertá, Andy nunca se tomaba la menor confianza con Fran en público,

Librodot

hecho que a ella la excitaba: verse de pronto en la cima del éxtasis entre sus aptos brazos, y momentos después hallarse decorosamente sentada frente a él en una reunión de la embajada, comportándose corno si apenas lo conociese.
Y era un espía. Y su trabajo consistía en supervisar las actividades de otro espía llamado BUCHAN. U otros espías, ya que el producto de BUCHAN resultaba demasiado diverso y apasionante para abarcarlo una sola persona.

Y BUCHAN gozaba de la confianza del presidente y del general norteamericano al frente del Mando Sur. BUCHAN trataba con maleantes y mercachifles, como debía de haber tratado Andy cuando tenía el galgo, cuyo nombre, como le había revelado recientemente, era Castigo Divino. Fran le atribuyó importancia a este detalle: Andy actuaba conforme a una agenda.
Y BUCHAN mantenía contactos con un grupo de oposición clandestino y democrático que aguardaba a que los eternos fascistas de Panamá se despojasen de su disfraz. Sostenía conversaciones con militantes del movimiento estudiantil, pescadores y activistas sindicales. Conspiraba con ellos, en espera del día. Los llamaba la gente del otro lado del puente, apelativo que ella encontraba en extremo sugestivo. BUCHAN se relacionaba asimismo con Ernie Delgado, la eminencia gris del Canal. Y con Rafi Domingo, que blanqueaba dinero para los carteles. BUCHAN conocía a miembros de la Asamblea Legislativa, y no pocos. Conocía a abogados y banqueros. Por lo visto, no había en Panamá nadie digno de ser conocido que BUCHAN no conociese, y a Fran le parecía extraordinario, misterioso de hecho, que en tan corto plazo Andy hubiese conseguido adentrarse en el corazón mismo de un Panamá cuya existencia ella ignoraba. Pero al fin y al cabo también había penetrado en su corazón de la noche a la mañana.
Y BUCHAN había olfateado una gran conspiración, aunque nadie comprendía en qué consistía esa conspiración. Sí se sospechaba, no obstante, que franceses y posiblemente japoneses y chinos y los tigres del Sudeste asiático estaban o podían estar implicados, y quizá también los carteles de la droga de Centroamérica y Sudamérica. Y la conspiración incluía la venta del Canal por la puerta trasera, como decía Andy. Pero ¿cómo? ¿Y cómo era posible que Estados Unidos no estuviese al corriente? Al fin y al cabo, los norteamericanos habían controlado el país a todos los efectos durante la mayor parte del siglo, y disponían de los más avanzados sistemas de escucha y observación en el istmo y en toda Centroamérica.
Así y todo, por desconcertante que fuese, los norteamericanos no sabían nada de todo aquello, lo cual le añadía emoción. 0 si lo sabían, lo mantenían en secreto. O lo sabían, pero no se lo comunicaban entre ellos mismos, porque en esos tiempos cuando uno hablaba de política exterior norteamericana, debía precisar a cuál se refería, y a qué embajador: el de la embajada de Estados Unidos, o el que residía en el cerro Ancón, porque los militares norteamericanos aún no se habían hecho a la idea de que no volverían a romper cabezas en Panamá nunca más.
Y Londres se mostraba entusiasta, y recababa información circunstancial de las fuentes más insólitas, a veces de años atrás, llegando a sorprendentes deducciones relacionadas con qué ambiciones de poder mundial se impondrían a las ambiciones de todos los demás, porque, como BUCHAN decía, todos los buitres de la tierra se habían congregado sobre Panamá y el

juego consistía en adivinar quién iba a llevarse el premio. Y Londres exigía continuamente más y más, lo cual indignaba a Andy pues, según él, abusar de una red era como abusar de un galgo: al final las dos partes lo pagan, el perro y uno mismo. Pero aparte de eso no dijo a Fran nada más. Era el secreto en persona, actitud que ella admiraba.
Y todo eso en diez breves semanas, exactamente el mismo tiempo que duraba ya su relación amorosa. Andy era un mago: dotaba de vida y animación cosas que llevaban años dormidas con sólo tocarlas. También a Fran la tocaba de ese modo. Pero ¿quién era BUCHAN? Si Andy se definía en función de BUCHAN, ¿en función de quién se definía BUCHAN?

¿Por qué los amigos de BUCHAN le hablaban con tal franqueza? ¿Era BUCHAN un psiquiatra, un médico? ¿0 acaso una intrigante ramera que arrancaba secretos a sus amantes mediante técnicas eróticas? ¿Quién telefoneaba a Andy en llamadas de quince segundos, colgando antes casi de que pudiese contestar: «Ahí estaré»? ¿Sería BUCHAN en persona, o tal vez un intermediario, un estudiante, un pescador, un enlace especial de la red? ¿Adónde iba Andy cuando, como un hombre bato las órdenes de una voz sobrenatural, se levantaba en plena noche, se vestía de cualquier manera, cogía un fajo de billetes de la caja fuerte situada detrás de la cama y la dejaba allí tendida sin despedirse siquiera, para volver al alba, mohíno o eufórico, apestando a tabaco y perfume de mujer, y mudo todavía hacerle el amor interminable, prodigiosa incansablemente durante horas, años, su robusto cuerpo flotando ingrávido sobre el de ella, junto al de ella, un clímax tras otro, algo que hasta el momento a Fran sólo le había ocurrido en sus fantasías de adolescencia?
¿Y qué clase de alquimia practicaba Andy cuando le entregaban en la puerta un sobre marrón de aspecto corriente y se encerraba con él en el cuarto de baño durante media hora, dejando al salir un olor de alcanfor o quizá, formaldehído? ¿Qué veía Andy cuando salía del armario de la limpieza con una tira de película húmeda no más ancha que una tenia y se sentaba ante su escritorio para pasarla a través de un editor en miniatura?
— ¿No deberías hacer eso en la embajada? —preguntó Fran un día.
— Allí no tengo cuarto oscuro ni te tengo a ti —respondió con la, voz desdeñosa que ella tan irresistible encontraba. ¡Qué zafio resultaba en comparación con Edgar! Tan furtivo, tan inmoderado, tan audaz...
En las reuniones BUCHAN de la embajada se recreaba observándolo: el jefe bucanero, poderosamente repantigado al extremo de la larga mesa, cierto aire soñador fruto de un mechón de pelo que le caía sobre el ojo derecho mientras repartía sus carpetas de colores chillones, y luego la mirada en el vacío mientras todos excepto él leían los informes, el Panamá de BUCHAN sorprendido in fraganti:

Antonio Tal y Tal, del Ministerio de Asuntos Exteriores, se declaró recientemente tan enamorado de su amante cubana que se propone emplear sus buenos oficios para mejorar las relaciones entre Panamá y Cuba, haciendo caso omiso de las objeciones de Estados Unidos...

¿Se declaró ante quién? ¿Ante su amante cubana? ¿Y ella se lo transmitió a BUCHAN? ¿O quizá se lo transmitió directamente a Andy, en la cama?

Recordó de nuevo el perfume e imaginó que cuerpos desnudos lo habían impregnado en su piel. ¿Es Andy BUCHAN? No había nada imposible.

Tal y Tal deposita su otra lealtad en la mafia libanesa de Colón, que según se dice ha pagado veinte millones de dólares por la «condición de nación favorecida» dentro de la comunidad criminal de Colón…

Y de las amantes cubanas y los maleantes libaneses BUCHAN salta al Canal:

El caos en la recién constituida Autoridad del Canal aumenta diariamente a medida que los antiguos empleados son sustituidos por personal poco cualificado cuya designación se lleva a cabo por mero nepotismo, para desesperación de Ernesto Delgado. El ejemplo más flagrante ha sido el nombramiento de José María Fernández como director de Servicios Generales después de haber adquirido un treinta por ciento de las acciones de la cadena china de establecimientos de comida rápida Lee Lothus, de la cual poseen un cuarenta por ciento las empresas ligadas al cartel de la cocaína de Rodríguez, en Brasil…

—¿Es ése el Fernández que me hizo proposiciones deshonestas en la celebración del Día Nacional? —preguntó Fran a Andy con rostro inexpresivo durante una sesión de los bucaneros en el despacho de Maltby.
Había almorzado con él en su apartamento, y habían hecho el amor toda la tarde. Su pregunta se inspiraba tanto en la curiosidad corno en los rescoldos de su tórrida sobremesa.
– Un fulano calvo y patizambo –respondió Andy despreocupadamente–. Gafas, pecas, olor a sobacos y mal aliento.
– Es él. Quería llevarme en su avión a los festejos de David.
–¿Cuándo sales?
–Andy, estás muy equivocado –reprendió Nigel Stormont sin levantar la vista del informe, y Fran apenas pudo reprimir la risa.
Y cuando las sesiones concluían, Fran, de reojo, lo observaba apilar las carpetas y retirarse con ellas a su reino secreto tras la nueva puerta blindada del pasillo este, seguido por su repelente secretario, que llevaba chalecos de punto y el pelo engominado; Shepherd se llamaba, y siempre tenía algo en las manos, una llave inglesa, un destornillador, un trozo de cable.
– ¿En qué demonios te ayuda ese Shepherd?
– Limpia los cristales de las ventanas.
– Con su estatura, lo dudo.
– Lo aúpo yo.
Con idénticas expectativas de obtener respuesta, Fran le preguntó una noche por qué se vestía una vez más cuando todo el mundo intentaba conciliar el sueño.
– He de hablar de un perro con un tipo –contestó lacónicamente. Había estado irritable toda la tarde.
– ¿Un galgo?
No obtuvo respuesta.
– Es un perro muy noctámbulo –bromeó ella, recurriendo al humor para arrancarlo de su introspección.
No obtuvo respuesta.

– Supongo que es el mismo perro que figuraba tan llamativamente en el telegrama codificado que has recibido esta tarde. Osnard, que estaba poniéndose la camisa, se quedó inmóvil.
– ¿Cómo te has enterado de eso? –preguntó con un tono no precisamente amable.
– Me he encontrado con Shepherd en el ascensor cuando salía de la embajada. Me ha preguntado si tú aún estabas, y naturalmente le he sonsacado lo que he podido. Me ha dicho que traía una caliente para ti, pero que tendrías que desabotonártela tú mismo. De entrada me he ruborizado, pero luego he comprendido que se refería a una comunicación urgente. ¿No vas a coger tu Beretta de cachas nacaradas?
No obtuvo respuesta.
–¿Dónde vas a encontrarte con ella?
– En un burdel –replicó Osnard, dirigiéndose hacia la puerta.
– ¿Te he ofendido?
– Todavía no. Pero vas por el buen camino.
– Quizá tú me has ofendido a mí. Puede que vuelva a casa. Necesito dormir.
Pero se quedó, con el olor de su cuerpo hábil y redondo impregnado aún en su piel, su silueta dibujada aún en las sábanas junto a ella, y el recuerdo de sus ojos alertas brillando aún en la penumbra. Incluso sus arrebatos de cólera la excitaban. Como también su lado oscuro, en las raras ocasiones en que lo mostraba: mientras hacían el amor, cuando jugueteaban y ella lo llevaba al borde de la violencia, y su cabeza húmeda se alzaba como para atacar, antes, un poco antes, de recobrar la compostura. 0 en las reuniones BUCHAN cuando Maltby, con su acostumbrada perversidad, decidía zaherirlo por algún informe –«¿Es tu informador analfabeto además de omnisciente, Andrew? ¿O este uso de los gerundios debemos agradecértelo a ti?»–, y gradualmente las facciones de su fluido rostro se endurecían y la luz de peligro se encendía en el fondo de sus ojos, y Fran comprendía por qué había llamado Castigo Divino a su galgo.
Estoy perdiendo el control, pensó. No sobre él, pues nunca lo he tenido. Sobre mí. Y más alarmante aún para la hija de un lord irremediablemente pomposo y la ex compañera del inmaculado Edgar: estaba descubriéndose un claro apetito por lo abominable.

Osnard aparcó su coche con distintivo diplomático frente al complejo comercial, al pie del alto edificio, saludó a los guardias de seguridad y subió a la cuarta planta. Bajo la molesta luz de los fluorescentes el león y el unicornio contendían eternamente. Pulsó la combinación, entró en el vestíbulo de la embajada, abrió con llave una puerta de cristal antibalas, ascendió por una escalera, abrió con llave una reja y entró en su propio reino. Quedaba aún una última puerta cerrada, y era de acero. Seleccionando una larga llave de astil tubular, la insertó torcida en la cerradura, maldijo, la sacó y volvió a insertarla correctamente. Cuando se hallaba solo no se movía como cuando lo observaban. En todos sus gestos se advertía cierta precipitación. Con la mandíbula caída, los hombros encorvados, las cejas más bajas, parecía a punto de arremeter contra un enemigo invisible.
La cámara acorazada abarcaba los dos últimos metros de pasillo, convertidos en una especie de despensa. A la derecha de Osnard había

Librodot

casilleros; a su izquierda, entre diversos objetos inconexos tales como insecticida y papel higiénico, una caja fuerte de color verde. Frente a él, sobre una columna de controles eléctricos, reposaba un enorme teléfono rojo. En la jerga, se lo conocía como el «enlace digital con Dios». En la base, un letrero rezaba: «Hablar a través de este aparato cuesta 50 libras por minuto.» Osnard había escrito debajo: «Buen provecho.» Con este mismo espíritu, levantó el auricular y, haciendo caso omiso de la voz grabada que le ordenaba pulsar ciertos botones y atenerse al procedimiento de rutina, marcó el número de su corredor de apuestas en Londres, y por mediación de él apostó a un par de galgos, a razón de quinientas libras por cabeza, cuyos nombres y posiciones de salida conocía tan bien como a su corredor de apuestas.

—No, estúpido, como ganadores —dijo. ¿Cuándo había puesto Osnard dinero en un perro para otras posiciones que no fuesen la de cabeza?

A continuación se resignó a los rigores de su oficio. Tras extraer una carpeta corriente de una casilla marcada con el rótulo

BUCHAN INFORMACIÓN RESERVADA, entró en su despacho, encendió las luces, se sentó ante el escritorio, eructó, apoyó la cabeza en las manos y empezó a leer una vez más las cuatro hojas de instrucciones que había recibido esa tarde de parte de Luxmore, su director regional en Londres, y había descifrado a mano él mismo en un derroche de paciencia. Imitando aceptablemente el dejo escocés de Luxmore, leyó el texto en voz alta:

—Joven señor Osnard, memorice las siguientes instrucciones. —Aspiración dental—. Este mensaje no debe reproducirse ni archivarse, y será destruido a las setenta y dos horas de su recepción... Expresará a BUCHAN de inmediato las siguientes recomendaciones... —Aspiración dental—. Puede comprometerse con BUCHAN sólo con arreglo a las siguientes condiciones... Transmita la seria advertencia siguiente... ¡Sí, claro!

Con un gruñido de exasperación, volvió a plegar el telegrama, sacó un sobre blanco del cajón de su escritorio, guardó dentro el telegrama y se lo metió en el bolsillo posterior derecho de su pantalón de Pendel & Braithwaite, cuya factura había cargado a Londres como gasto necesario de la operación. Tras regresar a la cámara acorazada, cogió una raída cartera de piel que intencionadamente no guardaba el menor parecido con un maletín oficial, la dejó sobre un estante y, separando otra llave del llavero, abrió la caja fuerte empotrada de color verde, que contenía un libro de contabilidad con el lomo rígido y gruesos fajos de billetes de cincuenta dólares; a los billetes de cien, como él mismo había advertido a Londres, no era posible darles curso sin despertar sospechas.

Bajo la luz del techo, pasó las hojas del libro de contabilidad hasta llegar a los últimos movimientos consignados. La página se dividía en tres columnas de cifras escritas a mano. Una H de Harry encabezaba la columna de la izquierda, y una A de Andy la de la derecha. La columna central, que contenía las sumas mayores, tenía por encabezamiento la palabra «Ingresos». Precisas líneas y círculos de los que tanto gustan a los sexólogos dirigían sus recursos a derecha e izquierda. Después de estudiar las tres columnas en resentido silencio, se sacó un lápiz del bolsillo y a regañadientes anotó un 7 en la columna central, lo encerró en un círculo y desde éste trazó una línea hacia la izquierda, adjudicándoselo a la columna H de Harry. A continuación anotó un 3 y, más contento, lo dirigió hacia la columna A de Andy. Con un

murmullo contó siete mil dólares y los introdujo en la cartera. Luego metió también, encima del dinero, el insecticida y otros varios objetos del estante. Con desdén. Como si los despreciase, y en efecto así era. Cerró la cartera, la caja fuerte, luego la cámara acorazada y por último la puerta de entrada.
La luna llena le sonrió cuando salió a la calle. El cielo estrellado formaba un arco sobre la bahía, y las luces de los barcos en espera de tránsito alineados sobre el horizonte negro parecían su reflejo. Levantó la mano para parar un destartalado taxi Pontiac y dio la dirección al conductor. En cuestión de minutos avanzaban ya por la carretera del aeropuerto, y Osnard observó con cierta ansiedad el Cupido de neón malva que lanzaba su fálica flecha hacia los nidos de amor cuya existencia anunciaba a los automovilistas.
Iluminadas por los faros de un coche que circulaba en sentido contrario, sus facciones se endurecieron. Sus ojos pequeños y oscuros, atentos a los retrovisores, se encendían con cada luz que pasaba. «La suerte favorece sólo a la mente preparada», recitó para sí. Era la máxima preferida de uno de sus profesores de ciencias del colegio, quien tras darle una brutal paliza sugirió que resolviesen sus diferencias quitándose la ropa.

En algún lugar cercano a Watford, al norte de Londres, existe una Casa Osnard. Se llega hasta allí por una transitada carretera de circunvalación y luego, tras un brusco giro, a través de las calles de una ruinosa urbanización de viviendas protegidas llamada Olmeda en recuerdo de los olmos que en otro tiempo poblaban aquel lugar. La casa ha tenido más vidas en los últimos cincuenta años que en los cuatro siglos anteriores: residencia para ancianos, correccional de menores, establo para galgos, y más recientemente, bajo la dirección de Lindsay, el taciturno hermano mayor de Osnard, un santuario para la meditación de los adeptos de una secta oriental.
Durante un tiempo, a través de cada una de estas transformaciones, los Osnard, desde lugares tan lejanos como la India o Argentina, se repartieron los ingresos en concepto de alquiler, y discutieron sobre el mantenimiento y si una niñera superviviente debía o no percibir una pensión. Pero gradualmente, como la casa que los había visto nacer, fueron deteriorándose o simplemente renunciaron a luchar por la supervivencia. Un tío se llevó su parte a Kenia y la perdió. Un primo pensó que podía establecerse en Australia como un patriarca, compró un criadero de avestruces, y lo pagó caro. Otro Osnard, abogado y fideicomisario de la familia, robó la parte de la herencia que aún no había dilapidado a fuerza de pésimas inversiones y luego se pegó un tiro. Y los Osnard que no se habían hundido con el Titanic, se hundieron con Lloyd's. El taciturno Lindsay, hombre de extremos, se vistió el hábito azafranado de los monjes budistas y se colgó del único cerezo que quedaba incólume en el jardín tapiado.
Sólo los padres de Osnard, empobrecidos, se aferraban exasperadamente a la vida: su padre en una finca hipotecada que la familia tenía en España, estirando los exiguos restos de su fortuna y sacando cuanto podía de sus parientes españoles; su madre en Brighton, donde sobrellevaba dignamente la miseria, compartiéndola con un chihuahua y una botella de ginebra.
Otros, ante una perspectiva tan cosmopolita de la vida, se habrían marchado en busca de nuevos pastos o por lo menos del sol de España. Pero el joven Andrew desde muy temprana edad había decidido que el estaba hecho para Inglaterra, o más exactamente que Inglaterra estaba hecha para él. Una

Librodot

infancia de privaciones y la huella indeleble dejada en él por los aborrecibles internados lo llevaron a la convicción, a los veinte años, de que ya había pagado a Inglaterra una cuota mucho más alta de lo que cualquier país razonable estaba autorizado a esperar de él, y que a partir de ese momento dejaría de pagar y empezaría a recaudar.
El problema era cómo. No tenía oficio ni beneficio, y sus aptitudes se restringían al campo de golf y la alcoba. El área que mejor conocía era la podredumbre inglesa, y necesitaba por tanto una institución corrompida que le devolviese lo que otras instituciones corrompidas le habían arrebatado.
Pensó primero en Fleet Street. Era un hombre relativamente instruido, e inmoderado por principio. Tenía un ajuste de cuentas pendiente. En apariencia, pues, era el candidato idóneo para unirse a la nueva y boyante clase de los comunicadores de masas. Pero tras dos pro-metedores años como aprendiz de periodista en el Loughborough Evening Messenger su carrera se truncó de pronto cuando corrió la voz de que un calenturiento artículo titulado «Aberraciones sexuales de nuestros mayores» estaba basado en las confesiones de alcoba de la esposa del director.
Después lo aceptó una importante organización benéfica dedicada a la defensa de los animales, y durante un tiempo Osnard creyó que había encontrado su verdadera vocación. En un magnífico edificio situado a un paso de teatros y restaurantes se discutían las necesidades de los animales en Gran Bretaña con vehemente entrega. No había gala, cena de etiqueta o viaje al extranjero para observar a los animales de otras naciones que los bien remunerados directivos de la organización no pudiesen acometer por falta de recursos. Y todo proyecto cristalizaba. La Fundación de Acción Inmediata para la Protección del Asno (organizador: A. Osnard) y el Proyecto de Fincas de Recreo para Galgos Veteranos (tesorero: A. Osnard) habían gozado del general aplauso de la organi-
zación hasta que dos de sus superiores fueron invitados a rendir cuentas ante el Departamento de Investigación de Actividades Fraudulentas.
Después de eso consideró durante una vertiginosa semana la posibilidad de ordenarse pastor de la Iglesia anglicana, que tradicionalmente ofrecía una promoción rápida a agnósticos con labia y sexualmente activos. Pero su devoción se esfumó cuando, tras ciertas indagaciones, averiguó que una política de inversiones calamitosa había sumido a la Iglesia en una inoportuna y cristiana pobreza. Desesperado, se embarcó en una serie de aventuras mal planeadas por el carril rápido de la vida. Todas duraron poco, todas terminaron en fracaso. Más que nunca, necesitaba una profesión.
– ¿Y la BBC? –preguntó al secretario cuando visitó por quinta o decimoquinta vez la bolsa de trabajo de su universidad.
El secretario, que era un hombre canoso y prematuramente viejo, lo descartó.
– Esa vía ya está cerrada –respondió.
Osnard propuso el National Trust, el organismo encargado de velar por el patrimonio arquitectónico de Gran Bretaña.
– ¿Te gustan los edificios antiguos? –preguntó el secretario, como si temiese que Osnard pudiese volarlos.
–Me encantan. Soy un verdadero adicto.
–Muy bien.
Con dedos trémulos el secretario levantó la esquina de una carpeta y echó un vistazo al interior.

– Supongo que te aceptarían. Tienes mala reputación. Y relativo encanto. Además, eres bilingüe, si es que les interesa el español. Nada perdemos con intentarlo, imagino.
–¿El National Trust?
– No, no. Los espías. Aquí está. Llévate esta solicitud a un rincón oscuro y rellénala con tinta invisible.
Osnard había encontrado su santo grial. Allí estaba por fin su Iglesia anglicana, su feudo corrompido con un holgado presupuesto. Allí, conservadas como en un museo, se guardaban las más íntimas plegarias de la nación. Allí estaban los escépticos, soñadores, fanáticos y abades locos. Y el dinero suficiente para convertirlo todo en realidad.
Pero su reclutamiento no era aún un hecho. Aquél era el nuevo servicio de inteligencia, libre de las ataduras del pasado, abierto a todas las clases en la mejor tradición republicana, compuesto de hombres y mujeres seleccionados democráticamente entre la población blanca, educada en colegios privados y procedente de barrios residenciales. Y Osnard tuvo que someterse al mismo proceso de selección que todos los demás.
– Y la trágica muerte de su hermano Lindsay, el suicidio, ¿cómo le afectó? –le preguntó un espiócrata de ojos hundidos con una temible mueca desde el otro lado de una lustrosa mesa.
Osnard siempre había detestado a Lindsay. Adoptó una ex-presión resuelta.
– Me dolió mucho.
– ¿En qué forma? –Otra mueca.
–Esas cosas lo llevan a uno a preguntarse qué es lo verdaderamente valioso, qué le interesa en realidad, cuál es su misión en este mundo.
– ¿Y ha llegado a la conclusión de que este servicio es la res-puesta a esas preguntas?
–Sin duda.
– ¿Y no tiene la impresión, después de haber rondado tanto por el planeta, con familia aquí, allá y más allá, doble nacionalidad, etcétera, de que es usted poco inglés para esta clase de servicio? ¿De que es un ciudadano del mundo más que uno de los
nuestros?
El patriotismo era una cuestión espinosa. ¿Cómo la abordaría Osnard? ¿Reaccionaría a la defensiva? ¿Haría un comentario irrespetuoso? 0 peor aún, ¿se pondría sentimental? No tenían nada que temer. El sólo les pedía un lugar donde sacar provecho a su amoralidad.
– Es en Inglaterra donde guardo mi cepillo de dientes –respondió, arrancando para alivio suyo una carcajada a su interlocutor.

Empezaba a comprender el juego. No importaba qué decía sino cómo lo decía. ¿Tiene reflejos, el muchacho? ¿Se altera fácilmente? ¿Sabe salirse de un apuro? ¿Se deja intimidar? ¿Resulta convincente? ¿Puede pensar la mentira y decir la verdad? ¿Puede pensar la mentira y decirla?
- Hemos examinado su lista de «amigas especiales» en los últimos cinco años, joven señor Osnard --dijo un escocés con barba, entornando los párpados para causar mayor impresión de perspicacia-. Y es una lista... eh... un tanto larga -aspiración den-tal- para una vida relativamente corta.
Risas, a las que Osnard se sumó pero no muy efusivamente.

-A mi modo de ver, la mejor manera de juzgar una relación amorosa es por cómo termina -contestó con admirable modestia-. En mi caso, la mayoría han terminado bastante bien.
- ¿Y las otras?
- En fin, todos nos hemos despertado alguna vez en la cama equivocada, ¿no?

Y dado que eso era a todas luces improbable para cualquiera de los seis rostros dispuestos en torno a la mesa, y en particular para su barbudo interrogador, Osnard se ganó de nuevo sus prudentes risas.
- Y es usted de la familia, ¿lo sabía? -dijo el jefe de personal, ofreciéndole un huesudo apretón de manos a modo de enhorabuena.

-Bueno, supongo que ahora sí lo soy -contestó Osnard. -No, no, familia antigua. Una tía y un primo. ¿De verdad no lo sabía?

Para gran satisfacción del jefe de personal, Osnard no lo sabía. Y cuando se enteró de quiénes eran, una tumultuosa carcajada brotó de su interior, y sólo en el último instante consiguió reducirla a una agradable sonrisa de asombro.

-Me llamo Luxmore -anunció el escocés de la barba, dándole un apretón de manos curiosamente parecido al del jefe de personal-. Superviso las operaciones de la península Ibérica, América del Sur y un par de zonas afines. Puede que también oiga hablar de mí en relación con cierto asuntillo en las islas Falkland. Estaré esperándole tan pronto como se haya beneficiado de nuestro adiestramiento básico, joven señor Osnard.

-Me muero de impaciencia, señor -respondió Osnard con vivo entusiasmo.

De impaciencia no murió pero sí, casi, de aburrimiento. Tras la guerra fría, había observado, los espías disfrutaban de su mejor y su peor momento. El Servicio nadaba en dinero, pero ¿dónde podía gastarlo? Arrinconado en la llamada Bodega Española, que podría haber hecho las veces de departamento editorial del listín telefónico de Madrid, rodeado de debutantes de mediana edad con cintas en el pelo y un cigarrillo entre los labios permanentemente, el joven espía en período de prueba escribió una mordaz valoración de la posición de sus jefes en el mercado de Whitehall:

Irlanda la preferida: Un ingreso regular, excelentes perspectivas a largo plazo, pero escasas ganancias cuando han de repartirse entre agencias rivales.

El Islam militante: Ráfagas esporádicas; en términos generales, rendirniento pobre. Como sucedáneo del terror rojo, un total fracaso.

Armas a cambio de drogas, S. A.: Un desastre. El Servicio no sabe si hacer de guardabosque o de cazador furtivo.

En cuanto a la tan cacareada materia prima de la era moderna, a saber, el espionaje industrial, Osnard consideraba que cuando se había descifrado unos cuantos mensajes en clave taiwaneses y sobornado unas cuantas mecanógrafas coreanas, ya no podía hacerse mucho más por la industria británica salvo compadecerla. 0 al menos eso pensaba hasta que Scottie Luxmore lo llamó a su lado.

-Panamá, joven señor Osnard -paseando de un lado a otro por la moqueta azul, chasqueando los dedos, levantando los codos, todo él en movimiento—, ése es el lugar indicado para un joven funcionario con su talento. De hecho, es el lugar indicado para todos nosotros, pero esos necios de Hacienda no

ven más allá de sus narices. El mismo problema tuvimos con las islas Falkland, no tengo el menor reparo en admitirlo. Oídos sordos hasta el toque de alerta.
El despacho de Luxmore es amplio y está cerca del cielo. A través de los cristales tintados a prueba de bala se ve el palacio de Westminster, alzándose en todo su esplendor al otro lado del Támesis. Luxmore es un hombre menudo. Su barba afilada y su paso enérgico no consiguen aumentar su estatura. Es un anciano en un mundo de jóvenes, y su alternativa es correr o caer. 0 eso piensa Osnard. Luxmore se succiona los dientes delanteros al hablar como si siempre tuviese un caramelo en la boca.
— Pero las cosas van mejorando. La Junta de Comercio y el Banco de Inglaterra han puesto el grito en el cielo. El Foreign Office, aunque poco dado a la histeria, ha expresado su cauta preocupación. Recuerdo que expresaron un sentimiento semejante cuando tuve el placer de informarles de las intenciones del general Galtieri respecto a las mal llamadas Malvinas.
Las esperanzas de Osnard se desmoronan.
— Pero, señor… —objeta con la calculada voz de neófito perplejo que ha adoptado.
— ¿Sí, Andrew?
— ¿Cuáles son los intereses británicos en Panamá? ¿O es que soy estúpido?
La inocencia del muchacho complace a Luxmore. Moldear a los jóvenes para el servicio en puestos de vanguardia ha sido siempre una de sus mayores satisfacciones.
— No existen, Andrew. En Panamá como nación, los intereses británicos son nulos en todos los sentidos —responde con una sonrisa arqueada—. Unos cuantos marineros abandonados a su suerte, inversiones por valor de unos pocos cientos de millones, una decreciente colonia británica, un par de moribundos comités consultivos, y ahí terminan nuestros intereses en la República de Panamá.
—Entonces…
Luxmore lo interrumpe con un gesto. Se dirige a su propio reflejo en el cristal antibalas.
—Sin embargo, joven señor Osnard, si modifica usted ligeramente el enunciado de su pregunta, obtendrá una respuesta muy distinta. ¡Ah, sí!
—¿Cómo, señor?
—¿Cuáles son nuestros intereses geopolíticos en Panamá? Pregúnteselo.
—Luxmore está en otra parte—. ¿Cuáles son nuestros intereses vitales? ¿Dónde reside el mayor riesgo para nuestra gran nación comercial? Si apuntamos nuestro catalejo hacia el bienestar futuro de estas islas, ¿dónde vemos formarse los más negros nubarrones, joven señor Osnard? —Ha alzado el vuelo—. ¿En qué lugar del globo adivinamos el próximo Hong Kong viviendo con tiempo prestado, el próximo desastre en ciernes? —Al otro lado del Támesis, por lo visto, donde mantenía fija su mirada visionaria—. Los bárbaros aguardan, joven señor Osnard. Depredadores de todos los rincones del planeta se ciernen sobre el pequeño Estado de Panamá. Allí ese gran reloj marca los minutos que faltan para el Apocalipsis. ¿Y acaso Hacienda presta atención al problema? No. Una vez más se tapan los oídos. ¿Quién se adueñará de la posesión más preciada del próximo milenio? ¿Serán los árabes? ¿Están los japoneses afilando sus katanas? ¡Claro que sí! ¿Serán los chinos, los tigres, o un consorcio panlatino sustentado en billones de dólares

Librodot

procedentes de la droga? ¿Será Europa sin nosotros? ¿Otra vez los alemanes, o esos astutos franceses? No serán los ingleses, Andrew, de eso puede estar seguro. No, no. No es nuestro hemisferio. No es nuestro canal. No tenemos intereses en Panamá. Panamá es un país atrasado, joven señor Osnard. ¡Panamá son dos hombres y un perro, y vámonos todos a llenarnos la tripa con una buena comida!
—Están locos —susurra Osnard.
—No, no lo están. Tienen razón. No se encuentra en nuestros dominios. Es el patio trasero.
Osnard no alcanza a comprender, pero de pronto ve la luz. ¡El patio trasero! ¿Cuántas veces oyó esa expresión en el curso de adiestramiento? ¡El pato trasero! ¡El Dorado de todo espiócrata británico! ¡Esa especial relación resucitada! ¡El retorno a la edad de oro en que los hijos de Yale y Oxford, con sus chaquetas de tweed, se sentaban juntos en las mismas salas revestidas de madera y compartían sus fantasías imperialistas! Luxmore ha vuelto a olvidar la presencia de Osnard y habla para su propia alma:
-Los americanos han tropezado de nuevo en la misma piedra. Ah, sí. Una asombrosa demostración de su inmadurez política. De su cobarde retirada de la responsabilidad internacional. De la omnipresente influencia de erróneas suspicacias liberales en los asuntos extranjeros. Le diré, entre nosotros, que en el embrollo de las islas Falkland nos enfrentamos con ese mismo problema. Ah, sí. -Un peculiar rictus aparece en sus labios cuando cruza las ruano; tras la nuca y se pone de puntillas-. Y los americanos no sólo han firmado un insensato tratado... han cedido el negocio, muchas gracias, señor Jimmy Carter... sino que además se proponen cumplir lo pactado. Por consiguiente, están dispuestos a dejar un vacío, para ellos y, peor aún, para sus aliados. Y nuestro trabajo consistirá en llenarlo. En convencerlos de que ellos lo llenen. En demostrarles su error. En recuperar la posición que nos corresponde en las más altas áreas de decisión. Es la historia de siempre, Andrew. Somos los últimos romanos. Nosotros tenemos el saber, pero ellos tienen el poder. -Una maliciosa mirada hacia Osnard, pero suficientemente amplia para abarcar también los rincones del despacho por temor a que se haya infiltrado furtivamente algún bárbaro-. Nuestra tarea, su tarea, joven señor Osnard, consistirá en proporcionar las bases, los argumentos, las pruebas necesarias para hacer entrar en razón a nuestros aliados americanos. ,:..Entiende?
-No del todo, señor.
-Eso se debe a que aún carece de visión global. Pero ya la adquirirá. Créame, la adquirirá.
-Para obtener una visión global, Andrew, intervienen varios elementos. Reunir información sólida sobre el terreno es sólo uno de ellos. El agente secreto nato es el hombre que sabe qué busca antes de encontrarlo. Recuérdelo, joven señor Osnard.
-Lo recordaré.
- Intuye. Selecciona. Prueba. Dice sí o no, pero no es omnívoro. A la hora de seleccionar, es incluso puntilloso. ¿Ha quedado claro?
-Me temo que no, señor.
-Bien. Porque en el momento oportuno será puesto al corriente de todo, o mejor dicho, no de todo sino de una esquina. -Esperaré con impaciencia.

- Esperará con calma. La paciencia es otra de las virtudes del agente secreto nato. Debe poseer la paciencia de un piel roja. Y también su sexto sentido. Debe aprender a ver más allá del horizonte.
Para ilustrarlo al respecto, Luxmore dirige la mirada río arriba una vez más, hacia las macizas fortalezas de Whitehall, y frunce el entrecejo. Pero al parecer el destinatario de su ceñuda expresión es Estados Unidos.
- Peligrosa inseguridad en sí mismos, así llamo yo a esa actitud, joven señor Osnard. La mayor superpotencia mundial refrenándose por puritanismo. ¡Dios nos asista! ¿Es que no han oído hablar de Suez? Hay allí más de un fantasma que debe de haberse levantado de su tumba. En política, joven señor Osnard, no hay mayor criminal que aquel que se inhibe de usar su honorable poder. Estados Unidos debe empuñar su espada o perecerá, y nos arrastrará a todos en su caída. ¿Acaso debemos quedarnos de brazos cruzados mientras otros entregan en bandeja a los paganos el inestimable patrimonio de Occidente? ¿Mientras la esencia de nuestro comercio, de nuestro poder mercantil, se nos escurre entre los dedos? ¿Mientras la economía japonesa nos anula y los tigres del Sudeste asiático nos arrancan los miembros uno a uno? ¿Es eso propio de nosotros? ¿Es ése el espíritu de la actual generación, joven señor Osnard? Quizá sí. Quizá estarnos perdiendo el tiempo. Sáqueme de dudas, por favor. No lo digo en broma, Andrew.
- No es mi espíritu, eso se lo aseguro, señor -respondió Osnard con fervor.
- Buen chico. Tampoco el mío, tampoco el mío. -Luxmore
guarda silencio por un instante, calibra a Osnard con la mirada, preguntándose hasta qué punto puede confiar en él–. Andrew.
– Señor.
–Gracias a Dios, no estamos solos.
– Me alegro, señor.
– Dice que se alegra. ¿Qué es lo que sabe?
– Sólo lo que usted acaba de decirme –contestó Osnard–. Y la impresión que yo tengo desde hace tiempo.
– ¿No le informaron en el curso de adiestramiento? Informarme ¿de qué?, se pregunta Osnard.
– No, señor.
– ¿En ningún momento le hablaron de cierto organismo conocido como Comisión de Planificación y Realización?
– No, señor.
– ¿Presidida por un tal Geoff Cavendish, un hombre de amplias miras, experto en el arte de la influencia y la persuasión pacífica?
– No, señor.
–¿Un hombre que conoce a los americanos como ningún otro?
– No, señor.
– ¿Ninguna mención al nuevo realismo que circula por los pasillos de los servicios de inteligencia? ¿A la ampliación de las bases en que se asienta la política encubierta? ¿Al reclutamiento de hombres y mujeres honrados de todas clases y condiciones para servir a la bandera secreta?
– No.
– ¿Al esfuerzo por asegurarnos de que quienes han hecho grande a esta nación contribuyan ahora a salvarla, ya sean ministros de la Corona, empresarios, magnates de la prensa, banqueros u hombres de mundo?

–No.
–¿A que juntos planificaremos y, después de haber planificado, realizaremos nuestros planes? ¿A que en lo sucesivo, mediante la cuidadosa importación de mentes experimentadas, dejaremos de lado todo escrúpulo siempre que la acción pueda detener la podredumbre? ¿Nada?
–Nada.
– En ese caso, joven señor Osnard, debo callar. Y esa misma obligación tiene usted. De ahora en adelante este servicio de inteligencia no se limitará a conocer el grosor de la soga con que van a ahorcarnos. Con la ayuda de Dios, también nosotros empuñaremos la espada con que cortar esa soga. Olvide todo lo que acabo de decir.
– Así lo haré, señor.
Dicho esto, Luxmore vuelve con renovada rectitud al tema que había abandonado momentáneamente.
–¿Acaso preocupa en lo más mínimo a nuestro noble Foreign Office o a los altruistas liberales del Capitolio que los panameños no sean capaces de organizar una cafetería, y ya no hablemos de la principal vía del comercio mundial? ¿Que sean un pueblo corrupto y entregado a los placeres, venal hasta la inmovilidad? –Se da media vuelta como para refutar una objeción procedente del fondo de la sala–. ¿A quién se venderán, Andrew? ¿Quién los comprará? ¿Para qué? ¿Y cuál será la repercusión sobre nuestros intereses vitales? Catastrófica, Andrew, y ésa es una palabra que no uso a la ligera.
–¿Y por qué no calificarla de criminal? –sugiere Osnard servicialmente.
Luxmore niega con la cabeza. Aún no ha nacido el hombre que pueda corregir los adjetivos a Scottie Luxmore con impunidad. El mentor y guía autodesignado de Osnard tiene aún una última baza que jugar, y Osnard debe observarlo, pues casi nada de lo que Luxmore hace es real a menos que alguien lo observe. Levantando el auricular de un teléfono verde que lo comunica con otros inmortales del Olimpo de Whitehall, adopta una expresión que es pícara y seria a la vez.
– ¡Tug! –exclama complacido, y por un momento Osnard confunde con una instrucción lo que resulta ser un apodo–. Dime, Tug, ¿es cierto que los planificadores y realizadores se reunirán el próximo jueves en casa de cierta persona? Lo es. Vaya, vaya. Mis espías no son siempre tan precisos, ejem, ejem. Tug, ¿me concederías el honor de almorzar conmigo ese día? ¿Qué mejor manera de prepararte para la difícil prueba? Y si el amigo Geoff pudiese venir, no tendrías inconveniente, ¿no? Invito yo, Tug, insisto. ¿Y adónde podríamos ir? Algún sitio un poco anónimo, he pensado. Es mejor que evitemos los locales más frecuentados. Yo iba a sugerir un pequeño restaurante italiano a un paso del Embankment. ¿Tienes un lápiz a mano, Tug?
Y entretanto gira sobre un talón, se pone de puntillas, y alza las rodillas lentamente para no tropezar con el cable del teléfono.

—¿A Panamá? —repitió jovialmente el jefe de personal—. ¿Como primer destino? ¿Usted? ¿Allí solo a tan tierna edad? ¿Con todas esas tentadoras panameñas? ¿Droga, pecado, espías, maleantes? ¡Scottie debe de haber perdido el juicio!
Y después de divertirse a su costa el jefe de personal hizo lo que Osnard ya sabía que iba a hacer. Lo destinó a Panamá. Su inexperiencia no era un

obstáculo. Todos sus preparadores habían atestiguado su precocidad en la magia negra. Era bilingüe, y desde el punto de vista operacional estaba inmaculado.
—Tendrás que buscarte tú mismo un escucha —se lamentó el jefe de personal como si acabase de caer en la cuenta—. Según parece, no disponemos de nadie allí. Por lo visto, les dejamos el terreno libre a los americanos. Tontos de nosotros. Informarás directamente a Luxrnore, ¿queda claro? Deja al margen a los analistas hasta que se te diga lo contrario.

«Localícenos un banquero, joven señor Osnard —aspiración dental tras la barba—, uno que conozca el mundo. Estos banqueros modernos se prodigan mucho por ahí, y no como los de antes. Recuerdo que teníamos un par en Buenos Aires durante el altercado de las islas Falkland.»
Con la ayuda de un ordenador central cuya existencia han negado rotundamente tanto Westminster como Whitehall, Osnard consulta los expedientes de todos los banqueros ingleses de Panamá, pero encuentra sólo unos cuantos y en apariencia ninguno que pueda decirse que conozca el mundo.
«Localícenos, pues, uno de esos magnates modernos, joven señor Osnard —los sagaces ojos escoceses medio ocultos tras los párpados entornados—, alguien con tentáculos en todas partes.»
Osnard consulta los antecedentes de los hombres de negocios ingleses residentes en Panamá, y si bien algunos son jóvenes, ninguno tiene tentáculos en todas partes, por más que en su mayoría lo deseen.
«Entonces localice a un reportero, joven señor Osnard. Los reporteros pueden hacer preguntas sin suscitar sospechas, se meten en todas partes, corren riesgos. Debe de haber uno aceptable en algún sitio. Búsquelo. Tráigamelo inmediatamente, si es tan amable.»
Osnard consulta los antecedentes de todos los periodistas que visitan de vez en cuando Panamá y hablan español. Un individuo orondo con bigote y pajarita parece accesible. Se llama Hector Pride y escribe para una desconocida revista mensual en lengua inglesa llamada The Latino, publicada en Costa Rica. Su padre es un vinatero de Toledo.
«¡Justo el hombre que necesitamos, joven señor Osnard! —Se pasea con vehemencia por la moqueta—. Fíchelo. Cómprelo. El dinero no es obstáculo. Si los tacaños de Hacienda cierran sus arcas, las contadurías de Threadneedle Street abrirán las suyas. Me lo han garantizado altas instancias. Extraño país este, que obliga a los industriales a pagar por su servicio de inteligencia, pero así son las cosas en este mundo regido por los costes…»
Utilizando un alias, Osnard se presenta como investigador del Foreign Office e invita a Hector Pride a almorzar en Simpson's, gastándose el doble de lo que Luxmore había autorizado para la ocasión. Pride, como tantos otros en su profesión, habla y come y bebe sin mesura, pero no se digna escuchar. Osnard aguarda hasta el pudin para sacar a colación el tema, y luego hasta el gorgonzola, en cuyo punto se agota obviamente la paciencia de Pride, pues para consternación de Osnard abandona su monólogo sobre la cultura inca y el pensamiento peruano contemporáneo y prorrumpe en procaces carcajadas.

–¿Por qué no quieres ligar conmigo? –pregunta con voz estentórea para alarma de los comensales de las mesas cercanas–. ¿Qué tenía la chica del taxi que no tenga yo? ¡Pues vete a meterle mano a ella!
Pride, se sabe después, trabaja para una odiada agencia rival del servicio de inteligencia británico, que posee además la revista donde él escribe.
–Tenemos también a ese hombre del que le hablé –recuerda Osnard a Luxmore–. El que está casado con una empleada de la Comisión del Canal. No puedo evitar pensar que es el candidato ideal.

Ha estado pensando en ello, y en nada más, durante días y noches. «La suerte favorece sólo a las mentes preparadas.» Ha conseguido los antecedentes penales de Pendel, ha observado con detenimiento las fotografías de Pendel, de frente y de perfil, ha analizado sus declaraciones a la policía aunque en su mayor parte obviamente fueron inventadas por su circunstancial público, ha leído los informes de los psiquiatras y los asistentes sociales, los informes de comportamiento en prisión, ha averiguado todo lo que ha podido sobre Louisa y el pequeño mundo interior de la Zona. Como un adivino oculto, se ha adentrado en sus vibraciones e intimidades psíquicas, lo ha estudiado con la misma atención con que un vidente estudiaría el mapa de la impenetrable selva donde ha desaparecido el avión: voy a reunirme contigo, sé qué eres, espérame, «la suerte favorece sólo a las mentes preparadas».

Luxmore reflexiona. Hace sólo una semana descartó a ese mismo Pendel para la elevada misión que tiene planeada: «¿Como mi escucha, Andrew? ¿Y el suyo? ¿En un destino de vital importancia? ¿Un sastre? ¡Seríamos el hazmerreír de nuestros superiores!»
Y cuando Osnard insiste de nuevo, esta vez después de un almuerzo, cuando Luxmore tiende a mostrarse más generoso: «Soy un hombre sin prejuicios, joven señor Osnard, y respeto su opinión. Pero esos tipos del East End siempre acaban apuñalándolo a uno por la espalda. Lo llevan en la sangre. ¡Santo Dios, aún no hemos llegado al punto de tener que reclutar presos!» Pero de eso hace una semana, y el tictac del reloj panameño resuena con mayor fuerza a cada segundo que pasa.
–¿Sabe? Creo que tenemos aquí un éxito seguro –declara Luxmore mientras se succiona los dientes y hojea por segunda vez el compendioso expediente de Harry Pendel–. Lo más prudente era estudiar primero a fondo todas las posibilidades, desde luego. Nuestros superiores sabrán valorar sin duda ese esfuerzo. –Se detiene en la inverosímil confesión del joven Pendel ante la policía, asumiendo toda la culpa, no delatando a nadie–. Cuando uno mira bajo la superficie, este hombre se revela como material de primera categoría, justo la clase de escucha que necesitamos en una pequeña nación llena de criminales. –Aspiración–. Durante el conflicto de las islas Falkland tuvimos a un tipo de características semejantes infiltrado en los muelles de Buenos Aires. –Sus ojos se posan por un instante en Osnard, pero no se advierte en su mirada indicio alguno de que considera a su subordinado igualmente apto para una sociedad con marcadas tendencias criminales–. Tendrá que domarlo, Andrew. Estos sastres del East End son salvajes por naturaleza, ¿se ve capaz?

–Creo que sí, señor. Si me da usted algún que otro consejo…
–Un villano es totalmente válido en este juego, siempre y cuando sea nuestro villano. –Los documentos de inmigración del padre que Pendel no llegó a conocer–. Y la esposa es sin duda una baza interesante –aspiración–, con un pie ya en la Comisión del Canal. Y además hija de un ingeniero norteamericano, Andrew; veo aquí un factor estabilizador. Y buena cristiana. Nuestro hombre del East End se ha rehabilitado, parece. La religión no ha supuesto una barrera. Y el propio interés ha desempeñado un papel decisivo, como de costumbre. –Aspiración–. Andrew, empiezo a ver que el asunto cobra forma en nuestro horizonte. Tendrá que repasar sus cuentas tres veces, es una simple advertencia.
Trabajará con ahínco, y posee olfato, astucia, pero ¿será usted capaz de controlarlo? ¿Quién va a manejar a quién? Ese es el problema. —Un vistazo a la partida de nacimiento de Pendel, con el nombre de la madre que lo abandonó—. Estos individuos saben cómo ganarse a la gente, eso es indudable, desde luego. Y cómo sacar tajada. Finalmente pienso que daremos el visto bueno. ¿Podrá hacerlo?
— Creo que sí, la verdad.
—Sí, Andrew. Yo también lo creo. Un tipo ciertamente espinoso, pero a nuestro servicio, eso es lo que cuenta. Tiene capacidad de asimilación, se ha formado en la cárcel, conoce el lado oscuro de la calle —aspiración— y las mezquindades del alma humana. Entraña riesgos, lo cual me agrada. Y también agradará a nuestros superiores. —Luxmore cierra ruidosamente la carpeta y reanuda sus paseos por la moqueta, esta vez en un radio mayor—. Si no podemos apelar a su patriotismo, podemos amenazarlo y apelar a su codicia. Permítame que lo instruya sobre la importancia de un escucha, Andrew.
— Por favor, señor.
El «señor», aunque reservado tradicionalmente al jefe del Servicio, es la aportación de Osnard al autopropulsado vuelo de Luxmore.
—Si tiene un mal escucha, joven señor Osnard, por más que lo ponga ante la caja fuerte del contrario con la combinación zumbándole aún en los oídos, volverá con las manos vacías. Lo sé. Me he visto en esa situación. Tuvimos unos así durante la conflagración de las islas Falkland. En cambio, a un buen escucha puede dejarlo en el desierto con los ojos vendados, y el olfato lo guiará a su objetivo en una semana. ¿Por qué? Porque tiene ese don, lo he visto muchas veces. Recuérdelo, Andrew. Si un escucha carece de ese don, no es nada.
— Lo recordaré —asegura Osnard.
Otro viraje. Se sienta de pronto ante su escritorio. Tiende la mano hacia el teléfono. La detiene.
— Llame al registro —ordena a Osnard—. Pídales un nombre en clave seleccionado al azar. Un nombre en clave revela la firmezade un propósito. Redacte un informe. No más de una página. Nuestros superiores son gente ocupada. —Por fin coge el auricular. Marca un número—. Entretanto haré un par de llamadas particulares a uno o dos influyentes ciudadanos que han jurado máxima reserva y cuyos nombres no deben salir a la luz. —Aspiración—. Esos aficionados de Hacienda sólo harán que ponernos trabas. Piense en el Canal, Andrew. Todo gira en torno al Canal. —Se interrumpe, deja el auricular de nuevo en la horquilla. Dirige la mirada a las ventanas de cristales tintados, donde unos negros nubarrones amenazan a la Madre de

Todos los Parlamentos—. Eso les diré, Andrew —susurra—. Todo gira en torno al Canal. Será nuestra consigna cuando tratemos la cuestión con gente de las distintas áreas de actividad.
Pero los pensamientos de Osnard siguen centrados en cuestiones terrenales.
—Tendremos que elaborar una complicada estructura de pagos para nuestro escucha, ¿no, señor?
— ¿Por qué? Tonterías. Las normas están para transgredirlas. ¿No se lo han enseñado? Claro que no. Todos esos instructores viven aún en el pasado. Veo que le queda alguna duda. No se la guarde.
— Verá, señor…
— Sí, Andrew.
— Me gustaría investigar su actual situación económica. En Panamá. Si se gana bien la vida…
— ¿Sí?
— Bueno, tendremos que ofrecerle una suma atractiva, ¿no? Si un tipo ingresa un cuarto de millón de dólares al año y le ofrecemos veinticinco mil, no es probable que se deje tentar. ¿Me explico?
— ¿Y? —Una mirada maliciosa, incitando al muchacho a seguir.
—En fin, señor, me preguntaba si alguno de sus amigos de la City, con algún pretexto, podría ponerse en contacto con el banco de Pendel y averiguar su estado de cuentas.
Sin dilación, Luxmore coge el auricular, la mano libre extendida junto a la costura del pantalón.

–Miriam, querida. Localízame a Geoff Cavendish. Si no lo encuentras, ponme con Tug. Ah, Miriam, es urgente.

Pasaron otros cuatro días hasta que Luxmore solicitó de nuevo su presencia. El lamentable extracto de cuentas de Pendel se hallaba sobre su escritorio, por gentileza de Ramón Rudd. Luxmore permanecía inmóvil frente a la ventana, saboreando un momento histórico.
– Se ha apropiado de los ahorros de su esposa, Andrew. Hasta el último penique. No ha podido resistirse a la usura. Nunca pueden. Lo tenemos en nuestras manos.
Aguardó mientras Osnard examinaba el extracto.
– Así pues, no le bastará con un sueldo –comentó Osnard, que en cuestiones económicas era notablemente más perspicaz que su jefe.
– ¿Y eso? ¿Por qué no?
– Un sueldo pasaría directamente al bolsillo del banquero. Vamos a tener que financiarlo desde el primer día.
–¿Cuánto?
A esas alturas Osnard tenía ya una cantidad en mente. La dobló, conociendo las ventajas de empezar de buen principio en la tónica en que se proponía seguir.
– ¡Dios mío, Andrew! ¿Tanto?
–Podría ser incluso más, señor –dijo Osnard sin contemplaciones–. Está con el agua al cuello.
Luxmore buscó consuelo en el perfil de la City.
– ¿Andrew?
– ¿Señor?

Librodot

– Ya le dije que una visión global se compone de distintos elementos.
– Sí, señor.
– Uno de ellos es la justa proporción. No me envíe basura.
Nada de rumores. Nada de «Tenga, Scottie, tome estos cuatrochismes y a ver qué pueden hacer sus analistas». ¿Queda claro?
–No del todo, señor.
–Nuestros analistas son idiotas. No establecen conexiones. No ven formarse nuevas perspectivas en el horizonte. Uno debe recoger mientras siembra. ¿Me entiende? Un gran agente secreto atrapa la historia por sorpresa. No podemos esperar que un insignificante oficinista que trabaja en la tercera planta de nueve a cinco y está preocupado por su hipoteca atrape la historia por sorpresa. ¿No cree? Para eso se requiere un hombre de amplias miras. ¿O no?
–Haré lo que pueda, señor.
–No me falle, Andrew.
–Lo procuraré, señor.
Pero si Luxmore se hubiese vuelto en ese instante, habría advertido con asombro que la actitud de Osnard no mostraba la sumisión implícita en su tono de voz. Una sonrisa triunfal iluminaba su cándido y juvenil rostro, y chispas de codicia brillaban en sus ojos. Tras preparar el equipaje, vender el coche, jurar fidelidad a media docena de novias y llevar a cabo otras tareas menores relacionadas con su partida, Andrew Osnard hizo algo que normalmente no cabría esperar en un joven inglés a punto de emprender viaje para servir a la reina en tierras remotas. Por mediación de un pariente lejano que vivía en las Indias Occidentales abrió una cuenta numerada en Grand Cayman, asegurándose primero de que el banco elegido tenía una oficina en Ciudad de Panamá.

Osnard pagó al taxista del destartalado Pontiac y se adentró en la noche. El incómodo silencio y la exigua iluminación le recordaron el centro de adiestramiento. Sudaba, como casi siempre en aquel condenado clima. Los calzoncillos le pellizcaban la entrepierna. La camisa parecía un paño de cocina húmedo. No resistía aquella sensación. Coches con los faros apagados pasaban furtivamente junto a él por la calle mojada. Altos y cuidados se-tos proporcionaban una mayor discreción. Había dejado de llo-ver no mucho antes. Cartera en mano, cruzó un patio asfaltado. Una Venus de plástico de dos metros de altura, iluminada desde el interior de la vulva, emitía un desagradable resplandor. Tropezó con una maceta, renegó, esta vez en español, y llegó a una hilera de garajes con cortinas hechas de cintas de plástico en los umbrales y bombillas de baja intensidad para alumbrar los números. Cuando se halló ante el número ocho, apartó las cintas de plás-tico, se acercó a un punto de luz roja situado en la pared del fondo y lo pulsó: el legendario botón. Una andrógina voz del más allá le dio las gracias por su visita.
– Me llamo Colombo. He reservado habitación.
–¿Prefiere una habitación especial, señor Colombo?
– Prefiero la que he reservado. Tres horas. ¿Cuánto es?
– ¿Seguro que no desea cambiarla por una especial, señor Colombo? ¿El salvaje Oeste? ¿Las mil y una noches? ¿Tahití? Son sólo cincuenta dólares más.
— No.

Librodot

— Ciento cinco dólares, por favor. Que tenga una feliz estancia.
— Déme un recibo por valor de trescientos —dijo Osnard.
Se oyó un zumbido, y un buzón iluminado se abrió a la altura de su codo. Depositó ciento veinte dólares en su boca roja, que se cerró de inmediato con un chasquido. Un momento de espera mientras los billetes pasaban por un detector, la propina debidamente registrada, el recibo falso preparado.
— Vuelva por aquí, señor Colombo.
Un haz de luz blanca casi lo cegó, un felpudo de color carmesí apareció ante sus pies, una puerta electrónica con el dintel arqueado se abrió. Un olor a desinfectante lo azotó como la vaharada de un horno. Una banda ausente interpretaba 0 Sole Mio. Empapado en sudor, echó un vistazo en torno buscando el aire acondicionado en el preciso momento en que oía ponerse en marcha el aparato. Espejos rosados en las paredes y el techo. Una congregación de Osnards cruzaba furibundas miradas. Un espejo en la cabecera de la cama, una colcha de terciopelo carmesí que resplandecía bajo la nauseabunda luz. Un neceser de regalo que contenía un peine, un cepillo de dientes, tres condones y dos tabletas de chocolate con leche. En una pantalla de televisión, dos matronas y un hombre latino con vello en el culo retozaban en una sala de estar. Buscó el interruptor para apagarla, pero el cable desaparecía en la pared.
¡Dios, qué típico!
Se sentó en la cama, abrió su ajada cartera y extendió el contenido sobre la colcha. Un paquete de papel carbón con el envoltorio de una marca panameña de holandesas para máquina de escribir. Seis carretes de película subminiatura ocultos en un aerosol de insecticida. ¿Por qué los dispositivos de camuflaje de la central parecían siempre comprados en los almacenes de excedentes rusos? Una grabadora subminiatura, sin disfraz. Una botella de whisky escocés, para consumo de los escuchas y sus supervisores. Siete mil dólares en billetes de veinte y cincuenta. Era una lástima despedirse de ellos pero había que considerarlo capital simiente. No obstante, optó finalmente por dejarlos en la cartera.
Y del bolsillo extrajo, en todo su incólume esplendor, el telegrama de cuatro hojas remitido por Luxmore, que Osnard dispuso hoja a hoja sobre la colcha para más fácil lectura. A continuación lo contempló con el entrecejo fruncido y la boca abierta, seleccionando párrafos, memorizando y desechando simultáneamente, del mismo modo que un actor de la escuela Stanislavsky-Strasberg podía aprenderse un papel: diré esto pero de manera distinta; eso otro no lo mencionaré siquiera; haré esto pero a mi modo, no al suyo. Oyó el motor de un coche que se detenía ante el garaje número ocho. Se puso en pie, se guardó el telegrama en el bolsillo y se quedó en el centro de la habitación. Oyó el golpe de una puerta pequeña y pensó: un todoterreno. Oyó acercarse unas pisadas y pensó: «Anda como un camarero», aguzando a la vez el oído para escuchar posibles sonidos no tan amistosos. ¿Harry se ha vendido y me ha delatado? ¿Ha traído una pandilla de gorilas para detenerme? Claro que no, pero sus instructores le habían enseñado que era prudente plantearse tales dudas, así que se las planteaba. Llamó a la puerta: tres golpes cortos y uno largo. Osnard quitó el pestillo y abrió, pero sólo parcialmente. En el pasillo estaba Pendel, aferrado a una elegante bolsa de viaje.
— ¡Santo cielo, Andy! ¿A qué se dedican esos tres? Me recuerdan a los Tres Tolinos del circo de Bertram Mills, adonde me llevaba mi tío Benny.

Librodot

— ¡Por Dios, Harry! —susurró Osnard, obligándolo a entrar en la habitación—. ¿A quién se le ocurre traer una bolsa con el sello de P & B?

No había sillas, así que se sentaron en la cama. Pendel llevaba puesta una panabrisa. Una semana atrás había confiado a Osnard que las panabrisas iban a ser su ruina: frescas, elegantes y cómodas, Andy, y sólo cuestan cincuenta dólares; no sé por qué me tomo tantas molestias con los trajes. Osnard entró directamente en materia. Aquello no era un encuentro casual entre el sastre y su cliente. Era servicio activo del más alto nivel, llevado a cabo conforme al manual del espía.

–¿Has tenido algún problema para llegar hasta aquí? –No, Andy, gracias; todo ha ido sobre ruedas. ¿Y tú? –¿Llevas encima material que esté mejor en mis manos que en
las tuyas?
Buscando a tientas en el bolsillo de su panabrisa, Pendel sacó primero el recargado encendedor y después una moneda, desatornilló la base y extrajo un cilindro negro que entregó a Osnard, sentado al otro lado de la cama.
– Sólo he gastado doce tomas, Andy, pero he pensado que mejor será que te las quedes. Cuando era joven, esperábamos a que se acabase el carrete para llevarlo a revelar. –¿Nadie te ha seguido, te ha reconocido? ¿Una moto? ¿Un coche? ¿Alguien sospechoso?
Pendel negó con la cabeza.
– ¿Qué harás si alguien nos sorprende? –Te dejaré a ti las explicaciones, Andy. Me marcharé a la menor oportunidad y aconsejaré a nis subinformadores que se escondan o se tomen unas vacaciones en el extranjero, y tú esperarás a que me ponga en contacto contigo cuando se reanude el servicio normal.
– ¿Cómo te pondrás en contacto conmigo? –preguntó Osnard.
–Por el procedimiento de emergencia. De cabina a cabina a las horas acordadas.
Osnard lo obligó a recitar las horas acordadas.
– ¿Y si eso falla? –prosiguió Osnard.
– Bueno, siempre nos queda la sastrería, ¿no, Andy? Tenemos pendiente una cita allí para probarte la chaqueta de tweed, lo cual nos proporciona una excelente excusa. Por cierto, es una maravilla –añadió Pendel–. Distingo una chaqueta perfecta en cuanto la
corto.
—¿Cuántas cartas me has enviado desde nuestro último encuentro?
– Sólo tres, Andy. No he podido escribir más. Estas últimas semanas no damos abasto. En mi opinión, la nueva sala de reuniones ha decantado realmente la balanza a mi favor.
– ¿Qué contenían?
–Dos facturas y una invitación a la presentación de nuevos artículos en la tienda. Te han llegado bien, ¿no? A veces me preocupa.
– Tienes que apretar más al escribir. Parte de la letra se pierde en las copias. ¿Utilizas bolígrafo o lápiz?
– Lápiz, Andy, como me dijiste.
Osnard buscó en el fondo de la cartera y sacó un lápiz de madera corriente.
– Prueba éste la próxima vez. Tiene una punta del cuatro. Más dura.

Librodot

En la pantalla de televisión, las dos mujeres habían abandonado a su hombre y se consolaban mutuamente.

Pertrechos. Osnard entregó a Pendel el aerosol de insecticida con los carretes de película. Pendel lo agitó, apretó la espita y sonrió al ver que funcionaba. Luego manifestó cierta inquietud por el plazo de caducidad de su papel carbón. ¿No perderán fuerza o algo así, Andy? Osnard le dio en todo caso otro paquete y le indicó que se desprendiese de lo que aún le quedase del anterior.
La red. Osnard deseaba conocer los progresos de cada subinformador y tomar nota en su cuaderno. La subinformadora Sabina, creación estelar y alter ego de Marta, estudiante disidente de ciencias políticas, responsable de la célula clandestina de maoístas organizada en El Chorrillo, solicitaba una prensa de mano para sustituir la vieja, ya inservible. Coste estimado, cinco mil dólares, ¿a menos que Andy supiese cómo conseguir una de segunda mano?
–Que la compre ella –resolvió Osnard sin pensárselo dos veces mientras anotaba «prensa de mano» y «diez mil dólares»–. Cuanto menos contacto, mejor. ¿Todavía cree que está vendiéndole información a los yanquis?
–Sí, Andy, hasta que Sebastián le diga lo contrario.
Sebastián, otro constructo de Marta, era el amante de Sabina, un iracundo abogado del pueblo y ex militante de los grupos anti-Noriega que, gracias a su humilde clientela, proporcionaba infor mación de fondo sobre curiosidades tales como las actividades clandestinas de la comunidad árabe.
— ¿Y qué se sabe de Alfa Beta? —preguntó Osnard.
El subinformador Beta era obra del propio Pendel: miembro de la comisión consultiva sobre asuntos del Canal de la Asamblea Legislativa y representante a tiempo parcial de inversionistas interesados en encontrar un destino respetable para su dinero. Alfa, la tía de Beta, era secretaria de la Cámara de Comercio panameña. En Panamá todo el mundo tenía una tía situada en algún puesto útil.
— Beta está de viaje en su distrito electoral para dejarse ver por los votantes, Andy; por eso no tenemos noticias suyas. Pero el próximo jueves asistirá a una reunión con la Cámara de Comercio e Industria de Panamá y el viernes cenará con el vicepresidente, así que ya se ve luz al final del túnel. Y a Londres le gustó su última contribución, ¿no? A veces tiene la impresión de que no se lo valora.
—No estaba mal. Para empezar.
— Y de hecho se preguntaba si no merecería una prima. Por lo visto, Osnard se lo preguntó también, pues tomó nota, añadió una cantidad y trazó un círculo alrededor.
—Te lo confirmaré el próximo día —dijo—. ¿Y qué hay de Marco?
— Marco está, como yo digo, a punto de caramelo. Anoche nos vimos. He conocido a su esposa, hemos sacado a pasear al perro juntos y hemos ido al cine.
—¿Cuándo vas a planteárselo?
— La semana que viene, Andy, si reúno valor.
—Pues reúne valor. Salario inicial, quinientos semanales, sujeto a revisión al cabo de tres meses, pagado por adelantado. Una prima de cinco mil dólares cuando firme en la línea de puntos.

Librodot

— ¿Para Marco?
—Para ti, estúpido —respondió Osnard, entregándole un vaso de whisky en todos los espejos a la vez.
Osnard daba la clase de señales que da la gente en una posición de autoridad cuando tiene algo desagradable que decir. Con un mohín de disgusto en sus carnosas facciones, echó un vistazo a los acróbatas que retozaban en la pantalla de televisión.
— Se te ve muy contento hoy —dijo de pronto con tono acusador.
— Gracias, Andy, y os lo debo a ti y a Londres.
— Es una suerte que estés pagando el crédito, ¿no? Y digo que lo estés pagando, porque te recuerdo que aún no lo has pagado todo.
—Andy, doy gracias al Creador todos los días por ello, y la idea de que estoy saldando la deuda con mi esfuerzo me llena de alegría. ¿Hay acaso algún problema?
Osnard había adoptado el tono de los jefes de curso en el colegio, sólo que por aquel entonces él era siempre el que tenía que escucharlo, y por lo general antes de una paliza.
—Pues sí. Lo hay. Un serio problema.
— ¡Vaya por Dios!
— Lamentablemente Londres no está tan satisfecho contigo como pareces estarlo tú.
— ¿Y por qué, Andy?
— Por nada. Una nimiedad. Simplemente han llegado a la conclusión de que H. Pendel, el superespía, es un estafador desleal, tramposo y embustero.

La sonrisa de Pendel experimentó un lento pero total eclipse. Sus hombros se encorvaron, y sus manos, hasta ese momento apoya-das en la cama, se posaron en actitud sumisa frente a su cuerpo, para demostrar al policía que eran inocuas.
— ¿Por alguna razón en particular, Andy? ¿O es más bien una impresión general?
— Por otra parte, no están en absoluto satisfechos con el condenado señor Mickie Abraxas.
Pendel alzó al instante la cabeza.
—¿Por qué? ¿Qué ha hecho Mickie? —preguntó con inesperado brío; es decir, inesperado para él. Con tono agresivo, añadió–: Mickie no está metido en esto.
–¿En qué?
–Mickie no ha hecho nada.
– No. En efecto. He ahí el problema. Y desde hace demasiado tiempo. Salvo tener la deferencia de aceptar diez mil pavos contantes y sonantes como acto de buena voluntad. ¿Y tú qué has hecho? Lo mismo que él: nada. Contemplar a Mickie mientras él se contempla el ombligo. –Su voz había adquirido el afilado tono sarcástico de un adolescente–. ¿Y qué he hecho yo? Concederte una generosa prima por productividad, vaya chiste, o para decirlo claramente, por reclutar a un subinformador en extremo improductivo, a saber, un tal señor Abraxas, azote de tiranos y paladín del hombre corriente. En Londres están desternillándose de risa. Preguntándose si el supervisor de campo, yo, no es demasiado bisoño y demasiado crédulo para

mezclarse con gente de vuestra calaña, con vagos y codiciosos como el señor Abraxas y como tú.
La diatriba de Osnard había caído en oídos sordos. En lugar de aplanarse, Pendel pareció relajarse, revelando que sus temores habían pasado, y que aquello no era nada en comparación con sus pesadillas. Volvió a apoyar las manos a los costados, cruzó las piernas y se recostó contra la cabecera de la cama.
– ¿Y qué propone Londres respecto a Mickie, Andy, si puede saberse? – preguntó, mostrándose receptivo.

Osnard había abandonado el tono autoritario, dando paso a la simple indignación.
– Ya está bien de tanta gazmoñería con sus deudas de honor. ¿Y su deuda de honor con nosotros? Ya está bien de dejarnos con la miel en los labios: «No puedo decírtelo ahora; te lo diré el mes que viene.» Ya está bien de tenemos en vilo con una conspiración que no existe, un puñado de estudiantes con los que sólo él puede hablar, un puñado de pescadores que sólo aceptarán como interlocutores a los estudiantes, y bla, bla. ¿Quién demonios se ha pensado que es? ¿Por quiénes nos toma? ¿Una pandilla de idiotas?
–El problema son sus lealtades, Andy. Tiene fuentes de información muy discretas, como las tuyas. Necesita el visto bueno de mucha gente.
–¡A la mierda sus lealtades! Llevamos ya tres semanas esperando por culpa de sus dichosas lealtades. Si tan leal es, no debería haberte hablado de su movimiento. Pero te lo contó todo. Así que ahora lo tienes entre la espada y la pared. Y en nuestro oficio, cuando uno tiene a alguien entre la espada y la pared, no se que-da de brazos cruzados. No se tiene a todo el mundo esperando la respuesta al sentido del universo porque un borracho altruista necesita tres semanas para pedir permiso a sus amigos.
–¿Y qué hacemos, Andy? –preguntó Pendel en un susurro.
Y si Osnard hubiese poseído la sensibilidad o el oído necesarios, habría advertido en la voz de Pendel el mismo trasfondo que había aflorado en ella unas semanas atrás cuando, durante un almuerzo, se planteó por primera vez el posible reclutamiento de la Oposición Silenciosa de Mickie.
–Te diré con toda claridad qué debes hacer –espetó Osnard, entrando de nuevo en el papel de jefe de curso–. Vas a ese condenado señor Abraxas y le dices: «Mickie, lo siento pero tengo malas noticias. Mi amigo el millonario loco se ha impacientado. Así que a menos que desees volver al trullo panameño de donde has salido, bajo el cargo de conspiración con personas desconocidas para llevar a cabo lo que sea que estáis maquinando, canta ya de una vez. Porque si lo haces, te espera una buena bolsa de dinero, y si no lo haces, te espera un camastro muy duro en un espacio muy reducido.» ¿Es agua lo que hay en esa botella?
–Sí, Andy, eso parece. Y estoy seguro de que quieres un poco.
Pende! le entregó la botella, proporcionada por la dirección del hotel para la reanimación de clientes exhaustos. Osnard bebió, se enjugó los labios con el dorso de la mano y limpió la boca de la botella con su grueso índice. A continuación devolvió la botella a Pendel, pero éste decidió que no tenía sed. Tenía ganas de vomitar, pero no era la clase de náuseas que se cura con agua. Se debía más bien a su estrecha amistad con Abraxas, su compañero

Librodot

de celda, y a la idea de corromperla que acababa de sugerirle Osnard. Y lo que menos deseaba en ese momento era beber de una botella humedecida con la saliva de Osnard.
– Todo son fragmentos, fragmentos y más fragmentos –se quejaba Osnard, todavía sermoneando–. ¿Y a qué se reducen? A pura paja. A mañana será otro día. A espera y verás. Nos falta la visión global, Harry. Esa información básica que está siempre a la vuelta de la esquina. Londres la quiere ya. No pueden esperar más. Nosotros tampoco. ¿Me has entendido?
–Claramente, Andy. Claramente.
– Muv bien –dijo Osnard con un gruñido semiconciliador destinado a restablecer sus buenas relaciones.
Y de Abraxas, Osnard pasó a un asunto aún más próximo al corazón de Pendel: su esposa Louisa.

–Por cierto, Delgado sigue con su imparable ascenso, ¿te has enterado? –prorrumpió Osnard jovialmente–. El presi lo ha nombrado máximo no sé qué de la Comisión Rectora del Canal, por lo que se ve. Ya no puede subir mucho más alto sin quemarse el peluquín.
– Ya lo he leído –dijo Pendel.
–¿Dónde?
– En los periódicos. ¿Dónde, si no?
- ¿En los periódicos?
Ahora tocaba a Osnard sonreír, y a Pendel contenerse.
– ¿No te había informado Louisa, pues?
– No hasta que se hizo público. Nunca me contaría una cosa así antes de ser oficial.
Manténte a distancia de mi amigo, decía la mirada de Pendel Manténte a distancia de mi esposa.
– ¿Por qué no?
– Por discreción. Es su sentido del deber. Ya te lo he dicho.
– ¿Sabe que estás conmigo esta noche?
– Claro que no –repuso Pendel–. ¿Crees que soy tonto?
– Sin embargo sí sabe que pasa algo, ¿no? ¿Habrá notado tu cambio de vida y todo eso? No está ciega.

–Estoy diversificando mis actividades. Con saber eso, le basta. –Pero hay muchas maneras de diversificarse, ¿no? Y no todas buenas. Al menos para una esposa.
–A ella no le molesta –aseguró Pendel.
–No es ésa la impresión que a mí me dio, Harry, allí en la isla de Todo Tiempo. Me pareció un poco preocupada. No dramatizaba, no es su estilo. Pero sí quería que le aclarase si era normal a tu edad.
–Normal ¿qué?
–Buscar la compañía de todo el mundo. Veinticuatro horas al día. Excepto la suya. Andar de un lado a otro de la ciudad.
–¿Qué le contestaste? –preguntó Pendel.
–Que ya se lo haría saber cuando cumpliese cuarenta años. Es una gran mujer, Harry.
–Sí. Lo es. Así que no te acerques a ella.

–Simplemente pensaba que Louisa estaría más a gusto si pudieses tranquilizarla.
– Ya está tranquila.
–Sólo desearía que estuviese un poco más cerca del pozo, así de sencillo –insistió Osnard.
–¿Qué pozo?
– El pozo. La fuente. El origen de todo conocimiento. Delgado. Louisa le tiene cariño a Mickie. Lo admira. Me lo dijo. Adora a Delgado. Le horroriza la idea de que el Canal pueda venderse bajo mano. A mí me parece una apuesta segura. Desde mi perspectiva.
En los ojos de Pendel había aparecido de nuevo la mirada de recluso, hosca y hermética. Sin embargo Osnard no advirtió la retirada de Pendel a su mundo interior, prefiriendo expresar en voz alta sus reflexiones acerca de Louisa.
– Una candidata perfecta, si he de serte sincero.
–¿Quién?
– «Objetivo: el Canal» –dijo Osnard–. «Todo gira en torno al Canal.» En Londres no piensan en otra cosa. ¿Quién va a apropiárselo? ¿Qué harán con él? Todo Whitehall se muere por averiguar con quién habla Delgado en la trastienda. –Cerró los ojos en actitud pensativa—. Una chica estupenda. La mejor. Firme como una roca, leal hasta la tumba. Un material de primera.
—¿Para qué?
Osnard tomó un trago de whisky.
— Con un poco de ayuda por tu parte, vendiéndoselo de la manera adecuada, usando el lenguaje oportuno, no habrá problema —prosiguió, manifestando sus cavilaciones—. No requeriría acción directa. No se trata de pedirle que ponga una bomba en el palacio de las Garzas, que salga a la calle con los estudiantes, que vaya al mar con los pescadores. Sólo tendría que escuchar y observar.
— Observar ¿qué?
— No es necesario que menciones a tu amigo Andy, como tampoco se lo mencionaste a Abraxas y los otros. Haz hincapié en las obligaciones conyugales, es lo mejor. Aquello de honrarás y obedecerás. Louisa te pasa a ti el material, tú me lo pasas a mí, y yo lo envío a Londres. Pan comido.
— Ella siente veneración por el Canal, Andy. No lo traicionará. No sería propio de ella.
— ¡Estúpido, nadie habla de traicionarlo! ¡Se trata de salvarlo, por amor de Dios! Louisa piensa que el sol brilla en el culo de Delgado, ¿no es así?
— Es norteamericana, Andy —adujo Pendel—. Respeta a Delgado pero también ama a su país.
—¡Tampoco tiene que traicionar a su país! Es sólo cuestión de obligar al Tío Sam a permanecer al pie del cañón. Mantener las tropas in situ. Mantener las bases. ¿Qué más puede pedir? Ayudará a Delgado impidiendo que el Canal caiga en manos de sectores corruptos; ayudará a Estados Unidos informándonos de las maquinaciones de los panameños y sacando a la luz razones de peso para que las tropas norteamericanas sigan aquí. ¿Has dicho algo? No te he oído.
Pendel en efecto había hablado, pero la voz apenas le había salido de la garganta. Así que, como Osnard, se irguió y lo intentó de nuevo.
— Creo que debo de haberte preguntado cuál sería, a tu juicio, el valor de mercado de Louisa.

Osnard agradeció esta pregunta práctica. De hecho tenía intención de sacar el tema a relucir más adelante.
—El mismo que el tuyo, Harry. Tanto monta, monta tanto—respondió efusivamente—. El mismo sueldo base, las mismas primas. Para mí eso es una cuestión de principios. Las chicas valen tanto como nosotros. 0 más. Ayer precisamente se lo decía a Londres. Igual paga o no hay trato. Puedes doblar tus ingresos, Harry.
Un pie en la Oposición Silenciosa, otro en el Canal. Enhorabuena.
En la pantalla de televisión habían cambiado de película.
Ahora dos vaqueras desnudaban a un vaquero en medio de un desfiladero, y los caballos amarrados miraban en otra dirección.
Pendel hablaba en sueños, lenta y mecánicamente, más para sí mismo que para Osnard.
—Nunca lo haría.
— ¿Por qué no?
—Tiene principios.
— Los compraremos.
—No están en venta. Es como su madre. Cuanto más la presionas, más se resiste.
—¿Qué necesidad hay de presionarla? ¿Por qué no dejar que actúe por propia voluntad?
—Muy gracioso.
Osnard adoptó una actitud declamatoria. Extendió un brazo y se llevó la otra mano al pecho.
— «¡Soy un héroe, Louisa! ¡Tú también puedes serlo! ¡Marcha junto a mí! ¡Unete a nuestra cruzada! ¡Salva el Canal! ¡Salva a Delgado! ¡Denuncia la corrupción!» ¿Quieres que la tantee yo por ti?
— No. Y no te recomiendo que lo intentes.
—¿Por qué?
— No le gustan los ingleses, la verdad. A mí me tolera porque soy un caso aparte. Pero en lo que se refiere a las clases altas inglesas opina, corno su padre, que son todos, del primero al último, un hatajo de farsantes sin escrúpulos.
—A mí me pareció que le caía bien.
— Además, no espiaría a su jefe jamás.
— ¿Ni siquiera por un buen pellizco? ¿Tú crees?
—No le interesa el dinero, en serio —aseguró Pendel, todavía con voz mecánica—. Cree que ya tenemos suficiente, y además una parte de ella piensa que el dinero es algo perverso y debería abolirse.
—Pues le pagaremos su sueldo a su adorado marido. Contante y sonante. No es necesario que lo utilices para amortizar el préstamo. Tú te ocupas de la economía, y ella pone el altruismo. Ni siquiera tiene por qué enterarse.
Pero Pendel no respondió a este feliz retrato de la pareja de espías. Miraba la pared con rostro inexpresivo, preparándose para una larga condena.

En la pantalla de televisión el vaquero vacía de espaldas sobre una manta de ensillar. Las vaqueras, que conservaban sólo los sombreros v las botas, se hallaban de pie y lo contemplaban cada una desde un extremo, como si pensasen hacia qué lado envolverlo. Pero Osnard estaba demasiado ocupado

revolviendo en el interior de su cartera para prestarles atención, y Pendel seguía con la mirada fija en la pared.
— !Dios, casi me olvidaba! —exclamó Osnard.
Y extrajo un fajo de dólares, luego otro y otro, hasta que los siete mil dólares quedaron amontonados junto al insecticida, el paquete de papel carbón y el encendedor.
—Las primas. Perdona el retraso. Es culpa de los payasos del Departamento de Transferencias.
No sin cierto esfuerzo, Pendel dirigió la mirada hacia la cama.
— Yo no tenía ninguna prima pendiente de cobro. Y los demás tampoco.
— Te equivocas. A Sabina por el nivel de organización entre los estudiantes de cursos superiores. A Alfa por los tratos privados de Delgado con los japoneses. A Marco por las citas nocturnas del presidente. Premio para los tres.
Pendel movió la cabeza en un gesto de perplejidad.
— Tres estrellas para Sabina, otras tres para Alfa y una más para Marco —precisó Osnard—. Cuéntalo.
— No es necesario.
Osnard le tendió un recibo y un bolígrafo.
— Diez de los grandes: siete en mano para distribuir y otros tres para tu fondo de viudas y huérfanos, como de costumbre.
Desde algún lugar en las profundidades de su alma, Pendel firmó. Pero dejó el dinero en la cama, mirar y no tocar, mientras Osnard, cegado por la codicia, reanudó su campaña para el reclutamiento de Louisa. Pendel retornó a las sombras de sus íntimas reflexiones.

—Le gusta el marisco, ¿no?
—¿Y eso qué tiene que ver?
— ¿No sueles llevarla a algún restaurante en particular para vuestras celebraciones?
— La Casa del Marisco. Langostinos con salsa de queso y halibut. Nunca varía.
—Hay bastante espacio entre las mesas, ¿no? ¿intimidad suficiente?
—Vamos a esa marisquería en los aniversarios y los cumpleaños.
— ¿Alguna mesa en especial?
— En una esquina, junto a la ventana.
Osnard interpretó el papel de marido afectuoso, las cejas enarcadas, la cabeza seductoramente ladeada.
— «Tengo que anunciarte una cosa, cariño. He pensado que ya es hora de que lo sepas. Un servicio público. Comunicar la verdad a quienes tienen el poder para intervenir.» ¿Resulta convincente?
— Quizá. En un muelle antes de zarpar hacia el frente.
— «Para que tu querido padre no se revuelva en su tumba. Ni tu madre. Por tus ideales. Los ideales de Mickie. Y también los míos, aunque haya tenido que mantenerlos ocultos por razones de seguridad.»
—¿Y qué le digo acerca de los niños?
—De ello depende su porvenir.
—Bonito porvenir les espera, con su padre y su madre en chirona. ¿Has visto los brazos asomando en las ventanas de la cárcel? Una vez los conté. Uno

hace esas cosas cuando ha estado dentro. Veinticuatro por ventana, y hay una ventana por celda.
Osnard exhaló un suspiro, como si lo que venía a continuación fuese a dolerle más a él que a Pendel.
—Estás obligándome a plantearlo de una manera más drástica, Harry.
—Yo no te obligo a nada. Nadie te obliga.
--No deseo hacerte esto, Harry.
—Pues no lo hagas.
— He intentado convencerte por las buenas, Harry. No ha dado resultado, así que iremos al fondo de la cuestión.
—No lo hay, contigo no existe fondo.
— Las escrituras están a nombre de los dos, tuyo y de Louisa. Estáis en el mismo saco. Si quieres recuperar las escrituras, la de la sastrería y la del arrozal, Londres exigirá a cambio una aportación sólida de los dos. Si no la obtienen, se enturbiarán las relaciones y cortarán el grifo del dinero, dejándote contra las cuerdas. La sastrería, el arrozal, los palos de golf, el todoterreno, los niños, y la catástrofe completa.
Pendel tardó unos instantes en alzar la cabeza, como si le hubiese costado asimilar el fallo del juez.
— Eso es chantaje, ¿no, Andy?
—Las fuerzas del mercado, amigo mío.
Pendel se levantó lentamente y permaneció inmóvil unos segundos, los pies juntos, la cabeza gacha, contemplando los fajos de billetes, antes de meterlos en el sobre y guardar el sobre en la cartera con el paquete de papel carbón y el insecticida.
—Necesitaré unos días. —Hablaba al suelo—. Tendré que convencerla, ¿no?
— La solución está en tus manos, Harry.
Pendel se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies, sin alzar la cabeza.
—Ya nos veremos, Harry. En la fecha y el lugar previstos, ¿de acuerdo? Que vaya bien. Buena suerte.
Pendel se detuvo y se dio media vuelta. Su rostro revelaba sólo una pasiva aceptación del castigo.
—Igualmente, Andy. Y gracias por las primas, el whisky y las sugerencias respecto a Mickie y mi esposa.
—No hay de qué, Harry.
—Y no te olvides de pasar por la sastrería a probarte la chaqueta de tweed. Es lo que yo llamo recia pero elegante. Ya es hora de que hagamos de ti otro hombre.
Una hora más tarde, encerrado en el cubículo situado al fondo de la cámara acorazada, Osnard hablaba por el enorme auricular del teléfono secreto e imaginaba sus palabras recomponiéndose digitalmente en la velluda oreja de Luxmore. En Londres, Luxmore había ido temprano al despacho a fin de atender la llamada de Osnard.
— Le puse la zanahoria ante los ojos, señor, y luego le enseñé la vara —informó con la voz de joven héroe que reservaba para su superior—. De manera bastante enérgica, diría. Pero no acaba de decidirse. Mi esposa aceptará, no aceptará, ya veremos. No ha dado una respuesta definitiva.
— ¡Maldito sea!
—Eso mismo he pensado yo.
—Así que exige aún más dinero, ¿no?
— Eso parece.

Librodot

—No le sorprenda que un miserable actúe como tal, Andrew.
—Dice que necesita tiempo para convencerla —añadió Osnard.
— ¡E1 muy zorro! Tiempo para convencernos a nosotros, más probablemente. ¿Por cuánto está dispuesta a venderse? Dígamelo sin rodeos. ¡Santo Dios, después de esto vamos a tirar de la rienda!
— No ha dado una cifra concreta, señor.
—Claro que no. Es un negociador. Nos tiene bien cogidos y lo sabe. ¿Cuál es su estimación, Andrew? Usted lo conoce. ¿Cuál es su cálculo más pesimista?
Osnard guardó un instante de silencio que denotaba una detenida reflexión.
–Es inflexible –dijo con cautela.
–¡Ya sé que es inflexible! ¡Todos lo son! ¡Usted sabe que es inflexible! Nuestros superiores saben que es inflexible. Geoff sabe que es inflexible. Ciertos inversores privados amigos míos saben que es inflexible. Ha sido inflexible desde el primer día. Y lo será cada vez más. ¡Dios, si tuviéramos otra opción, no me lo pensaría dos veces! En la contienda de las islas Falkland nos encontramos con un individuo que nos costó una fortuna y no nos dio nada.
– Tenemos que pactar una cifra según los resultados –propuso Osnard.
– Siga.
–Un sueldo fijo sólo servirá para que se apoltrone.
– Coincido plenamente con usted. Se reiría de nosotros. Es lo que suelen hacer. Nos chupan la sangre y se ríen de nosotros.
–En cambio, a mayores primas, mayor entusiasmo muestra. Ya lo habíamos observado antes y ha vuelto a quedar claro esta noche.
– ¡Que si lo habíamos observado! –exclamó Luxmore.
– Tendría que haberlo visto meter los billetes en la bolsa.
– ¡Santo cielo!
– Por otro lado, hay que reconocer que nos ha traído a Alfa y Beta y los estudiantes, tiene al Oso en una situación de semiconocimiento, ha reclutado a Abraxas hasta cierto punto, y ha reclutado a Marco.
–Y hemos pagado por todas y cada una de sus aportaciones. Generosamente. ¿Y qué hemos recibido a cambio hasta la fecha? Promesas. Migajas. «Lo grande está al caer.» Me pone enfermo, Andrew. Enfermo.
– He sido tajante a ese respecto, señor, si me permite decirlo.
Luxmore adoptó de inmediato un tono menos severo.
– No lo dudo, Andrew. Si ha dado esa impresión, le pido que me disculpe. Siga, por favor.
– Mi convicción personal… –continuó Osnard con afectada inseguridad.
–¡Que es la única que cuenta, Andrew!
–… es que debemos trabajar sólo con arreglo a incentivos. Si entrega material, pagamos. Y lo mismo reza, según él, en el caso de que nos proporcione a su esposa.
–¡Virgen santísima, Andrew! ¿Eso ha dicho? ¿Ha vendido a su esposa?
–Todavía no, pero está en venta.
–En veinte años de servicio, Andrew, no he conocido a un solo hombre que vendiese a su esposa por dinero.
Osnard hablaba de un modo especial cuando trataba cuestiones económicas, con un ronroneo suave y fluido.
–Propongo que le paguemos una prima fija por cada subinformador que reclute, incluida su esposa, determinando la prima en función del sueldo

percibido por el subinformador. Una cuota proporcional. Si ella obtiene una prima, él se lleva una parte.
– ¿Adicional?
– Naturalmente. Queda por decidir asimismo la cantidad que Sabina debe pagar a sus estudiantes.
– ¡No los mime demasiado, Andrew! ¿Y qué hay de Abraxas?
– Cuando la organización de Abraxas nos informe de la conspiración, si es que eso ocurre, Pendel recibirá la misma comisión, un veinticinco por ciento de lo que paguemos a Abraxas y su grupo en concepto de primas.
En esta ocasión fue Luxmore quien guardó un instante de silencio.
–«Si es que eso ocurre.» ¿He oído bien? ¿Qué significa eso exactamente, Andrew?
– Lo siento, señor, pero no puedo evitar preguntarme si Abraxas no nos estará tomando el pelo. 0 el propio Pendel. Discúlpeme. Es ya un poco tarde. –Andrew.
–Sí, señor.
– Atienda, Andrew. Es una orden. Hay una conspiración. No se desanime sólo por cansancio. Claro que hay una conspiración. Usted lo cree, yo lo creo. Uno de los mayores forjadores de opinión del mundo lo cree también. Íntimamente. Profundamente.
Las mentes más preclaras de Fleet Street lo creen, o pronto lo creerán. Existe una conspiración en marcha, pergeñada por un perverso núcleo de la élite panameña, centrada en el Canal, y la descubriremos. ¿Andrew? — Súbitamente alarmado—. ¡Andrew!
—¿Señor?
— Llámeme Scottie, si no le importa. Apéeme ya el tratamiento. ¿Lo inquieta algo, Andrew? ¿Lo han desbordado las presiones? ¿Se encuentra a gusto? Santo Dios, yo me siento como un ogro por no haberme interesado por su bienestar personal en medio de todo esto. No carezco de influencias en los pasillos de los pisos superiores, y tampoco al otro lado del rio. Me entristece que un joven leal y diligente no pida nada para sí en este mundo materialista.
Osnard rió con la risa pudorosa de un joven leal y diligente cuando se siente abochornado.
—No me vendrían mal unas horas de sueño si eso está a su alcance.
— Vaya y duerma, Andrew. Ahora mismo. Tanto como desee. Es una orden. Lo necesitamos.
— Lo haré, señor. Buenas noches.
— Buenos días, Andrew. Hágame caso, vaya a descansar ahora mismo, y cuando despierte, esa conspiración volverá a resonar en sus oídos como el toque de un cuerno de caza, y saltará usted de la cama e irá a su encuentro. Me consta; yo también he pasado por eso. Yo también lo he oído. Por eso fuimos a la guerra.
— Buenas noches, señor.

Pero la jornada del diligente y joven espía aún no había concluido ni mucho menos. «Consígnalo todo mientras aún tienes la información fresca en la memoria», le habían repetido sus instructores hasta la saciedad. Regresó a la sala acorazada, abrió el extraño cofre metálico del que únicamente él poseía la combinación y extrajo un volumen rojo encuadernado a mano similar en

peso e imponente apariencia a un cuaderno de bitácora, y circundado por una especie de cinturón de castidad cuyos extremos se unían en un cerrojo que Osnard también abrió. Volvió a su despacho, dejó el libro en la mesa junto a la lámpara, a corta distancia de la botella de whisky, y sacó sus anotaciones y la grabadora de la ajada cartera.
Aquel libro rojo era el instrumento indispensable para la redacción de informes creativos. En sus secretas páginas, las amplias áreas de información ajenas al conocimiento de la central, conocidas comúnmente como «los agujeros negros de los analistas», quedaban consignadas para uso del servicio de inteligencia. Y lo que los analistas ignoraban, según la elemental lógica de Osnard, no lo podían verificar. Y lo que no podían verificar, tampoco lo podían censurar. Osnard, como muchos escritores noveles, descubrió que era inesperadamente sensible a las críticas. Durante dos horas modificó, pulió, matizó y reescribió sin descanso hasta que el último informe BUCHAN para el servicio de inteligencia se ajustó como estacas hechas a medida a los agujeros negros de los analistas. Un tono lapidario, un alerta escepticismo y alguna que otra duda contribuían a darle un aire de mayor autenticidad. Por fin, satisfecho de su trabajo, telefoneó a Shepherd, su criptógrafo, le pidió que acudiese en el acto a la embajada y, partiendo de la idea de que los mensajes despachados a horas intempestivas impresionan más que los enviados en horas de oficina, le entregó un telegrama codificado a piano y encabezado con el rótulo INFORMACION RESERVADA/BUCHAN para su inmediata transmisión.
--Ojalá pudiese compartir esta información contigo, Shep —dijo Osnard con voz de soldado ante el cumplimiento de un deber ineludible al advertir la taciturna expresión con que Shepherd contemplaba los ininteligibles grupos de números.
—Lo mismo digo, Andy, pero cuando no se puede, no se puede, ¿no?
—Supongo —convino Osnard.
«Enviaremos al bueno de Shep», había dicho el jefe de personal. «Él mantendrá a Osnard en el buen camino.»

Osnard se montó en su coche pero no fue directamente a su apartamento, Condujo con resolución, pero hacia un objetivo indefinido. Un grueso fajo de billetes le rozaba la tetilla izquierda. ¿Qué encontraremos? Luces como flechas, fotografías en color de negras desnudas en marcos luminosos, letreros plurilingües anunciando SEXO EN VIVO. Muy respetable pero esta noche no estoy de humor. Siguió conduciendo. Chulos, camellos, policía, maricas, todos en pos de un dólar. Soldados de uniforme en grupos de tres. Pasó ante el club Costa Brava, especializado en jóvenes putas chinas. Gracias, queridas, pero las prefiero mayores y más agradecidas. Siguió adelante, dejándose guiar por los sentidos, que era lo que le gustaba que sus sentidos hiciesen. El antiguo impulso de Adán. Probarlo todo, no hay otra manera. ¿Cómo demonios va uno a saber si quiere algo hasta que lo ha comprado? Luxmore acudió de nuevo a su mente. «Uno de los mayores forjadores de opinión del mundo lo cree...» Debía de referirse a Ben Hatry. Luxmore había mencionado su nombre un par de veces en Londres. Había hecho algún juego de palabras con él. «Nuestro fondo benéfico, ja, ja... Tenemos la bendición de un patriótico magnate de los medios de

comunicación... Usted no ha oído nada, joven señor Osnard. El nombre de Harry no ha salido jamás de mis labios.» Aspiración dental. ¡Qué gilipollas! Osnard cambió de sentido en medio de la calle, golpeó el bordillo opuesto y subió a la acera. Soy diplomático, así que os jodéis. CASINO Y CLUB, rezaba el cartel, y en la puerta un rótulo advertía TODAS LAS ARMAS DEBEN DEJARSE A LA ENTRADA. Dos gigantes con capas y gorras de visera montaban guardia ante la puerta. Chicas en minifalda y medias de malla se movían sinuosamente al pie de una escalera roja. El sitio ideal para mí.

Eran las seis de la mañana.

— ¡Maldita sea, Andy Osnard, me tenías preocupada! —admitió Eran sinceramente cuando él se acostó en la cama junto a ella—. ¿Qué te ha pasado?

— La otra me ha dejado exhausto —dijo.

Pero su recuperación resultó evidente de inmediato.

La ira que invadió a Pendel al salir del hotel de citas no remitió cuando se montó en el todoterreno, ni mientras regresaba a casa a través de la bruma rojiza, ni cuando se acostó en su lado de la cama de Bethania con el corazón acelerado, ni cuando despertó a la mañana siguiente. «Necesitaré unos días», había mascullado al despedirse de Osnard. Pero no eran los días lo que él contaba. Eran los años. Eran todos los caminos erróneos que había tomado por complacer. Eran todos los insultos que se había guardado por no indisponerse con la gente, prefiriendo aplastarse a provocar lo que el tío Benny llamaba un gewalt. Eran todos los gritos que había ahogado en su garganta antes de que llegasen al aire libre. Era toda una vida de cólera frustrada presentándose sin previa invitación entre la legión de personajes que, a falta de una definición más precisa, operaban bajo el nombre de Harry Pendel.

Y lo despertó como un toque de clarín, reanimándolo y abrumándolo con reproches en una violenta ráfaga, agrupando bajo su bandera a todas sus otras emociones. El amor, el miedo, la indignación y la venganza se hallaban entre los primeros voluntarios. Derribó el débil tabique que hasta ese momento había separado la realidad de la ficción en el alma de Pendel. Dijo: «¡Basta ya!» y «¡Ataca!», y no toleró deserciones. Pero atacar ¿qué? ¿Y con qué?

«Queremos comprar a tu amigo —decía Osnard—. Y si no podemos, lo enviaremos de nuevo a la cárcel. Has estado alguna vez en la cárcel, Pendel.»

Sí. Y Mickie también. Y lo vi allí dentro. Y apenas tenía fuerzas para saludar.

«Queremos comprar a tu esposa —decía Osnard--. Y si no podernos, la dejaremos en la calle, y a tus hijos con ella. ¿Has estado alguna vez en la calle, Pendel?->

De ahí vengo.

Y estas amenazas eran pistolas, no sueños. Apuntadas contra su cabeza y empuñadas por Osnard. Sí, Pendel le había mentido, si podía llamarse a eso mentir. Había dicho a Osnard lo que quería oír y había hecho lo imposible por conseguírselo, incluso inventarlo. Cierta gente mentía por placer, por sentirse más audaces y astutos que los modestos conformistas que convivían con sus panzas y decían la verdad. Pero ése no era el caso de Pendel. Pendel mentía por conformismo. Por decir lo correcto en todo momento, incluso si lo

correcto estaba en un lado y la verdad en otro. Por soportar la presión hasta, poder zafarse y marcharse a casa.
Pero de la presión de Osnard no podía zafarse.

Recriminándose, Pendel recurrió al repertorio de costumbre. Ducho en la tarea de acusarse de sus pecados, se mesó los cabellos e invocó a Dios como testigo de sus remordimientos. ¡Estoy acabado! ¡Es una sentencia! ¡Volveré a la cárcel! ¡La vida entera es una cárcel! ¡Poco importa si estoy dentro o fuera! ¡Y soy yo el culpable de todo! Pero su ira no se disipaba. Eludiendo el cristianismo cooperativo de Louisa, se acogió al temeroso lenguaje vagamente recordado que el tío Benny empleaba en sus esfuerzos de expiación, entonados en el pub ante una jarra vacía de cerveza: «Hemos hecho daño, hemos corrompido y arruinado... Somos culpables, hemos traicionado... Hemos robado, hemos asesinado... Nos hemos apartado de la verdad, y la realidad es para nosotros un mero pasatiempo. Nos escondemos tras distracciones y juguetes.» La ira se resistía a abandonarlo. Acompañaba a Pendel a dende quiera que fuese, como un gato en una mala pantomima. Incluso cuando acometía el despiadado análisis histórico de su despreciable comportamiento desde el origen de los tiempos hasta el presente, su ira retiraba la espada de su pecho para blandirla contra los corruptores de su humanidad.
Al principio fue el Verbo, se dijo, un verbo muy hostil. Llegó de labios de Andy cuando irrumpió en la sastrería, y no había posibilidad de resistirse porque era presión, no sólo en relación con los vestidos de verano sino también con cierto Arthur Braithwaite, más conocido por Louisa y los niños como Dios. Y de acuerdo, en rigor Braithwaite no existía. ¿Por qué tenía que existir? No es imprescindible que un dios exista para realizar su cometido.
Y en virtud de lo anterior me convertí en puesto de escuchó. Así que escuché. Y oí unas cuantas cosas. Y lo que no oía propia-mente hablando, lo oía en mi imaginación, que era lo lógico dado el nivel de presión ejercida. Soy una empresa de servicios, así que servía. ¿Qué tiene eso de malo? Y después, en algún punto, se produjo lo que yo llamaría un florecimiento, que consistió en oír muchas más cosas y mejorar con la experiencia, porque algo que uno aprende enseguida sobre el espionaje es que, como los negocios, como el sexo, debe mejorar o no va a ninguna parte.
De modo que entré en lo que podría llamarse la etapa de audición positiva, en la que ciertas palabras se ponen en boca de ciertas personas que las habrían pronunciado si en su momento se les hubiesen ocurrido. Que en todo caso es lo que cualquiera hace. Además fotografié algún que otro papel del maletín de Louisa, lo cual no me gustaba pero Andy insistió y, bendito sea, le encantan las fotografías. Pero eso no era robar. Era mirar. Y todo el mundo tiene derecho a mirar, digo yo. Con o sin un encendedor en el bolsillo.
Y de lo que ocurrió a continuación Andy tuvo toda la culpa. Yo nunca lo alenté, ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta que él lo sugirió. Andy me exigió subinf ormadores, y un subinforrnador es algo muy distinto del habitual informador inconsciente, y requiere lo que yo llamo un salto cualitativo, además de una sustancial retribución acorde a la actitud mental del proveedor. Pero hay algo sobre los subinformadores que conviene mencionar. Los subinformadores, cuando uno empieza a conocerlos, son

gente agradable, mucho más que otros que ocupan un espacio algo mayor en la realidad, pues los subinformadores son una familia secreta que no contesta de mala manera ni tiene problemas a menos que uno así se lo indique. Los subinformadores se obtienen convirtiendo a los amigos en lo que ya casi son, o les gustaría ser pero en sentido estricto nunca llegarán a ser. 0 incluso en lo que no les gustaría ser en absoluto, pero racionalmente podrían haber sido, considerando lo que son.
Tomemos, por ejemplo, a Sabina, que Marta basaba poco más o menos en sí misma pero no por completo. 0 tomemos al típico estudiante exaltado que fabrica bombas caseras y espera el momento de cometer atrocidades. 0 tomemos a Alfa y Beta, y a otros que por razones de seguridad deben permanecer en el anonimato. 0 tomemos a Mickie con su Oposición Silenciosa y esa escurridiza conspiración a la que nadie es capaz de dar forma concreta, y que, a mi juicio, fue una idea genial, excepto por el ligero inconveniente de que tarde o temprano, y de hecho más bien temprano que tarde, yo sí voy a tener que darle forma concreta de modo tal que satisfaga a todas las partes, debido a la implacable presión de Andy. 0 tomemos a la gente del otro lado del puente y auténtico corazón de Panamá, que nadie es capaz de localizar salvo Mickie y un puñado de estudiantes con un estetoscopio. 0 tomemos a Marco, que no accedería hasta que indujese a su esposa a hablar con él seriamente sobre el nuevo frigorífico con congelador que quería comprar y el segundo coche y la posibilidad de matricular al niño en el instituto Einstein, cosa que yo podría solucionar si Marco se aviniese a intervenir en otros frentes, ¿y no debería su esposa quizá sostener otra conversación con él a ese respecto?
Todo afluencia. Hilos sueltos, sacados de la nada, tejidos y cortados a medida.
De manera que uno crea sus subinformadores y se dedica a escuchar por ellos, a cargar con sus preocupaciones, a investigar y leer por ellos, y a oír a Marta hablar de ellos, y los coloca en los lugares y momentos adecuados y por lo general saca el máximo partido posible a sus ideales, sus problemas y sus rarezas, tal como hago en la sastrería. Y les paga, que es lo correcto. Parte va directamente a sus bolsillos, y el resto se guarda con miras al futuro a fin de que no hagan ostentación, se pongan en evidencia y corran el riesgo de ser castigados con todo el rigor de la ley. El único problema es que mis subinformadores no pueden meterse el dinero en el bolsillo, unos porque no saben que lo han ganado y otros por-que ni siquiera tienen bolsillos propiamente dichos, así que va a parar a mis bolsillos. Pero eso es lo más justo si nos detenemos a pensar, pues al fin y al cabo no se lo han ganado ellos, ¿no? Es fruto de mis desvelos, así que me lo embolso yo. 0 Andy lo ingresa por mí en el fondo de viudas y huérfanos. Y los subinformadores no se enteran de nada, que es lo que Benny habría llamado un timo incruento. ¿Y qué es la vida sino una pura invención? Empezando por la necesidad de inventarse uno a sí mismo.
Los reclusos, como es sabido, poseen su propia moralidad. Y ése era el caso de Pendel.

Y tras flagelarse y exonerarse debidamente, recobró la paz, salvo que el gato negro seguía mirándolo ceñudo y la paz que sentía era una paz armada, una indignación constructiva más intensa y lúcida que cualquier otra que

hubiese sentido en una vida pródiga en injusticias. La notaba en las manos, crispadas y con un continuo hormigueo. En la espalda, sobre todo en los hombros. En la cadera y los talones mientras deambulaba por la casa o la sastrería. Y en este estado de exaltación era capaz de cerrar los puños y golpear el cerco de madera del banquillo de los acusados que mentalmente siempre lo rodeaba, y proclamar su inocencia, o algo tan cercano a la inocencia que prácticamente podía considerarse como tal: Porque, ya puesto, su señoría, le diré otra cosa, si borra de su cara esa sonrisa de ilustrísimo cordero: hacen falta dos para bailar un tango. Y el señor Andrew Osnard, miembro del celestial como se llame de su majestad la reina, baila el tango. Lo percibo. Si él lo percibe también es otra cuestión, pero yo diría que sí. A veces la gente no es consciente de lo que hace. Pero Andy está azuzándome. Está convirtiéndome en mucho más de lo que soy, contándolo todo dos veces y fingiendo que sólo ha sido una, y además huele a corrupción, olor que conozco bien, y Londres es peor que él.

En este punto de sus reflexiones Pendel dejó de dirigirse a su Creador, a su señoría o a sí mismo, y fijó la mirada en la pared de su taller, donde casualmente cortaba una vez más un traje destinado a mejorar la vida para Mickie Abraxas, el que le permitiría recuperar a su esposa. A esas alturas, después de tantos trajes, Pendel podría haberlo cortado con los ojos cerrados. Pero los tenía bien abiertos, al igual que la boca. Parecía falto de oxígeno, pese a que su taller, gracias a las grandes ventanas, contenía más que suficiente suministro. En el estéreo sonaba Mozart pero no era Mozart lo que su ánimo necesitaba. Lo apagó con una mano sin mirar siquiera. Con la otra dejó la tijera, pero su mirada no se alteró. Siguió fija en el mismo punto de la pared, que a diferencia de otras paredes que había conocido no era gris granito ni verde cieno sino de un relajante color gardenia fruto del esfuerzo conjunto de Pendel y su decorador.
De pronto habló. En voz alta. Y pronunció una sola palabra.
No como podría haberla pronunciado Arquímedes. No sustentada en una emoción reconocible. Sino con el tono de las básculas parlantes que habían alegrado las estaciones de su infancia. Mecánicamente pero con rotundidad.
–Jonás _-dijo.
Harry Pendel había alcanzado por fin la visión global, Flotaba ante sus ojos en aquel mismo instante, intacta, soberbia, fluorescente, completa. La había poseído desde el principio, comprendió entonces, como un fajo de billetes en el bolsillo trasero del pan-talón mientras pasaba hambre, pensaba que no tenía nada, forcejeaba, se esforzaba por obtener un conocimiento inasible. ¡Y sin embargo ya lo poseía! ¡Estaba allí, a su disposición, en su reserva secreta! ¡Y se había olvidado de su existencia hasta ese momento! Y de pronto se alzaba ante él en todo su esplendor polícromo. Mi visión global, que fingía ser una pared. Mi conspiración que por fin ha encontrado una causa. La versión original e íntegra. Presentada en sus pantallas a petición del público. Y radiantemente iluminada por la ira.
Y su nombre es Jonás.

Hace ya un año pero en la acrobática memoria de Pendel es aquí y ahora, y sucede en la pared, frente a él. Es una semana después de la muerte de

Benny. Es el segundo día del primer trimestre de Mark en el Einstein y un día después de la reincorporación de Louisa a la Comisión del Canal como empleada remunerada. Pendel conduce su primer todoterreno. Viaja con rumbo a Colón y tiene dos objetivos: la visita mensual al almacén textil del señor Blüthner y el ingreso por fin en la Hermandad.
Conduce deprisa, como todo aquel que va camino de Colón, en parte por temor a los asaltantes, en parte por el placer anticipado de hallarse entre las riquezas de la Zona Libre. Viste un traje negro que se ha puesto en la sastrería para no causar exasperación en casa y lleva una barba de seis días. Cuando Benny lloraba la pérdida de un amigo, dejaba. de afeitarse. Pendel no puede hacer menos por Benny. Incluso ha comprado un sombrero de fieltro negro, si bien se propone dejarlo en el asiento trasero.
– Es un sarpullido –explica a Louisa, quien por su seguridad y bienestar no ha sido informada de la verdadera muerte del tío Benny, pues ya años atrás fue inducida a creer que Benny había fallecido en la sordidez del alcoholismo y no representaba por tanto amenaza alguna. E invitándola a la preocupación, añade–: Me parece que es por esa loción de afeitar sueca que he probado con la idea de venderla en la boutique.
– Harry, debes escribir a esos suecos y advertirles que la loción es peligrosa. No es apta para pieles sensibles. Es una amenaza para la salud de nuestros hijos, no cumple las normas de sanidad suecas, y si el sarpullido persiste, tendrás que demandarlos.
—Ya he redactado la carta —asegura Pendel.
Su ingreso en la Hermandad es el deseo póstumo de Benny, manifestado en una carta escrita ya al límite de sus mermadas facultades y recibida en la sastrería después de su muerte:

Harry, muchacho, has sido para mí una joya de incalculable valor, quedándote sólo una tarea pendiente, que es la Hermandad de Charlie Blüthner. Tienes un buen negocio, dos hijos y quién sabe qué más te deparará el futuro. Pero la guinda sigue al alcance de tu mano y no me explico por qué no la has cogido aún después de tantos años. En Panamá la gente que Charlie no conoce es porque no merece la pena conocerlos, y además las buenas obras y la influencia han ido siempre de la mano, y con el respaldo de la Hermandad nunca te faltará trabajo ni pasarás privaciones. Charlie dice que la puerta sigue abierta, y además está en deuda conmigo. Aunque nunca tan en deuda como yo contigo, hijo mío, ahora que hago cola en el pasillo esperando mi turno, que personalmente dudo mucho que llegue algún día pero no se lo digas a la tía Ruth. Este sitio no está mal si te gustan los rabinos.
Mis bendiciones,
BENNY.

En Colón el señor Blüthner gobierna dos mil metros cuadrados de oficinas llenos de ordenadores y alegres secretarias con blusas de cuello alto y faldas negras, y es el segundo hombre más respetable del mundo después de Arthur Braithwaite. Cada mañana a las siete sube a bordo del avión de su empresa y, tras un vuelo de veinte minutos, aterriza en el aeropuerto France Field de Colón, entre las avionetas de estridentes colores de los ejecutivos colombianos que se han acercado a hacer unas compras en las tiendas

Librodot

libres de impuestos o, de estar muy ocupados, han enviado a sus mujeres. Cada tarde a las seis vuela de regreso a casa, salvo los viernes, que vuelve a las tres, y en el Yom Kippur, fecha en que la empresa cierra por vacaciones y el señor Blüthner expía unos pecados que nadie conoce salvo él y, hasta hace una semana, el tío Benny.

— Harry.

— Señor Blüthner, me alegro de verlo.

Es siempre lo mismo. La enigmática sonrisa, el formal apretón de manos, la impermeable respetabilidad, y ninguna alusión a Louisa. Con la excepción de que hoy la sonrisa es más triste, el apretón más prolongado, y el señor Blüthner lleva una corbata negra.

—Tu tío Benjamín era un gran hombre —declara, dándole una palmada en el hombro a Pendel con su blanca y pequeña zarpa.

— Un coloso, señor B.

—¿Prospera tu negocio, Harry?

—He tenido suerte, señor B.

— ¿No te preocupa el calentamiento del planeta? ¿La posibilidad de que pronto nadie compre tus chaquetas?

— Cuando Dios inventó el sol, señor Blüthner, tuvo la sabiduría de inventar también el aire acondicionado.

— Y te gustaría conocer a ciertos amigos míos —dice el señor Blüthner con una chispeante sonrisa.

— No sé por qué lo he retrasado tanto —se lamenta Pendel.

Cualquier otro día habrían subido por la escalera de atrás hasta el departamento de telas para que Pendel pudiese admirar las nuevas alpacas. Hoy, en cambio, salen a las abarrotadas calles, el señor Blüthner encabezando la marcha a paso ligero, y por fin, sudando como estibadores, llegan ante una puerta sin ningún distintivo especial. El señor Blüthner tiene ya una llave en la mano, pero primero dirige un pícaro guiño a Pendel.

— ¿No te importa que sacrifiquemos a una virgen, Harry? ¿No tienes inconveniente en que emplumemos a unos cuantos schwartzers?

—No, si ése era el deseo de Benny, señor Blüthner.

Tras lanzar un vistazo de confabulador a uno y otro lado de la calle, el señor Blüthner hace girar la llave y da un vigoroso empujón a la puerta. Hace un año o más, pero sucede aquí y ahora. Frente a él, en la pared de color gardenia, Pendel ve esa misma puerta abierta, y la absoluta negrura lo atrae hacia su interior.

15

Dejando atrás la intensa luz del sol, Pendel se adentró en la noche más oscura tras los pasos de su guía. De inmediato perdió de vista al señor Blüthner y se quedó inmóvil, esperando a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad, sonriendo por si alguien lo ob-servaba. ¿ A quién encontraría allí, y con qué estrafalario atuendo? Olfateó el aire pero, en lugar del aroma del incienso o la sangre caliente, percibió un olor a humo de tabaco rancio y a cerveza. Gradualmente los instrumentos de la cámara de tortura cobraron forma: botellas detrás de una barra, un espejo detrás de las botellas, as, un

camarero asiático de edad provecta, un piano de color crema con retozonas muchachas pintadas burdamente en la tapa levantada, ventiladores de madera en el techo, una ventana cercana al techo con un cordel para abrirla, roto y demasiado corto. Y por último, porque resplandecían menos, los otros que como Pendel acudían en busca de la Luz, vestidos no con túnicas zodiacales y gorros cónicos, sino con los trajes de faena del mundo comercial panameño: camisas blancas de manga corta, pantalones abrochados bajo prominentes vientres, corbatas sueltas en el cuello con un estampado de coliflores rojas.

Conocía ya algunas caras de haberlas visto en la modesta periferia del club Unión: el holandés Henk, cuya esposa se había marchado recientemente a Jamaica con sus ahorros y un batería chino, y que al verlo se acercó a él de puntillas, en actitud solemne con una jarra de peltre empañada en cada mano y dijo: «Harry, hermano nuestro, me enorgullezco de que por fin te halles entre nosotros», como si Pendel hubiese atravesado los pólderes a pie para llegar hasta él; el sueco Olaf, agente de transporte marítimo y borracho, con unas gafas de gruesas lentes y un estoposo peluquín, exclamando con su tan preciado como poco convincente acento de Oxford: «¡Vaya, hermano Harry, viejo amigo! ¡Bravo! ¡Salud!»; el belga Hugo, autodenominado comerciante en metal de desguace y antes obrero en el Congo, que le ofreció «algo muy especial traído de tu patria» en una petaca de plata.

No había vírgenes encadenadas, ni burbujeantes toneles de brea, ni aterrorizados schwartzers: estaban sólo todas las otras razones por las que Pendel no se había unido a la Hermandad hasta la fecha, el mismo reparto de siempre en la misma representación de siempre, con «¿Cuál es tu veneno preferido, hermano Harry?» y «Déjame que te llene la copa, hermano» y «¿Por qué has tardado tanto en venir, Harry?» Hasta que el señor Blüthner en persona, engalanado con una capa de alabardero de la Torre de Londres y una cadena de alcalde, hizo sonar dos veces un mellado cuerno de caza inglés, y una puerta de dos hojas se abrió de pronto dando paso a una columna de porteadores asiáticos, que a la consigna de «¡Sujétalo, guerrero zulú!» entraron en la sala a paso de castigo, acarreando bandejas sobre la cabeza. Y al frente marchaba nada más y nada menos que el mismísimo señor Blüthner, quien, como Pendel empezaba a comprender, estaba rescatando ciertos elementos de su vida anterior, tales como la delincuencia en la juventud.

Tras reunir a todos en torno a la mesa, el señor Blüthner ocupó la posición central, con Pendel a su lado, y permanecía atento, como el resto de los comensales, a las palabras de Henk, quien bendijo la mesa con un discurso largo e ininteligible, cuya idea básica era que los presentes serían incluso más virtuosos de lo que ya eran si comían los alimentos de sus platos, una premisa que Pendel se permitió poner en duda tras el primer fatal bocado del curry más perturbador de los sentidos que había saboreado desde la última vez que Benny se lo llevó a la vuelta de la esquina para probar el del señor Khan mientras la tía Ruth ejercitaba su piedad con las Hermanas de Sión.

Pero tan pronto como tomaron asiento el señor Blüthner volvió a ponerse en pie de un salto para anunciar dos acontecimientos que fueron recibidos con entusiasmo por los presentes: nuestro hermano Pendel se encuentra hoy por primera vez entre nosotros –un clamoroso aplauso, salpicado de jocosas obscenidades, pues los presentes empezaban a mostrar los efectos del alcohol–, y permitidme que presente a un hermano que no necesita

Librodot

presentación, así que una gran ovación, por favor, para nuestro sabio errante, al servicio de la Luz desde tiempos inmemoriales, buceador en aguas profundas y explorador de tierras ignotas, que ha penetrado en más lugares oscuros –risas escabrosas– que cual-quiera de los aquí reunidos, el único e incomparable, el indómito, el inmortal Jonás, recién llegado de una triunfal expedición por las Indias Holandesas, sobre la cual algunos ya habréis leído algo. (Gritos de «¿Dónde?»)
Y Pendel, contemplando su pared de color gardenia, veía a Jonás tal como lo había visto un año atrás: encogido y huraño, de tez amarillenta y ojos de reptil, abasteciendo metódicamente su plato con lo mejor de cuantos alimentos se desplegaban ante él:
pepinillos en vinagre, tortas con curry, guindillas y una sustancia pardusca, viscosa y llena de grumos que Pendel había identificado como napalm sin refinar. Y Pendel también lo oía. A Jonás, nuestro sabio errante. La acústica de la pared de color gardenia es
impecable, pese a que Jonás tenga ciertas dificultades para hacerse oír entre aquel caos de chistes verdes y brindis grandilocuentes. La próxima guerra mundial, vaticinaba Jonás con un marcado acento australiano, tendría lugar en Panamá, la fecha ya se había fijado, y más vale que os lo creáis, pandilla de cabrones.

Un macilento ingeniero sudafricano llamado Piet fue el primero en poner en tela de juicio su afirmación.
–Eso ya es historia, Jonás, muchacho. Aquel mequetrefe que tuvimos aquí lo llamó Operación Causa Justa. Y George Bush puso en marcha su factor sorpresa. Miles de muertos. Comentario que a su vez suscitó preguntas en la línea de «¿Qué hiciste durante la invasión, papa?», y respuestas de igual enjundia intelectual.
Entonces estalló una serie de ataques y contraataques simultáneos desde distintos flancos, para inocente disfrute del señor Blüthner, cuyo rostro sonriente saltaba de un orador a otro con el mismo interés que si siguiese un gran partido de tenis. Sin embargo Pendel apenas oía nada aparte del clamor de sus intestinos, y para cuando recobró parcialmente el conocimiento, Jonás había dirigido su atención a las carencias del Canal.
—Esa mierda ya no sirve para la navegación moderna —aseveró--. Los cargueros de mineral, los porta-contenedores, los super-petroleros son demasiado grandes. El Canal es un dinosaurio.
Olaf, el sueco, recordó a los presentes que existía un proyecto para añadir más esclusas. Jonás trató dicha información con el desdén que obviamente merecía,
—¡Ah, no me digas! Una gran idea, Otras cuantas esclusas de mierda. Fantástico. Increíble. Me pregunto qué hará la ciencia a continuación. Ya puestos, utilicemos también el viejo paso que abrieron los franceses. Y juntemos una parte de la base naval de Rodman. Y allá por el año 2020, con la ayuda de Dios y los prodigios de la modernidad, tendremos un Canal un poco más ancho, y un tiempo de tránsito mucho mayor. Brindo por ti, lumbrera. Me pongo en pie y levanto mi copa por el progreso en el jodido siglo XXI.
Y probablemente eso hizo Jonás tras la nube de humo, ya que Pendel, mientras ve la repetición de la escena en la pared de color gardenia,

recuerda con total nitidez que Jonás brincó de la silla, aunque quedándose exactamente a la misma altura derecho que sentado, y con exagerada ceremonia alzó su jarra de cerveza y hundió en ella su cara amarillenta, los ojos de reptil incluidos, de modo que Pendel dudó por un momento si volvería a salir a flote, pero esa clase de buceadores conocen bien su oficio.
—Y al Tío Sam le importa un carajo si hay una esclusa o hay seis —prosiguió Jonás con el mismo tono afilado de infinito desprecio—. Para ellos, cuantas más mejor. Nuestros nobles amigos yanquis han renunciado al Canal hace tiempo. Ni siquiera me sorprendería que alguno de ellos se propusiera volarlo. ¿Para qué quieren un Canal operativo? Ellos ya tienen su vía rápida de transporte de San Diego a Nueva York, ¿no? Su «canal seco», como les gusta llamarlo, controlado por americanos decentes y estúpidos, y no por un hatajo de latinos. Y el resto del mundo que se joda. El Canal es un símbolo del pasado. Que lo usen los otros gilipollas. Así que no digas más tonterías, cabeza cuadrada —añadió como puntilla, mirando al soñoliento holandés que había osado dudar de su sabiduría.
Pero en torno a la mesa se alzaban ya rostros cansados, semblantes confusos que se volvían hacia el turbio sol de Jonás. Y el señor Blüthner, en su afán por no perderse una sola joya de la conversación, se había medio levantado de la silla e inclinado sobre la mesa para escuchar hasta la última palabra de Jonás. Entretanto el sabio errante repelía las críticas:
—No, no hablo con el culo, mamón de irlandés; hablo de petróleo, de petróleo japonés. Petróleo que antes era viscoso y ahora es muy fluido. Hablo del mundo bajo la dominación del hombre amarillo, y del final de esta jodida civilización tal como la conocemos, incluida la verde Erín.
Un listillo preguntó si Jonás se refería a que los japoneses iban a inundar de petróleo el Canal, pero Jonás no se dignó contestar.
—Los japoneses, amigos míos, ya extraían aceite viscoso mucho antes de descubrir cómo utilizarlo. Lo almacenaron en enormes depósitos por todo el país mientras sus más destacados científicos buscaban día y noche la jodida fórmula que les permitiese refinarlo. Pues, bien, por fin han dado con ella, así que mucho cuidado. Protegeos los apéndices si es que os los encontráis, es un consejo, y volved vuestros culos hacia el sol naciente antes de despediros de ellos. Porque los nipones han descubierto la emulsión mágica, lo cual significa que vuestra estancia en el paraíso tiene los minutos contados. Se añaden unas gotas, se agita, y premio, lo que antes era aceite viscoso ahora es un petróleo como cualquier otro. Petróleo a mares. Y en cuanto construyan su propio canal de Panamá, cosa que ocurrirá antes de que nos demos cuenta, estarán en situación de inundar el mundo entero con él. Para indignación del Tío Sam.

Un silencio. Gruñidos de perpleja discrepancia desde distintos puntos de la mesa hasta que el literal Olaf se autodesigna para formular la pregunta obvia:
—Por favor, Jonás, ¿qué se supone que quiere decir eso de que «en cuanto construyan su propio canal de Panamá»? Me gustaría saber por qué orificio estás hablando ahora. La idea de abrir un nuevo canal se ha descartado por completo desde la invasión. Quizá pasas demasiado tiempo bajo el agua y no te enteras de lo que ocurre en la superficie. Antes de la invasión existía una inteligente comisión tripartita al más alto nivel, encargada de estudiar posibles alternativas al Canal, incluida una nueva vía. Estados Unidos,

Japón y Panamá eran los miembros. Ahora esa comisión está disuelta, para satisfacción de los americanos, que no le tenían ningún aprecio. Disimulaban pero no la querían. Prefieren que las cosas sigan como hasta ahora, con unas cuantas esclusas más, y que ciertos sectores de su industria pesada administren los puertos terminales, que serán en extremo rentables. Es un tema que conozco bien, te lo aseguro. Forma parte de mi trabajo. El asunto está zanjado, así que jódete.
Pero Jonás, lejos de amilanarse, se mostró furiosamente triunfal.
Mirando la pared de color gardenia, Pendel, como el señor Blüthner, aguza el oído para escuchar cada palabra de la profecía que brota de los labios del gran hombre.
—¡Claro que no les gustaba la jodida comisión, pedante nórdico! La aborrecían. Y claro que quieren que sus propias empresas establecidas en Colón y Ciudad de Panamá administren los puertos terminales. ¿Por qué crees que los yanquis boicotearon la comisión después de integrarse en ella? ¿Por qué crees, para empezar, que invadieron este absurdo país? ¿Que hicieron trizas todo lo que pudieron? ¿Para impedir que el díscolo general vendiese su cocaína al Tío Sam? ¡Gilipolleces! Lo hicieron para aplastar al ejército panameño y hundir la economía con la idea de que los japoneses no pudiesen comprar el jodido país y construir un canal que se acomodase a sus necesidades. ¿De dónde sacan su aluminio los japoneses? No lo sabes, ¿verdad? Pues te lo diré: de Brasil. ¿De dónde sacan la bauxita? También de Brasil. ¿Y la arcilla? De Venezuela. —Enumeró otras sustancias de las que Pendel nunca había oído hablar—. ¿Acaso crees que los nipones van a transportar las materias primas básicas para su industria hasta Nueva York, y desde allí llevarlas en tren hasta San Diego, para volver a embarcarlas con destino a Japón sólo porque el Canal existente resulta demasiado estrecho y lento para ellos? ¿Acaso crees que van a enviar sus petroleros gigantes por el jodido cabo de Hornos? ¿O bombear el nuevo petróleo a través del istmo, con el tiempo que eso representa? ¿O que van a quedarse de brazos cruzados mientras les cobran quinientos dólares por cada contenedor japonés que llegue a Filadelfia sólo porque el jodido Canal ya no les sirve? ¿Quién es el principal usuario del Canal?
Una pausa en espera de un voluntario.
—Los yanquis —dijo algún valiente, y pagó la osadía.
— ¿Los yanquis? ¡Que te crees tú eso! ¿Es que no has oído hablar de los pabellones de conveniencia, bendecidos ahora bajo el eufemismo de registros abiertos? ¿Quién es el verdadero dueño? Los japoneses y los chinos. ¿Quiénes son los hijos de puta que van a construir la próxima generación do cargueros aptos para la navegación por el Canal?
— Los japoneses —susurró alguien.
Un rayo de luz divino se abre paso a través de la ventana del taller de Pendel y se posa en su cabeza como una paloma blanca. La voz de Jonás adquiere un tono grandilocuente. Las palabras soeces, como notas superfluas, quedan excluidas.
— ¿Quién posee la mejor tecnología, la más barata, la más rápida? Los americanos no, desde luego. Son los japoneses. ¿Quién tiene la mejor maquinaria pesada, los negociadores más sagaces? ¿Los mejores ingenieros, los organizadores y obreros mejor cualificados? —declama al oído de Pendel—. ¿Quién sueña noche y día con el control de la vía de navegación más prestigiosa del mundo? ¿Qué topógrafos e ingenieros están en este

mismo instante perforando el terreno a centenares de metros de profundidad en el estuario del río Caimito para extraer muestras? ¿Creéis que van a desistir sólo porque los yanquis vinieron y arrasaron el país? ¿Creéis que van a doblegarse ante el Tío Sam, que van a disculparle por haber concebido la maliciosa idea de dominar el comercio mundial? ¿Los japoneses? ¿Creéis que van a rasgarse los quimonos por la catástrofe ecológica que representará unir dos océanos incompatibles que nunca han sido presentados el uno al otro? ¿Los japoneses? ¿Cuando su propia supervivencia depende de ello? ¿Creéis que van a echarse atrás sólo porque alguien se lo diga? ¿Los japoneses? Aquí no hablamos de geopolítica; hablamos de combustión. Y nosotros estamos aquí sentados esperando el estallido.
Alguien pregunta tímidamente qué papel desempeñarían los chinos en ese escenario, hermano Jonás. Es de nuevo Olaf, con su inglés de Oxford incólume:
–Porque, dime, amigo Jonás, ¿acaso no detestan los japoneses a los chinos? ¿Y no es mutuo el odio, de hecho? ¿Por qué van a quedarse los chinos mirando mientras los japoneses se llevan todo el poder y la gloria?
En la memoria de Pendel, Jonás es a estas alturas de la conversación todo tolerancia y cortesía.
–Porque los chinos, mi buen amigo Olaf, quieren lo mismo que los japoneses. Quieren expansión. Riqueza. Prestigio. Reconocimiento en los foros internacionales. Respeto por el hombre amarillo. Qué quieren los japoneses de los chinos, me preguntas, Te lo explicaré. En primer lugar, los quieren como vecinos. Después los quieren como compradores de los productos japoneses. Y por último los quieren como mano de obra barata para la fabricación de los antedichos productos. Los japoneses consideran a los chinos una subespecie, ¿comprendes?, y los chinos les devuelven el cumplido. Pero por el momento son hermanos de sangre, y somos nosotros, Olaf, los ilusos de ojos redondos, quienes vamos a tener que mamar de la peor teta.

El resto del discurso de Jonás llegó a Pendel en extremo tergiversado. Ni siquiera la pared de color gardenia estaba equipada para reparar el daño causado a su memoria por una mezcla de napalm y bebidas alcohólicas. Requirió la colaboración del fantasma de
Benny, de pie junto a él, para improvisar el mensaje perdido: «Harry, muchacho, iré al grano, como hago siempre. Nos encontramos ante un descomunal timo comparable al del chico que vendió la torre Eiffel a compradores interesados, ante un complot de cinco estrellas suficiente para que tu amigo Andy salga corriendo a su banco. No es raro que Mickie Abraxas se haya mantenido shtumm por sus amigos porque esto es dinamita y además está en deuda con ellos. Harry, muchacho, lo he dicho antes y lo vuelvo a repetir, tienes más afluencia que Paganini y Gigli juntos, y lo único que necesitabas era que el autobús adecuado parase en la parada conveniente el día oportuno, y llegado el momento casi sin darte cuenta estarías ya en el camino correcto. Pues, bien, éste es el autobús en cuestión. Hablamos de un canal a nivel del mar, de costa a costa, con cuatrocientos metros de anchura, de construcción japonesa y tecnología punta, proyectado bajo el mayor secreto mientras los yanquis balbucean sobre las nuevas esclusas y la participación de su industria pesada, tal como en los viejos

Librodot

tiempos sólo que ahora contemplan el canal equivocado. Y la cúpula panameña, abogados, políticos y el club Unión, como de costumbre ha cerrado filas, porque están todos metidos hasta las cejas en el asunto, burlándose del Tío Sam y chupándoles la sangre a los japoneses. A eso súmale los astutos gabachos por los que tanto se interesa Andy, más el dinero de la droga colombiano para añadirle un toque siniestro, y Harry, muchacho, esto no tendrá nada que envidiarle a la Conspiración de la Pólvora, sólo que ¿quién va a pillarte esta vez con las cerillas en la mano? Nadie. ¿Y me preguntas por el coste, Harry, muchacho? ¿Estás diciéndome que los japoneses no pueden permitírselo? ¿Cuánto crees que costó el aeropuerto de Osaka? Treinta mil millones en billetes usados, Harry, muchacho, lo sé de buena fuente. Una ganga. ¿Y sabes cuánto costará un canal a nivel del mar? Tres aeropuertos de Osaka incluidos los permisos de construcción y los timbres. Harry, para ellos eso es la propina del restaurante. ¿Tratados, preguntas? ¿Compromisos por parte de los panameños de no echar a perder el Canal para el Tío Sam? Harry, muchacho, eso eran cosas del viejo Canal. Y ahí es donde van a depositar los panameños sus compromisos.»
La pared de color gardenia tiene aún una última escena que ofrecerle. Pendel y su anfitrión se hallan ante la puerta del emporio del señor Blüthner, despidiéndose varias veces.

- ¿Sabes una cosa, Harry?
- ¿Qué, señor B?

--Ese Jonás es el mayor farsante del mundo. No sabe nada de emulsiones y menos aún de la industria japonesa. En cuanto a sus sueños de expansión, sí, estoy de acuerdo. Los japoneses siempre han tenido una actitud irracional respecto del canal de Panamá. El problema es que para cuando ellos tengan el control, ya nadie utilizará grandes buques, y nadie necesitará petróleo porque dispondremos de fuentes de energía mejores, más limpias y más baratas. Y sobre esos minerales de que hablaba -negó con la cabeza-, si los necesitan, los buscarán más cerca de casa.
-¡Pero, señor B, se lo veía tan encandilado oyéndolo...!
El señor Blüthner sonrió pícaramente.

- Harry, te diré una cosa: mientras escuchaba a Jonás, oía a tu tío Benny y recordaba lo mucho que le fascinaba un timo. ¿Y bien? ¿Te unes a nuestra modesta Hermandad?

Pero Pendel por una vez es incapaz de decir lo que el señor Blüthner quiere oír.
-Aún no estoy preparado, señor B -responde con seriedad-. Tengo que madurar. Estoy en ello y lo conseguiré. Y cuando llegue el momento y esté ya preparado, volveré en el acto.
Pero ya estaba preparado. Su conspiración se había puesto en marcha, con o sin emulsiones. El gato negro de la ira se limpiaba las garras para la batalla.

16

Días, había dicho Pendel a Osnard. Necesitaré unos días. Días de mutua consideración y renovación conyugal en los que Pendel, marido y amante, reconstruye los puentes caídos entre él y su esposa y, sin ocultar nada, la lleva a sus reinos más ocultos, nombrándola confidente, ayudante y compañera de espionaje al servicio de su visión global.

Y del mismo modo que Pendel se ha rehecho para Louisa, rehace también a Louisa para el mundo. Ya no hay más secretos entre ellos. Todo se sabe, todo se comparte, están por fin unidos, escucha jefe y subinformadora, atentos el uno al otro, y los dos a Osnard, socios sinceros y comprometidos en una gran empresa. Tienen muchas cosas en común. Delgado, su fuente común de información sobre el destino de la noble nación panameña. Londres, su común y exigente patrón. La civilización anglosajona en juego, hijos que proteger, una red de extraordinarios subinformadores a quienes dar aliento, una vil conspiración japonesa que desbaratar, un Canal común que salvaguardar. ¿Qué mujer que se precie, qué madre, qué heredera de las guerras de sus progenitores no acudiría a la llamada, no se envolvería en el manto, no empuñaría la daga, no espiaría sin descanso a los usurpadores del Canal? A partir de ahora la visión global regirá sus vidas por completo. Todo quedará subordinado a ella, cada palabra casual e incidente azaroso será tejido en el celestial tapiz. Concebido por Jonás, recuperado por Pendel, pero en lo sucesivo con Louisa como vestal. Será Louisa, con el auxilio de Delgado, quien se alce ante ese tapiz, sosteniendo valerosamente la lámpara. Y si Louisa no está enterada con tal lujo de detalle de su elevada condición, al menos debe de haber quedado impresionada por el sinfín de nimias atenciones que su rango comporta.

Cancelando sus compromisos secundarios y cerrando la sala de reunión por las tardes, Pendel corre a casa para mimar y observar a su agente en ciernes, estudiar sus pautas de comportamiento y conocer los pormenores de su existencia cotidiana en su lugar de trabajo, especialmente su relación con su venerado, altruista, respetado y --desde la celosa perspectiva de Pendel- en extremo sobre valorado jefe, Ernesto Delgado.

Hasta ahora, se teme, ha amado a su esposa sólo como un concepto, como un modelo de sencillez que complementaba su propia complejidad. Pero desde hoy dejará de lado el amor conceptual y se dedicará a conocerla tal como es. Hasta ahora cuando sacudía los barrotes del matrimonio era para intentar salir. Ahora intenta entrar. Ningún detalle de su vida diaria es demasiado insignificante para él: cada comentario sobre su incomparable jefe, sus idas y venidas, sus llamadas telefónicas, sus compromisos, sus conferencias, sus manías y sus rarezas. La menor anomalía en la rutina cotidiana de Delgado, el nombre y posición del más fortuito visitante que pasa por el despacho de Louisa camino de una audiencia con el gran hombre -todas las trivialidades que hasta la fecha Pendel había escuchado cortésmente con un solo oído- se convierten para él en asuntos de tal interés que de hecho debe moderar su curiosidad por temor a despertar sospechas en Louisa. Por la misma razón, sus continuas anotaciones tienen lugar en condiciones operacionales: agazapado en su estudio (unas cuantas facturas pendientes, cariño) o en el cuarto de baño (no sé qué debo de haber comido, ¿crees que habrá sido el pescado?).

Y a la mañana siguiente un informe para Osnard entregado en mano.

La vida social de la propia Louisa lo fascina casi tanto como la de Delgado. Los apáticos encuentros con otros residentes de la Zona, ahora exiliados en su propia tierra, su pertenencia a cierto Foro Radical que hasta el momento le ha parecido a Pendel tan radical como una cerveza tibia, su asistencia, por lealtad a su madre, a las reuniones a una congregación de cristianos cooperativos, todo ello reclama ahora la atención de Pendel y su cuaderno, donde queda consignado en un impenetrable código de su invención, una

mezcla de abreviaturas, iniciales e intencionada mala letra que sólo un ojo adiestrado en criptografía podría interpretar. Pues aunque Louisa lo ignore, su vida se halla ahora inseparablemente entrelazada con la de Mickie. En la mente de Pendel, los destinos de la esposa y el amigo se unen a medida que la Oposición Silenciosa extiende sus clandestinas fronteras para englobar a estudiantes disidentes, la conciencia cristiana, y los panameños de buena fe que viven al otro lado del puente. Se funda en el máximo secreto una logia de antiguos residentes de la Zona, que se reánen en Balboa al anochecer en grupos de dos o tres.
Pendel nunca se ha sentido tan cerca de ella cuando están separados, ni tan distante cuando están juntos. A veces descubre con asombro que se siente superior a ella, pero enseguida comprende que es lo más natural habida cuenta de que conoce más aspectos de su vida que ella misma, siendo ele hecho el único observador de su otra personalidad mágica corno intrépida agente secreta infiltrada en el cuartel general del enemigo con la misión de desentrañar la monstruosa conspiración cuya clave posee la Oposición Silenciosa con su red de abnegados agentes.
En ocasiones, es cierto, la máscara de Pendel cae y la vanidad mística se adueña de él. Entonces se convence de que está haciéndole un favor al tocar todos sus actos con la varita mágica de su secreta creatividad. De que está salvándola. Echándose al hombro su carga. Protegiéndola física y moralmente del engaño y sus peligrosas consecuencias. Impidiendo su encarcelamiento. Ahorrándole las cotidianas arduidades de la dispersión del pensamiento. Dejando a su mente y sus actos la libertad de conectarse en una vida conjunta y saludable, en lugar de desarrollarse penosamente en cámaras estancas como ocurre a la mente y los actos de Pendel, que se comunican entre sí rara vez y sólo en susurros.
Pero cuando la máscara vuelve a su sitio, ahí está ella, su intrépida agente, su compañera de armas, desesperadamente comprometida con la salvaguardia de la civilización tal como la conocemos, recurriendo si es necesario a métodos ilícitos, por no decir deshonestos.

Invadido por una abrumadora sensación de estar en deuda con Louisa, Pendel la convence de que pida a Delgado un día libre entre semana y se marchan de excursión una mañana temprano: nosotros solos, Lou, mano a mano, como antes de nacer los niños. Se pone de acuerdo con los Oakley para que acompañen a Mark y Hannah al colegio, y lleva a Louisa a Gamboa, a lo alto de una colina llamada Plantation Loop, muy querida por ambos desde su época en Calidonia. Forma parte de una serranía que se alza entre los océanos Atlántico y Pacífico, y se llega hasta allí por una sinuosa carretera abierta por el ejército norteamericano entre el denso bosque. Pendel es consciente del simbolismo de su elección: todo el istmo ante nuestros ojos, el pequeño Panamá bajo nuestra sagrada tutela. Es un lugar sobrenatural y cambiante, barrido por vientos contrarios y más cerca del Paraíso Terrenal que del siglo XXI, pese a la mugrienta antena esférica de veinte metros de altura y color crema a la cual debe su existencia la carretera; plantada allí para escuchar a los chinos, los rusos, los japoneses, los nicaragüenses o los colombianos, pero ahora oficialmente sorda, a menos, claro está, que movida por un último rescoldo de su instinto para la intriga recupere su capacidad auditiva en presencia de dos espías ingleses que han acudido allí huyendo de la tensión de su diario sacrificio.

Sobre ellos, los buitres y las águilas surcan en bandadas un cielo quieto e incoloro. A través de una brecha entre los árboles ven un valle de verdes laderas que desciende hasta la bahía de Panamá. Son sólo las ocho de la mañana, pero sudan ya copiosamente cuando regresan al todoterreno para tomar té helado y unas tortas de frutos secos que Pendel preparó anoche, los preferidos de Louisa.
–Es la mejor vida, Lou –asegura Pendel con tono solemne mientras descansan cogidos de la mano en los asientos delanteros del todoterreno, con el motor en marcha y la refrigeración al máximo.
– ¿Cuál?
–Ésta. La nuestra. Todo lo que hemos hecho ha merecido la pena. Los niños. Nosotros. ¿Qué más se puede pedir?
–Si tú estás contento, Harry…
Pendel decide que ha llegado el momento de abordar su gran plan.
– El otro día oí un comentario curioso en la sastrería –dice con un tono de divertida reminiscencia–. Acerca del Canal. Según me contaron, aquel viejo proyecto de los japoneses está de nuevo sobre el tapete. ¿No habrás oído tú algo al respecto en la Comisión?
– ¿Qué proyecto japonés?
– Abrir un nuevo canal. A nivel del mar. Aprovechando el estuario del Caimito. Se barajan cifras de alrededor de cien mil millones de dólares, no sé si estaré en lo cierto.
A Louisa no le satisface el nuevo rumbo de la conversación.
– Harry, no entiendo por qué me traes a lo alto de un monte para hablarme de ciertos rumores sobre un nuevo canal japonés. Ese es un proyecto inmoral, catastrófico para la ecología, y además es antiamericano y vulnera los tratados. Así que espero que vayas a quien te ha dicho semejante sandez y le aconsejes que no propague rumores destinados a dificultar más aún la adaptación del Canal a las necesidades futuras.
Por un instante lo embarga una terrible sensación de fracaso y casi rompe a llorar. A eso sigue una súbita indignación. Intentaba llevarla conmigo y se negaba a venir. Prefería su rutina. ¿No se da cuenta de que el matrimonio es cosa de dos? O apoyas al otro o te derrumbas. Adopta un tono altivo.
–Esta vez, por lo que he oído, se lo llevan muy callado, así que no me sorprende que no sepas nada. Esta implicada la cúpula panameña, pero se mantienen shtumm y se reúnen en secreto. Esos japoneses no se atienen a razones, al menos en lo que se refiere al Canal. Participa el mismísimo Ernie Delgado, dicen, lo cual no me extraña tanto como debiera, supongo. Ernie nunca me ha inspirado tanta simpatía como a ti. Y el presi también está metido hasta el cuello. Eso explica sus horas muertas durante la gira por Extremo Oriente.
Un largo silencio. Más largo que de costumbre. En un primer momento Pendel piensa que Louisa está reflexionando sobre el alcance de su información.
-¿El presi? ---repite.
-El presidente.
-¿De _Panamá ?
-No va a ser el de Estados Unidos, ¿no, cariño?
--¿Por qué lo llamas presi? Así es como lo llama el señor Osnard. Harry, no entiendo por qué imitas al señor Osnard.

--Está casi a punto -informó Pendel por teléfono esa misma noche, hablando en un susurro por si la línea estaba intervenida-. Es un asunto serio. Se pregunta si será capaz. Ocurren cosas allí que no desearía saber
¿Qué clase cae cosas?
—No lo ha dicho, Andy. Tiene que pensarlo. Le preocupa Ernie.
-¿Teme que la descubra?
--Teme descubrirlo a él. Ernie extiende la mano como todos los demás, Andy. Esa imagen suya de hombre intachable es pura tachada. «Una parte de mí preferiría no enterarse», me ha dicho. Palabras textuales. Está reuniendo valor.
A la noche siguiente, conforme al consejo de Osnard, la llevó a cenar a La Casa del Marisco, en la mesa del rincón, junto a la ventana. Louisa, para sorpresa de Pendel, pidió langosta termidor.
--Harry, no soy de piedra. Tengo mis estados de ánimo. Varío. Soy un ser humano sensible. ¿Quieres que coma langostinos y halibut?
-Lou, yo sólo quiero que amplíes tus experiencias como mejor te plazca.
Ya está preparada, decidió Pendel, observándola mientras hundía el tenedor en la langosta. Ha entrado en el papel.
-Señor Osnard, me complace decirle que tengo ya ese segundo traje que aguardaba con impaciencia -anunció Pendel a la mañana siguiente, esta vez telefoneando desde el taller de corte-. Está ya plegado y envuelto en papel de seda dentro de su caja. Espero recibir su cheque en breve,
-Estupendo. ¿Cuándo podemos reunirnos todos? Me encantaría probármelo.
-No podemos, sintiéndolo mucho. O al menos no todos. Eso no forma parte de la oferta. Como ya le dije. Yo mido, corto, pruebo. Me ocupo de todo personalmente.
- ¿Qué demonios significa eso?
-Significa que yo me encargo también de la entrega. No interviene nadie más, No en ese sentido. Queda entre usted y yo, sin participación directa de terceras partes. He intentado convencerlos, pero no ceden, O soy yo el mediador, o no hay trato. Es su política, nos guste o no.
Se reunieron en el Coco's Bar de El Panamá. Pendel tenía que gritar para hacerse oír por encima de la música.
- Es su sentido ético, Andy, como te dije. Sobre ese punto se ha mostrado inflexible. Te tiene respeto y simpatía. Pero no está dispuesta a tratar contigo; ahí ha trazado la raya. Honrar y obedecer a su marido es una cosa; espiar a sus jefes para un diplomático inglés, siendo ella norteamericana, es otra muy distinta, por más que su jefe haya defraudado una confianza sagrada. Llámalo hipocresía, llámalo ideas de mujeres. «No vuelvas a nombrar al señor Osnard», ha dicho, y eso es definitivo. «No lo traigas a esta casa; no le permitas hablar con mis hijos, los corrompería, nunca le digas que he accedido a la monstruosidad que me pides, ni que me he unido a la Oposición Silenciosa.» Te lo cuente tal como ha sido, Andy, por doloroso que resulte. Cuando Louisa toma una decisión, no hay quien la haga cambiar de idea.
Osnard cogió un puñado de anacardos, echó atrás la cabeza, bostezó y se los metió en la boca.
-Eso no va a gustar en Londres.
—Pues tendrán que aguantarse, ¿no, Andy?
Osnard reflexionó mientras masticaba.
—Sí —concedió—. Que se aguanten.

—Y no está dispuesta a pasar información por escrito —agregó Pendel, como si acabase de acordarse—. Mickie tampoco.
—Una chica sensata —dijo Osnard, todavía masticando—. Le pagaremos este mes ya completo. Y no te olvides de añadir sus gastos. Coche, gas, luz, todo. ¿Pedimos más de esto, o te apetece otra cosa?
Louisa había sido reclutada.
A la mañana siguiente Harry Pendel se despertó con una sensación de su propia diversidad más intensa que nunca antes en sus muchos años de esfuerzos y fabulaciones. Nunca había sido tantas personas a la vez. Algunas eran desconocidas; otras eran celado-res y presos de confianza que había conocido en anteriores condenas. Pero ahora todos estaban de su lado, marchando con él en la misma dirección, compartiendo su misma visión global.
—Por lo que se ve, la semana que viene se presenta bastante ajetreada, Lou —dijo a su esposa a través de la cortina de la ducha, iniciando su nueva campaña—. Muchas visitas a domicilio, nuevos pedidos pendientes.
—Louisa estaba lavándose el cabello. Ultimamente se lo lavaba mucho, hasta dos veces al día. Y se cepillaba los dientes por lo menos cinco veces—. ¿Tienes squash esta noche, cariño? —preguntó con extrema naturalidad.
Louisa cerró el grifo.
—Decía que si esta noche vas a jugar al squash, cariño.
—¿Quieres que vaya?
—Es jueves. Noche de reunión en la sastrería. Creía que jugabas al squash todos los jueves, que tú y JoAnn habíais fijado ese día.
—¿Quieres que vaya a jugar al squash con JoAnn? —dijo Louisa.
—Sólo es una pregunta, Lou. No un deseo. Una pregunta. Te gusta mantenerte en forma, ya lo sabemos. Y se nota el resultado.
Contó hasta cinco. Dos veces.
—Si, Harry, esta noche tengo previsto ir a jugar al squash con JoAnn.
—Bien. Estupendo.
—Saldré de la oficina temprano, vendré a casa a cambiarme, e iré al club a jugar al squash con JoAnn. Hemos reservado una pista de siete a ocho.
—Salúdala de mi parte. Es una mujer encantadora.
—A JoAnn le gusta jugar dos períodos de media hora consecutivos. El primero para practicar el revés, y el segundo para practicar el golpe de derecha. Para su compañero de juego lógicamente el orden se invierte, a menos que sea zurdo, que no es mi caso.
—Comprendo.
—Y los niños irán a casa de los Oaklev —añadió Louisa, a modo de suplemento del anterior boletín informativo—. Comerán patatas fritas ricas en grasas, beberán cola dañina para los dientes y acamparán en el insalubre suelo de los Oakley por el bien de la reconciliación entre las dos familias.
—De acuerdo, pues. Gracias.
—De nada.
Louisa abrió de nuevo la ducha y volvió a enjabonarse el cabello. Cerró la ducha.
—Y después del squash, como todos los jueves, me concentraré en mi trabajo, planificando y sintetizando los compromisos del señor Delgado para la próxima semana.
—Ya me lo comentaste. Y tiene una agenda muy apretada, según he oído. Estoy impresionado.

Descorre la cortina de un tirón. Prométele que serás completamente real a partir de ahora. Pero la realidad ya no era parte del mundo de Pendel, si es que alguna vez lo había sido. Camino del colegio, cantó entero My object all sublime, y los niños pensaron que estaba alborozadamente loco. Al entrar en la sastrería, se convirtió en un desconocido hechizado. Las nuevas alfombras azules y los elegantes muebles lo desconcertaron, al igual que des-cubrir el Rincón del Deportista encajonado en el cubículo de cristal de Marta y el reluciente marco que contenía ahora el retrato de Braithwaite. ¿Quién demonios ha hecho esto? Yo. Complacido, percibió el aroma del café de Marta, procedente de la sala de reuniones, y con igual satisfacción advirtió la presencia en el cajón de su mesa de trabajo de un nuevo boletín sobre las protestas estudiantiles. A las diez sonó por primera vez el timbre, con augurios de inspiración.

El primero en reclamar su atención fue el encargado de negocios de la embajada de Estados Unidos, acompañado de su pálido asesor, que acudía a probarse un esmoquin. Aparcado frente a la sastrería se hallaba su Lincoln Continental blindado, que conducía un robusto chófer con el pelo cortado al rape. El encargado de negocios era un chistoso y adinerado bostoniano que se había pasado la vida leyendo a Proust y jugando al críquet. Habló del controvertido tema de la barbacoa y los fuegos artificiales del día de Acción de Gracias para las familias norteamericanas, motivo de permanente inquietud para Louisa.

—No tenemos ninguna alternativa a civilizada, Michael —insistió el encargado de negocios con su arrastrado dejo de brahmán mientras Pendel marcaba el cuello con su jaboncillo,

—Cierto --convino el pulido asesor.

—O los tratamos como adultos bien enseñados, o les decimos que son malos chicos y no nos fiamos de ellos.

—Cierto —repitió el pálido asesor.

—La gente agradece el respeto. Si no lo creyese, no habría dedicado los mejores años de mi vida a la comedia de la diplomacia.

_Si fuese tan amable de doblar el brazo para marcar 1a mitad de la manga ---murmuró Pendel, apoyando el borde de la mano en la sangría del brazo del encargado de negocios.

—Los militares no nos lo perdonarán —vaticinó el pálido asesor. --En cuanto al largo de manga, caballero. ¿la desea así o un poco más larga?

—Tengo mis dudas —dijo el encargado de negocios.

—¿Sobre los militares o sobre las mangas? —preguntó el asesor.

El encargado de negocios sacudió los antebrazos, examinándolos con expresión crítica.

—Así está bien, Harry. Déjalas así. Estoy seguro, Michael, de que si los muchachos de cerro Ancón se saliesen con la suya, veríamos un despliegue de cinco mil hombres en traje de combate por la carretera y a todo el mundo transportado de un lado a otro en vehículos militares.

El asesor dejó escapar una parca risa.

—Sin embargo, no somos tan primitivos, Michael. Nietzsche no es un modelo apto para la única superpotencia del mundo a las puertas del siglo XXI.

Pendel hizo ponerse de medio lado al encargado de negocios para observar la espalda.

—Y el largo total, caballero. ¿Un poco más quizá, o lo damos por bueno?

—Lo damos por bueno, Harry. Es perfecto. Disculpa si hoy estoy algo distraído. Intentamos prevenir otra guerra.
— En cuyo empeño, caballero, le deseamos sin duda el mayor éxito —dijo Pendel con toda seriedad mientras el encargado de negocios y su asesor descendían por los peldaños de la entrada, y el chófer del pelo al rape se pavoneaba junto a ellos.
Estaba ansioso por verlos marcharse. Coros celestiales cantaban en sus oídos mientras escribía desenfrenadamente en las hojas clandestinas del final de su cuaderno: «La tirantez entre los militares y los diplomáticos norteamericanos está alcanzando un
punto crítico en opinión del encargado de negocios de la embajada de Estados Unidos, siendo el núcleo del conflicto la manera de tratar la insurrección estudiantil si asoma su inquietante cabeza. En palabras del encargado de negocios, expresadas confidencialmente a este informador…»
¿Qué le habían dicho? Basura. ¿Qué había oído? Maravillas.
Y eso era sólo un ensayo.
—¡Doctor Sancho! —exclamó Pendel, abriendo los brazos en un gesto de satisfacción—. ¡Cuánto tiempo sin vernos, caballero! ¡Señor Lucullo, es un placer! Marta, ¿dónde están esos manjares tuyos?

Sancho, un cirujano plástico dueño de transatlánticos y casado con una esposa rica que detestaba. Lucullo, peluquero con grandes expectativas de futuro. Los dos bonaerenses. La última vez habían encargado trajes de mohair con chalecos cruzados para
Europa. En esta ocasión se trataba de unos esmóquines blancos para lucir en el yate.

—¿Y qué tal las cosas por casa? —preguntó Pendel en la planta superior, sonsacándolos hábilmente mientras tomaban unas copas—. ¿Todo en calma? ¿No se prevé ninguna revuelta a corto plazo? Siempre he dicho que Sudamérica es el único lugar del mundo donde uno puede cortarle un traje a un cliente una semana y vérselo puesto a su estatua la semana siguiente.
No se preveían revueltas, confirmaron, riendo.
—Pero Harry, por cierto, ¿se ha enterado de lo que nuestro presidente dijo a su presidente cuando pensaban que nadie los oía?
Pendel no se había enterado.
—Sentados en una habitación había tres presidentes, el panameño, el argentino y el peruano, y el presidente panameño dice: «Vosotros no podéis quejaros; en vuestros países os reeligen para un segundo mandato. Aquí en Panamá, en cambio, la reelección está prohibida por la Constitución. No es justo.» Y entonces salta nuestro presidente y dice: «¡Bueno, quizá sea porque yo puedo hacer dos veces lo que tú sólo puedes hacer una!» Y va el presidente peruano y dice…

Pero Pendel no oyó qué había dicho el presidente peruano. Los coros celestiales volvieron a cantar para él mientras recogía debidamente en su cuaderno los velados esfuerzos del presidente pronipón de Panamá por ampliar su mandato hasta el siglo XXI, como había confiado el pérfido e hipócrita Ernie Delgado a su leal secretaria particular e indispensable ayudante Louisa, también conocida como Lou.

—Esos hijos de puta de la oposición enviaron a una mujer a abofetearme en el mitin de anoche —anuncia con orgullo Juan Carlos, miembro de la Asamblea Legislativa mientras Pendel delinea con el jaboncillo de sastre los hombros de su frac—. No había visto a esa fulana en toda mi vida. De pronto sale de la multitud y corre hacia mí sonriente. Y todo lleno de fotógrafos y cámaras de televisión. No me di ni cuenta y ya me había encajado un derechazo. ¿Qué tenía que hacer? ¿Devolverle el golpe delante de las cámaras? ¿Juan Carlos, el que pega a las mujeres? Por otro lado, si no hacía nada, me hubieran tomado por maricón. ¿Y sabes qué hice?

— No tengo la menor idea —admitió Pendel mientras comprobaba la cintura del pantalón y añadía un par de centímetros para acomodar la creciente prosperidad de Juan Carlos.

— La besé en la boca. Metí la lengua hasta el fondo de su indecente garganta. Me pegué el lote. Les encantó.

Pendel estaba deslumbrado. Pendel levitaba de admiración.

—¿Y es verdad eso que ha llegado a mis oídos de que te han puesto al frente de una selecta comisión, Juan Carlos? —preguntó, circunspecto—. La próxima vez te haré el traje para tu investidura presidencial.

Juan Carlos lanzó una ordinaria risotada.

—¿Selecta? ¿La Comisión de la Pobreza? Es la comisión menos importante de la ciudad. No tiene dinero, no tiene futuro. Nos sentamos y nos quedamos mirándonos unos a otros, nos compadecemos de los pobres, y luego nos regalamos con una buena comida.

«En otra conversación privada con su leal ayudante a puerta cerrada, Ernesto Delgado, motor de la Comisión del Canal y entusiasta impulsor del acuerdo secreto entre Japón y Panamá, indicó que cierto expediente confidencial sobre el futuro del Canal debía hacerse llegar a la Comisión de la Pobreza para que Juan Carlos le echase un vistazo. Ante la pregunta de qué demonios tenía que ver la Comisión de la Pobreza con los asuntos del Canal, Delgado esbozó una artera sonrisa y respondió que en este mundo no todo es lo que parece.»

Louisa estaba sentada tras su escritorio. Pendel se la representaba con toda nitidez mientras marcaba el número de su línea directa: el elegante pasillo de la planta superior del edificio con la puerta de lamas original para permitir el paso del aire; su despacho alto y bien ventilado con vistas a la vieja estación de ferrocarril, profanada por el cartel de McDonald's que seguía enfureciéndola a diario; su modernísimo escritorio con un ordenador y un teléfono con indicadores luminosos. Su instante de indecisión antes de descolgar el auricular.

—Sólo quería saber si te apetece cenar algo en particular esta noche, cariño.

— ¿Por qué?

—He pensado en pasar por el mercado de regreso a casa.

—Una ensalada —dijo Louisa.

— Algo ligero para después del squash, ¿no, cariño?

—Sí, Harry. Después del squash me vendrá bien una cena ligera, por ejemplo una ensalada. Como siempre.

—¿Has tenido un día ajetreado? El bueno de Ernie y su desenfrenado ritmo, ¿no?

—¿Qué quieres? —preguntó Louisa.

—Tenía ganas de oír tu voz, cariño, sólo eso.

Su risa desconcertó a Pendel.
—Pues mejor será que te des prisa, porque dentro de dos minutos esta voz va a actuar como intérprete para un grupo de formales capitanes de puerto que no hablan ni una palabra de español y no mucho más inglés y se han empeñado en tratar sólo con el presidente de Panamá,
—Te quiero, Lou.
—Eso espero, Harry. Y ahora discúlpame.
—Kioto, ¿eh?
—Sí. Harry. Kioto. Adiós.

KÍOTO, escribió extasiado en mayúsculas. ¡Qué subinformadora! ¡Qué mujer! ¡Qué golpe maestro! «Y se han empeñado en tratar sólo con el presidente de Panamá.» Y tratarán con él. Y Marco estará allí para acompañarlos hasta la cámara secreta de su luminiscencia. Y Ernie colgará su halo e irá con ellos.
Y Mickie se enterará de todo gracias a sus bien remunerados informadores de Tokio o Tombuctú o dondequiera que los soborne. Y Pendel, el as del espionaje, lo transmitirá palabra por palabra.

Un descanso mientras Pendel, enclaustrado en el taller de corte, repasa la prensa local —últimamente compra todos los periódicos—y encuentra un comunicado oficial diario que se titula: «Hoy nuestro presidente recibirá.» No se menciona a ningún formal capitán de puerto llegado de Kioto, ni de hecho a ningún japonés. Excelente. La reunión había sido extraoficial. Un encuentro secreto, en extremo clandestino: Marco los guía hasta la puerta trasera, un grupo de banqueros haciéndose pasar por capitanes de puerto que no hablan español pese a que en realidad lo hablan fluidamente. Añadamos una segunda capa de pintura mágica y multiplicaremos el efecto hasta el infinito. ¿Quién más estaba presente? Aparte de Ernie, claro. ¡Gillaume! ¡El astuto gabacho en persona! ¡Helo ahí, frente a mí, temblando como una hoja!
—Monsieur Guillaume, mis saludos. ¡Tan puntual como de costumbre! Marta, un whisky para monsieur.
Guillaume, pequeño y nervioso como un ratón, es natural de Lille. De profesión geólogo, analiza muestras de terreno para los prospectores. Acaba de regresar a Panamá tras una estancia de cinco semanas en Medellín, durante la cual, explica sobrecogido a Pendel, se han denunciado en dicha ciudad doce secuestros y veintiún asesinatos. Pendel está confeccionándole un traje de alpaca color beige con chaqueta de una sola hilera de botones, chaleco y un segundo pantalón de quita y pon. Hábilmente, Pendel dirige la conversación hacia la política colombiana.
—La verdad, con tanto escándalo y narcotráfico, no sé cómo se atreve a dar la cara el presidente del país.
Guillaume toma un sorbo de whisky y parpadea.
—Harry, todos los días doy gracias a Dios por ser un simple técnico. Voy. Analizo el terreno. Elaboro mi informe. Me marcho a casa. Ceno. Hago el amor con mi esposa. Existo.
–Y además te embolsas una considerable minuta –le recuerda Pendel jovialmente.

Librodot

–Por adelantado –admite Guillaume, confirmando azoradamente su supervivencia con la ayuda del espejo de cuerpo entero–. Y primero ingreso el cheque en el banco. Si me matan, saben que malgastan su dinero.
«Siendo el otro único asistente a la reunión un esquivo geólogo francés y consultor independiente internacional estrechamente vinculado al cartel de Medellín a nivel de dirección, un tal Guillaume Delassus, considerado en algunos círculos como
quinto hombre más peligroso de Panamá y traficante de influencias sin igual.»

Y los cuatro primeros puestos de la lista están aún pendientes de adjudicación, añadió para sí mientras escribía.
Las prisas de la hora del almuerzo. Los sándwiches de atún preparados por Marta tienen un éxito arrollador. Marta está en todas partes y en ninguna, eludiendo a propósito la mirada de Pendel. Ráfagas de humo de tabaco y risas masculinas. A los panameños les gusta pasarlo bien, y en P & B lo pasan bien. Ramón Rudd ha llegado acompañado de un atractivo muchacho. Cervezas en el cubo de hielo, vino envuelto en paños fríos, prensa local e internacional, teléfonos portátiles para ostentar. Pendel, en su triple faceta de sastre, anfitrión y superespía, reparte su tiempo entre el probador y la sala de reuniones, deteniéndose a mitad de camino para añadir inocentes notas al final de su cuaderno, oyendo más de lo que escucha, recordando más de lo que oye. La vieja guardia con nuevos reclutas a la zaga. Se habla de escándalos, caballos, dinero. Se habla de mujeres y de vez en cuando del Canal. De pronto se cierra ruidosamente la puerta de entrada, el volumen de las voces desciende y vuelve a subir, con gritos de «¡Rafi! ¡Mickie!» mientras el dúo Abraxas Domingo entra en escena con el acostumbrado garbo, el famoso par de playboys, reconciliados una vez más, Rafi luciendo sus cadenas de oro, sus anillos de oro, sus dientes de oro y sus zapatos italianos, y con una chaqueta multicolor de P & B colgada de los hombros, porque Rafi detesta la ropa apagada, detesta las chaquetas a menos que sean estridentes, y adora la risa, el sol y a la esposa de Mickie.
Y Mickie, cabizbajo y malhumorado pero unido de por vida a su amigo, como si Rafi fuese lo único que le queda cuando está borracho y ha echado a perder todo lo demás. Los dos entran en la refriega y se separan, Rafi convirtiéndose de inmediato en el centro de la reunión, Mickie encaminándose hacia el probador y su enésimo traje nuevo, que debe ser más elegante, más vistoso, más caro, más seductor que el de Rafi. Rafi ¿vas a ganar la copa de oro de la Primera Dama el domingo?
Y de pronto se acalla el caos, reduciéndose a una sola voz, la de Mickie, que sale del probador desesperado y, bramando, anuncia a la concurrencia que su traje nuevo es una mierda.
Lo dice una vez y a continuación lo repite una segunda, ahora a la cara de Pendel, una ofensa que preferiría dirigir contra Domingo pero no se atreve, y así pues, la dirige contra Pendel. Luego vuelve a decirlo una tercera vez, ésta para complacer a la galería. Y Pendel, a medio metro de él, inexpresivo, lo deja acabar. Cualquier otro día habría esquivado la estocada, bromeando, ofreciéndole a Mickie una copa, sugiriéndole que volviese en algún otro momento cuando estuviese de mejor humor, acompañándolo amablemente

hasta la calle y parándole un taxi. Los compañeros de celda han representado ya antes esa clase de escenas, y al día siguiente Mickie ha admitido su culpa enviando caros ramos de orquídeas, valiosos guacos y pusilánimes notas de gratitud y arrepentimiento entregadas en mano.
Pero hoy esperar eso de Pendel es olvidarse del gato negro, que de pronto rompe la correa que lo sujetaba y salta sobre Mickie enseñando las uñas y los dientes, cebándose en él con una ferocidad que nadie habría imaginado en Pendel. Toda la culpabilidad que alguna vez ha sentido por abusar de la fragilidad de Mickie, por difamarlo, venderlo, visitarlo en la sima de su lastimera humillación brota de Pendel en una prolongada salva de rabia transferida.
–¿Que por qué no sé hacer trajes como los de Armani?
—Harry —susurró—. Es el pantalón, te lo juro. Sólo eso. Me hace parecer viejo. Viejo antes de tiempo. No me vengas con esas gilipolleces filosóficas. Todo eso ya lo sé.
En ese punto debió de sonar un clarín en la mente de Pendel. Miró alrededor y vio las expresiones de asombro de sus clientes, vio a Mickie con los ojos fijos en él, aferrado al pantalón de alpaca en litigio exactamente igual que se había aferrado al pantalón de color naranja de su uniforme de presidiario como si temiese que alguien pudiera quitárselo. Vio a Marta, inmóvil como una estatua, su cara un mosaico de desaprobación y alarma. Pendel bajó los puños a los costados y se irguió como primer paso para adoptar una posición más relajada.
— Mickie, ese pantalón quedará perfecto —aseguró con un tono algo más afable—. Yo no era partidario de la pata de gallo, pero tú te empeñaste y reconozco que, después de todo, no ha sido mala elección. La gente te admirará cuando lleves puesto ese pantalón. Y lo mismo digo de la chaqueta. Pero ahora escúchame, Mickie para este traje sólo puede haber un sastre, tú o yo. Así que decide.
— ¡Por Dios! —susurró Mickie, y se agarró del brazo de Rafi.
—repitió, varias veces, mirando directamente al rostro estupefacto de Mickie—. ¿Que por qué no puedo hacer trajes como los de Arman? Enhorabuena, Mickie. Acabas de ahorrarte mil pavos. Y ahora hazme un favor: vete a Armani, cómprate un traje y no vuelvas por aquí. Porque Armani hace mejores trajes de Arrnani que yo. Ahí tienes la puerta.
Mickie no se movió. Estaba petrificado. ¿Cómo iba a comprarse un traje de Armani un hombre de sus colosales dimensiones? Pero Pendel no podía contenerse. La vergüenza, la furia y una premonición de inminente desastre palpitaban descontroladamente en su pecho. Mickie, mi creación. Mickie, mi fracaso, mi compaüero de presidio, mi espía, presentándose aquí, en mi casa franca, para acusarme.

—¿Sabes una cosa, Mickie? Un traje de esta sastrería no anuncia a un hombre, lo define. Puede que tú no quieras ser definido. Quizá no haya en ti hombre suficiente para definirlo. Risas en la galería. Había en Mickie hombre suficiente definir cualquier cosa varias veces. —Un traje de esta sastrería, Mickie, no es la payasada de un borracho. Es línea, es forma, es silueta. Es el resultado de una vista bien asentada. Es el detalle que revela al mundo lo que necesita saber de ti y no más. Braithwaite lo llamaba discreción. Si alguien se fija en un traje mío, me incomoda porque pienso

Librodot

que algo debe estar mal hecho. La finalidad de mis trajes no es mejorar el aspecto o convertirte en el chico más guapo de la fiesta. Mis trajes no despiertan controversia Insinúan. Dejan entrever. Incitan a la a acercarse. Ayudan a mejorar la vida, pagar las deudas, poseer gente, influencia. Porque cuando me llegue la hora de seguir al bueno de Braithwaite al gran taller del cielo, quiero pensar que hay personas aquí en la calle que se pasean con mis trajes, que gracias a ellos tienen una mejor opinión de sí mismos.
Pesaba ya demasiado para guardármelo dentro, Mickie. Ya es momento de que compartas la carga. Tomó aliento y dio la impresión de que quería refrenarse, pues soltó una especie de hipo.
Y cuando se disponía a reanudar la invectiva, por fortuna Mickie se le adelantó.
La tienda se vació y se preparó para el descanso de primera hora de la tarde. Los clientes se retiraron. Tenían que ganar dinero, aplacar a sus queridas y sus esposas, zanjar tratos, apostar por algún caballo, chismorrear. Marta también había desaparecido. Era su hora de estudio. Había ido a hundir la cabeza entre los libros. De nuevo en el taller de corte, Pendel puso a Stravinsky y quitó de la mesa los patrones, la tela, el jaboncillo y la tijera. Abrió el cuaderno por las últimas hojas y buscó el principio de sus anotaciones en clave. Si en alguna medida se arrepentía del modo en que había reaccionado con su viejo amigo, no lo dejó aflorar a su conciencia. Sentía la llamada de la musa.
De un bloc de anillas extrajo una hoja de papel pautado encabezada por la cresta semirreal de la casa de Pendel & Braithwaite. Debajo, con la mejor caligrafia de Pendel, constaban los detalles de una factura a nombre del señor Andrew Osnard con la dirección de su apartamento de Paitilla y un precio total de dos mil quinientos dólares. Tras extender la factura sobre la mesa, cogió una antigua pluma atribuida por la historia mítica a Braithwaite, y con una letra arcaica que había cultivado para sus notificaciones profesionales añadió: «Agradeceríamos su pronta atención», dando a entender que aquella factura no era una simple reclamación del pago. A continuación abrió el cajón central de la mesa y sacó una hoja en blanco y sin filigrana del paquete que Osnard le había entregado. Como siempre, la olfateó. No olía a nada identificable salvo quizá, muy lejanamente, a desinfectante de cárcel.
—Está impregnado con sustancias mágicas, Harry —había explicado Osnard—. Papel carbón sin carbón para usarse una sola vez.
—¿Y tú qué haces al recibirlo?
—Revelarlo, idiota, ¿tú qué crees?
—¿Dónde, Andy? ¿Cómo?
—Métete en tus asuntos. En el cuarto de baño. Y cállate ya, no molestes.
Tras colocar cuidadosamente el papel carbón sobre la factura, cogió del cajón el lápiz del cuatro que Osnard le había dado para aquel fin y empezó a escribir al son de los acordes de Stravinsky, hasta que de pronto, cansado ya de Stravinsky, apagó el estéreo. «El diablo siempre se acompaña de la mejor música», decía su tía Ruth. Puso a Bach pero Louisa era una entusiasta de Bach, así que quitó también a Bach y trabajó envuelto en un hostil silencio, cosa poco habitual en él. Con el entrecejo arrugado, la punta de la lengua asomando entre los labios, y Mickie resueltamente olvidado, la afluencia empezó a manar. Permanecía atento a pisadas sospechosas o delatores

Librodot

susurros al otro lado de la puerta. Su mirada saltaba sin cesar de los jeroglíficos del cuaderno al papel carbón. Inventaba y fundía. Organizaba y remozaba. Perfeccionaba. Agrandaba hasta límites irreconocibles. Distorsionaba. Imponía orden en la confusión. Tanto que contar, y tan poco tiempo. Japoneses escondidos en todos los armarios. Respaldados por China continental. Pendel volaba. Tan pronto por encima de su material como por debajo. Tan pronto genio como servil corrector de sus fantasías. Señor de su reino en las nubes.
Príncipe y a la vez lacayo. El gato negro siempre a su lado. Y los franceses como de costumbre en algún lugar del complot. Una explosión, Harry, muchacho, una explosión de la carne. Un furioso arrebato de poder, una inflamación, un acto de desinhibición, de liberación. Un intento de sentarse a horcajadas sobre el mundo, una comprobación de la gracia de Dios, un ajuste de cuentas. El pecaminoso vértigo de la creatividad, del saqueo y el hurto y la tergiversación y la reinvención, asumido voluntariamente por un adulto furioso con la expiación pendiente y el gato al lado moviendo la cola. Cambió el papel carbón, arrugó la hoja usada y la tiró a la papelera. Cargar y reanudar el fuego con todos los cañones. Arrancaba las hojas del cuaderno y las quemaba en la chimenea.
—¿Un café? —preguntó Marta.
El mayor conspirador del mundo había olvidado cerrar la puerta. En la chimenea, tras él, ardían aún las llamas. El papel carbonizado esperaba a ser aplastado.
—Un café no me vendría mal, gracias.
Marta cerró la puerta al salir. Fríamente, sin sonreír.
—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó al volver, adoptando el trato formal de la sastrería y eludiendo su mirada.
Pendel respiró hondo.
—Sí.
—¿En qué?
—Si los japoneses planeasen en secreto construir un nuevo canal a nivel del mar y hubiesen comprado bajo mano al gobierno panameño, ¿qué harían los estudiantes en caso de enterarse?
—¿Los estudiantes de ahora?
—Los tuyos. Los que están en contacto con los pescadores.
—Organizar manifestaciones. Salir a la calle. Asaltar el palacio Presidencial y la Asamblea Legislativa. Bloquear el Canal. Convocar una huelga general. Solicitar apoyo a los países vecinos. Poner en marcha una cruzada en toda Latinoamérica. Reivindicar un Panamá libre. También quemaríamos los edificios y establecimientos japoneses, y colgaríamos a los traidores, empezando por el presidente. ¿Basta con eso?
--Gracias. Estoy seguro de que será suficiente. Y movilizar a la gente del otro lado del puente, claro —sugirió.
—Naturalmente. Los estudiantes son sólo la vanguardia del movimiento proletario.

—Lamento lo de Mickie —masculló Pendel tras una pausa—. No he podido contenerme.
—Cuando no podemos herir a nuestros enemigos, herimos a nuestros amigos. Mientras tenga eso en cuenta...
—Lo tengo en cuenta.

--Ha telefoneado el Oso.
—¿Por lo de su artículo?
—No ha mencionado el artículo. Dice que necesita verlo cuanto antes. Está en el sitio de costumbre. Hablaba con tono de amenaza.

17

El Boulevard Balboa, en la avenida Balboa, era un espacioso y poco concurrido restaurante con techo bajo de poliestireno y fluorescentes carcelarios protegidos por tablillas de madera. Hacía unos años habían puesto en el local una bomba, nadie recordaba por qué. Desde los amplios ventanales se veía la avenida Balboa y, más allá, el mar. En una larga mesa un hombre de mandíbula prominente, rodeado de guardaespaldas con trajes negros, hablaba para la televisión. El Oso, en su sitio de siempre, leía un periódico. Las mesas cercanas estaban desocupadas. Llevaba una chaqueta a rayas de P &, B y un panamá de sesenta dólares comprado en la boutique. Su reluciente barba negra de pirata, a juego con la montura de sus gafas, parecía recién lavada.
—Creo que me has telefoneado, Teddv —le recordó Pendel cuando llevaba un minuto sentado ante él, oculto por el periódico.
El Oso bajó el periódico de mala gana y preguntó:
—¿Qué quieres?
—Me has llamado, y aquí estoy. La chaqueta, por cierto, te queda muy bien.
—¿Quién ha comprado el arrozal?
—Un amigo.
—¿Abraxas?
—Claro que no —repuso Pendel.
—¿Por qué tan claro?
—Está sin blanca.
–¿Quién lo ha dicho?
–Él.
–Quizá tú pagas a Abraxas –sugirió el Oso–. Quizá trabaja para ti. ¿Os traéis algún negocio turbio entre manos? Os dedicáis a la droga como su padre.
–Teddy, me parece que has perdido la razón.
–¿De dónde sacas el dinero para pagar a Rudd? ¿Quién es ese millonario loco del que alardeas sin darle a Rudd una parte del negocio? Esa actitud resulta ofensiva. ¿Por qué has abierto esa ridícula sala de reuniones en la sastrería? ¿Te has vendido a alguien? ¿Qué escondes?
–Soy sastre, Teddy. Confecciono trajes para caballero y estoy en expansión. ¿Vas a proporcionarme un poco de publicidad gratuita, quizá? Hace bastante tiempo apareció un artículo en el Miami Herald, no sé si lo leíste.
El Oso exhaló un suspiro. Su voz era inexpresiva. La compasión, la humanidad, la curiosidad eran registros que habían desaparecido hacía mucho de sus cuerdas vocales, si es que alguna vez habían pasado por ellas.
–Te explicaré los principios básicos del periodismo –dijo–. Yo gano dinero de dos maneras. Por un lado, cierta gente me paga por escribir artículos, así que los escribo. No me gusta escribir, pero tengo que comer. Tengo que financiar mis apetitos. Por otro lado, cierta gente me paga por no escribir

Librodot

artículos. Para mí, es la mejor manera, porque sin escribir gano también dinero. Si juego bien mis cartas saco más dinero por no escribir que por escribir. Hay una tercera manera pero no me convence demasiado. La llamo mi último recurso. Me dirijo a cierta gente del gobierno e intento venderles lo que sé. Pero no resulta muy satisfactorio.
–¿Por qué?
–Me desagrada vender a ciegas. Si trato con una persona corriente, contigo o con aquel de allí, y sé que puedo echar por tierra su reputación o su negocio o su matrimonio, y esa persona también lo sabe, la información tiene un precio, podemos ponernos de acuerdo sobre algo concreto, es una transacción normal. Pero cuando me dirijo a cierta gente del gobierno –movió apenas la cabeza en un gesto de desaprobación–, ignoro cuánto vale para ellos mi información. Algunos son astutos; otros son estúpidos. Uno no sabe si realmente la desconocen o fingen desconocerla. Así que todo son tanteos, contratanteos, y en definitiva pérdida de tiempo. Incluso puede darse el caso de que traten de acallarme con mi propio expediente. No me gusta malgastar así mi vida. Si accedes a negociar, si me das una respuesta rápida y me ahorras complicaciones, te haré un buen precio. Dado que cuentas con un millonario loco, es obvio que debo incluirlo en mi valoración objetiva de tus posibilidades económicas.
Pendel tuvo la sensación de que su sonrisa se formaba por etapas, primero un lado de la boca, luego otro, después las mejillas, y a continuación, cuando consiguió fijarla, la mirada. Por último, la voz.
– Teddy, me parece que estás recurriendo a un timo muy manido. Me dices «Corre, corre, te han descubierto», con el propósito de mudarte a mi casa cuando aún esté camino del aeropuerto.
– ¿Trabajas para los americanos? A cierta gente del gobierno no le haría ninguna gracia. Un inglés entrando sin autorización en sus dominios... tomarían drásticas medidas. Si lo hacen ellos la cosa cambia. Al fin y al cabo, traicionan a su país. Están en su derecho, han nacido aquí. Es su país, y pueden hacer con él lo que quieran, se lo han ganado a pulso. Pero en tu caso, un extranjero, esa misma traición resultaría en extremo provocativa. Su reacción sería imprevisible.
–Teddy, has dado en el clavo. Me enorgullece decir que trabajo para los americanos. El general del Mando Sur se inclina por los trajes con chaqueta de una sola hilera de botones, chaleco y un segundo pantalón de quita y pon. El encargado de negocios de la embajada, por su parte, opta por el esmoquin, y una chaqueta de tweed para pasar las vacaciones en North Haven. –Pendel se puso en pie y notó el temblor de las corvas al rozar con las patas del pantalón–. No sabes nada comprometedor acerca de mí, Teddy. Si supieses algo, no me lo preguntarías. Y no sabes nada comprometedor por la sencilla razón de que no lo hay. Y ya que hablamos de dinero, te agradecería que pagases esa bonita chaqueta que llevas, así Marta podrá cuadrar de una vez los libros de cuentas.
-No entiendo cómo puedes tirarte a esa mestiza sin cara. Pendel dejó al Oso como lo había encontrado, con la cabeza hacia atrás, la barba en alto, leyendo lo que él había escrito en su periódico.

Al llegara casa y encontrarla vacía, Pendel se sintió apesadumbrado, ¿Esta es mi recompensa después de una dura jornada?, pregunta a las paredes vacías. ¿Un hombre con dos oficios, que se mata a trabajar, tiene que traerse

de fuera la comida por las noches? Pero encuentra algún consuelo. El maletín del padre de Louisa está una vez más en su escritorio. Lo abre y saca una gruesa agenda con el nombre Dr. L. DELGADO escrito en letra gótica en la tapa. Al lado hay una carpeta de correspondencia titulada COMPROMISOS. Arrinconando cualquier distracción, incluida la amenaza de denuncia del Oso, Pendel se dispone a ejercer de espía nuevamente. La luz del techo está en una intensidad baja., La aumenta. Se acerca el encendedor de Osnard a un ojo, cierra el otro y, con los párpados entornados, mira a través del visor procurando no tapar el objetivo con la nariz o los dedos.

-Ha telefoneado Mickie --informó Louisa en la cama.
-¿Adónde?
-A mí. A la oficina. Otra vez piensa matarse.
-Ah, estupendo.
-Dice que te has vuelto loco. Dice que alguien te ha trastornado la cabeza.
-Muy amable por su parte.
-Y yo estoy de acuerdo -añadió Louisa a la vez que apagaba la luz.

Era domingo por la noche y el tercer casino que visitaban, pero Andy aún no había puesto a Dios a prueba, que era lo que se proponía hacer, como había prometido a Fran. Apenas lo había visto en todo el fin de semana, salvo por unas cuantas horas robadas al sueño y un asalto de sexo desenfrenado al amanecer, antes de marcharse él apresuradamente al trabajo. El resto del fin de semana Andy lo había pasado en la embajada, en compañía de Shepherd quien, con su jersey de punto y sus zapatillas negras de deporte, le llevaba paños calientes y tazas de café. O al menos así se lo había imaginado Fran. No era muy considerado por su parte representarse a Shepherd con zapatillas negras de deporte, porque nunca lo había visto llevarlas. Pero recordaba a un profesor de gimnasia de su internado que siempre calzaba zapatillas negras, y Shepherd poseía el mismo servil entusiasmo que él.
--Se ha amontonado mucho material de BUCHAN -había explicado Andy enigmáticamente-. Tengo que elaborar un informe urgente. Hay cierta tensión y ese ambiente de lo necesitamos todo para ayer.
-¿Cuándo tendrán el honor de conocerlo los bucaneros?
--Londres ha cerrado el grifo. Es demasiado delicado para consumo local hasta que los analistas lo trabajen a fondo.
Y así habían estado las cosas hasta hacía dos horas, cuando Andy la invitó a un restaurante extraordinariamente caro de la playa, donde ante una botella del champán más caro, decidió que había llegado el momento de poner a Dios a prueba.
-Heredé cierta cantidad de una tía mía la semana pasada. Poca cosa. No sacaría a nadie de ningún apuro. Veamos si Dios la dobla. Es la única manera.
Estaba en una de sus fases explosivas. Inquieto, rastreándolo todo con la mirada, estallando por cualquier pequeñez, buscando camorra.
-¿Aceptan peticiones? -preguntó Andy a voz en grito al director de la banda mientras bailaban. -Tocaremos lo que la señora desee, caballero.

-Entonces ¿por qué no se toman la noche libre? -sugirió
Andy, y Fran sensatamente se lo llevó de la pista.
–Andy, eso no es tentar a Dios, eso es pedir que nos maten –advirtió Fran con severidad mientras él pagaba la cena con un billete húmedo de cincuenta dólares que había extraído del bolsillo interior de su chaqueta de lino recién confeccionada por su sastre local.

En el primer casino Andy se sentó en la mesa principal, limitándose a observar mientras Fran permanecía de pie tras él en actitud protectora.
–¿Tienes preferencia por algún color? –le preguntó Andy por encima del hombro.
–¿Eso no debería decidirlo Dios?
Siguió bebiendo champán pero no apostó. Los empleados del casino lo conocen, pensó Fran de pronto cuando salían. Ha estado aquí antes. Saltaba a la vista por sus rostros, sus sonrisas y sus frases hechas de despedida.
–Necesidades operacionales –respondió Andy de manera cortante cuando ella lo interrogó al respecto.
En el segundo casino un guardia de seguridad cometió el error de intentar registrarlos. La situación se habría complicado si Fran no hubiese sacado a tiempo su identificación diplomática. Una vez más Andy observó el juego pero no tomó parte activa. Des-
de un extremo de la mesa dos muchachas trataron de atraer su atención, y una incluso lo saludó por su nombre.
–Necesidades operacionales –repitió Andy.
El tercer casino se hallaba en un hotel del que Fran nunca había oído hablar, en un peligroso barrio de la ciudad donde le habían recomendado no entrar. Subieron a la tercera planta, concretamente a la habitación 303, llamaron a la puerta y esperaron. Un enorme matón cacheó a Andy de arriba abajo, pero esta vez no puso la menor objeción. Incluso aconsejó a Fran que le permitiese echar un vistazo en su bolso. Al ver entrar a Andy y Fran en la sala, los crupieres se pusieron tensos, las miradas de todos los presentes se volvieron hacia ellos, y se interrumpieron las conversaciones, lo cual resultaba comprensible a la luz de lo que ocurrió a continuación: Andy pidió cincuenta mil dólares en fichas, todo en unidades de quinientos y mil, esas pequeñas no las necesito, puede guardárselas donde le plazca.
Y segundos después Andy estaba ya sentado al lado de la crupier y Fran de nuevo detrás de él. La crupier era una fulana pálida y voluptuosa de labios carnosos y manos pequeñas y ágiles con las uñas rojas semejantes a unas garras, y llevaba un escotado vestido de tirantes. La ruleta empezó a girar, y cuando se detuvo, Andy tenía en su haber mil dólares más porque había apostado al rojo. Jugó, si Fran no recordaba mal, unas ocho o nueve veces. Había cambiado el champán por el whisky. Dobló sus cincuenta mil dólares, que por lo visto era la misión que le había encomendado a Dios, y después apostó una última vez por simple diversión y se embolsó otros veinte mil dólares. Pidió una bolsa y un taxi en la puerta, porque le pareció una estupidez andar por la calle con ciento veinte mil dólares a cuestas, y dijo que enviaría a Shepherd por el coche al día siguiente.
Pero la secuencia de estos acontecimientos carecía de orden en su mente, porque mientras se desarrollaban, ella estaba absorta en el recuerdo de su primera gincana, cuando su poni, que como todos los ponis del mundo se llamaba Misty, saltó perfectamente su primer obstáculo, para después

desbocarse y galopar a lo largo de siete kilómetros por la carretera de Shrewsbury, yendo ella colgada de su cuello y circulando el tráfico en ambos sentidos sin que a nadie, salvo a ella, le preocupase especialmente su situación.

--Anoche vino a verme el Oso a casa –dijo Marta después de cerrar la puerta del taller de corte–. Lo acompañaba un amigo suyo de la policía.
Era lunes por la mañana. Pendel estaba sentado tras su mesa de trabajo, dando los últimos toques a un plan de combate de la Oposición Silenciosa. Dejó su lápiz del cuatro.
–¿Qué quería? ¿Qué tienes tú que ver en todo esto?
–Me pidieron información sobre Mickie.
–¿Qué información?
–Por qué viene tanto a la sastrería. Por qué telefonea a horas extrañas.
–¿Qué contestaste?
—Quieren que haga de espía —dijo Marta.

18

Con la llegada del primer material designado con el nombre en clave BUCHAN DOS procedente del centro de operaciones panameño, la jactancia de Scottie Luxmore, su genio creador en Londres, alcanzó cotas inéditas. Sin embargo aquella mañana su euforia había dado paso a un profundo desasosiego. Se paseaba por el despacho al doble de su velocidad habitual. Su exhortatoria voz escocesa mostraba de pronto cierta tendencia a quebrarse. Inconscientemente la mirada se le iba una y otra vez hacia el noroeste, al otro lado del río, de donde dependía ahora su futuro.
—*Cherchez la Femme*, Johnny, muchacho —aconsejó a un demacrado joven llamado Johnson, que había sustituído a Osnard en el ingrato papel de ayudante personal de Luxmore—. En este oficio, la hembra de la especie vale cinco veces más que cualquier hombre.
Johnson, quien al igual que su predecesor dominaba el imprescindible arte de la adulación, se inclinó en la silla para demostrar lo atento que estaba a las palabras de su superior.
—Poseen la perfidia, Johnny. Poseen el descaro. Son simuladoras natas. ¿Por qué cree que insistió en colaborar sólo por mediación de su marido?
—En su voz se adivinaba el velado tono de protesta de alguien que presenta disculpas anticipadamente—. Esa mujer sabía de sobra que eclipsaría a su marido. ¿Y qué habría sido de él entonces? Se habría quedado en la calle. Despedido. Finiquitado. ¿Qué interés tenía ella en que eso ocurriese? —Se secó las palmas de las manos en las patas del pantalón—. ¿A caso iba a renunciar a uno de los dos sueldos y además dejar a su marido en ridículo? No. No cabe esperar algo así de Louisa. No cabe esperar algo así de BUCHAN DOS.
—Entornó los ojos como si hubiese reconocido a alguien en una ventana a lo lejos. Pero no interrumpió su perorata—. Yo sabía lo que hacía. Y ella también. Nunca menosprecie la intuición de una mujer, Johnny. El ha llegado ya a su techo. Ha quedado fuera del juego.

—¿Osnard? —preguntó Johnson, esperanzado. Hacía seis meses que se había convertido en la sombra de Luxmore, y todavía no había destino para él a la vista.
—Su marido, Johnny —replicó Luxmore, irascible, alzando una mano crispada junto a la peluda mejilla como si enseñase una garra—. BUCHAN UNO. Sí, al principio su trabajo resultaba prometedor. Pero carecía de amplitud de miras, como es propio de esa clase de hombres. Carecía de talla, de conciencia de la historia. Eran todo chismes, sobras recalentadas, y un continuo esfuerzo por cubrirse las espaldas. No podríamos haber seguido trabajando con él por mucho tiempo, ahora lo veo claramente. Y ella también lo vio. Conoce a su marido, esa mujer. Conoce sus limitaciones mejor que nosotros. Y es muy consciente asimismo de su propia fuerza.
—A los analistas les preocupa un poco que no haya ninguna confirmación —aventuró Johnson, que nunca perdía ocasión de socavar el pedestal de Osnard—. Según Sally Morpurgo, el informe BUCHAN DOS está muy hinchado y poco documentado.
El golpe sorprendió a Luxmore en pleno giro, justo cuando acometía su quinto largo a través de la moqueta. Exhibió una sonrisa ancha y vacía propia de un hombre sin el mínimo sentido del humor.
—¿Eso opina? Y la señorita Morpurgo es sin duda una persona inteligente.
—Sí, eso creo.
—Y las mujeres tienden a juzgar con mayor severidad a otras mujeres que nosotros los hombres. Eso está comprobado.
—Es verdad, ahora que lo dice. No se me había ocurrido pensarlo.
—Están también sujetas a ciertos resquemores, o envidia sea quizá la palabra exacta, y a eso los hombres, como es lógico, somos inmunes, ¿o no, Johnny?
—Puede ser. No. Es decir, sí, claro.
—¿Y cuál ha sido concretamente la objeción de la señorita Morpurgo? —preguntó Luxmore con el tono de quien admite cualquier crítica constructiva.
Johnson se arrepintió de haber introducido el tema en la conversación.
—Dice simplemente, bueno, que no hay la menor confirmación. Nada. Parece todo caído del cielo, como ella ha dicho. Ningún dato de enlaces afines, ninguna filtración del servicio secreto norteamericano. No hay reacciones de otros servicios de inteligencia, no hay satélites, no se ha advertido ningún movimiento diplomático fuera de lo común. Es un agujero negro de principio a fin. O eso dice ella.
— ¿Eso es todo? —preguntó Luxmore.
—Todo todo, no.
— No me oculte nada, Johnny.
—Afirma que en toda la historia del espionaje nunca se ha pagado tanto por tan poco. Que es una farsa.
Si Johnson esperaba minar la confianza de Luxmore en Osnard y sus hazañas, se vio defraudado. Luxmore hinchó el pecho y su voz recuperó su didáctica cadencia escocesa.
—Johnny. —Aspiración dental—. ¿No ha pensado nunca que lo que hoy es una ausencia de pruebas equivale a lo que antes era una prueba contundente?
—Francamente no.

Librodot

—Pues reflexione un momento, se lo ruego. Para ocultar todo rastro a los oídos y los ojos de la moderna tecnología se requiere una mente muy astuta, ¿o no? Desde las tarjetas de crédito hasta los billetes de avión, pasando por las llamadas telefónicas, faxes, bancos, hoteles, lo que usted quiera. Hoy en día no podemos ni comprar una botella de whisky en el supermercado sin informar al mundo de que lo hemos hecho. En tales circunstancias la ausencia de rastro se aproxima a una prueba de culpabilidad. Los hombres de mundo así lo entienden. Son conscientes del esfuerzo que supone no ser visto ni oído, pasar totalmente inadvertido.
-No me cabe duda, señor.
-Los hombres de mundo no padecen las deformaciones profesionales que rodean a otros miembros de este servicio con miras más estrechas, Johnny. No tienen mentalidad de búnker, no se atascan en los detalles y la información superflua. Ven el bosque, no los árboles. Y lo que ven aquí es un conciliábulo de peligrosas dimensiones entre Oriente y el Sur.
-Sally no, desde luego -objetó Johnson obstinadamente, decidiendo que en todo caso el mal estaba ya hecho-. Y Moo tampoco.
-¿Quién es Moo?
-Su ayudante.

Luxmore conservó una sonrisa tolerante y comprensiva, dando a entender que también él veía el bosque y no los árboles.
-Invierta los términos de su pregunta, Johnny, y creo que también usted hallará la respuesta. ¿Por qué existe una oposición clandestina en Panamá si no hay nada a qué oponerse? ¿Por qué esos grupos disidentes, formados no por chusma, Johnny, sino por las clases pudientes y preocupadas, esperan entre bastidores a no ser porque existen razones de peso para esperar? ¿Por qué están descontentos los pescadores? Son gente astuta, Johnny, no infravalore nunca a los hombres del mar. ¿Por qué el hombre del presidente panameño en la Comisión del Canal profesa una política en público y otra en su agenda
particular de compromisos? ¿Por qué lleva una vida en la superficial y otra encubierta, ocultando sus acciones, reuniéndose a horas intempestivas con falsos capitanes de puerto japoneses? ¿Qué causa la inquietud de los estudiantes? ¿Qué perciben en el ambiente? ¿Quién ha estado susurrándoles al oído en los cafés y las discotecas? ¿Por qué la palabra <«capitulación» corre de boca en boca?
-No sabía que así fuese -admitió Johnson, que últimamente venía observando con creciente perplejidad cómo cobraba realce la información en bruto sobre Panamá al pasar por el escritorio de su superior.
Pero Johnson no tenía acceso a todo el material, y menos a las fuentes de inspiración de Luxmore. Cuando Luxmore preparaba sus famosos resúmenes de una página para la misteriosa Comisión de Planificación y Realización, pedía en primer lugar una montaña de expedientes del archivo de información confidencial y luego se encerraba en su despacho hasta que el documento estaba redactado, y sin embargo los expedientes, como descubrió Johnson cuando ingeniosamente encontró la manera de echarles una ojeada, guardaban más relación con acontecimientos pasados, tales como el conflicto de Suez de 1956, que con cualquier cosa que estuviese sucediendo en el presente o pudiese suceder en el futuro.

Luxmore utilizaba a Johnson como caja de resonancia. Algunos hombres, empezaba a comprender Johnson, eran incapaces de pensar sin público.
-He ahí lo más difícil de detectar para un servicio como el nuestro, Johnny: el mar de fondo humano antes de agitarse, la vox populi antes de manifestarse. Fíjese, si no, en Irán y el ayatolá. Fíjese en Egipto en el período previo al problema de Suez. Fíjese en la perestroika y el hundimiento del imperio del mal. Fíjese en Saddam, uno de nuestros mejores clientes. ¿Quién previó todos esos hechos, Johnny? ¿Quién los vio formarse como negros nubarrones en el horizonte? Nosotros no. Fijese, por Dios, en Galtieri y la conflagración de las islas Falkland. Una y otra vez el inmenso mazo de los servicios secretos ha sido capaz de abrir todas las nueces menos la que realmente importaba: el enigma humano. --Había recuperado su velocidad habitual, acomodando el paso a la ampulosidad de su discurso-. Sin embargo ése es ahora nuestro objetivo. Esta vez nos adelantaremos. Tenemos micrófonos en los bazares. Conocemos el estado de ánimo de las masas, su agenda subconsciente, su oculto punto de ebullición. Podemos prevenir. Podemos ganarle la partida a la historia, tenderle una emboscada...
Descolgó tan deprisa el auricular que el teléfono apenas llegó a sonar. Pero era sólo su esposa, para preguntarle si una vez más se había metido en el bolsillo las llaves del coche de ella al irse a trabajar. Luxmore admitió lacónicamente su delito, colgó, se tiró de los faldones de la chaqueta, y reanudó sus paseos.

Eligieron la casa de Geoff por decisión expresa de Ben Hatry, al fin y al cabo Geoff Cavendish era el títere de Ben Hatry, aunque por prudencia ambos lo mantenían en el más estricto secreto. Y tenía su lógica que fuese en casa de Geoff, porque en cierto modo la idea había partido de Geoff en el sentido de que Geoff Cavendish había elaborado la estrategia inicial, y Ben Hatry había dicho joder, hagámoslo, que era como Ben Hatry solía hablar; como magnate de los medios de comunicación y patrón de incontables aterrorizados periodistas que era, sentía un natural desprecio por su lengua materna.
Era Cavendish quien había prendido la imaginación de Hatry, si podía llamarse así a lo que Ben Hatry poseía; Cavendish quien había llegado a un acuerdo con Luxmore, quien lo había alentado, quien había reforzado su presupuesto y su ego; Cavendish quien, con el consentimiento de Hatry, había ofrecido los primeros almuerzos y sesiones informativas en caros restaurantes cercanos al Parlamento, quien había presionado a los diputados oportunos, aunque nunca en nombre de Hatry, quien había extendido el mapa y les había mostrado dónde se hallaba aquel condenado lugar y por dónde atravesaba el Canal, porque la mitad de ellos no lo tenían muy claro; Cavendish quien había dado discretas voces de alarma en la City y las compañías petroleras, quien había persuadido a la necia ala derecha del Partido Conservador, cosa relativamente fácil para él, y quien había atraído a los nostálgicos del viejo imperio, los antieuropeístas, los xenófobos y los hijos pródigos e incultos.
Era Cavendish quien había evocado visiones de una cruzada de última hora antes de las elecciones, de un ave fénix resurgida de las cenizas del Partido Conservador y convertida en dios de guerra, de un líder ataviado con la reluciente armadura que hasta

ese momento siempre le había venido demasiado grande; Cavendish quien pronunció la misma arenga con distinto vocabulario para la oposición: no os preocupéis, chicos y chicas, no es necesario que os opongáis a nada ni que adoptéis postura alguna, basta con que agachéis la cabeza y hagáis correr la voz de que no es la ocasión idónea para balancear la leal nave británica, por más que navegue en la dirección equivocada, lleven el timón un puñado de lunáticos y haga aguas como un colador.
Era Cavendish una vez más quien había generado la debida inquietud entre las multinacionales, quien había divulgado rumores sobre el devastador efecto en la libra, la industria y el comercio británicos; Cavendish quien nos había despertado la conciencia, como él decía, o lo que es lo mismo, quien había convertido las habladurías en certidumbre mediante el ingenioso uso de columnistas ajenos al imperio de Hatry y por consiguiente no corrompidos en teoría por la atroz reputación del magnate; Cavendish quien había conseguido publicar series de artículos en fidedignos diarios de bajo presupuesto a cambio de ciertas promesas, artículos que luego se agrandaron desproporcionadamente en los grandes periódicos y ascendieron o descendieron a las páginas interiores de la prensa amarilla, los editoriales de la degradada prensa seria y los debates televisivos de horario nocturno, y no sólo en los canales de Hatry sino también en los de la competencia, pues no hay nada más previsible que la difusión en los medios informativos de sus propias ficciones y el terror entre sectores rivales ante la posibilidad de que los otros se adelanten con alguna primicia, tanto si la noticia es verdadera como si no, porque no nos engañemos, amigos míos, en el mundo de la información hoy en día no disponemos del personal, el tiempo, el interés, la energía, la educación o el mínimo sentido de la responsabilidad necesarios para contrastar los hechos por otro medio que no sea repescar lo que otros periodistas han escrito y repetirlo como el evangelio.
Y era Cavendish, el corpulento y campechano inglés con sus chaquetas de tweed y su voz de comentarista de críquet en una soleada tarde de verano, quien tan convincentemente había propagado, siempre a través de intermediarios bien nutridos, la preciada doctrina de Ben Hatry del «Si ahora no, ¿cuándo?», que se hallaba en la raíz de sus intrigas, jugadas y presiones transatlánticas, siendo la idea básica de dicha teoría que Estados Unidos en modo alguno podía seguir siendo la única superpotencia mundial durante mucho más de una década, tras lo cual estarían acabados, de manera que, sostenía la doctrina, si en algún lugar del planeta debía practicarse alguna contundente intervención quirúrgica, por brutal e interesada que pudiese parecer al exterior o también de hecho al interior, en consideración a nuestra supervivencia y la supervivencia de nuestros hijos y la supervivencia del imperio de Hatry y su creciente influencia sobre los corazones y las mentes del tercer y cuarto mundos: «¡Hagámoslo ahora que aún tenemos la sartén por el mango, joder! ¡Basta ya de rodeos! ¡Cojamos lo que queramos y aplastemos lo demás! Pero tanto si lo hacemos como si lo dejamos de hacer, ya está bien de debilidad, concesiones, disculpas y payasadas.»
Y si para eso tenía que acostarse con los fanáticos de la derecha norteamericana, así corno con sus hermanos de sangre de este lado del charco, y para colmo se convertía en el niño mimado de la industria armamentista, pues qué, joder, diría con su cuidada lengua materna, al fin y al cabo no era un político, de hecho aborrecía a los políticos, él era un hombre realista, le importaba un carajo aliarse con unos o con otros siempre

y cuando hablasen con sensatez y no anduviesen de puntillas por los pasillos internacionales diciendo a todo japonés, negro o hispano: «Perdóneme, caballero, por ser un liberal norteamericano blanco y de clase media, y discúlpenos por ser tan grandes, fuertes, ricos y poderosos, pero creemos en la dignidad y la igualdad de todos los pueblos, ¿y me permitiría arrodillarme y besarle el culo?»

Que era la imagen que Ben Hatry no se cansaba de pintar para sus lugartenientes, pero siempre a condición de que quede entre nosotros, chicos, por el sagrado interés de informar objetivamente, que es para lo que estamos en este mundo, o si no, joder, ya os podéis buscar otro trabajo.

—Conmigo no cuentes —había dicho Ben Hatry a Cavendish el día anterior con su voz sin inflexiones. A veces hablaba sin mover siquiera los labios. A veces se cansaba de sus propias maquinaciones, se cansaba de la mediocridad humana. Ferozmente, había

añadido—: Arregláoslas con ellos vosotros dos, hijos de puta.

—Como quiera, jefe. Es una lástima, pero bueno... —había contestado Cavendish.

Pero finalmente Ben Hatry se había presentado, como Cavendish preveía, y había ido en taxi porque no se fiaba de su chófer, e incluso había llegado diez minutos antes para leer un resumen de la mierda que Cavendish venía enviando a la gente de Van en los últimos meses —mierda era su término preferido para referirse a cualquier clase de prosa—; dicho resumen concluía con un vehemente informe de una página redactado por uno de aquellos gilipollas del otro lado del río —sin firmar, sin encabezamiento, sin identificación alguna— que, según Cavendish, era el factor decisivo, la cepa, el diamante perdido, jefe, la gente de Van está fuera de sí, y por eso la reunión de hoy.

— ¿Quién es el hijo de puta que ha escrito esto? —preguntó Hatry, siempre deseoso de atribuir el mérito a quien correspondía.

—Luxmore, jefe.

— ¿Aquel gilipollas que nos jodió la operación de las Falkland él solo sin ayuda de nadie?

—El mismo.

—El texto no ha pasado por el departamento de redacción, eso está claro.

No obstante Ben Hatry leyó el informe dos veces, algo insólito en él.

—¿Es verdad? —preguntó por fin.

—Relativamente verdad, jefe —contestó Cavendish, con la juiciosa moderación que caracterizaba sus juicios—. Es verdad en parte. Y no estamos seguros sobre el plazo de vigencia. Puede que los hombres de Van tengan que actuar con carácter de urgencia.

Hatry le lanzó el informe a las manos.

—Bueno, por lo menos esta vez sabrán por dónde se andan —dijo a la vez que dirigía un seco saludo con la cabeza a Tug Kirby, el tercer asesino, como lo había apodado ingeniosamente Cavendish, que acababa de irrumpir en la habitación sin limpiarse

antes los enormes pies y miraba ceñudo alrededor en busca de algún enemigo.

—¿Aún no han llegado los yanquis? —bramó.

—Aparecerán de un momento a otro, Tug —aseguró Cavendish para tranquilizarlo.

Librodot

—Esos mamones llegarán tarde a su propio entierro —dijo Kirby.
Una de las ventajas de la casa de Geoff era su ideal posición en pleno centro de Mayfair, muy cerca de la entrada lateral de Claridge's, en un pasaje cerrado y vigilado donde vivían diplomáticos y peces gordos y se encontraba además, en un extremo, la embajada italiana. Sin embargo proporcionaba un agradable anonimato. Allí uno podía ser empleado de la limpieza, repartidor de comida, mensajero, mayordomo, guardaespaldas, chapero o el gran señor del universo. Nadie prestaba especial atención. Y Geoff recibía muchas visitas. Sabía cómo acceder a los poderosos, cómo reunirlos. Con Geoff, uno podía cruzarse de brazos dejar que las cosas siguiesen su curso, que era precisamente lo y que en ese momento: tres ingleses y sus dos invitados norteamericanos, todos igualmente dispuestos a negar cualquier participación en aquello, disfrutando de una cena que por mutuo acuerdo nunca había tenido lugar, un bufé libre sin criados para evitar testigos consistente en salmón tiéde pescado en la finca de Cavendish en Escocia, huevos de codorniz, fruta y queso, acompañado todo por un pudin de pan que había preparado la antigua niñera de Geoff.
Y para beber, té helado y refrescos afines, porque en el renacido Washington de hoy, dijo Geoff Cavendish, el alcohol en almuerzo se consideraba un sacrilegio.
Y una mesa redonda para que nadie ocupase una posición dominante. Mucho espacio para las piernas. Sillas mullidas. Los teléfonos desconectados. Cavendish sabía proporcionar un ambiente cómodo a la gente. Y chicas en abundancia si uno quería. 0 si no, que le preguntasen a Tug.

—¿Un vuelo aceptable, Elliot? —preguntó Cavendish.
— El viaje ha sido un verdadero placer, Geoff. Me encantan esos pequeños reactores que no paran de traquetearse. En el aeropuerto de Northolt hacía buen tiempo. Me encanta Northolt. Y el trayecto en helicóptero hasta Battersea ha sido épico. Y hay allí una central eléctrica magnífica.
Con Elliot, un sureño de Alabama, uno nunca sabía si hablaba con sarcasmo o si ésa era su manera de ser. Contaba treinta y un años, era abogado y periodista, y en general adoptaba una actitud lánguida, salvo cuando estaba en pie de guerra. Escribía una columna en el Washington Post, donde competía ostentosamente con nombres que hasta fecha reciente habían sido más importantes que el suyo. Llevaba gafas, y era alto, cadavérico y peligroso. Su rostro era todo huesos.
— ¿Vais a quedaros a pasar la noche, Elliot, o volvéis a casa? —gruñó Tug Kirby, dando a entender que personalmente prefería la segunda opción.
— Por desgracia, Tug, tenemos que marcharnos inmediatamente después de la cena —contestó Elliot.
— ¿No vais a presentar vuestros respetos en la embajada? —dijo Tug con una sonrisa estúpida. Hablaba en broma, cosa poco común en Tug. En el Departamento de Estado era donde menos convenía que se conociese la visita de Elliot o el coronel.
Sentado junto a Elliot, el coronel masticaba su salmón el número correcto de veces.

Librodot

— No tenemos amigos en la embajada, Tug —explicó con candidez—. Todos son unos maricones.
En Westminster se conocía a Tug Kirby como el Ministro de la Larga Cartera. Debía dicho título en parte a sus aventuras sexuales, pero sobre todo a su incomparable lista de cargos de director y consejero delegado. No había compañía del sector de la
defensa en todo el país o en Oriente Próximo, se decía en círculos bien informados, que no tuviese en nómina a Tug Kirby, o que no estuviese en la nómina de Tug Kirby. Al igual que los dos invitados, era un hombre poderoso y vagamente amenazador. Tenía unos hombros anchos y robustos, unas pobladas cejas negras que parecían postizas, y la mirada lerda y malévola de un toro. Incluso mientras comía, mantenía los puños cerrados y en actitud alerta.
—Eh, Dirk, ¿cómo está Van? —preguntó Hatry jovialmente.
Ben Hatry había dejado salir su legendario encanto. Nadie podía resistirse a él. Después de tanto tiempo en las sombras, su sonrisa resplandecía de un modo especial. Al coronel se le iluminó el rostro de inmediato. También Cavendish advirtió con satisfacción el súbito cambio de humor de su jefe.
—Señor --bramó el coronel como si declarase ante un consejo de guerra—. El general Van le envía saludos y desea expresar su agradecimiento a usted, Ben, y a sus colaboradores por el inestimable apoyo práctico y moral que le han ofrecido en los últimos meses y hasta el presente.
Hombros atrás, mentón hundido. Señor,
—Bien, pues dile que nos ha decepcionado por no presentarse a las elecciones a presidente --dijo Hatry, conservando la sonrisa—. Es una lástima que el único hombre válido de Estados Unidos no haya tenido cojones para hacer campaña.
El coronel no se inmutó por las provocaciones en broma de Hatry. Ya las conocía de reuniones anteriores.
—El general Van tiene a su favor la juventud, señor. El general ve las cosas con perspectiva. El general posee una mente en extremo estratégica. —Visiblemente inquieto, hablaba en un susurro y asentía con la cabeza entre cada frase, manteniendo los ojos muy abiertos y la mirada vulnerable—. El general lee mucho. Es profundo. Sabe esperar. A estas alturas otros hombres habrían agotado ya su munición. Pero no así el general. No, señor. Cuando llegue el momento de convencer al presidente, el general estará allí para convencerlo. En mi opinión, es el único hombre de Estados Unidos capaz de hacerlo. Sí, señor.
Obedezco, decían sus ojos de spaniel, pero su mandíbula decía, apártate de mi camino. Viéndolo allí, sentado en posición de firmes, costaba recordar que no llevaba uniforme. Costaba preguntarse si no estaba un poco loco. O si no lo estaban todos ellos. De pronto concluyeron las formalidades. Elliot miró su reloj y, enarcando las cejas, apremió a Tug Kirby sin la menor delicadeza. El coronel se quitó la servilleta del cuello, se limpió los labios remilgadamente y la dejó en la mesa como un ramillete de flores desechado para que Cavendish la recogiese junto con todo lo demás, Kirby encendió un puro.
—Por favor, Tug, ¿te importaría apagar esa mierda? —preguntó Hatry cortésmente.
Kirby aplastó la punta del puro en un cenicero. A veces se olvidaba de las manías de Hatry. Cavendish preguntaba quién añadía azúcar al café y si

Librodot

alguien lo tomaba con leche. Por fin era una reunión y no un banquete. Eran cinco hombres que se detestaban cordialmente, sentados en torno a una lustrosa mesa del siglo XVIII y unidos por un gran ideal.
—¿Vais a intervenir o no? —dijo Ben Hatry, que no se distinguía por sus preámbulos.
—Nos gustaría, Ben —contestó Elliot, su rostro tan herméticamente cerrado como las puertas de una esclusa.
—¿Y qué os lo impide, joder? Tenéis pruebas de sobra. Controláis el país. ¿A qué esperáis?
—Van querría intervenir. Y también Dirk, ¿no, Dirk? Está todo a punto, ¿no, Dirk?
—Desde luego —murmuró el coronel, moviendo la cabeza en un gesto de desolación y mirándose las manos cruzadas.
--¡Pues intervenid ya de una vez, por Dios! —exclamó Kirby.
Elliot fingió no haberlo oído.
—El pueblo norteamericano desearía que interviniésemos —declaró—. Quizá no lo sepan todavía, pero pronto lo sabrán. El pueblo norteamericano querrá recuperar lo que es suyo por derecho y nunca debería haberse entregado. Nadie nos detiene, Ben. Contamos con el Pentágono, tenemos la voluntad de hacerlo, los hombres adecuados, la tecnología. Contamos con el Senado y el Congreso. Con el Partido Republicano. Nosotros dictamos la política exterior. En estado de guerra controlamos los medios de comunicación. La última vez nuestro control fue absoluto, y ésta lo será más si cabe. Nadie nos detiene salvo nosotros mismos, Ben. Nadie, y eso es así.
Se produjo un instante de silencio, que rompió Kirby.
—Siempre requiere un poco de valor dar el salto —dijo con aspereza—. Margaret Thatcher no vaciló ni un segundo. Otros no hacen otra cosa que vacilar.
Volvió el silencio.
—Y así es como se pierden los canales, probablemente —comentó Cavendish, pero nadie rió y volvió a imponerse el silencio.
—¿Sabes qué me dijo Van el otro día, Geoff? —preguntó Elliot.
—¿Qué te dijo?
—Fuera de Estados Unidos todos le adjudican un papel a este país. En su mayoría son gente que no encuentra su propio papel. En su mayoría son unos pajilleros.
—El general Van es un hombre profundo —repitió el coronel.
—Adelante —instó Hatry—. ¿Qué más tenéis que decir?
—Ben, no tenemos base sólida —admitió, como de periodista a periodista—. No hay a qué agarrarse. Tenemos una coyuntura. No se ha disparado una sola arma. No hay una sola monja norteamericana violada. No hay un solo niño norteamericano muerto. Unicamente tenemos rumores. Tenemos especulaciones. Tenemos los informes de vuestros espías, que nuestros servicios secretos todavía no han corroborado, y eso es una condición ineludible. No estamos ante una situación en la que baste con enardecer a los defensores de causas perdidas del Departamento de Estado o poner pancartas con el lema «¡Quita de ahí tus manos, Panamá!». Estamos ante una situación que exige una acción drástica, y la adaptación retrospectiva de la conciencia nacional. En cuanto a la conciencia nacional, nosotros nos ocuparemos. Podemos contribuir. También usted puede ayudar, Ben.
—Dije que lo haría, y lo haré.

—Pero no puede darnos una base sólida —prosiguió Elliot—. No puede violar monjas ni matar niños.
Kirby lanzó una inoportuna carcajada.
—No estés tan seguro de eso, Elliot —bromeó—. No conoces bien a Ben.
Sin embargo no obtuvo más aplauso que una mirada de consternación por parte del coronel.
—¿Cómo que no hay una base sólida? ¡Joder, claro que la hay! —replicó Ben Hatry, irritado.
—¿Cuál? —preguntó Elliot.
—¡Los desmentidos, joder!
—¿Qué desmentidos? —insistió Elliot.
—Los de todo el mundo. Los panameños lo niegan, los gabachos lo niegan, los amarillos lo niegan. O sea que mienten, como mintió Castro. Castro negó que hubiese misiles rusos en la isla, y Estados Unidos actuó. Los conspiradores del Canal niegan la
conspiración, así que volved a actuar.
—Ben, esos misiles estaban allí —replicó Elliot—. Teníamos el arma humeante. En este caso no la tenemos. El pueblo norteamericano quiere saber que se hace justicia. Las palabras por sí solas no sirven de nada. Nunca han servido. Necesitamos un arma humeante. El presidente necesita un arma humeante. Si no la hay, no accederá.
—No tendremos por casualidad un par de fotos de ingenieros japoneses con barba excavando un segundo canal a la luz de una linterna, ¿verdad, Ben? —preguntó Cavendish con tono sarcástico.
—No, no tenemos ni una jodida foto —repuso Hatry, que nunca levantaba la voz pero tampoco lo necesitaba—. ¿Y qué vais a hacer, Elliot? ¿Esperar a que los amarillos os envíen una jodida foto para la prensa a la hora de comer del 31 de diciembre
de 1999?
Elliot no se inmutó.
—Ben, no disponemos de argumentos emotivos que mostrar por televisión. La última vez tuvimos suerte. Los batallones de la dignidad de Noriega maltrataron a mujeres norteamericanas en las calles de Ciudad de Panamá. Hasta ese momento estuvimos atados de manos. Teníamos las drogas, así que escribimos largo y tendido sobre el narcotráfico. Teníamos su fealdad, así que escribimos largo y tendido sobre eso. Para mucha gente la fealdad es inmoral, y lo explotamos. Teníamos su sexualidad y su vudú jugamos la baza de Castro. Pero hasta que unos irrespetuosos soldados hispanos acosaron a unas norteamericanas decentes en nombre de la dignidad, el presidente no se sintió en la obligación de enviar a las tropas para enseñarles buenos modales.
–He oído decir que eso estaba preparado –comentó Hatry.
–En cualquier caso, no surtiría efecto una segunda vez –contestó Elliot, descartando la sugerencia como si no viniese al caso.
Ben Hatry implosionó. Una prueba nuclear subterránea. No hubo explosión, todo estaba perfectamente ocluido. Sólo un siseo de alta presión cuando expulsó aire, frustración y rabia en un mismo soplido.
–¡Por Dios bendito, Elliot, ese jodido Canal es vuestro! –También la India fue de Gran Bretaña en una época, Ben. Hatry no se molestó en responder. Se quedó inmóvil, miran-

do a través de las cortinas cerradas de la ventana hacia nada que mereciese su tiempo.
–Necesitamos una base sólida –repitió Elliot–. Si no hay base sólida, no hay guerra. El presidente no accederá. Punto.

Correspondió a Geoff Cavendish, con su lustre y su robusta apostura, devolver la luz y la alegría a la reunión.
–Bien, caballeros, me da la impresión de que tenemos muchos puntos de acuerdo. Es el general Van quien debe elegir el momento oportuno para la acción. Eso nadie lo pone en duda. Podríamos soslayar esa cuestión y hablar de otras cosas. Tug, veo que tienes algo que decir.
Hatry se había apropiado de las cortinas. La perspectiva de escuchar a Kirby sirvió sólo para aumentar su abatimiento.
--En cuanto a esa Oposición Silenciosa –dijo Kirby–, el grupo de Abraxas, ¿has hecho ya alguna lectura, Elliot?
–¿Acaso debería?
–¿Y Van?
–Le caen bien.
–Un poco raro, ¿no? –comentó Kirby–. Teniendo en cuenta que Abraxas es antinorteamericano.
--Abraxas no es un títere, no es un cliente –respondió Elliot con ecuanimidad–. Si buscamos un gobierno panameño provisional hasta que la situación permita unas nuevas elecciones, Abraxas tiene muchos puntos a su favor. Los liberales no podrían acusarnos de colonialismo, y tampoco los panameños.
–Y si no funciona, siempre se puede volar su avión –dijo Hatry con malévola intención.

–Sin embargo Elliot –volvía a hablar Kirby– Abraxas es nuestro hombre. No vuestro. Es nuestro por decisión suya. Con lo cual su oposición es también nuestra. Y por tanto nos toca a nosotros supervisar, aconsejar y aprovisionar. Es importante que lo recordemos. Y en especial que lo recuerde Van. El general Van no quedaría en muy buen lugar si se supiese que Abraxas se ha embolsado los dólares del Tío Sam. O que sus hombres han sido equipados con armamento norteamericano. No conviene que el pobre tipo tenga que cargar con el estigma de colaboracionista yanqui desde el principio, ¿no?
El coronel tuvo una idea. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y resplandecieron. En sus labios apareció una sonrisa de satisfacción.
–¡Escucha, Tug! ¡Podemos presentarlo bajo una bandera falsa! ¡Tenemos activos en la zona! Podemos simular que Abraxas recibe el material de Perú, Guatemala o la Cuba de Castro. Tenemos donde elegir. No representaría el menor problema.
Tug Kirby nunca abordaba más de un asunto a la vez.
–Nosotros localizamos a Abraxas, y nosotros lo equiparemos --dijo, inmutable–. El encargado administrativo de la embajada es un especialista en aprovisionamiento. Si queréis poner dinero, será bien recibido. Pero lo ponéis a través de nosotros. Sin ninguna aportación local directa. Nosotros supervisamos a Abraxas, nosotros lo abastecemos. Es nuestro. El y sus

estudiantes, sus pescadores y toda su gente. Los abastecemos a todos desde aquí —concluyó, y tamborileó con los nudillos en la mesa del sigloXVIII por si no había quedado bastante claro.
—Eso si llega el caso —dijo Elliot al cabo de un rato.
—¿A qué te refieres?
—Si intervenimos —precisó Elliot.
De pronto Hatry desvió la mirada de las cortinas y se volvió hacia Elliot.
—Quiero la exclusiva —exigió—. Mis cámaras y mis periodistas en primera línea, mis chicos corriendo al lado de los estudiantes y los pescadores, en exclusiva. Y todos los demás en el furgón de cola con los repuestos.
Elliot esbozó una irónica sonrisa.
—Quizá su gente debería organizar la invasión por nosotros, Ben. Quizá eso les allanaría el camino de las próximas elecciones. ¿ Qué tal una operación de rescate para proteger a los expatriados británicos? Debe de haber por lo menos un par de ellos en Panamá.
—Me alegra que hayas sacado el tema a relucir, Elliot —dijo Kirby.
Un eje de atención distinto. Kirby muy tenso y todas las miradas puestas en él, incluso la de Hatry.
—¿Y eso por qué, Tug? —preguntó Elliot.
—Porque ya es momento de que planteemos qué va a sacar nuestro hombre de esto —contestó Kirby, sonrojándose. Con «nuestro hombre» se refería a nuestro líder, nuestro títere, nuestra mascota.
—¿Lo quieres en la sala de mando del Pentágono sentado junto a Van, Tug? —sugirió Elliot con sarcasmo.
—No seas imbécil.
—¿Quieres enviar tropas británicas en barcos de guerra norteamericanos? Cuenta con ello.
—No, gracias. Eso es vuestro patio trasero. Pero queremos sacar provecho.
—¿Cuánto, Tug? He oído decir que eres un negociador implacable.
—No hablo de dinero. Sacar provecho moral.
Elliot sonrió. Hatry también. La moralidad, daban a entender sus rostros, también era negociable.
—Nuestro hombre debe estar en primer plano —anunció Kirby, enumerando las condiciones con sus enormes dedos—. Nuestro hombre se llevará todos los honores, y entretanto vuestro hombre aplaudirá. Todo el mérito para Gran Bretaña, y que se
joda Bruselas. La especial relación entre nuestros países debe airearse bien, ¿no, Ben? Visitas a Washington, un tratamiento preferente, apretones de manos, palabras amables para nuestro hombre. Y vuestro hombre debe venir a Londres en cuanto lo hayáis convencido. Está en deuda y tiene que notarse. El papel del servicio de inteligencia británico debe filtrarse a la prensa respetable. Os daremos el texto, ¿no, Ben? El resto de Europa quedará fuera y los gabachos desacreditados, como de costumbre.
—Déjame eso a mí —dijo Hatry—. El no vende periódicos; yo sí.
Se despidieron como amantes irreconciliados, preocupados por haber dicho lo que no debían, por no haber dicho lo que debían, por no haberse hecho entender. Pondrían al corriente al general Van en cuanto llegasen, dijo Elliot. A ver qué opinaba. El general Van se tomaba su tiempo, dijo el coronel. El general Van era un auténtico visionario. El general Van miraba al horizonte. El general Van sabía esperar.
—Ponme una copa, joder —dijo Hatry.

Los tres ingleses se quedaron solos, refugiados en sus whiskies.
— Una agradable reunión —comentó Cavendish.
— Son unos gilipollas —dijo Kirby.
— Comprad a la Oposición Silenciosa —ordenó Hatry—. Aseguraos de que saben hablar y disparar. ¿Van en serio los estudiantes?
—Son gente indecisa, jefe. Maoístas, troscos, pacifistas, muchos de ellos ya no muy jóvenes. Podrían decantarse de un lado o del otro.
—¿A quién coño le importa de qué lado se decantan? Compra a esos cabrones y ponlos en danza. Van quiere una base sólida. Sueña con ello pero no se atreve a pedirlo. ¿Por qué crees que envía a sus esbirros y se queda en casa? Quizá los estudiantes nos proporcionen esa base sólida. ¿Dónde está el informe de Luxmore?
Cavendish se lo entregó, y Hatry lo leyó una tercera vez antes de devolvérselo.
—¿Quién es la fulana que nos escribe el material catastrofista? —preguntó.
Cavendish le dio el nombre.
—Pásale a ella el informe —dijo Hatry—. Indícale que dé más relieve a los estudiantes. Que les atribuya vínculos con los pobres y los oprimidos. Nada de comunismo. Y que explique más claramente que la Oposición Silenciosa ve en Gran Bretaña el modelo de democracia para el siglo XXI. Quiero una sensación de crisis. «Mientras el terror se pasea por las calles de Panamá», y toda esa mierda. En las primeras ediciones del domingo. Ponte en contacto con Luxmore. Dile que ya es hora de que despierte a sus jodidos estudiantes.
Luxmore nunca había participado en una misión tan peligrosa. Estaba sobreexcitado, estaba aterrorizado. Pero las salidas al extranjero siempre lo aterrorizaban. Se sentía solo, desesperada heroicamente solo. En la chaqueta, de la que no debía despojarse bajo ningún concepto, llevaba un impresionante pasaporte donde se rogaba encarecidamente a cualquier extranjero que permitiese al señor Mellors, estimado emisario de la reina, cruzar las fronteras de su país con entera libertad. Viajaba en primera clase y ocupaban el asiento contiguo dos voluminosas bolsas negras de piel con el emblema real, selladas con lacre y provistas de anchas correas para colgárselas al hombro. Para aquel cometido, el reglamento prohibía dormir y consumir bebidas alcohólicas. En ningún momento debía perder de vista las bolsas ni alejarse de ellas. Ninguna mano sacrílega debía profanar las valijas de un emisario de la reina. No debía entablar conversación con nadie, aunque por razones operacionales había excluido de este mandato a una azafata de la British Airways con aspecto de matrona. En mitad del Atlántico Sur lo había asaltado de improviso la necesidad de ir al baño. Dos veces se había puesto en pie para reivindicar su derecho, y en ambos casos se le había adelantado un pasajero libre de carga. Al final, siendo ya extrema su urgencia, convenció a la azafata de que montase guardia en un lavabo desocupado, y mientras ella lo esperaba, él avanzó de medio lado por el pasillo con sus bultos, golpeando a diestra y siniestra a árabes adormilados y tropezando con los carritos de las bebidas.
—Debe de llevar ahí dentro secretos de peso —bromeó la azafata cuando por fin dejó atrás sano y salvo las hileras de asientos.
Luxmore reconoció complacido el acento de una paisana escocesa.
—¿De dónde es, pues, querida mía?
— De Aberdeen.
—¡Qué maravilla! ¡La ciudad de plata!

— ¿Y usted?
Luxmore se disponía a explayarse acerca de su procedencia escocesa cuando recordó que, según su pasaporte falso, Mellors había nacido en Clapham. Más bochornoso aún le resultó que la azafata tuviese que aguantarle la puerta abierta mientras forcejeaba con las bolsas para encontrar un palmo de suelo donde maniobrar. Cuando regresaba a su asiento, escrutó a los pasajeros en busca de algún posible secuestrador aéreo y no vio a nadie que le mereciese confianza.
El avión empezó a descender. ¡Dios mío, imagínate!, pensó Luxmore mientras el temor por su misión y la aversión a volar se alternaban con la pesadilla del futuro hallazgo de las bolsas, tras caer el avión al mar. ¡Barcos de rescate de Estados Unidos, Cuba, Rusia y Gran Bretaña acuden velozmente al lugar del desastre! ¿Quién era ese enigmático Mellors? ¿Por qué sus bolsas se hundieron como plomos hasta el fondo del océano? ¿Por qué no se hallaron papeles flotando en la superficie? ¿Por qué no reclamó nadie el cadáver? ¿Ni viuda ni hijos ni pariente alguno? Las bolsas se recuperan. ¿Sería tan amable el gobierno de su majestad la reina de explicar su extraordinario contenido a un mundo estupefacto?
—Va con destino a Miami, ¿no? —preguntó la azafata cuando vio que se preparaba para desembarcar—. Estoy segura de que agradecerá un baño caliente cuando se libre de eso.
Luxmore bajó la voz por si escuchaba algún árabe. La azafata era una buena chica escocesa y se merecía la verdad.
—Panamá —susurró.
Pero ella ya se había ido. Estaba demasiado ocupada recordando a los pasajeros que debían poner rectos los respaldos de los asientos y abrocharse los cinturones.

19

—Alquilan los greens por horas, y la tarifa es proporcional al rango —explicó Maltby mientras seleccionaba un hierro medio para el golpe de aproximación. El banderín se hallaba a unos ochenta metros, para Maltby un día entero de viaje—. Los soldados rasos prácticamente no pagan. Y a más galones, mayor tarifa. Según dicen, el general ni siquiera puede permitirse jugar. —Sonriendo, confió con orgullo—: Yo he llegado a un acuerdo: soy sargento.
Golpeó la bola. Esta, sobresaltada, rodó unos sesenta metros por la hierba mojada y se escondió. Maltby trotó tras ella. Stormont lo siguió. Un anciano caddie indio con un sombrero de paja acarreaba una colección de palos viejos en una bolsa enmohecida.
El recorrido del campo de golf de Amador, primorosamente cuidado, es el sueño de todo mal golfista, y Maltby era un mal golfista donde los hubiese. Se extiende a lo largo de una pulcra franja de césped situada entre una impoluta base militar norteamericana construida en los años veinte y las tierras que lindan con la entrada del Canal. Hay una garita. Hay una carretera recta y vacía vigilada por un aburrido soldado norteamericano y un aburrido policía panameño. Apenas lo visita nadie salvo los militares y sus esposas. En el horizonte, si uno mira tierra adentro, se alza el barrio de El Chorrillo y las Torres Satánicas de punta Paitilla, amortiguadas esa mañana

Librodot

por varias capas de onduladas nubes. Hacia el mar, se ven las islas, la carretera elevada y la ine-
vitable fila de barcos inmóviles que esperan turno para pasar bajo el puente de las Américas.
Pero para el mal golfista el aspecto más atractivo del campo son las rectilíneas zanjas que albergan el recorrido, a diez metros bajo el nivel del mar porque ese terreno formó parte en su día de la zona de obras del Canal. Por su rectitud y su profundidad, actúan como conductos de cualquier bola lanzada con poco tino. El mal golfista puede golpear con efecto a la izquierda o con efecto a la derecha, poco importa, pues en tanto le acierte a la bola y no la mande a las nubes, las zanjas le ofrecerán amparo, lo perdonarán todo.
-Y Paddy está ya bien, ¿no? -dijo Maltby, mejorando disimuladamente la posición de la bola con la puntera de su agrietada zapatilla de golf-. Se ha recuperado de los ataques de tos, imagino.
-Pues no -contestó Stormont. -¡Vaya por Dios! ¿Y qué dicen los médicos?
-Poca cosa.
Maltby volvió a golpear. La bola salió disparada por el green y desapareció de nuevo. Maltby corrió tras ella. Había empezado a llover otra vez. Llovía intermitentemente a intervalos de diez minutos, pero Maltby no parecía darse cuenta. La bola insolente descansaba en el centro de una isla de arena embebida de agua. El anciano caddie entregó a Maltby el palo adecuado.
--Tendrías que llevártela de aquí -recomendó Maltby con despreocupación. A Suiza o a dondequiera que se vaya hoy en día para esas cosas. Panamá tiene un clima malsano. Nunca se sabe de qué lado vienen los microbios. ¡Mierda!
Al igual que un insecto primigenio, la bola se escabulló entre unos matojos de frondosas cortaderas. A través de la intensa lluvia, Stormont observó a su embajador mientras la desplazaba en amplios arcos hasta devolverla al green. Unos instantes de tensión cuando Maltby ejecutó un golpe corto. Una carcajada triunfal al ver que la bola entraba en el hoyo. Está desquiciado, pensó Stormont. Loco. De atar. «Tengo que hablar contigo, Nigel», había dicho Maltby por teléfono esa mañana cuando Paddy acababa conciliar el sueño. «He pensado que podíamos dar un paseo si no tienes inconveniente.» Y Stormont había contestado: «Como usted quiera, embajador.»
-Por otra parte, la embajada es ahora un sitio bastante agradable -prosiguió Maltby mientras se encaminaban hacia la siguiente zanja-. Salvo por la tos de Paddy y por mi pobre y vieja Phoebe. -Phoebe, su esposa, no era ni tan pobre ni tan vieja.
Maltby iba sin afeitar. Un raído jersey gris colgaba de la mitad superior de su cuerpo como una cota de malla. ¿Por qué no se compra un impermeable, el condenado?, se preguntó Stormont, asombrado, mientras notaba que a él mismo le bajaba el agua por el cuello.
- Phoebe nunca está contenta -decía Maltby-. No entiendo por qué ha vuelto. Yo la detesto. Ella me detesta a mí. Los chicos nos detestan a los dos. No tiene sentido. No hemos follado desde hace años, gracias a Dios.
Stormont se había quedado mudo de estupefacción. Maltby no le había hablado en confianza ni una sola vez desde que se habían conocido hacía dieciocho meses. Y de pronto, por alguna razón desconocida, la relación adquiría un cariz de ilimitada y aterradora intimidad.

- Tú ya has pasado por el divorcio -se quejó Maltby-. Y en tu caso, si no recuerdo mal, el asunto levantó cierta polvareda. Pero saliste airoso. Tus hijos no te han retirado la palabra. El Foreign Office no te quitó de en medio.
-No del todo.
- Verás, me gustaría que hablaras de eso con Phoebe. Le servirá de gran ayuda. Explícale que tú ya te has visto en el trance, y no es tan grave como parece. Ella nunca se dirige a la gente como es debido, ése es en parte su problema; prefiere dar órdenes.
- Quizá sería mejor que hablase con ella Paddy -sugirió Stormont.
Maltby colocó la pelota en el tee, cosa que hizo, advirtió Stormont, sin flexionar las rodillas, Se dobló por la cintura y se irguió de nuevo.
-No, creo que deberías ser tú, francamente -prosiguió a la vez que dirigía a la bola una serie de amenazadores amagos-. Soy yo quien le preocupa, ¿comprendes? Le consta que ella puede vivir sola. Cree que estaría telefoneándola a todas horas para preguntarle cómo freír un huevo. Y está muy equivocada. Me traería a asa una chica preciosa y me pasaría el día entero friéndole huevos.
Por fin lanzó, y la bola se elevó verticalmente, escapando a la protección de la zanja. Por un instante la bola pareció contenta con su trayectoria recta, pero súbitamente cambió de idea, giró a la izquierda y desapareció tras la cortina de lluvia.
–¡Ya la hemos cagado! –exclamó el embajador, revelando una profundidad lingüística que Stormont no habría imaginado en él.
El diluvio alcanzó proporciones descabelladas. Abandonando la bola a su suerte, fueron a resguardarse a una glorieta construida para las actuaciones de una banda militar frente a una media luna de mansiones donde residían oficiales casados. Pero al anciano caddie no le atraía la glorieta; prefirió acogerse al dudoso amparo de unas palmeras, donde permaneció de pie mientras el agua se desbordaba torrencialmente por las alas de su sombrero.
–Por otra parte –dijo Maltby–, formamos un grupo bien avenido. No hay rencillas personales; todo el mundo está a gusto; nuestra embajada nunca había gozado de tanto prestigio en Panamá; nos llueve en todas direcciones una fascinante información. Así que pregunto: ¿Qué más pueden pedir nuestros superiores?
–¿Por qué? ¿Qué piden ahora?
Sin embargo Maltby no estaba dispuesto a dejarse apremiar. Prefería seguir su peculiar y ambagioso camino.
–Anoche sostuvimos largas conversaciones con toda clase de gente desde el teléfono secreto de Osnard –anunció con un tono de nostálgica reminiscencia–. ¿Lo has probado alguna vez?
–Pues no –respondió Stormont.
–Un espantoso aparato rojo, conectado a una especie de lavadora de antes de la guerra. Puede decirse por él lo que se quiera. Me quedé impresionado. Y eran gente tan encantadora... No es que los conozca personalmente. Pero por teléfono parecían en-cantadores. Una teleconferencia. Había que pasarse la mitad del tiempo disculpándose por las interrupciones. Un tal Luxmore viene hacia aquí. Es escocés. Debemos llamarlo Mellors. En teoría no debería decírselo a nadie, y por eso mismo te lo digo. Luxmore-Mellors trae noticias que cambiarán nuestras vidas.

Librodot

Había dejado de llover, pero Maltby aparentemente no lo había notado. El caddie seguía acurrucado bajo las palmeras, donde fumaba un grueso cilindro de hojas de marihuana arrolladas.
–Quizá debería dejar marchar a ese hombre, embajador –sugirió Stormont–, si no piensa jugar más.
Entre los dos reunieron unos cuantos dólares y enviaron al caddie de regreso a las dependencias del club. A continuación se sentaron en un banco seco al borde de la glorieta y contemplaron un arroyo que cruzaba el Paraíso Terrenal, crecido a causa de la lluvia, y los reflejos del sol, que de pronto se derramaba sobre todas las hojas y flores.

–Se ha decidido... y el uso de la pasiva refleja no es arbitrario, Nigel. Se ha decidido que el gobierno de su majestad la reina brindará ayuda y apoyo secreto a la Oposición Silenciosa de Panamá. Siempre con la idea de desmentirlo llegado el caso, naturalmente. Luxmore, a quien debemos llamar Mellors, viene con el propósito de instruirnos al respecto. Existe un manual sobre la materia, tengo entendido: Cómo puede usted derrocar al gobierno de su país anfitrión, o algo semejante. Tenemos que estudiárnoslo todos. Todavía no sé si me exigirán que dé cobijo a los señores Domingo y Abraxas en mi huerto a altas horas de la noche, o si esa misión recaerá en ti. No tengo huerto, pero creo recordar que el difunto lord Halifax sí lo tenía, y se reunía allí con la gente más diversa. Veo en tus ojos una mirada de recelo. ¿Es una mirada de recelo lo que veo en tus ojos?
–¿Por qué no se ocupa de eso Osnard? –preguntó Stormont.
–Como embajador suyo, he preferido no fomentar su participación en esto. El chico carga ya con suficientes responsabilidades. Es joven. Está aún en su etapa de aprendizaje. Estos individuos de la oposición se sienten más tranquilos si lleva el timón una mano avezada. Algunos son personas como nosotros, pero otros son gente primitiva de las clases trabajadoras: estibadores, campesinos, pescadores y demás. Será mejor que soportemos el peso nosotros. Ofreceremos apoyo asimismo a un misterioso grupo de estudiantes que se dedica a fabricar bombas, lo cual es siempre delicado. Los estudiantes quedarán también bajo nuestra tutela. No me cabe duda que harás un buen papel con ellos.
noto preocupado, Nigel. ¿Te he alarmado?
-¿Por qué no envían más espías?
-Bueno, no creo que sea necesario. Recibiremos la visita de algún que otro fogonero, hombres como Luxmore-Mellors pero no vendrá nadie a ocupar una plaza permanente. No conviene aumentar los efectivos de la embajada de manera poco natural; suscitaría comentarios. También insistí en eso.
-¿Insistió usted? -dijo Stormont, incrédulo.
-Sí, en efecto. Con dos cabezas tan experimentadas como la tuya y la mía, aduje, era innecesario ampliar el personal. Me mostré tajante. Nos lo ensuciarían todo, dije. inaceptable. Hice valer el rango. Afirmé que éramos hombres de mundo. Habrías estado orgulloso de mí.
Stormont creyó advertir un destello desconocido en los ojos del embajador, algo que podría definirse como el despertar del deseo.
-Tendremos que equiparnos bien -continuó Maltby con el entusiasmo de un colegial esperando un nuevo tren eléctrico.
Radios, coches, casas francas, mensajeros, y no hablemos ya del material bélico: metralletas, minas, lanzagranadas, cantidades ingentes de explosivos,

claro está, detonadores; todo aquello con lo que hayas soñado alguna vez. Ninguna moderna oposición silenciosa puede prescindir de esas cosas, me aseguraron. Y los repuestos son de vital importancia, según ellos. Ya sabes lo descuidados que son los estudiantes. Dales una radio por la mañana, y a mediodía la tienen ya cubierta de pintadas. Y estoy convencido que las oposiciones silenciosas no se andan con mucha más delicadeza.
Para tu tranquilidad, has de saber que las armas serán todas de procedencia británica. Ya hay un fabricante de probada experiencia dispuesto a abastecernos. El ministro Kirby habla muy bien de él. La calidad de sus productos quedó sobradamente demostrada en Irán, ¿o fue en Irak? Tanto en un sitio como en otro, probablemente. Gully también habla muy bien de él, me complace decir, y el Departamento de Personal ha aceptado mi sugerencia de elevarlo de inmediato al rango de bucanero. En este mismo instante Osnard debe de estar tomándole juramento.
- Su sugerencia -repitió Stormont, anonadado.
- Sí, Nigel. He llegado a la conclusión de que tú y yo poseemos dotes suficientes para la intriga. Una vez comenté que anhelaba tornar parte en un complot británico. Pues, bien, aquí lo tenemos. El clarín secreto ha sonado. Confío en que ninguno de
nosotros carezca del fervor necesario. Me gustaría ver en ti un poco más de entusiasmo, Nigel. Tengo la impresión de que no valoras la trascendencia de lo que estoy diciéndote. Esta embajada va a dar un paso de gigante. Dejaremos de ser un cenagoso páramo diplomático para convertirnos en uno de los destinos más codiciados. Ascensos, medallas. De la noche a la mañana pasaremos a ser el centro de atención. ¿No irás a decirme que dudas de la sensatez de nuestros superiores? No sería el momento más oportuno.
- Es sólo que aún parece haber muchas lagunas -argumentó Stormont sin energía, batallando por asimilar la identidad del nuevo embajador.
-Tonterías. ¿De qué clase?
- Lógicas, sin ir más lejos.
-¿Ah, sí? -Total frialdad-. ¿Y dónde detectas exactamente una laguna lógica?
- Tomemos, por ejemplo, la Oposición Silenciosa. Aparte de nosotros, nadie conoce su existencia. ¿Por qué no ha emprendido ya alguna acción? ¿Por qué no se ha manifestado de algún modo, o filtrado algo a la prensa?
Maltby ya se reía.
- ¡Pero amigo mío! Su propio nombre lo indica. Está en su propia esencia. Es silenciosa. Se reserva la opinión. Espera su hora. Abraxas no es un borracho; es un valeroso héroe, un revolucionario clandestino al servicio de Dios y la patria. Domingo no es un narcotraficante con una libido desenfrenada; es un altruista guerrero al servicio de la democracia. En cuanto a los estudiantes, ¿qué sabemos de ellos? Recuerda cómo éramos nosotros a su edad. Atolondrados, veleidosos. Un día una cosa, al día siguiente otra. Me temo que estás sucumbiendo al hastío, Nigel. Panamá ha minado tu ánimo. Ya es hora de que te lleves a Paddy a Suiza. Ah, otra cosa, casi me olvidaba. El señor Luxmore-Mellors traerá los lingotes de oro –añadió con el tono de quien ata un último cabo administrativo–. Para estos casos no puede confiarse en los bancos o los servicios de mensajería, no en el secreto mundo de las intrigas en el que tú y yo vamos a entrar, Nigel, así que se hace pasar por emisario real y los trae en valija diplomática.
–¿Los qué?

Librodot

–Los lingotes de oro, Nigel. Por lo visto, hoy en día se paga así a las oposiciones silenciosas, y no mediante dólares, libras o francos suizos. Y hay que admitir que tiene su lógica. ¿Te imaginas lo que sería financiar a una oposición silenciosa con libras esterlinas? Se devaluarían antes de que acabasen de organizar su primer alzamiento frustrado. Además, según me han dicho, las oposiciones silenciosas no salen baratas precisamente –agregó con el mismo tono despreocupado–. En estos tiempos unos cuantos millones son una insignificancia, si consideramos que a la vez estamos comprando un futuro gobierno. A los estudiantes podemos pararles los pies un poco, pero ya recordarás la tendencia a endeudarnos que teníamos nosotros a su edad. Será fundamental una buena labor de intendencia en ambos frentes. Sin embargo creo que estaremos a la altura de las circunstancias, ¿no te parece, Nigel? Personalmente lo veo como un reto, la clase de situación con la que uno sueña a mitad de su carrera. Un El Dorado diplomático sin las fatigas de tener que andar cribando arena en medio de la selva.

Maltby se quedó en actitud reflexiva. Stormont, mudo a su lado, no lo había visto nunca tan relajado. En cuanto a sí mismo, no sabía qué pensar. O mejor dicho, no sabía dar forma clara y comprensible a lo que pasaba por su cabeza. El sol brillaba todavía.

Encorvado en la penumbra de la glorieta, se sentía como un condenado a perpetuidad incapaz de creer que la puerta de su celda está abierta. Le habían descubierto el farol, pero ¿qué farol? ¿A quién había estado engañando, salvo a sí mismo, mientras veía florecer la embajada por efecto de la espuria alquimia de Osnard? «No eches por tierra algo que marcha bien», había advertido a Paddy con severidad cuando ella se atrevió a decir que BUCHAN era demasiado bueno para ser verdad, en especial a medida que conocían a Andy un poco mejor.

Maltby empezó a filosofar:

–Una embajada no está preparada para evaluar, Nigel. Quizá tengamos una impresión, que es algo muy distinto. Quizá poseamos conocimiento del país. Eso desde luego. Y en ocasiones parece que ese conocimiento difiere de lo que nos dicen quienes saben más que nosotros. Contamos con nuestros sentidos. Vemos, oímos, olfateamos. Pero no disponemos de hectáreas de archivos, ordenadores y analistas ni, por desgracia, de docenas de deliciosas muchachas paseándose por los pasillos. No tenemos visión de conjunto, ni conciencia de las estrategias mundiales. Y menos en una embajada tan pequeña e insignificante como la nuestra. Somos unos paletos. Coincidirás conmigo, supongo.

– ¿Les dijo eso a ellos?

– En efecto, por el teléfono mágico de Osnard. Nuestras palabras parecen tener un mayor significado cuando se pronuncian en secreto, ¿no crees? «Somos conscientes de nuestras limitaciones», dije. «Nuestro trabajo es pura rutina. De vez en cuando se nos concede el honor de echar una ojeada al gran mundo. BUCHAN es una de esas ojeadas. Y lo agradecemos, nos enorgullece. Una pequeña embajada, cuyo cometido es interpretar la atmósfera del país y difundir los puntos de vista de su gobierno, no puede ni debe asumir la responsabilidad de emitir un juicio sobre asuntos demasiado trascendentes para nuestros limitados horizontes.»

–¿Por qué dijo eso? –preguntó Stormont. Habría deseado levantar más la voz, pero algo le atenazaba la garganta.

–Por BUCHAN, claro está. El Foreign Office me acusó de escatimar halagos al último informe. E indirectamente también a ti.
«¿Halagos?», dije. Si es por halagos, que no falten. Osnard es un tipo encantador, concienzudo al máximo y la operación BUCHAN ha sido en extremo ilustrativa y nos ha dado material en que pensar. Cuenta con nuestra admiración y nuestro apoyo. Da vida a nuestra pequeña comunidad. Pero no presumimos de atribuirle un lugar en el panorama global. E asunto de los analistas y ustedes, nuestros superiores.»
-¿Y con eso se quedaron contentos?
–No se perdieron palabra. Andy es un tipo muy agradable, como les dije. Tiene mucho éxito con las chicas. Es un elemento valiosísimo para la embajada. –Se interrumpió, dejando en el aire, y prosiguió en voz más baja–. Quizás va un poco a la suya. Quizá hace alguna que otra trampa. Pero, ¿quién no hace trampas de vez en cuando? Lo que quiero decir, en suma, es que ni tú ni yo ni ningún miembro de la embajada, a excepción posiblemente de Andy, tiene la culpa de que BUCHAN sea una sarta de patrañas posiblemente de Andy, tiene la culpa de embajada, a excepción
de patrañas.

Stormont se había ganado con pleno merecimiento su fama de hombre sereno en situaciones de crisis. Durante un rato permaneció dolorosamente inmóvil: el banco era de teca, y Stromont sufría ligeras molestias en la espalda, sobre todo en los días lluviosos. Contempló la estéril fila de barcos, el puente de las Américas, el casco viejo y su feo hermano moderno al otro lado de la bahía. Descruzó las piernas y volvió a cruzarlas. Y se preguntó si, por razones todavía desconocidas, estaba asistiendo al final de su carrera o al principio de una nueva cuyos contornos aún no conseguía ver con claridad
Maltby, por contraste, disfrutaba de esa especie de paz acompaña a la confesión. Estaba recostado, con la alargada cabeza de chivo apoyada contra una columna de hierrode la glorieta, y había adoptado un tono que era la representación misma de magnanimidad..
–Yo no sé –decía–, y tú tampoco , quién está inventándoselo todo. ¿Es BUCHAN? ¿Es la señora BUCHAN? ¿Es alguno de los subinformadores? ¿Abraxas, Domingo, la tal Sabina o ese desagradable periodista que ronda por ahí, Teddy no sé qué? ¿O es el propio Andrew y todo lo demás es pura vanidad? Es joven. Podrían haberlo engañado. Por otra parte, es un lince, y además un granuja. No, eso no. Está podrido de los pies a la cabeza. Es una auténtica mierda.
– Pensaba que le caía bien.
–Y así es, desde luego; me cae muy bien. Y no le reprocho las trampas. Mucha gente hace trampas, pero por lo general son los malos jugadores como yo. Y hay quien al menos reconoce sus errores. Yo mismo los he reconocido prácticamente un par de veces. –Dirigió una sonrisa avergonzada a un par de enormes mariposas amarillas que habían decidido sumarse a la conversación–. Pero Andy es un ganador, ¿comprendes? Y los ganadores que hacen trampas son una mierda. ¿Cómo se lleva con Paddy?
– Paddy lo adora.

Librodot

– ¡Dios mío, espero que no lo adore demasiado! Está tirándose a Fran, lamento decir.
–¡Eso es ridículo! –repuso Stormont, airado–. Apenas se hablan.
–Eso es porque está tirándosela en secreto. El asunto viene ya de meses atrás. Por lo visto, la vuelve loca.
– ¿Cómo se ha enterado de una cosa así?
–Amigo mío, como habrás notado, no le quito ojo de encima a Fran. Observo todos sus movimientos. La he seguido. No creo que se haya dado cuenta. Aunque los merodeadores en el fondo esperamos que sí se den cuenta. Se marchó de su apartamento y fue al de Osnard. Ya no volvió a salir. A la mañana siguiente, a las siete, me inventé un telegrama urgente y la telefoneé a su apartamento. No contestó. No podría estar más claro.
– ¿Y no ha hablado con Osnard del tema?
– ¿Para qué? Fran es un ángel; él es una mierda, y yo soy un viejo verde. ¿De qué serviría?
La glorieta empezó a vibrar y crujir bajo el siguiente aguacero, y tuvieron que esperar unos minutos para ver de nuevo el sol.
– ¿Y qué piensa hacer? –preguntó Stormont con aspereza, eludiendo todas las preguntas que no deseaba formularse.
– ¿«Hacer» dices, Nigel? –Ese era el Maltby anterior, tal como Stormont lo recordaba: vacío, fatuo, distante–. ¿Acerca de qué?
–Acerca de BUCHAN. Luxmore. La Oposición Silenciosa. Los estudiantes. La gente que vive al otro lado de ese puente, quienes-quiera que sean. Osnard. El hecho de que BUCHAN sea una invención. Si es que lo es. De que los informes sean patrañas, como usted dice.
–Amigo mío, no nos han pedido que hagamos nada. Estamos al servicio de una causa superior.
–Pero si Londres se lo ha tragado todo, y usted cree que es una farsa...
Maltby se inclinó como solía inclinarse cuando estaba sentado tras su escritorio, juntando las yemas de los dedos en una actitud de muda obstrucción.
–Sigue, sigue.
–... debe decírselo –concluyó Stormont con firmeza.
--¿Por qué?
–Para que no los lleven al huerto. Podría ocurrir cualquier cosa.
–Pero, Nigel, creía que estábamos de acuerdo en que nosotros no evaluamos.
Un pájaro de color aceitunado y brillante plumaje entró en la glorieta y les exigió unas migajas.
–No tengo nada para ti –le aseguró Maltby, desazonado–. De verdad, no tengo nada. ¡Maldita sea! –exclamó, metiéndose las manos en los bolsillos y buscando en vano algo que pudiera servir–. Más tarde. Vuelve mañana. No, pasado mañana a estas horas. Se nos echa encima un espía de altos vuelos.

–En estas circunstancias, Nigel, nuestra obligación en la embajada es proporcionar apoyo logístico –prosiguió Maltby con un tono estricto y profesional–. ¿No es así?
–Supongo –respondió Stormont poco convencido.
–Ayudar cuando sea preciso. Aplaudir, alentar, tranquilizar. Aligerar la carga de quienes están en el puesto de fuego.
– En el puesto de mando o la línea de fuego, querrá decir –rectificó Stormont distraídamente.

Librodot

–Gracias. ¿Por qué será que siempre que busco una metáfora moderna me equivoco? Debo de haberme imaginado un tanque. Uno de los de Gully, pagado con lingotes de oro.
– Es posible.
Maltby alzó la voz como para hacerse oír por el público congregado en torno a la glorieta, pero no había nadie.
–Así pues, en este espíritu de franca colaboración, propuse a Londres, y sin duda me darás la razón, que Andrew Osnard, al margen de sus inestimables virtudes, es demasiado inexperto para manejar importantes sumas de dinero, ya sea en efectivo o en oro. Y que lo más correcto, tanto por él como por los destinatarios del dinero, es que esos fondos dependan de un administrador. Como embajador suyo, me he ofrecido desinteresadamente para desempeñar ese papel. A Londres le ha parecido una medida sensata. Dudo mucho que Osnard piense lo mismo, pero pocos argumentos puede esgrimir en contra, sobre todo considerando que en su momento nosotros, tú y yo, actuaremos de enlaces con la Oposición Silenciosa y los estudiantes. Como todo el mundo sabe, es difícil pedir cuentas sobre el dinero procedente de fondos reservados, y totalmente imposible recuperarlo una vez que ha caído en malas manos. Razón de más para administrarlo escrupulosamente mientras se encuentre en nuestro poder. He solicitado para la embajada una caja fuerte semejante a la que Osnard tiene en su cámara acorazada. El oro, y lo que sea, quedará guardado allí, y tú y yo seremos titulares conjuntos de las llaves. Si Osnard decide que necesita una gran cantidad de dinero, deberá dirigirse a nosotros y exponer las causas. En el supuesto de que la suma se ajuste a las directrices acordadas, tú y yo conjuntamente sacaremos el dinero y lo pondremos en las manos oportunas. ¿Eres rico,Nigel?
-No.
–Yo tampoco. ¿Y el divorcio te empobreció definitivamente?
—Sí.
—Lo imaginaba. Y yo no correré mejor suerte. Phoebe no se contenta con cualquier cosa. —Maltby miró a Stormont buscando la confirmación de lo que acababa de decir, pero Stormont, vuelto hacia el Pacífico, permaneció inexpresivo, y Maltby optó por desviar la conversación hacia el campo de las trivialidades—. La vida es injusta. Ya ves nuestro caso. Dos hombres de mediana edad, sanos y con apetitos saludables. Cometemos unos cuantos errores, los afrontamos, aprendemos la lección. Y nos quedan aún unos años preciosos hasta la senilidad. Sólo un detalle echa a perder una perspectiva por lo demás perfecta. Estamos en la ruina.
Stormont había alzado la vista y contemplaba unas nubes de algodón que se habían formado sobre las islas lejanas. Y tuvo la impresión de que veía nieve en ellas, y a Paddy, curada ya de la tos, subiendo alegremente hacia el chalet cargada con la compra.
—Quieren que sondee a los americanos —informó con voz mecánica.
—¿Quiénes? —se apresuró a preguntar Maltby.
—Londres —contestó Stormont.
—¿Con qué objeto?
—Averiguar qué saben. Sobre la Oposición Silenciosa, los estudiantes, las reuniones secretas con los japoneses. Debo tantear el terreno y no revelar nada. Tentar la ropa, seguir la pista. En fin, esas necedades que piden los que están apoltronados en sus despachos de Londres. Al parecer, ni el

Librodot

Departamento de Estado ni la CIA han visto el material de Osnard. Debo averiguar si tienen alguna fuente de información independiente.
-0 sea, si saben algo.
—Si prefiere decirlo así —repuso Stormont.
Maltby estaba indignado.
—Detesto a los americanos. Esperan que todos nos vayamos al infierno a la misma velocidad que ellos. Llegar debidamente es una tarea de siglos. Nosotros somos la muestra.
—Supongamos que no saben nada. Supongamos que están en blanco.
—Supongamos que no hay nada que saber, lo cual es mucho más probable.
—Una parte podría ser verdad —replicó Stormont con una especie de obstinada cortesía.
—Si partimos de la base de que un reloj parado da bien la hora dos veces al día, sí, lo acepto, una parte podría ser verdad —dijo Maltby con desdén.
—Y supongamos que los americanos se lo creen, sea o no verdad —prosiguió Stormont tenazmente—. Caen en el engaño, si lo prefiere. Al fin y al cabo, Londres ha caído.
— ¿Qué Londres? No el nuestro, eso desde luego. Y los americanos no se lo creerán. Al menos los verdaderos americanos. Sus sistemas son incomparablemente superiores a los nuestros. Demostrarán que todo son patrañas, nos darán las gracias, dirán que han tomado buena nota y tirarán la nota a la papelera.
Stormont no cejó.
— La gente no confía en sus propios sistemas. Los servicios de inteligencia son como los exámenes: uno siempre piensa que el compañero de al lado sabe más.
— Nigel —dijo Maltby tajantemente, con toda la autoridad de su cargo—. Permíteme que te recuerde que no nos corresponde a nosotros evaluar. La vida nos ha proporcionado una rara oportunidad de realizarnos en nuestro trabajo y ser útiles a quienes merecen nuestro respeto. Un futuro dorado se extiende ante nosotros. En tales casos, la indecisión es un delito.
Aún con la vista al frente pero sin el consuelo de las nubes, Stormont ve su futuro hasta la fecha. Paddy consumida por la tos. Obligados a acudir a la deteriorada seguridad social británica debido a su lamentable situación económica. Una jubilación anticipada en Sussex con una pensión de miseria. El adiós a todos los sueños que alguna vez ha acariciado. Y la Inglaterra que antes amaba a dos metros bajo tierra.

20

Yacían en el suelo del taller de acabados, sobre un montón de alfombras que las mujeres kunas guardaban allí para la multitud de primos, tíos y tías que a veces bajaban a visitarlas desde San Blas. Sobre ellos pendían varias hileras de trajes en espera de ojales. No había más luz que la que penetraba por la claraboya, teñida de rosa por el resplandor nocturno de la ciudad. Sólo se oía el tráfico de vía España y los susurros de Marta al oído de Pendel. Estaban vestidos. Marta ocultaba su rostro maltrecho en el cuello de Pendel. Temblaba. Los dos temblaban. Formaban un único cuerpo aterido y asustado. Eran niños en una casa vacía.

Librodot

—Dijeron que defraudabas al fisco —explicaba Marta—. Contesté que pagabas puntualmente tus impuestos. «Yo llevo las cuentas», dije. «Lo sé.» —Se interrumpió por si Pendel deseaba hacer algún comentario, pero él no tenía nada que decir—. Te acusaron de quedarte la cuota de empresa a la seguridad social. «Yo me encargo de abonar la cuota de empresa», dije, «y estamos al día». No me permitieron preguntar nada. Me amenazaron con incluir en el expediente que tenía fotos de Castro y el Che Guevara en la pared de mi habitación. Me acusaron de andar otra vez en compañía de estudiantes radicales. Lo desmentí, porque no es verdad. Dijeron que eras espía. Y también Mickie. Me aseguraron que sus borracheras eran sólo un truco para enmascarar su verdadera ocupación. Están locos.
Había terminado su relato, pero Pendel no se dio cuenta de inmediato, así que tardó unos segundos en inclinarse sobre ella y, cogiéndole la cabeza con las dos manos, apretar su mejilla contra la de él, fundiéndose sus caras en una sola.
—¿Dijeron qué clase de espía?
—¿Acaso hay otras clases?
—Los auténticos.
Sonó el teléfono.

Sonaba sobre sus cabezas, cosa poco habitual en los teléfonos que sonaban en la vida de Pendel. Era un aparato que siempre confundía con un interfono hasta que recordaba que las mujeres kunas vivían pendientes del teléfono, expresaban a través de él su júbilo y su tristeza, absorbían todas y cada una de las palabras que salían del auricular mientras al otro lado de la línea hablaban sus maridos, sus amantes, sus padres, sus hijos, sus caciques y una lista infinita de parientes con irresolubles problemas vitales. Y cuando el teléfono hubo sonado un rato —eternamente en la arbitraria medida de su existencia personal, pero cuatro veces para el resto del mundo—, Pendel advirtió que Marta no se hallaba ya entre sus brazos sino de pie, abrochándose la blusa por pudor antes de descolgar. Y deseaba saber si Pendel estaba o no en la sastrería, pregunta que siempre le hacía si intuía que la llamada podía ser inoportuna. Pero una repentina obstinación asaltó a Pendel, y también él se levantó, como consecuencia de lo cual volvieron a estar muy juntos, como habían estado mientras yacían.
—Yo estoy, y tú no —le susurró Pendel taxativamente al oído.
No era una estratagema, no era una pose; era sólo su instinto protector brotando directamente del corazón. Como precaución, se interpuso entre Marta y el teléfono, y bajo la luz rosada procedente de la claraboya —unas cuantas estrellas se habían abierto paso a través de la bruma— contempló el aparato mientras seguía sonando e intentó adivinar su propósito. «Piensa primero en las peores amenazas», había aconsejado Osnard en las sesiones de adiestramiento. Así pues, pensó en ellas, y la peor amenaza se le antojó el propio Osnard, así que pensó en Osnard. Luego pensó en el Oso. Después en la policía. Y por último, puesto que en realidad había pensado en ella desde el principio, pensó en Louisa.
Pero Louisa no era una amenaza. Era una víctima que él mismo había causado hacía muchos años, en colaboración con sus padres, Braithwaite, el tío Benny, las hermanas de la Caridad, y toda la demás gente que había contribuido a crear el personaje en que él se había convertido. Y no

Librodot

representaba tanto una amenaza como un recordatorio de la falsedad de su relación, y del desastroso rumbo que había tomado pese a sus denodados esfuerzos por configurarla, que era precisamente, había concluido, donde estribaba el error: no deberíamos configurar las relaciones, pero si no lo hacemos, ¿qué nos queda?
Por fin, cuando no había ya nada más en qué pensar, Pendel descolgó el auricular, y casi al mismo tiempo Marta le cogió la otra mano y se llevó sus nudillos a la boca para acariciárselos con ligeros, rápidos y alentadores mordiscos. Y en cierto modo este gesto lo enardeció, pues ya con el auricular en el oído se irguió en lugar de aplanarse y habló en español con una voz clara, audaz y casi burlona para demostrar que aún podía presentar batalla, que no estaba dispuesto a rendirse una y otra vez a las circunstancias.
—¡Pendel & Braithwaite! Buenas noches. ¿En qué podemos servirle?
Sin embargo, si con su alegre ánimo pretendía arrancarle el aguijón a su atacante, fracasó lamentablemente porque el tiroteo ya había comenzado. Los primeros disparos le llegaron cuando aún no había terminado de hablar: una serie de detonaciones aisladas a un ritmo calculado y ascendente, y entre una y otra el tableteo de las metralletas, los estallidos de las granadas y el zumbido breve y triunfal de las balas al rebotar. Por un instante Pendel dio por sentado que la invasión había empezado de nuevo, salvo que en esta ocasión había decidido quedarse al lado de Marta en El Chorrillo, y por eso ella le besaba la mano. De pronto entre el ruido de las armas se alzaron los previsibles gemidos de las víctimas, resonando en algún refugio improvisado, estranguladas por el terror y la indignación, acusando y protestando y maldiciendo y reclamando e implorando de todo, desde compensaciones hasta el perdón de Dios, hasta que gradualmente las numerosas voces se convirtieron en una sola, que era la voz de Ana, la chiquilla de Mickie Abraxas, amiga de la infancia de Marta y la única mujer en Panamá que lo toleraba, lo lavaba cuando vomitaba a causa de alguno de sus excesos, y escuchaba sus delirios.
Y en el momento en que Pendel reconoció la voz de Ana supo exactamente qué estaba diciéndole a pesar de que, como todo buen narrador, reservó lo mejor para el final. Por eso no le entregó el auricular a Marta, por eso se lo quedó él y recibió los golpes en su cuerpo en lugar de permitir que los encajase ella, como había ocurrido irremediablemente cuando los dignobates no se dejaron disuadir por sus ruegos y siguieron maltratándola.

No obstante el monólogo de Ana se dividía en incontables caminos, y Pendel casi necesitó un mapa para orientarse.
—Ni siquiera es la casa de mi padre. Mi padre me la prestó a regañadientes porque le mentí. Le prometí que no traería aquí a nadie más que a mi amiga Estella, que era mentira, y mucho menos a Mickie. La casa es de un encargado de una fábrica pirotécnica que se llama La Negra Vieja. En Guararé se fabrican los fuegos artificiales para todas las fiestas de Panamá, pero esta vez eran las fiestas de Guararé, y mi padre es amigo del encargado y fue su padrino de boda, y el encargado le dijo: «Ten las llaves de mi casa y quédate allí durante las fiestas mientras yo estoy de luna de miel en Aruba.» Pero a mi padre no le gustan los fuegos artificiales, así que me dejó a mí la casa siempre que no trajese al golfo de Mickie, y yo le mentí, le dije que traería sólo a mi amiga Estella, que conozco desde el colegio de monjas y

ahora es la chiquilla de un comerciante maderero de David. Porque en estas fechas, durante cinco días, hay en Guararé corridas de toros, baile y fuegos artificiales como no los hay en ningún lugar de Panamá ni del mundo entero. Pero no traje a Estella; traje a Mickie, y Mickie me necesitaba realmente. Estaba asustado, deprimido y al mismo tiempo sobreexcitado. Decía que los policías eran unos imbéciles, que lo habían amenazado y acusado de espiar para los ingleses como en la época de Noriega, y todo porque de joven pasó un par de trimestres borracho en Oxford y luego accedió a dirigir no sé qué club inglés aquí en Panamá.

Y en este punto Ana empezó a reír con tales carcajadas que Pendel sólo consiguió comprender, y a fuerza de mucha paciencia, algunos fragmentos del relato, pero el hilo central era sobradamente claro, a saber, que nunca había visto a Mickie tan animado y abatido a la vez, tan pronto sollozando como alegre y alocado, y Dios santo, ¿por qué lo había hecho? Y Dios santo de nuevo, ¿qué iba a decirle a su padre? ¿Quién iba a limpiar las paredes y el techo? Por suerte el suelo era de baldosas, no de parquet. Al menos Mickie había tenido la delicadeza de hacerlo en la cocina. Mil dólares por una capa de pintura calculando por lo bajo. Y su padre era un católico estricto, con firmes opiniones sobre el suicidio y la herejía. Sí, Mickie había bebido, pero como todo el mundo, ni más ni menos. ¿Para qué iba uno a unas fiestas si no era para beber, bailar, follar y ver los fuegos artificiales? Y esto último hacía Ana cuando oyó la detonación a sus espaldas. ¿De dónde la había sacado? Nunca llevaba pistola pese a lo mucho que hablaba de volarse los sesos. Debía de haberla comprado después de la visita de la policía, que lo acusó de ser un gran espía y le recordó lo que había ocurrido durante la temporada que pasó en la cárcel, asegurándole que ellos se ocuparían de que volviese a ocurrir, por más que no fuese ya un chico joven y apuesto, los reclusos viejos tenían pocas manías. Y ella gritó, rió, agachó la cabeza y cerró los ojos, y sólo cuando se volvió para ver quién había lanzado el cohete o lo que fuese, advirtió las manchas, algunas en su vestido nuevo, y el cuerpo de Mickie tendido del revés en el suelo.

Tras esto Pendel no pudo menos que preguntarse cuál sería el revés y cuál el derecho del cadáver destrozado de su amigo, compañero de celda y líder electo de la oposición clandestina panameña, desde ese instante silenciosa para siempre.

Colgó el auricular, y la invasión terminó, los lamentos de las víctimas se extinguieron. Sólo quedaba pendiente una operación de limpieza. Había anotado la dirección de Guararé con un lápiz del cuatro que llevaba en el bolsillo. Un trazo duro y fino pero legible. Su siguiente preocupación fue cómo reunir dinero para Marta. Recordó de pronto el fajo de billetes de cincuenta que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón. Se lo entregó a Marta, y ella lo aceptó, probablemente sin saber qué hacía.

–Era Ana –anunció Pendel–. Mickie se ha suicidado.

Pero naturalmente Marta ya lo sabía. Mientras él escuchaba, había mantenido la cara pegada a la suya, reconociendo la voz de su amiga desde el primer momento; sólo la estrecha amistad que unía a Pendel y Mickie la había disuadido de arrancarle el auricular de la mano.

–No ha sido culpa tuya –dijo Marta con fervor. Lo repitió varias veces para inculcarlo en su obtusa mente–. Lo habría hecho en cualquier caso, con tus reproches del otro día o sin ellos, ¿me oyes? No necesitaba una excusa. Estaba matándose a diario. Escúchame.

Librodot

–Te escucho. Te escucho.
Pero no dijo: sí, ha sido culpa mía, porque no le veía sentido.
De pronto Marta se estremeció como una enferma de malaria, y si Pendel no la hubiese sujetado, se habría desplomado en el suelo como Mickie, que estaba del revés.
–Quiero que mañana te marches a Miami –dijo Pendel. Recordaba un hotel del que le había hablado Rafi Domingo–. Alójate en el Grand Bay. Está en Coconut Grove. En el almuerzo ofrecen un excelente bufé –añadió estúpidamente. Y a modo de último recurso, tal como le había enseñado Osnard, indicó–: Si no hay habitaciones libres, pregúntale al conserje si pueden recogerte allí los mensajes. Son gente amable. Menciona a Rafi.
–No ha sido culpa tuya –repitió, ahora llorando–. En la cárcel le pegaron mucho. Era un niño. Un adulto puede resistir las palizas. Un niño no. Tenía la piel sensible.
–Lo sé –convino Pendel–. Todos la tenemos sensible. No deberíamos tratarnos así. Nadie debería.
Pero había desviado la atención hacia las hileras de trajes pendientes de acabado, porque el más grande y prominente era el de alpaca de pata de gallo que había cortado para Mickie, con sus dos pares de pantalones, los que, según él, lo hacían parecer viejo antes
de tiempo.
–Te acompañaré –propuso Marta–. Puedo ayudarte. Me ocuparé de Ana.
Pendel negó con la cabeza. En un gesto vehemente. La agarró de los brazos y volvió a negar con la cabeza. Yo lo traicioné, no tú. Contra tus consejos, lo convertí en líder. Intentó decírselo, pero su rostro debía de haberlo dicho ya, porque Marta, zafándose de él
como si no le gustase lo que veía, retrocedió.
– Marta, ¿me escuchas? Escúchame y deja de mirarme así.
–Sí –dijo ella.
–Gracias por tu información sobre los estudiantes y lo demás –insistió Pendel–. Gracias por todo. Gracias. Lo siento.
– Tendrás que poner gasolina –le recordó Marta, y le devolvió cien dólares.
Después se quedaron inmóviles, un hombre y una mujer intercambiando billetes mientras se acababa su mundo.
–No tienes nada que agradecerme –dijo Marta, adoptando otra vez su tono severo, retrospectivo–. Te quiero. Lo demás poco me importa. Ni siquiera Mickie.
Parecía haber llegado a esa conclusión tras pensarlo detenidamente, pues de pronto se serenó y el amor asomó de nuevo a sus ojos.

Esa misma noche y exactamente a la misma hora en la embajada británica, sita en la calle Cincuenta y tres del distrito de Marbella, Ciudad de Panamá. La reunión del recién ampliado grupo de bucaneros, convocada con carácter de urgencia, se prolonga ya durante una hora, aunque en la barraca de Osnard en el ala este, lúgubre, mal ventilada y sin ventanas, Francesca Deane debe recordarse una y otra vez que nada ha cambiado en la habitual marcha del mundo, que es la misma hora fuera del despacho que dentro, tanto si estamos planeando como si no, del modo más sereno y razonable, la estrategia para armar y financiar a un grupo de disidentes clandestinos

panameños de la clase alta conocidos como la Oposición Silenciosa, para reclutar y sublevar estudiantes activistas, para derrocar el gobierno legítimo de Panamá, y para instalar en el poder a un comité de gestión provisional comprometido a arrancar el Canal de las garras de una conspiración entre el sur y oriente.

Los hombres reunidos en cónclave secreto entran en un estado distinto, pensó Fran como única mujer presente mientras examinaba con discreción los rostros dispuestos en torno a la mesa. Se nota en los hombros, en la rigidez que adquieren donde confluyen con el cuello. Se nota en los músculos de la mandíbula y las sombras que se forman alrededor de los ojos, de mirada más viva y codiciosa. Soy el único negro en una habitación llena de blancos. Al llegar a Osnard apenas se detuvo en él, recordando el semblante de la crupier del tercer casino cuando dijo: «Así que tú eres su chica. Bien, pues te diré una cosa, querida. Tu hombre y yo hemos hecho diabluras que no imaginarías ni en tus sueños más obscenos.»

Los hombres en cónclave secreto te tratan como a la mujer que están salvando de las llamas, pensó. Hagan lo que hagan, esperan que pienses que son perfectos. Debería estar en la puerta de sus granjas. Debería llevar un vestido blanco y largo y sostener a sus hijos contra mi pecho mientras los despido cuando parten hacia la guerra. Debería decir: «Hola, me llamo Fran; soy el primer premio si volvéis victoriosos.» Los hombres en cónclave secreto exhiben una culpabilidad amarillenta conferida por la luz blanca y tenue y por un extraño armario gris de acero con patas de mecano que tararea como un pintor de brocha gorda sin oído musical en lo alto de una escalera a fin de proteger nuestras palabras de los curiosos. Los hombres en cónclave secreto despiden un olor peculiar. Son hombres en celo.

Y Fran estaba tan excitada como ellos, pero su excitación redundaba en escepticismo, en tanto que la excitación de los hombres resultaba en poderosas erecciones apuntadas hacia un dios más fiero, si bien el dios era en ese momento el señor Mellors, un individuo barbudo y pequeño que se hallaba sentado en el extremo opuesto de la mesa con la actitud nerviosa de un comensal solitario y trataba a los presentes de «caballeros» con un acento marcadamente escocés, como si, sólo por esa noche, Fran hubiese sido ascendida a la condición de hombre. Le costaba creer, caballeros, había dicho, que no hubiese pegado ojo desde hacía veinte horas, jurando que se sentía con ánimos de seguir en vela otras veinte.

—No me cansaré de repetir, caballeros, la enorme importancia nacional y, me atrevería a decir, geopolítica que conceden a esta operación las más altas esferas del gobierno de su majestad —insistía una y otra vez entre discusiones sobre asuntos de índole tan diversa como si los bosques tropicales del Darién servirían para ocultar un par de millares de fusiles semiautomáticos, o si convendría buscar un lugar más accesible desde casa y la oficina. Y los hombres no se perdían una sola palabra. Se lo tragaban todo porque era monstruoso pero secreto, y por tanto no era monstruoso en absoluto. Afeitadle la barba a este estúpido escocés, aconsejaba Fran. Sacadlo de aquí. Dejadlo en calzoncillos y que vuelva a repetirlo todo en el autobús camino de Paitilla. Entonces veremos si estáis de acuerdo con una sola de sus estupideces.

Pero no lo sacaron de allí ni lo dejaron en calzoncillos. Creían en él. Lo admiraban. Lo adoraban. Sólo había que ver a Maltby, sin ir más lejos. Su Maltby, su escurridizo, divertido, pedante, sagaz, casado e infeliz embajador,

Librodot

receloso en los taxis, receloso en los pasillos, un escéptico donde los hubiera, o eso la había inducido a pensar, y que sin embargo había exclamado «¡Dios, es preciosa!», mientras ella nadaba en su piscina. Maltby, sentado a la derecha de Mellors como un alumno obediente, forzando empalagosas sonrisas de aliento, moviendo la cabeza de atrás adelante como esos pájaros que beben agua de un vaso sucio de plástico en algunos pubs, e instando a un adusto Nigel Stormont a mostrar su conformidad con él.
—Tú podrías ocuparte de eso, ¿verdad, Nigel? —decía Maltby—. Sí, claro que podría. No se hable más, Mellors.
0 decía:
—Nosotros les damos el oro, y ellos compran las armas por mediación de Gully. Mucho más sencillo que suministrárselas directamente. Y más fácil de desmentir. ¿De acuerdo, Nigel? ¿Bien, Gully? No se hable más, Mellors. 0 decía:
—No, no, Mellors, gracias. No necesitamos a nadie más. Nigel y yo somos capaces de ocuparnos de unos cuantos trapicheos, ¿no, Nigel? Y Gully mueve esos hilos desde hace años. ¿Qué son unos centenares de minas antipersonal entre amigos? ¿No, Gully? Fabricadas en Birmingham. Mejores no las hay.
Y Gully sonreía como un idiota, se enjugaba el bigote con el pañuelo y tomaba nota codiciosamente en su libro de pedidos, mientras Mellors deslizaba hacia él una hoja parecida a una lista de la compra alzando la vista al cielo para no ver la acción de su mano.
—Con la más entusiasta aprobación del ministro —susurró, lo cual debía interpretarse: yo no soy responsable de nada.
—Aquí el único problema, Mellors, es mantener el círculo de información reducido al mínimo —comentó Maltby con vivo interés—. Lo cual significa que debemos acorralar a todo aquel que pueda enterarse de algo por error, como el joven Simon aquí presente —una mirada maliciosa a Simon Pitt, sentado en estado de shock junto a Gully—, y amenazarlo con una condena a galeras de por vida si deja escapar una sola palabra indiscreta. ¿Entendido, Simon? ¿Entendido?
—Entendido —contestó Simon bajo tortura.
Un Maltby distinto, que Fran no conocía hasta ese momento pero cuya existencia siempre había sospechado por lo infrautilizado e infravalorado que estaba. Un Stormont distinto también, que miraba al vacío con expresión ceñuda cada vez que hablaba, y respaldaba todas las proposiciones de Maltby.
¿Y un Andy distinto? ¿O es el mismo de siempre, y yo no me había dado cuenta hasta ahora?
Disimuladamente, Fran dirigió hacia él la mirada.
Era otro hombre. No más alto ni más grueso ni más delgado. Simplemente estaba en otro lugar. En un lugar tan lejano, de hecho, que Fran apenas lo reconocía. Su distanciamiento había comenzado en el casino, comprendía de pronto, y se había acelerado a partir del anuncio de la inminente llegada de Mellors. —¿Quién necesita aquí a ese gilipollas? —le había preguntado con manifiesta indignación como si la considerase responsable del hecho—. BUCHAN no querrá tratar con él. BUCHAN DOS no querrá tratar con él. Ni siquiera accede a tratar conmigo. Nadie tratará con él. Ya se lo he dicho.
—Pues díselo otra vez.

Librodot

—Esta es mi parcela, joder. No suya. Es mi operación. ¿Qué coño pinta él aquí?
—¿Te importaría no hablarme de ese modo? Es tu superior,
Andy. Este destino te lo asignó él, no yo. Los jefes regionales se reservan el derecho de visitar a sus subordinados. Incluso en tu servicio, imagino.
—Gilipolleces —replicó Andy, y acto seguido Fran recogió tranquilamente sus pertenencias mientras él le decía que se asegurase de que no quedaran pelos en la bañera.
—¿Qué temes que pueda averiguar? —preguntó Fran con total frialdad—. No es tu amante, ¿no? No has hecho voto de castidad, supongo. ¿O sí? Has traído aquí a una mujer. ¿Y qué? No tiene por qué saber que he sido yo.
— No. No tiene por qué saberlo.
— ¡Andy! Le concedió una breve y torpe demostración de arrepentimiento.
— No me gusta que me espíen, eso es todo —dijo hoscamente.
Pero cuando Fran prorrumpió en una carcajada de alivio al oír el chiste, Andy cogió la llave del coche de ella del aparador, se la puso en la palma de la mano y la acompañó al ascensor llevándole la maleta. Habían conseguido eludirse durante todo el día hasta aquel momento, en que debían sentarse obligatoriamente a la misma mesa en aquella cárcel blanca y lúgubre, Andy ceñudo y Fran en el más absoluto silencio, guardando sus sonrisas para el desconocido, quien, para secreta indignación de Fran, mostraba hacia Andy una deferencia y un afán de adulación nauseabundos.
–Le parecen razonables esas propuestas, ¿no, Andrew? –insiste Mellors, succionándose los dientes–. Diga algo, joven señor Osnard. ¡Es su hazaña, por amor de Dios! Aquí es usted quien lleva el timón, la estrella, con permiso de su excelencia el embajador. ¿Acaso no es mejor, Andrew, para el hombre apostado en el terreno, qué digo, en primera línea, verse libre de las arduas tareas de la administración? Conteste con franqueza. Ninguno de los presentes desea empañar su ejemplar actuación.
Sentimiento que Maltby suscribe de inmediato con entusiasmo, secundado momentos después, y con menos entusiasmo, por Stormont, siendo la cuestión en litigio el sistema de dos llaves para el control de las finanzas de la Oposición Silenciosa, responsabilidad que, por consenso, recaerá en los funcionarios de mayor edad.
¿Por qué, pues, muestra Andy ese desconsuelo al desprenderse de tan pesada carga? ¿Por qué no se alegra de que Maltby y Stormont se desvivan por ahorrarle el trabajo?
–Ustedes verán –masculla groseramente, mirando de soslayo a Maltby, y vuelve a sumirse en su mohíno silencio.
Y cuando se plantea la cuestión de cómo persuadir a Abraxas, Domingo y los demás militantes de la Oposición Silenciosa para que traten de asuntos económicos y logísticos directamente con Stormont, Andy casi pierde los estribos.
–Ya puestos, ¿por qué no se apropian de toda la red? –prorrumpe, rojo de ira–. Supervísenla desde la embajada en horario de oficina, cinco días por semana. No se priven.
–Vamos, Andrew, vamos. Aquí no hay necesidad de hablar en ese tono –censura Mellors, chasqueando la lengua como una gallina vieja escocesa–. Formamos un equipo, Andrew, ¿o no? Simplemente estamos ofreciéndole ayuda, el consejo de mentes sabias, un poco de tranquilidad para una

operación impecablemente dirigida. ¿No es así, embajador? –Aspiración dental, un triste ceño de padre preocupado, el tono conciliatorio elevado a ruego–. Estos individuos de la oposición negociarán con uñas y dientes, Andrew. Será necesario dar garantías de forzoso cumplimiento sin pensarlo dos veces. Deberán tomarse rápidas decisiones de vital trascendencia. Son aguas demasiado profundas, Andrew, para un joven de su edad. Es preferible dejar esos asuntos en las competentes manos de hombres de mundo.
Andy vuelve a su hosco silencio. Stormont mira al vacío. Sin embargo Maltby, siempre tan atento, se siente obligado a pronunciar también él unas palabras de consuelo.
–Mi querido amigo, no puedes quedarte todo el pastel, ¿no, Nigel? En mi embajada repartimos las cosas a partes iguales, ¿no, Nigel? Nadie va a quitarte tus espías. Seguirás al frente de tu red: supervisarás, manejarás la información, pagarás, etcétera. Sólo queremos tu Oposición Silenciosa. ¿No es justo acaso?
Aun así, para bochorno de Fran, Andy se niega a aceptar la mano que el embajador le tiende cortésmente. Sus ojos chispeantes se posan en Maltby, después en Stormont y tras un instante de nuevo en Maltby. Masculla algo que nadie entiende, y mejor así posiblemente. Esboza una amarga sonrisa y mueve la cabeza en el gesto de un hombre que se siente cruelmente engañado.
Queda todavía una última ceremonia simbólica. Mellors se pone en pie, se agacha bajo la mesa, reaparece con dos bolsas negras de piel de las que utilizan los emisarios reales y se cuelga una en cada hombro.
–Andrew, tenga la bondad de abrirnos la cámara acorazada–ordena.
Todos están ya de pie. Fran se levanta también. Shepherd se dirige hacia la cámara acorazada, quita el cerrojo de la reja con una larga llave, y la abre, franqueando el paso a una sólida puerta de acero con un disco negro en el centro. A indicación de Mellors, Andy se adelanta y, con una expresión de rencor contenido que Fran se alegra de no haber visto en su rostro hasta ese momento, hace girar el disco a un lado y a otro hasta que se oye el chasquido del pasador. Incluso entonces es precisa una palabra de aliento de Maltby para que Andy tire de la puerta y, con una burlona reverencia, invite a entrar a su embajador y el ministro consejero. Todavía de pie junto a la mesa, Fran distingue, al lado de un enorme teléfono rojo unido a una especie de aspiradora reconstruida, una caja fuerte con dos cerraduras. Su padre el juez tiene una idéntica en su vestidor.
–Ahora una para cada uno –oye decir a Mellors con voz trémula.
Por un momento Fran se encuentra en la capilla de su antiguo colegio, arrodillada en el primer banco, observando a un grupo de sacerdotes jóvenes y atractivos que le vuelven la espalda castamente y empiezan a ejecutar una serie de apasionantes tareas, parte de los preparativos para darle la primera comunión. Gradualmente su campo visual se despeja, y ve a Andy que, bajo la paternal mirada de Mellors, entrega a Maltby y Stormont sendas llaves con baño de plata y astil largo. Risas, en las que Andy no participa, cuando cada uno introduce su llave en el ojo equivocado. Un instante después Maltby deja escapar un jubiloso «¡Ahora!» y la puerta de la caja fuerte se abre.
Pero Fran no mira ya la caja. Concentra su atención en Andy, que contempla ensimismado los lingotes de oro mientras Mellors los saca uno por uno de las bolsas negras y se los pasa a Shepherd, que va amontonándolos

cruzados dentro de la caja. Y es el rostro abatido de Andy el que la atrapa por última vez en su hechizo, porque le revela todo lo que antes quería o no quería saber acerca de él. Sabe de pronto que lo han descubierto, y también casi con toda seguridad en qué lo han descubierto, aunque ignora si quienes lo han descubierto son conscientes de ello. Sabe que es un embustero, con o sin la licencia de su profesión. Adivina la procedencia de los cincuenta mil dólares que apostó al rojo: la caja fuerte con la puerta abierta que hay ante ella. Comprende su ira por verse obligado a entregar las llaves. Después de eso no puede seguir mirando, en parte porque se le han humedecido los ojos a causa de la humillación y la rabia, y en parte porque la desgarbada figura de Maltby se cierne sobre ella con una sonrisa de pirata para preguntarle si consideraría una ofensa contra la Creación que la invitase a tomar unos huevos fritos en El Pavo Real.
–Phoebe ha decidido abandonarme –explica con orgullo–. Vamos a divorciarnos de inmediato. Nigel está reuniendo valor para decírselo. Nunca lo creería si le comunicase yo la noticia.
Fran tardó en contestar, porque su primer impulso fue estremecerse y rechazar la invitación. Sólo cuando se paró a pensar comprendió unas cuantas cosas que debería haber comprendido antes. En concreto que desde hacía meses la conmovía la devoción de Maitby hacia ella y agradecía la presencia de un hombre en su vida que ansiaba su compañía tan desesperadamente. Y que la tímida adoración de Maitby se había convertido en un inestimable apoyo en su lucha con la idea de que compartía su vida con un individuo amoral cuya falta de escrúpulos la había atraído en un primer momento pero ahora le repelía, cuyo interés en ella había sido meramente carnal y oportunista, y cuyo efecto final había consistido en suscitarle un claro anhelo por la torpe devoción de su embajador.
Y tras llegar racionalmente a esta conclusión, Fran decidió que hacía tiempo que una invitación no la complacía tanto.

Marta estaba acurrucada en el banco de trabajo del taller de acabados, contemplando el fajo de billetes que Harry la había obligado a aceptar y pensando en lo que acababa de ocurrir. Su amigo Mickie ha muerto. Harry cree que lo ha matado él, y quizá sea así. La policía investiga sus actividades, pero quiere que yo me quede sentada en una playa de Miami, disfrute el bufé del Grand Bay, me compre ropa y espere su visita. Y que sea feliz, confíe en él, me ponga morena y vaya a arreglarme la cara. Y que de paso encuentre un chico si puedo, porque le gustaría que tuviese un chico guapo al lado, un representante de Harry Pendel que me haga el amor por él mientras él permanece fielmente junto a Louisa. Así es Harry, y puede parecerte complicado o puede parecerte muy sencillo. Harry tiene un sueño para todo el mundo. Harry sueña nuestras vidas por nosotros, y siempre nos las echa a perder. Porque, primero, no quiero irme de Panamá. Quiero quedarme aquí y mentir a la policía por él y sentarme junto a su cama tal como él se sentó junto a la mía y averiguar qué le pasa y solucionarlo. Quiero decirle que se levante y renquee por la habi tación, porque si te quedas tendido no piensas más que en recibir otra paliza. En cambio, si te levantas, vuelves a ser un mensch, que es como él llama a la dignidad. Y segundo, no puedo irme de Panamá porque la policía me ha retirado el pasaporte para animarme a espiarlo.

Librodot

Siete mil dólares.
Los había contado en la mesa de trabajo bajo la escasa luz que entraba por la claraboya. Siete mil dólares que había sacado del bolsillo del pantalón y le había entregado como si le quemase al enterarse de la muerte de Mickie: ten, cógelo, es dinero de Osnard, dinero de Judas, dinero de Mickie, y ahora es tuyo. Cabía esperar que un hombre que hacía lo que Harry llevase dinero en el bolsillo para cualquier eventualidad. Dinero para la funeraria. Dinero para la policía. Dinero para su chiquilla. Pero Harry apenas había colgado el auricular cuando se sacó el dinero del bolsillo, deseando desprenderse hasta del último dólar sucio. «¿De dónde procede ese dinero?», le había preguntado la policía.
–Tú no eres tonta, Marta. Lees, estudias, fabricas bombas, alborotas, encabezas manifestaciones. ¿Quién le da ese dinero?
¿Abraxas? ¿Trabaja para Abraxas, y Abraxas trabaja para los ingleses? ¿Qué le da Pendel a Abraxas a cambio?
–No lo sé. Mi jefe no me cuenta nada. Márchense de mi casa. –Pero folla contigo, ¿no?
–No, no folla conmigo. Viene a verme porque tengo dolores de cabeza y vómitos y es mi jefe y estaba conmigo cuando me pegaron. Es un buen hombre y está felizmente casado.
No, no folla conmigo. Eso al menos era verdad, aunque le había costado más decir esta verdad que cualquier mentira fácil. No, agente, no folla conmigo. No, agente, no se lo pido. Nos echamos en la cama, y yo apoyo la mano en su bragueta pero sólo por fuera, y él me mete la mano bajo la blusa pero sólo se permite tocarme un pecho aunque sabe que puede tener todo mi cuerpo cuando quiera porque en realidad ya soy suya; pero la culpabilidad se lo impide, tiene más culpabilidad que pecados. Y yo le cuento cómo podrían ser las cosas si fuéramos otra vez jóvenes y valientes como antes de que me destrozasen la cara con sus bates.
Y eso es el amor.
A Marta le palpitaba otra vez la cabeza y sentía náuseas. Se puso en pie, aferrando el dinero con las dos manos. No podía quedarse un segundo más en el taller de las mujeres kunas. Salió al pasillo y se dirigió a su despacho. Al llegar se quedó ante la puerta abierta, miró el interior y, como un guía turístico de un siglo posterior, se ofreció a sí misma el comentario sobre aquel lugar: Aquí se sentaba y llevaba las cuentas para el sastre Pendel la mestiza Marta. Allí, en las estanterías, podemos ver los libros de sociología e historia que Marta leía en su tiempo libre en un esfuerzo por aumentar de nivel social y realizar los sueños de su padre carpintero. Como autodidacto, el sastre Pendel se preocupaba de que todos sus empleados, y en particular la mestiza Marta, desarrollasen plenamente su potencial. A ese lado está la cocina, donde Marta preparaba sus famosos sándwiches. Los más eminentes hombres de Panamá hablaban con fervor de los sándwiches de Marta, incluido Mickie Abraxas, el célebre espía que se quitó la vida. Su especialidad eran los sándwiches de atún, aunque en el fondo de su corazón deseaba envenenarlos a todos salvo a Mickie y su jefe, Pendel. Y allí, en el rincón, detrás de la mesa, vemos el lugar exacto donde en 1989 el sastre Pendel, tras cerrar la puerta, reunió valor suficiente para tomar a Marta entre sus brazos y declararle amor eterno. El sastre Pendel propuso ir a una casa de citas, pero Marta prefirió llevarlo a su apartamento, y fue de camino hacia allí cuando Marta sufrió las heridas faciales que la dejarían marcada

para toda la vida, tras lo cual su compañero de estudios Abraxas sobornó al cobarde médico que dejaría su huella indeleble en el rostro de Marta, pues en su terror por perder a su rica clientela dicho médico fue incapaz de controlar el temblor de las manos. Más tarde este mismo médico tuvo la prudencia de informar sobre la conducta de Abraxas, hecho que lo condujo a la destrucción.
Encerrando a su yo pasado y difunto en el despacho, Marta siguió por el pasillo hasta el taller de corte de Pendel. Dejaré el dinero en el primer cajón de su mesa. La puerta estaba entreabierta y las luces encendidas. Poco tiempo atrás Harry era un hombre de una disciplina sobrehumana, pero en las últimas semanas la necesidad de hilvanar todas sus vidas en una lo había desbordado. Empujó la puerta. Ahora nos hallamos en el taller de corte del sastre Pendel, conocido entre sus clientes y empleados como el sanctasanctórum. No se permitía entrar a nadie sin llamar antes, y estaba absolutamente prohibido en su ausencia... salvo al parecer para su esposa, Louisa, que estaba sentada en ese momento tras la mesa de su marido con las gafas puestas y había extendido ante sí los cuadernos viejos, lápices, un libro de pedidos y un aerosol de insecticida abierto por la base, y mientras observaba este despliegue, jugueteaba con el ornamentado encendedor que un árabe rico había regalado a Harry, según decía él, pese a que P & B no contaba con ningún árabe rico entre su clientela.
Vestía un fino salto de cama rojo de algodón y al parecer nada más, pues al inclinarse reveló sus pechos por completo. Encendía y apagaba el encendedor con un suave chasquido y sonreía a Marta a través de la llama.
— ¿Dónde está mi marido? —preguntó Louisa. Chasquido.
—Ha ido a Guararé —contestó Marta—. Mickie Abraxas se ha suicidado mientras lanzaban los fuegos artificiales.
—Lo siento.
— Y yo. Y también su marido.
—Sin embargo no era imprevisible. Venía anunciándolo desde hace unos cinco años —señaló Louisa no sin razón. Chasquido.
— Estaba horrorizado —dijo Marta.
— ¿Mickie?
—Su marido —aclaró Marta.
—¿Por qué guarda mi marido las facturas del señor Osnard en un libro aparte?
Chasquido.
—No lo sé. A mí también me extraña.
—¿Eres su querida?
— No.
—¿Tiene alguna querida?
Chasquido.
— No —repitió Marta.
— ¿Ese dinero que llevas en la mano es de mi marido?
—Sí.
— ¿Por qué lo tienes tú?
Chasquido.
— Me lo ha dado él —dijo Marta.
— ¿Por follar?
—Para guardarlo en lugar seguro. Lo llevaba en el bolsillo cuando ha recibido la noticia.

—¿De dónde ha salido?
Chasquido, y la llama iluminó el ojo izquierdo de Louisa, desde tan cerca que Marta se preguntó por qué no se le prendía la ceja y con ella el ligero salto de cama rojo.
—No lo sé —respondió Marta—. Algunos clientes pagan en efectivo, y su marido no siempre sabe qué hacer con el dinero. La quiere. Quiere a su familia más que a nada en el mundo. También quería a Mickie.
—¿Quiere a alguien más?
—Sí.
—¿A quién?
—A mí.
Louisa examinaba una hoja de papel.
—¿Es ésta la dirección correcta del señor Osnard? ¿Torre del Mar? ¿Punta Paitilla? Chasquido.
—Sí —dijo Marta.
La conversación ya había concluido, pero Marta no se dio cuenta de inmediato porque Louisa seguía pulsando el mecanismo del encendedor y sonriendo a la llama. Y sólo después de unos cuantos chasquidos y sonrisas más notó Marta que Louisa se hallaba en un estado de ebriedad idéntico al de su hermano cuando bebía porque la vida era superior a sus fuerzas. A su hermano no le daba por cantar o echarse a temblar, sino que entraba en un estado de extrema lucidez y visión perfecta. Y en ese estado se encontraba ella. Embriagada por todo lo que sabía y había intentado olvidar con la bebida. Y totalmente desnuda bajo el salto de cama.

21

Era la una y veinte de aquella misma madrugada cuando sonó el timbre de la puerta en el apartamento de Osnard. Desde hacía una hora se encontraba en un estado de avanzada sobriedad. En un primer momento, iracundo aún por su derrota, se había deleitado en imaginar métodos violentos para deshacerse de su abominable invitado: tirarlo por el balcón para que cayese en el tejado del club Unión, doce pisos más abajo, lo atravesase y le aguase la fiesta a la concurrencia; ahogarlo en la bañera; echarle desinfectante en el whisky –«Ah, bien, Andrew, si insiste; pero apenas un insignificante dedo, por favor»–, y aspiración dental a la vez que exhala el último aliento. Su rabia no se restringía a Luxmore.
¡Maltby! ¡Santo Dios, mi embajador y compañero de golf! ¡El condenado representante de la reina, la flor marchita del condenado cuerpo diplomático británico, y me la ha pegado como un profesional!
¡Stormont! ¡La honradez en persona, el perdedor nato, el último hombre intachable, el fiel perro faldero de Maltby con dolor de estómago, azuzando a su señor con gruñidos y gestos de asentimiento mientras su ilustrísima, el obispo Luxmore, les da a los dos la bendición!
¿Era una conspiración o simple cerrilismo?, se preguntaba Osnard una y otra vez. ¿Había acaso una velada insinuación en las palabras de Maltby al decir «no puedes quedarte todo el pastel» y «repartimos las cosas a partes iguales»? ¿Había pensado Maltby, ese pedante de falsa sonrisa, meter la

Librodot

mano en la caja? El muy hijo de puta no sabría ni por dónde empezar. No. Imposible. No le des más vueltas. Y hasta cierto punto Osnard había dejado de pensar en ello. Se reafirmó en su natural pragmatismo, renunció a todo afán de venganza y se concentró en salvar los restos de su gran empresa. El barco hace aguas pero no se ha hundido, se dijo. Sigo siendo quien paga a BUCHAN. Maltby tiene razón.

— ¿Le apetece otra cosa, señor, o quiere continuar con el whisky de malta?

—Andrew, llámeme Scottie, se lo ruego.

— Lo intentaré —prometió Osnard, y volviendo al comedor, le sirvió a Luxmore otro whisky de tamaño industrial y salió de nuevo al balcón. El vuelo intercontinental, el alcohol y el insomnio empezaban a pasarle factura, concluyó Osnard, examinando con objetividad clínica la figura semiyacente de su superior en la hamaca. Y también la humedad ambiental: la camisa de franela empapada, regueros de sudor en la barba. Y también el terror de sentirse aislado en territorio enemigo sin una esposa que cuidase de él, como se advertía en su mirada de angustia cada vez que un ruido de pisadas, una sirena de la policía o los gritos de algún juerguista reverberaban en los artificiosos desfiladeros de punta Paitilla. El cielo estaba claro como el agua y salpicado de adamantinas estrellas. Una luna idónea para la caza furtiva estampaba una senda de luz entre los barcos anclados ante la bocana del Canal, pero del mar no llegaba ni un soplo de brisa, ni en ese momento ni casi nunca.

—Me preguntó una vez, señor, si la central podía hacer algo para mejorar la situación de este puesto de operaciones —recordó Osnard a Luxmore tímidamente.

—¿Eso dije, Andrew? ¡Vaya! —Luxmore se incorporó, sobresaltado—. Adelante, Andrew, adelante. Aunque me complace ver que se ha instalado aquí muy cómodamente —agregó, no tan complacido, abarcando con un impreciso gesto la vista y el lujoso apartamento—. No crea que es una crítica, nada más lejos. Brindo por usted. Por sus agallas. Por su perspicacia. Por su juventud. Cualidades que todos admiramos. ¡Salud! —Sorbió ruidosamente—. Tiene por delante un gran porvenir, Andrew. Corren tiempos más propicios que en mi época, debo añadir. El colchón es más blando. ¿Sabe cuánto cuesta esto ahora en Inglaterra? Si le devuelven a uno cambio de veinte libras, puede considerarse afortunado.

—Me refiero a la casa franca de que le hablé —le recordó Osnard con el tono de un heredero angustiado ante el lecho de muerte de su padre—. Ya va siendo hora de que abandonemos las casas de citas. Una de esas casas rehabilitadas del casco viejo nos proporcionaría mayores posibilidades operativas.

Sin embargo Luxmore se hallaba en modo de transmisión, no de recepción.

— Hay que ver cómo le ha respaldado esa pandilla de estirados esta noche, Andrew. ¡Santo cielo, no se da con frecuencia que un hombre de su edad reciba tales muestras de respeto! Cuando esto termine, hay una medalla esperándole en algún lugar. Cierta damisela del otro lado del río no tendrá más remedio que reconocer sus méritos. —Un paréntesis mientras contemplaba con perplejidad la bahía, confundiéndola al parecer con el Támesis. De repente despertó—. ¡Andrew!

— ¿Señor?

—Ese tipo… Stormont.

Librodot

— Sí. ¿Qué le pasa?
—Tuvo un serio desliz en Madrid. Un lío con una mujer, una casquivana. Se casó con ella si no recuerdo mal. Tenga cuidado con él.
—Lo tendré.
—Y con ella, Andrew.
—Lo tendré.
—¿Tiene por aquí alguna mujer?
—Escudriñó en broma alrededor, bajo el sofá, tras las cortinas, en un alarde de simpatía—¿Alguna hispana calentona bien escondida en algún rincón? No me conteste. ¡Salud de nuevo! Guárdeselo para usted. Un joven sensato.
—En realidad he estado muy ocupado para esas cosas, señor –confesó Osnard con una sonrisa apesadumbrada. Pero no se dio por vencido. Tenía la sensación de que sus palabras quedaban grabadas en la memoria subliminal de Luxmore, y más tarde da-
rían el fruto deseado–. En mi modesta opinión, y aunque sea una idea utópica, deberíamos aspirar a dos casas francas. Una para la red, que por supuesto sería responsabilidad única y exclusivamente mía... el holding de las islas Caimán es la mejor solución... y otra de acceso muy restringido y estilo más suntuoso con fines representativos para uso del equipo de Abraxas y a la larga, siempre y cuando pueda evitarse la interconcienciación, cosa que en esta etapa considero bastante improbable, de los estudiantes. Y a mi juicio quizá también debería ocuparme yo de ésa, al menos en lo que atañe a la adquisición y las cuestiones de seguridad, aunque al final quede en manos del embajador y Stormont. Sinceramente, dudo mucho que posean nuestra pericia. Sería un riesgo que no tenemos por qué correr. Me encantría conocer su opinión al respecto, señor. No ahora necesaria-mente. En otro momento. –Una tardía aspiración dental indicó a Osnard que su jefe regional seguía con él, aunque mínimamente. Alargando el brazo, Osnard le quitó a Luxmore el vaso vacío de la mano y lo dejó en la mesa de cerámica–. Así pues, ¿qué me dice, señor? ¿Un apartamento como éste para la oposición, moderno, anónimo, cerca de la comunidad financiera, nadie tendría que salir de su elemento, y una segunda casa en el casco viejo, supervisadas conjuntamente?
–Osnard venía pensando desde hacía un tiempo en tantear el boyante mercado inmobiliario de Panamá–. En el casco viejo, por norma, las cosas cuestan lo que valen. Lo importante es la situación. En estos momentos un piso restaurado aceptable, por ejemplo un buen dúplex rediseñado por un arquitecto, sale por cincuenta de los grandes, mil arriba, mil abajo. Y en la franja alta, por una mansión con doce habitaciones, un poco de jardín, acceso posterior y vistas al mar, si uno ofrece medio millón, no se lo piensan dos veces. Y en un par de años el valor se habrá doblado, siempre y cuando nadie tome alguna medida drástica respecto al antiguo edificio del club Unión, que Torrijos convirtió en un club para la tropa en venganza por no haber sido admitido en su día. Habría que informarse bien antes. De eso puedo encargarme yo.
– ¡Andrew!
– Aquí me tiene. Aspiración dental. Ojos cerrados, y reabiertos súbitamente.
–Dígame una cosa, Andrew.
– Si está en mis manos, Scottie. Luxmore giró lentamente la cabeza hasta hallarse mirando cara a cara a su subordinado.

–Esa remilgada virgen sajona de mirada insinuante y grandes apéndices delanteros que ha honrado con su presencia la reunión de esta noche...
–¿Sí, señor?
–¿Es acaso lo que en mi juventud llamábamos una calientabraguetas? Porque si alguna vez he visto a una joven que requiriese la plena atención de un tipo de dos metros...

¡Por el amor de Dios, Andrew! ¿Quién demonios puede ser a estas horas de la noche?
Luxmore nunca llegó a enunciar íntegramente su tesis acerca de Fran. El timbre de la puerta se convirtió primero en un repique y luego en una explosión. Como un roedor asustado, Luxmore y su barba retrocedieron a un rincón de la hamaca.
Los instructores de Osnard no se habían equivocado al elogiar su extraordinaria aptitud para la magia negra. Unos cuantos whiskys de malta no bastaban para mermar su capacidad de reacción, y la perspectiva de vengarse de Fran la potenciaba más aún. Si había ido hasta allí para darle un beso y hacer las paces, no había elegido ni el hombre ni el momento oportunos. Cosa que Osnard se proponía dejar bien clara mediante breves y sonoras palabras. Y más le valía quitar el dedo del timbre de una jodida vez. Innecesariamente, indicó a Luxmore que no se moviese de donde estaba, y acto seguido se encaminó con actitud resuelta hacia el recibidor, cerrando puertas a su paso, y echó un vistazo por la mirilla. La lente estaba empañada. Sacó un pañuelo del bolsillo y la limpió. Miró de nuevo y vio un ojo borroso, de sexo ambiguo, que lo miraba a él desde el otro lado mientras el timbre seguía sonando como una alarma contra incendios. De pronto el ojo se apartó, y Osnard reconoció a Louisa Pendel, que llevaba unas gafas de concha y poco más. Haciendo equilibrios sobre un solo pie, se disponía a quitarse un zapato con la obvia intención de aporrear la puerta.
Louisa no recordaba qué gota había hecho rebosar el vaso, ni le importaba. Al regresar de su partido de squash se había encontrado la casa vacía. Los niños estaban en casa de los Rudd y pasarían allí la noche. Consideraba a Ramón uno de los personajes más in-calificables de Panamá y le horrorizaba la sola idea de que sus hijos se acercasen a él. Su aversión no se debía tanto a la misoginia de Ramón como al modo en que insinuaba que conocía más detalles sobre la vida de Harry que ella, y todos reprobables. Y al modo en que se cerraba en banda, igual que Harry, cada vez que ella hablaba del arrozal, pese a que se había comprado con su dinero.
Pero nada de esto justificaba la sensación de malestar que la había invadido al llegar a casa después del squash, ni su repentino e infundado llanto, siendo que en los últimos diez años había tenido con frecuencia motivos para llorar y siempre se había contenido. Así que supuso que la causa era una especie de desesperación acumulada, unida a un generoso vodka con hielo que se había tomado antes de la ducha porque le apetecía. Después de ducharse observó en el espejo del dormitorio su cuerpo desnudo, aquel metro ochenta de mujer.
Objetivamente. Olvidando por un momento mi estatura. Olvidando a mi preciosa hermana con su cabellera dorada, su culo y sus tetas de póster central de Playboy, y su lista de conquistas, más larga que el listín telefónico de Ciudad de Panamá. ¿Querría o no querría acostarme con esta mujer si

Librodot

fuese un hombre? Supuso que sí, pero ¿basándose en qué? No tenía más referencia que Harry.
Planteó la pregunta de otro modo. Si fuese Harry, ¿desearía aún acostarse con esta mujer después de doce años de matrimonio? Y la respuesta a eso, basándose en su experiencia reciente, era no. Demasiado cansado. Demasiado tarde. Demasiado conciliatorio. Demasiado culpabilizado por algo. Sí, en realidad siempre se sentía culpable. Era su especialidad. Pero últimamente lo utilizaba como pancarta: estoy confiscado, soy intocable, soy culpable, no te merezco, buenas noches.
Enjugándose las lágrimas con una mano y aferrándose al vaso con la otra, continuó desfilando ante el espejo, examinándose, contrayendo esta parte e hinchando aquélla, y pensando en lo fácil que le resultaba todo a Emily: tanto si jugaba al tenis, como si montaba a caballo o nadaba, no ejecutaba un solo movimiento sin gracia ni proponiéndoselo. Contemplándola, incluso otra mujer se ponía al borde del orgasmo. Louisa se contorsionó obscenamente, la peor ramera sobre la faz de la tierra. Un desastre. Demasiado huesuda. Sin soltura. Cadera rígida. Demasiado vieja. Siempre lo he sido. Demasiado alta. Desesperada, volvió a la cocina y, todavía desnuda, se sirvió sin vacilar un segundo vodka, esta vez sin hielo.
Y fue una auténtica copa, no un «quizá me vendría bien una copa», porque tuvo que abrir otra botella y buscar antes un cuchillo para cortar el precinto, que no era lo que una haría al servirse con indiferencia, casi por accidente, un poco de algo para levantar el ánimo mientras su marido andaba por ahí follándose a su querida.
— ¡Que se vaya a la mierda! —exclamó.
La botella procedía de las nuevas reservas de Harry para invitados. Reembolsable, había dicho Harry.
- -Reembolsable ¿por quién? --había preguntado Louisa.
- Hacienda.
—Harry, no quiero que mi casa se convierta en un bar libre de impuestos.
Una sonrisa culpable. Lo siento, Lou. Así es la vida. No era mi intención molestarte. No lo volveré a hacer. Alejándose encogido, arrastrando los pies.
— ¡Que se vaya a la mierda! —repitió, y eso le proporcionó cierto desahogo.
Y que se vaya a la mierda Emily también, pensó, porque de no haber tenido que competir con Emily nunca habría seguido el elevado camino de la moral, nunca habría fingido estar en desacuerdo con todo, nunca habría conservado la virginidad tanto tiempo que acabé batiendo la plusmarca mundial sólo para demostrar a los demás lo pura y formal que era en contraste con mi jodida y preciosa hermanita. Nunca me habría enamorado de todos los pastores de menos de noventa años que subían al púlpito de Balboa y nos instaban a arrepentirnos de nuestros pecados, en especial los de Emily; nunca me habría mostrado como una devota Doña Perfecta y juez del mal comportamiento ajeno cuando sólo deseaba que me tocasen, admirasen, mimasen y follasen como a cualquier otra chica.
Y a la mierda también el arrozal. Mi arrozal, al que Harry no me llevará nunca más porque ha instalado allí a su condenada chiquilla: Quédate aquí, cariño, esperándome asomada a la ventana hasta que vuelva. A la mierda. Un trago de vodka. Otro trago. Después otra más grande que llegue a las partes que realmente cuentan. Así fortalecida, regresó al dormitorio para reanudar sus piruetas con mayor abandono: ¿Es esto erótico? ¡Vamos, díme-

Librodot

lo! ¿Y esto? ¿No? Bien, pues ¿qué me dices de esto otro? Pero no había nadie para contestarle. Nadie para aplaudir, reír o ponerse cachondo. Nadie para beber con ella, cocinar para ella, besarle el cuello y hacerla callar. Nadie. Tampoco Harry.

Así y todo, los pechos no están mal para una mujer de cuarenta años. Mejor que los de Jo-Ann cuando se desnuda. No los tengo como los de Emily, pero ¿quién los tiene como ella? Y ahora un brindis por ellos. Un brindis por mis tetas. Tetas, erguíos, estamos bebiendo a vuestra salud. De pronto se dejó caer en la cama y se quedó sentada con la barbilla apoyada en las manos, observando el teléfono de la mesilla de Harry, que había empezado a sonar.

—Vete a la mierda —le aconsejó. Y por si no había quedado bastante claro, levantó el auricular un par de centímetros y gritó—: ¡Vete a la mierda! — Luego volvió a colgar.

Pero cuando una tiene hijos, siempre acaba por descolgar.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta a voz en cuello cuando el teléfono vuelve a sonar.

Es Naomi, la ministra de Tergiversación de Panamá, dispuesta a participarle de algún sabroso escándalo. Bien. Teníamos pendiente esta conversación desde hace mucho tiempo.

—Naomi, me alegra que hayas llamado, porque pensaba escribirte, y así me ahorraré el sello. Naomi, quiero que desaparezcas de mi vida de una jodida vez. No, no, escúchame, Naomi. Si un día casualmente pasas por el parque Vasco Núñez de Balboa y ves a mi marido tumbado de espaldas en el suelo practicando el sexo oral con una cría de elefante del circo Barnum, te agradecería que se lo contases a tus veinte mejores amigas y me excluyeses a mí. Porque no quiero volver a oír esa jodida voz tuya hasta que el Canal se congele. Buenas noches, Naomi.

Con el vaso en mano, Louisa se pone un salto de cama rojo que Harry le ha regalado recientemente —tres enormes botones y un escote según el ánimo— , coge un escoplo y un martillo del garaje y cruza el patio interior en dirección al estudio de Harry, que desde hace un tiempo cierra con llave. Un cielo magnífico. No había visto un cielo tan hermoso desde hacía semanas. Las estrellas de las que antes hablábamos a nuestros hijos. Ahí está el cinto de Orión con la daga, Mark. Y ésas son las Pléyades, que también se conocen como las Siete Hermanas, Hannah, las que a ti te gustaría tener. Luna nueva, preciosa como un potrillo.

Desde aquí le escribe Harry, pensó cuando se acercaba a la puerta de su reino. A mi querida chiquilla: cuida del arrozal de mi esposa. A través de la ventana empañada de su cuarto de baño, Louisa lo ha observado durante horas, perfilado tras el escritorio, con la cabeza ladeada y la lengua entre los labios, mientras escribe sus cartas de amor, aunque Harry nunca ha escrito con soltura; ése es uno de los aspectos que Arthur Braithwaite, el mayor santo vivo desde Saint Laurent, descuidó en la formación de su hijo adoptivo.

La puerta está cerrada con llave, como Louisa había previsto, pero ese pequeño detalle no representa mayor problema. La puerta, si uno le pega con ganas valiéndose de un robusto martillo, o sea echando atrás el brazo todo lo posible y descargándolo luego con
fuerza contra la cabeza de Emily, que era el sueño de Louisa en su adolescencia, resulta ser una mierda, como casi todo en este mundo.

Librodot

Tras echar abajo la puerta, Louisa se acomodó en el escritorio de su marido y forzó el primer cajón con el martillo y el escoplo; sólo al tercer intento se dio cuenta de que en realidad no estaba cerrado con llave. Revolvió el contenido. Facturas. Los planos del arquitecto para el Rincón del Deportista. A nadie le sonríe la suerte a la primera. 0 por lo menos a mí no, desde luego. Probó con el segundo cajón. Sí estaba cerrado con llave, pero sucumbió al primer asalto. Ya a primera vista el contenido era más estimulante. Escritos inacabados sobre el Canal. Publicaciones especializadas, recortes de periódico, resúmenes a mano de lo anterior en la florida letra de sastre con que escribía Harry.
¿Quién es esa fulana? ¿Por quién coño hace todo esto? Harry, te estoy hablando. Atiéndeme, haz el favor. ¿Quién es esa mujer que has instalado en mi arrozal sin mi consentimiento y a la que necesitas impresionar con tu inexistente erudición? ¿A quién pertenece esa sonrisa bovina y soñadora que asoma a tu cara últimamente: soy el elegido, soy un bienaventurado, camino sobre las aguas? ¿0 esas lágrimas? Por Dios, Harry, ¿a quién pertenecen esas espeluznantes lágrimas que se forman en tus ojos y nunca se derraman?
En un nuevo arrebato de rabia y frustración, abrió a golpes otro cajón y se quedó helada. ¡Joder! ¡Dinero! ¡Dinero a lo grande! ¡Un cajón lleno a rebosar de billetes de cien, de cincuenta, de veinte! Metidos en el cajón de cualquier manera, sueltos como viejas multas de aparcamiento. Mil. Dos, tres mil. Ha estado atracando bancos. ¿Para quién?
¿Para esa mujer? ¿Se acuesta con él por dinero? ¿Para llevarla a comer sin vaciar la cuenta familiar? ¿Para proporcionarle el tren de vida al que no está acostumbrada, en mi arrozal, comprado con mi herencia? Louisa intentó gritar el nombre de su marido varias veces, primero para preguntarle educadamente, luego para exigirle una respuesta porque no contestaba, y por último para maldecirlo porque no estaba allí.
—¡Vete a la mierda, Harry Pendel! ¡A la mierda, a la mierda, a la mierda! Dondequiera que estés. ¡Eres un embustero de mierda!
Para ella a partir de ese momento no existía otra palabra. Mierda. Era el vocabulario que empleaba su padre cuando pillaba una curda, y Louisa sintió un súbito orgullo filial al advertir que, habiendo pillado también ella una curda o estando cerca de pillarla, era tan malhablada como su jodido padre.
«¡Eh, Lou, cielo, ven aquí! ¿Dónde está mi Titán? —Llama Titán a su hija, en honor a la grúa alemana gigante del puerto de Gamboa—. ¿Es que no se merece un viejo alguna atención por parte de su hija? ¿No vas a darle un beso a tu viejo? ¿Eso es un beso? ¡Vete a la mierda! ¿Me oyes? ¡Vete a la mierda!»
Notas, en su mayor parte sobre Delgado. Versiones distorsionadas de informaciones que le había sonsacado a ella durante las cenas que acostumbraba prepararle. Mi Delgado. Mi amada figura paterna, nada menos que Ernesto, la honradez sobre ruedas, y mi marido escribe notas obscenas sobre él. ¿Por qué? ¿Porque le tiene celos? Siempre se los ha tenido. Cree que quiero más a Ernesto que a él. Cree que quiero follar con Ernesto. Encabezamientos: «Las mujeres de Delgado. (¿Qué mujeres? Ernesto no se dedica a esas cosas.) Delgado y el presi. (Otra vez el presi del señor Osnard.) Las opiniones de Delgado sobre los japoneses. (A Ernesto le

dan miedo. Piensa que quieren su Canal, y tiene razón.)» Louisa estalló de nuevo. A voz en grito dijo:
—¡Vete a la mierda, Harry Pendel! ¡Yo nunca he dicho eso! ¡Te lo estás inventando! ¿Para quién? ¿Por qué?
Una carta, inacabada, sin destinatario. Un breve fragmento que debía de tener intención de tirar a la papelera:

He pensado que te gustaría oír un retazo de conversación relacionado con nuestro Ernie que Louisa oyó ayer en la oficina y consideró oportuno comunicarme…

¿Consideró oportuno? Yo no consideré oportuno nada. Comenté un chisme de la oficina. ¿Por qué coño ha de considerar oportuno una esposa contarle a su marido en su propia casa un chisme que ha oído en la oficina sobre un hombre benévolo e íntegro que sólo desea lo mejor para Panamá y el Canal? ¡Qué oportuno ni qué mierda! ¡Y tú, la que está tan interesada en oír lo que consideramos oportuno contarnos en nuestra casa, vete también a la mierda! Eres una puta. Una mala puta de orejas sucias que me ha robado el marido y el arrozal.
¡Eres… Sabina!
Louisa había encontrado por fin el nombre de la puta. Con las pulcras mayúsculas de sastre, porque le resultaba más fácil escribir en mayúsculas, SABINA con letra pequeña y cariñosa, dentro de un círculo. SABINA, seguido de ESTUD RAD entre paréntesis. Eres Sabina y eres una estud rad y conoces a otras estuds y trabajas por cierta cantidad de signos de dólar de Estados Unidos, o esa impresión da porque «trabaja para Estados Unidos» aparece entrecomillado y te embolsas quinientos pavos, más una prima cuando realizas un trabajo de primera. Todo estaba allí, representado mediante uno de esos ordinogramas que había aprendido de Mark. «Las ideas de un ordinograma no tienen por qué ser lineales, papá. Pueden flotar como globos sujetos por hilos en el orden que prefieras. Puedes agruparlas o ponerlas por separado. Quedan muy bien.» El hilo del globo de Sabina, como trazado con tiralíneas, iba hasta H, que era la firma napoleónica de Harry cuando tenía delirios de grandeza. Mientras que el hilo de Alfa —porque Louisa acababa de descubrir a Alfa— iba hasta Beta, de allí a Marco (presi), y por último a H. El hilo del Oso iba también hasta H, pero el globo que lo envolvía era un trazo ondulado y tenso como si fuese a reventar de un momento a otro.
Y Mickie tenía un gran globo para él solo y aparecía descrito como «mandamás de la OS», y su hilo lo unía de por vida al globo de Rafi. ¿Nuestro Mickie? ¿Nuestro Mickie es el mandamás de la OS? ¿Y salen de su globo un total de seis hilos que lo conectan con Armas, Informadores, Sobornos, Comunicaciones, Fondos y Rafi? ¿Nuestro Rafi? ¿Nuestro Mickie, que telefonea una vez por semana en plena noche para anunciar su enésimo suicidio?
Volvió a revolver el contenido del cajón. Buscaba las cartas que la puta de Sabina había enviado a Harry. Si le había escrito, Harry habría guardado las cartas. Harry era incapaz de tirar una caja de cerillas vacía o una yema de huevo sobrante. Una secuela más de las privaciones de la infancia. En su afán por encontrar las cartas de Sabina, puso todo el estudio patas arriba. ¿Bajo el dinero? ¿Bajo una tabla del suelo? ¿Dentro de un libro?

Librodot

¡Dios santo, la agenda de Delgado! Con la letra de Harry, no la de Delgado. No la auténtica sino una imitación, con las líneas trazadas a lápiz; debe de haberlas copiado de mis papeles. Los compromisos reales de Delgado anotados en los lugares correspondientes. Los compromisos imaginarios anotados en los espacios libres:
Reunión a medianoche con los «capitanes de puerto» japoneses, a la que asistirá en secreto el presi... Un paseo secreto en coche con el embajador fr., un maletín con dinero cambia de manos... Entrevista con un emisario de los carteles colombianos a las 23 h. en el nuevo casino de Ramón... Cena privada fuera de la ciudad con los «capitanes de puerto» japoneses, funcionarios panameños y el presi...

¿Mi Delgado hace todo eso? ¿Mi Ernesto Delgado está en la nómina del embajador francés? ¿Anda en tratos con los carteles colombianos? Harry, ¿estás loco? ¿Qué repugnantes calumnias estás inventándote sobre mi jefe? ¿Qué espantosas mentiras son éstas? ¿Para quién? ¿Quién te paga por esta basura?
—¡Harry! —exclamó en lo que pretendía ser un grito de ira y desesperación. Pero la voz le brotó de la garganta en un susurro al mismo tiempo que el teléfono volvía a sonar.

En esta ocasión, prevenida, Louisa se limitó a descolgar el auricular, escuchar y no decir nada, ni siquiera «Desaparece de mi vida de una jodida vez».
—¿Harry? —Una voz de mujer, ahogada, suplicante. Es ella.
Una conferencia. Desde el arrozal. Un tableteo de fondo. El molino debe de estar en funcionamiento–. ¿Harry? ¡Háblame! –Gritando. Una zorra hispana. Papá siempre decía que no me fiase de ellas. Sollozando. Es ella. Sabina. Necesita a Harry. ¿ Quién no?–. ¡Harry, ayúdame, te necesito!
Espera. No hables. No le digas que no eres Harry. Escúchala. Los labios apretados. El auricular pegado a la oreja derecha. ¡Habla, zorra! ¡Delátate! La zorra respira. Una respiración ronca. ¡Vamos, Sabina, encanto, habla! Di: «Ven, Harry, quiero follar contigo.» Di: «Te quiero, Harry.» Di: «¿Dónde está el jodido dinero? ¿Por qué lo tienes guardado en un cajón? Soy yo, Sabina, la estud rad, llamando desde el jodido arrozal, y estoy sola.»
De nuevo el tableteo. Una crepitación, como el petardeo de las motos. Un sonoro golpe. Ahora dejo el vaso de vodka y le hablo enérgicamente en el clásico español sudamericano de mi padre.
–¿Quién es? ¡Conteste! –Silencio. Nada. Sollozos pero no palabras. Louisa cambia al inglés–. ¡Aléjate de mi marido! ¿Me oyes, Sabina, zorra? ¡Vete a la mierda! ¡Y aléjate también de mi arrozal! –Todavía silencio–. Estoy en su estudio, Sabina, buscando las cartas que le has enviado. Ernesto Delgado no es un hombre corrupto, ¿me oyes? Todo eso es mentira. Trabajo para él. Los corruptos son otros, no Ernesto. ¡Di algo!
Otra vez el tableteo y potentes detonaciones en el auricular. ¿Qué es eso, por Dios? ¿Otra invasión? La zorra llora lastimeramente, cuelga. Louisa se ve a sí misma al dejar con rabia el auricular en la horquilla, como en cualquier buena película. Se queda sentada en la cama. Mira fijamente el teléfono, esperando que vuelva a sonar. No suena. Así que por fin le he aplastado la cabeza a mi hermana. Yo o alguna otra. Pobre Emily. Vete a la mierda.

Librodot

Louisa se pone en pie. Con firmeza. Bebe un trago de vodka para serenarse. Tiene la cabeza totalmente despejada. Mal asunto, Sabina. Mi marido se ha vuelto loco. También tú debes de estar pasándolo mal. Te está bien empleado. Los arrozales son sitios muy solitarios.
Estantes llenos de libros. Alimento para la mente. Lo idóneopara intelectos perplejos Busca las cartas de la zorra en los libros. Libros nuevos en lugares antiguos. Libros antiguos en lugares nuevos. Explícate. Harry, por amor de Dios, explícate. Cuéntamelo, Harry. Háblame. ¿Quién es Sabina? ¿Quién es Marco? ¿Por qué te inventas mentiras sobre Rafi y Mickie? ¿Por qué difamas a Ernesto?
Una pausa para el estudio y la reflexión mientras Louisa Pendel, en su salto de cama rojo con tres botones y nada debajo, registra la estantería de su marido, sacando pecho y trasero. Se siente en extremo desnuda. Más que desnuda. Desnuda y en celo. Le gustaría tener otro hijo. Le gustaría tener las Siete Hermanas de Hannah, siempre y cuando ninguna se parezca a Emily. Los libros de su padre sobre el Canal desfilan ante ella, empezando por la época en que los escoceses intentaron fundar una colonia en el Darién y perdieron la mitad de las riquezas de su país. Los abre uno por uno, los sacude con tal brío que los lomos crujen, y va tirándolos al suelo sin contemplaciones. No contienen cartas de amor.
Libros sobre el capitán Morgan y sus piratas, que saquearon Ciudad de Panamá y provocaron un incendio que la arrasó completamente, salvo por las ruinas adonde llevan a los niños de excursión. Pero ninguna carta de amor de Sabina ni de nadie más. Ni de Alfa ni de Beta ni de Marco ni del Oso. Ni de ninguna estud rad de culo bonito con dólares estadounidenses de misteriosa procedencia. Libros del período en que Panamá perteneció a Colombia. Pero ninguna carta de amor por más que los lance con todas sus fuerzas contra la pared.

Louisa Pendel, futura madre de las Siete Hermanas de Hannah, se agacha desnuda bajo el salto de cama con el que su marido nunca se la ha follado hasta juntar los muslos y las pantorrillas y vuelve a erguirse, ojeando los estantes dedicados a la construcción del Canal y arrepintiéndose de haber levantado la voz a la pobre mujer cuyas cartas no encuentra, y que probablemente no era Sabina ni telefoneaba desde el arrozal. Relatos de auténticos hombres como George Goethals y William Crawford Gorgas, hombres responsables y metódicos en su locura, hombres que habían sido fieles a sus esposas en lugar de andar escribiendo cartas sobre qué consideraban ellas oportuno, o desacreditando a sus jefes, o guardando billetes de banco bajo llave en los cajones de sus escritorios, además de cartas que no encuentro. Libros que su padre la obligaba a leer con la esperanza de que algún día ella construyese su propio canal.
–¿Harry ? –grita a pleno pulmón para intimidarlo–. ¿Harry? ¿Dónde has metido las cartas de esa miserable zorra? Harry, quiero saberlo.
Libros sobre los tratados del Canal. Libros sobre la droga y «¿Hacia dónde va Latinoamérica?». La duda sería más bien hacia dónde coño va mi marido. Y hacia dónde el pobre Ernesto si de Harry depende. Louisa se sienta y habla a su marido con un tono sereno y razonable, un tono pensado para no dominarlo. Los gritos ya no sirven. Le habla como un ser humano maduro a

Librodot

otro desde la butaca con armazón de teca donde se acomodaba su padre cuando pretendía que ella se sentase en su regazo.
–Harry, no entiendo qué haces en tu estudio una noche tras otra llegues a casa a la hora que llegues y de dondequiera que vengas. Si estás escribiendo una novela sobre la corrupción, una autobiografía o una historia sobre el oficio de sastre a través de los tiempos, creo que deberías informarme, pues al fin y al cabo somos marido y mujer.
Harry se aplasta, que es como describe él su actitud cuando bromea sobre la falsa humildad de un sastre.
–Hago cuentas, Lou. Durante el día, con el timbre sonando a todas horas, no tengo la afluencia necesaria.
–¿Las cuentas del arrozal?
Louisa está dejándose llevar otra vez por su mal carácter. El arrozal es tema prohibido en las conversaciones familiares y en teoría ella debería respetar la norma: «Ramón está reestructurando las finanzas, Lou, y la labor de Angel deja un poco que desear.»
–De la sastrería –murmura Harry como un penitente.
–Harry, no soy una inútil. Sacaba muy buenas notas en matemáticas. Puedo ayudarte siempre que quieras.
Antes de que Louisa termine la frase, Harry niega ya con la cabeza.
–No se trata de esa clase de cuentas, Lou, ¿comprendes? Es más bien la parte creativa. Cuentas en el aire.
–¿Por eso has llenado de garabatos los márgenes de Path Between the Seas de McCullough? ¿Para que ya no pueda leerlo nadie más excepto tú?
Harry sonríe; es una sonrisa postiza.
–Ah, sí, en eso tienes razón, Lou, muy observadora. ¿Sabes?, estoy pensando en encargar ampliaciones de algunos de los grabados antiguos. Quizá unas cuantas imágenes del Canal y algún que otro objeto relacionado contribuirían a crear un ambiente más panameño en la sala de reuniones.
–Harry, siempre has dicho, y coincido contigo, que a los panameños, salvo algunas honrosas excepciones como Ernesto Delgado, les importa muy poco el Canal. No lo construyeron ellos. Lo construimos nosotros. Ni siquiera aportaron su trabajo. La mano de obra vino de China, Africa, Madagascar, el Caribe y la India. Y Ernesto es un buen hombre.
¡Dios mío!, pensó Louisa. ¿Por qué hablo de esa manera? ¿Por qué tengo que ser una bruja vocinglera y santurrona? Muy sencillo: porque Emily es una ramera.

Se quedó sentada ante el escritorio de Harry, con la cabeza entre las manos, arrepentida de haber forzado los cajones, arrepentida de haber gritado por teléfono a aquella pobre desdichada, arrepentida una vez más de haber concebido tan malignos pensamientos sobre su hermana. Nunca más hablaré a nadie en ese tono, decidió. No soy mi jodida madre ni mi jodido padre, y no soy tampoco una devota Doña Perfecta de la Zona. Y lamento mucho no haber sido capaz de contenerme y, en un momento de tensión y bajo la influencia del alcohol, haber insultado a otra pecadora como yo, aunque sea la querida de Harry, y si lo es, la mataré. Registrando otro cajón que hasta ese momento había pasado por alto, halló otra obra maestra inconclusa: Andy, te alegrará saber que nuestro nuevo acuerdo ha sido bien acogido por todas las partes, especialmente la femenina. Pasando todo a

través de mí, L no tendrá mala conciencia respecto al sinvergüenza de Ernie, y aparte el trato de uno a uno será más seguro por lo que se refiere a la familia.
Seguiré con esto en la sastrería.

Y yo también, pensó Louisa en la cocina, tomándose otro vodka para el camino. El alcohol ya no la afectaba, había descubierto. Sí la afectaba en cambio Andy, alias Andrew Osnard, que había sustituido a Sabina como objeto de su curiosidad tras la lectura de esa última nota.
Pero eso no era una novedad.
Había sentido curiosidad por el señor Osnard desde la excursión a la isla de Todo Tiempo, cuando llegó a la conclusión de que Harry quería que se acostase con él para apaciguar sus conciencia, aunque por lo que Louisa sabía de la conciencia de Harry, un polvo difícilmente iba a resolver el problema.
Debía de haber pedido un taxi por teléfono, porque había uno frente a la puerta y acababa de sonar el timbre.

Osnard volvió la espalda a la mirilla y, cruzando el comedor, volvió al balcón, donde Luxmore seguía sentado en la misma postura semifetal, demasiado asustado para hablar o actuar. Tenía los ojos enrojecidos y muy abiertos, y el miedo le contraía el labio superior en una mueca de desdén, dejando a la vista dos dientes amarillentos entre el bigote y la barba que debían de ser los que succionaba cuando quería remarcar un giro afortunado en la frase.
—Acabo de recibir una visita imprevista de BUCHAN DOS —informó Osnard en un susurro—. Nos encontramos ante una situación delicada. Será mejor que se marche cuanto antes.
—Andrew, soy un funcionario de alto rango. ¡Dios mío! ¿Qué son esos golpes? Va a despertar a los muertos.
—Métase en el guardarropa de la entrada. Cuando me oiga cerrar la puerta del comedor, baje al vestíbulo, déle un dólar al conserje y dígale que le pida un taxi para ir a El Panamá.
— ¡Por Dios, Andrew!
— ¿Qué?
—¿Está seguro de que no corre peligro? Escuche esos golpes. ¿Juraría que es la culata de una pistola? Deberíamos llamar a la policía. Andrew, sólo una cosa más.
— ¿Qué?
— ¿Puedo fiarme del taxista? Se oyen historias sobre algunos de esos tipos. Cadáveres flotando en el puerto. Yo no hablo español, Andrew.
Osnard ayudó a Luxmore a levantarse, lo llevó hasta el recibidor, lo metió a empujones en el guardarropa y cerró la puerta. A continuación se volvió hacia la puerta de entrada, quitó la cadena, descorrió los cerrojos, hizo girar la llave y abrió. Cesaron los golpes pero el timbre siguió sonando.
— Louisa —dijo, apartándole el dedo del botón—. ¡Cuánto me alegro! ¿Dónde está Harry? ¿Por qué no pasas?

Agarrándola de la muñeca, tiró de ella hacia dentro y cerró la puerta, pero sin echar la llave ni los cerrojos. Quedaron cara a cara y muy cerca, Osnard

Librodot

sujetándole a Louisa la mano en alto como si se dispusiesen a bailar un antiguo vals, y era la mano que sostenía el zapato. Louisa dejó caer el zapato. No emitía sonido alguno pero Osnard le olió el aliento, idéntico al de su madre cuando se obstinaba en darle un beso. Vestía una prenda muy fina. Los pechos y el prominente triángulo de vello púbico se dibujaban con toda claridad bajo la tela roja.
—¿A qué coño juegas con mi marido? —preguntó—. ¿Qué es toda esa mierda que te ha estado contando sobre Delgado, el soborno de los franceses y los contactos con los carteles colombianos? ¿Quién es Sabina? ¿Quién es Alfa?
Pese a la fuerza de sus palabras, hablaba de un modo vacilante, con una voz carente de la potencia y la convicción necesarias para penetrar en el guardarropa. Y Osnard, con su instintiva percepción de la debilidad ajena, advirtió de inmediato el temor de Louisa: temor a él, temor a Harry, temor a lo prohibido y, por encima de todo, temor a oír cosas tan horribles que su eco la persiguiese eternamente. Osnard, por su parte, acababa de oírlas. Con sus preguntas, Louisa había disipado ya todas las dudas que en las últimas semanas habían ido amontonándose como mensajes pendientes de lectura en los rincones secretos de su conciencia: no sabe nada; Harry no la ha reclutado; todo es un engaño.
Louisa estaba a punto de repetir su pregunta, ampliarla o formular otra, pero Osnard no podía arriesgarse a que Luxmore la oyese. Tapándole la boca con una mano, le bajó el brazo, se lo dobló tras la espalda, la obligó a darse media vuelta y la hizo entrar en el comedor a la vez que, con un pie, cerraba ruidosamente la puerta. Al llegar al centro del comedor, Osnard se detuvo y la atrajo contra sí. En el forcejeo dos de los botones del salto de cama se habían desabrochado, revelando sus pechos. Osnard notaba los latidos del corazón de Louisa en su antebrazo. Su respiración se había convertido en un profundo y lento jadeo. Oyó cerrarse la puerta de la entrada al salir Luxmore. Esperó y oyó la campanilla del ascensor y el suspiro asmático de las puertas eléctricas. Oyó descender el ascensor. Retiró la mano de la boca de Louisa y notó saliva en la palma. Ahuecó la mano en torno a un pecho desnudo y notó endurecerse el pezón bajo la
palma. Todavía detrás de ella, le soltó el brazo y lo vio caer lánguidamente a un costado. La oyó susurrar algo mientras se descalzaba el otro zapato.
— ¿Dónde está Harry? —preguntó Osnard, rodeando aún su cuerpo con un brazo.
— Ha ido a ver a Abraxas. Está muerto.
—¿Quién está muerto?
— Abraxas. ¿Quién coño va a ser? Si Harry estuviese muerto, no podría haber ido a verlo, ¿no?
—¿Dónde ha muerto?
— En Guararé. Dice Ana que se ha pegado un tiro.
— ¿Quién es Ana?—La amante de Mickie.
Osnard rodeó con la mano derecha el otro pecho de Louisa y fue invitado a saborear un bocado de áspero cabello castaño cuando ella echó atrás la cabeza y apretó el trasero contra sus ingles. La volvió parcialmente hacia sí y la besó en la sien y el pómulo, lamió el sudor que le corría por la cara, y notó aumentar su temblor hasta que ella misma buscó la boca de Osnard con sus labios y sus dientes y la exploró con su lengua. Osnard vio por un instante sus ojos firmemente cerrados y las lágrimas que rodaban de las comisuras de sus párpados y la oyó murmurar:

Librodot

— Emily.
— ¿Quién es Emily? —preguntó.
—Mi hermana. Te hablé de ella en la isla.
— ¿Qué demonios sabe tu hermana de todo esto?
— Vive en Dayton, Ohio, y se tiró a todos mis amigos. ¿No sientes un poco de vergüenza?
— No. La perdí toda de niño.
A continuación Louisa le sacó a tirones los faldones de la camisa con una mano mientras con la otra hurgaba torpemente en la cintura de su pantalón de Pendel & Braithwaite. A la vez susurraba frases que Osnard no alcanzaba a oír y que en cualquier caso no le interesaban. Osnard hizo ademán de desabrocharle el tercer botón, pero ella le apartó la mano con impaciencia y se quitó el salto de cama por la cabeza. Osnard se descalzó y se despojó simultáneamente del pantalón, el calzoncillo y los calcetines, dejándolo todo tirado en un único fardo de ropa. Luego se sacó la camisa sin desabotonársela. Desnudos y separados, se evaluaron mutuamente, luchadores a punto de entablar pelea. Osnard la atrajo hacia sí, la levantó en brazos sin aparente esfuerzo, cruzó con ella el umbral del dormitorio, y la echó en la cama, donde Louisa arremetió contra él en el acto con impetuosas embestidas.
—¡Espera, por Dios! —ordenó Osnard, apartándola.
Entonces empezó a hacerle el amor muy lentamente, empleando todas sus habilidades y las de ella. Para hacerla callar. Para sujetar a la cubierta un cañón suelto. Para tenerla en su bando en previsión de cualquier batalla que pudiese depararle el futuro inminente. Porque una de mis máximas es nunca rechazar una proposición razonable. Porque me atrae desde que la conozco. Porque follarse a las esposas de los amigos siempre es como mínimo interesante.
Louisa yacía de espaldas a él, con la cabeza bajo la almohada y las piernas encogidas para protegerse, tapada con la sábana hasta la nariz. Había cerrado los ojos, más para morir que para dormir. Tenía diez años de nuevo y se hallaba en su habitación de Gamboa, con las cortinas echadas. La habían enviado allí para arrepentirse de sus pecados después de hacer jirones una blusa de Emily con una tijera aduciendo que era muy atrevida. Deseaba levantarse de la cama, pedirle prestado el cepillo de dientes, vestirse, peinarse y salir de allí, pero para llevar a cabo cualquiera de esas acciones debía antes admitir la realidad del tiempo y el espacio y el cuerpo desnudo de Osnard tendido junto a ella y el hecho de que no tenía nada que ponerse salvo un ligero salto de cama rojo con los botones arrancados —y además, ¿dónde demonios estaba?— y un par de zapatos, llanos a fin de no aumentar su estatura, igualmente ilocalizables. Aparte, le dolía de tal modo la cabeza que quizá lo más sensato era rogarle que la llevase a un hospital, donde podría comenzar de nuevo desde el principio la noche anterior, sin vodka, sin forzar el escritorio de Harry si realmente lo había hecho, sin Marta, sin la visita a la sastrería, sin la muerte de Mickie, sin las calumnias de Harry sobre Delgado, y sin Osnard y todo aquello. En dos ocasiones había ido al baño, una para vomitar, pero las dos veces había vuelto a la cama e intentado deshacer todo lo que había ocurrido, y en ese momento Osnard hablaba por teléfono, y por más almohadas que se pusiese sobre la cabeza, no podía dejar de oír su detestable dejo inglés a medio metro de ella, ni el

Librodot

soñoliento y desconcertado acento escocés procedente del otro lado de la línea, como las últimas señales de una radio averiada.
—Han llegado noticias alarmantes, señor.
—¿Alarmantes? ¿A quién han alarmado? —preguntó la voz escocesa, despertando.
—Acerca de nuestro barco griego.
—¿Barco griego? ¿Qué barco griego? ¿De qué habla, Andrew?
—Nuestro buque insignia, señor. El buque insignia de las Líneas Marítimas Silenciosas.
Un largo silencio.
—¡Mensaje recibido, Andrew! ¡Dios mío, el griego! Queda claro. ¿Algo grave? ¿Qué ha pasado? —Parece que se ha ido al fondo, señor.
—¿Al fondo? Al fondo ¿de qué? ¿Cómo?
—Ha naufragado. —Una pausa para dar tiempo a asimilar la noticia del naufragio—. Está fuera de servicio. Ha pasado a mejor vida. Las circunstancias aún no se conocen. He enviado a un escritor a investigar.
Otro silencio de perplejidad al otro lado de la línea, compartido por Louisa.
—¿Un escritor?
—Uno famoso.
—¡Mensaje recibido! Ya capto. El autor más leído de todos los tiempos. Perfecto. ¿Qué más, Andrew? ¿Cómo ha naufragado?
¿Ha sido un naufragio definitivo, quiere decir?
—Según los primeros informes, no navegará nunca más —corroboró Osnard.
—¡Dios santo! ¿Quién ha sido, Andrew? Esa mujer, estoy seguro. Después de la aparición de anoche, la creo capaz de cualquier cosa.
—Sintiéndolo mucho, los detalles no se conocen todavía, señor.
—¿Y su tripulación? Sus camaradas de a bordo, maldita sea, los silenciosos, ¿se han ido a pique también?
—Estamos en espera de noticias. Mejor será que vuelva a Londres como tenía previsto, señor. Ya telefonearé allí.
Osnard colgó y, pese a la resistencia de Louisa, le retiró la almohada de la cabeza. Aun con los ojos cerrados no podía huir de la visión de aquel cuerpo joven y orondo que yacía despreocupadamente junto a ella, o de su pene medio despierto, ni del todo
fláccido ni del todo erecto.
—No has oído esta conversación —dijo Osnard—, ¿de acuerdo?
Louisa se apartó de él resueltamente. No estaba de acuerdo.
—Tu marido es un hombre valiente. Tiene orden de no decirte nada, y nunca te lo dirá. Yo tampoco.
—Valiente ¿en qué sentido?
— La gente le cuenta cosas. El nos las cuenta a nosotros. Cuando algo no llega a sus oídos, va y lo averigua, a menudo corriendo serios riesgos. No hace mucho se tropezó con algo de primera magnitud.
—¿Por eso fotografiaba mis papeles?
— Necesitábamos la agenda de Delgado. Hay muchas horas muertas en su vida.
—No son horas muertas. En esos ratos va a misa o está en compañía de su esposa e hijos. Tiene un hijo en el hospital. Sebastián.
—Eso es lo que Delgado te dice a ti.
—Es la verdad. No me vengas con ésas. ¿Harry hace esto por Inglaterra?

—Por Inglaterra, por Estados Unidos, por Europa. Por el mundo libre y civilizado. Llámalo como quieras.
—Entonces es un gilipollas —afirmó Louisa—. Lo mismo que Inglaterra. Lo mismo que el mundo libre y civilizado. —Y requirió tiempo y esfuerzo, pero finalmente lo consiguió: se apoyó en un codo y se volvió hacia él—. No creo una sola palabra de lo que
me dices. Eres un inglés sinvergüenza y embustero, y Harry ha perdido el juicio.
—Pues no me creas. Basta con que mantengas la boca cerrada.
—Todo eso es una sarta de sandeces. Harry se lo ha inventado. Tú te lo estás inventando. Es pura masturbación mental.
Sonaba el teléfono, un teléfono distinto, cuya presencia no había advertido pese a que se hallaba en la mesilla de su lado de la cama, junto a la lámpara, conectado a una grabadora de bolsillo. Osnard rodó bruscamente sobre ella, descolgó el auricular, y Louisa aún lo oyó decir «Harry» antes de taparse los oídos con las manos, cerrar los ojos con fuerza y fijar el rostro en una rígida mueca de rechazo. Pero por alguna razón una de sus manos no cumplió debidamente su cometido. Y por alguna razón oyó la voz
de su marido pese a la barahúnda de gritos y negativas que tenía lugar en el interior de su cabeza.
— Mickie ha sido asesinado, Andy —anunció Harry con ensayado apremio—. A manos de un profesional, por lo que parece, aunque eso es todo lo que puedo decirte por ahora. Sin embargo corren rumores de que esto es sólo el principio, y todas las partes interesadas deben por tanto tomar precauciones. Rafi ya ha partido con rumbo a Miami, y estoy poniéndome en contacto con los demás conforme al procedimiento establecido. Me preocupan los estudiantes. No sé cómo voy a impedir que movilicen la flotilla.
—¿Dónde estás? —preguntó Osnard.
Y después de eso hubo un breve instante en que Louisa por su cuenta podría haber preguntado a Harry una o varias cosas, algo en la línea de «¿Todavía me quieres?» o «¿Me perdonarás algún día?» o «¿Vas a notar la diferencia si me lo callo?» o «¿A qué hora volverás a casa esta noche, y si compro comida y la preparamos juntos?». Pero no se había decidido aún por ninguna de estas preguntas cuando se cortó la comunicación, y volvió a encontrarse ante su realidad inmediata: Osnard acodado sobre ella con las fofas mejillas colgando y la boca —húmeda y pequeña— abierta, pero sin intención por lo visto de hacerle el amor, ya que por primera vez en su corta relación parecía sumido en la duda.
— ¿Qué demonios era eso? —dijo como si la considerase en parte responsable.
—Harry.
— ¿Cuál?
—El tuyo, supongo.
A continuación resopló y se echó de espaldas junto a ella con las manos cruzadas tras la nuca como si tomase un breve descanso en una playa nudista. Al cabo de un momento cogió de nuevo el auricular, no el del teléfono de Harry sino el del otro lado, marcó y preguntó por el señor Mellors, de la habitación tal o cual número.

Librodot

— Por lo visto, ha sido un asesinato —informó sin preámbulos, y Louisa dedujo que hablaba con el mismo escocés de minutos antes—. Parece que los estudiantes podrían romper filas... mucha
emoción desatada... un hombre muy respetado... un trabajo profesional. Esperamos más detalles. ¿Una base sólida? ¿Qué quiere decir, señor? No lo entiendo. Una base sólida ¿para qué? No, claro. Me hago cargo. En cuanto sepa algo, señor. Se lo comunicaré de inmediato.
Luego pareció reflexionar durante un rato, pues Louisa lo oyó gruñir y de vez en cuando soltar una risa amarga, hasta que de repente se sentó en el borde de la cama. Después se levantó, fue al comedor y regresó con su ropa bajo el brazo hecha un rebujo. Separó la camisa de la noche anterior y se la puso.
–¿Adónde vas? –preguntó Louisa. Y al no recibir respuesta, le reprochó–: ¿Qué haces? Andrew, no entiendo cómo puedes levantarte, vestirte y marcharte dejándome aquí sin ropa ni ningún sitio adonde ir ni idea alguna de cuando volveremos... –Se interrumpió en seco.
–Lo siento, chica. Ha sido todo un poco precipitado, ya lo sé. Lamentablemente, tengo que levantar el campamento. Y tú también. Es hora de volver a casa.
–¿A qué casa?
–Tú a Bethania. Yo a la Inglaterra de mis antepasados. Regla número uno de la casa. Si descabezan a un informador, el supervisor de la operación pone pies en polvorosa. No da la voz de alarma, no se para ni a coger doscientos pavos. Corre a casa con su mamá por el camino más corto posible.
Estaba arreglándose el nudo de la corbata ante el espejo. El mentón en alto, el ánimo recobrado. Y por un fugaz instante Louisa creyó advertir cierto estoicismo en él, cierta aceptación de la derrota que bajo una luz exigua podría haber pasado por nobleza.
–Despídeme de Harry, ¿quieres? Es un gran artista. Mi sucesor se pondrá en contacto con él. O quizá no. –Vestido aún sin más ropa que la camisa, abrió un cajón y le lanzó un chándal a Louisa–. Mejor será que te pongas esto para coger un taxi. Cuando llegues a casa, quémalo y luego dispersa las cenizas. Y no te dejes ver durante unas semanas. En Londres algunos van a levantar el hacha de guerra.

Hatry, el gran magnate de la prensa, estaba almorzando en el Connaught cuando recibió la noticia. Instalado en su mesa habitual, comía unos riñones con beicon y bebía tinto de la casa, y entretanto matizaba sus opiniones sobre la nueva Rusia, que se resumían en la sencilla idea de que, por él, cuanto más se enzarzasen entre sí aquellos hijos de puta, tanto mejor.
Y su público, por una feliz coincidencia, era Geoff Cavendish, y el portador de la noticia no era otro que el joven Johnson, el sustituto de Osnard en la oficina de Luxmore, quien veinte minutos antes había encontrado el crucial mensaje del embajador Maltby, escrito de su puño y letra, entre los muchos papeles que se habían acumulado en la bandeja de entrada de Luxmore durante su espectacular escapada a Panamá. Johnson, como ambicioso agente de inteligencia que era, no dudaba en examinar el contenido de la bandeja siempre que se presentaba la ocasión.
Y lo extraordinario era que Johnson no tenía a quien consultar respecto al mensaje salvo a sí mismo, pues aparte de haberse ido ya a comer toda la plana mayor, Luxmore se hallaba en ese momento a bordo de un avión de regreso a Londres, y por consiguiente no quedaba en el edificio nadie,

Librodot

excepto él, con acceso autorizado a la información BUCHAN. Espoleado por el entusiasmo y sus grandes aspiraciones, Johnson telefoneó de inmediato a la oficina de Cavendish, donde le comunicaron que éste había salido a almorzar con Hatry. Telefoneó a la oficina de Hatry, donde le comunicaron que éste estaba almorzando en el Connaught. Jugándose el todo por el todo, solicitó con carácter preferente el único coche con chófer disponible. Por este acto de soberbia, y por otros, Johnson tendría que rendir cuentas más tarde.

– Soy el ayudante de Scottie Luxmore, señor –dijo a Cavendish con la respiración entrecortada, eligiendo el rostro más receptivo de los dos que lo observaban desde la mesa situada junto al ventanal–. Tengo un importante mensaje de Panamá para usted, señor, y lamentablemente no creo que el asunto admita demora. No me ha parecido oportuno leérselo por teléfono.

– Siéntese –ordenó Hatry. Y dirigiéndose al camarero–: Una silla.

Así que Johnson se sentó, y cuando, acto seguido, se disponía a entregarle a Cavendish el texto descifrado completo del mensaje en clave de Maltby, Hatry se lo arrancó de la mano y lo abrió, tan vigorosamente que los demás comensales se volvieron a mirar. Hatry leyó el mensaje por encima y se lo pasó a Cavendish. Este lo leyó, y también probablemente un camarero por lo menos, pues para entonces se había organizado cierto revuelo en torno a la mesa con el objeto de añadir un tercer cubierto y dar así a Johnson más apariencia de cliente normal, eclipsando en la medida de lo posible su imagen de sudoroso mensajero con chaqueta de sport y pantalón gris de franela, indumentaria que el jefe de comedor no veía con buenos ojos, pero había que comprender que era viernes y Johnson esperaba con impaciencia el fin de semana, que pensaba pasar en Gloucestershire con su madre.

– Eso es lo que necesitábamos, ¿no? –preguntó Hatry a Cavendish con la boca llena de riñón a medio masticar–. Ya podemos ponernos en marcha.

– Sí, eso precisamente –confirmó Cavendish con ecuánime satisfacción–. Esa es nuestra base sólida.

–¿Y si avisamos a Van? –sugirió Hatry a la vez que limpiaba el plato con un trozo de pan.

– Sí, creo, Ben… lo mejor será que en este caso el hermano Van se entere por los periódicos que usted controla –contestó Cavendish con una serie de frases sincopadas. Poniéndose en pie, dijo a Johnson–: Disculpe, no sabe cuánto lo siento. Debo hacer una llamada.

Se excusó también ante el camarero y con las prisas se llevó sin querer la servilleta de damasco. En cuanto a Johnson, fue despedido poco tiempo después, nadie sabía exactamente por qué. Según la versión oficial, lo echaron por andar de un lado a otro de Londres con un texto descifrado con todos sus símbolos y nombres en clave. Extraoficialmente, se lo consideraba demasiado excitable para el servicio secreto. Pero su irrupción en el Connaught vestido con una chaqueta sport fue probablemente la infracción que más pesó en su contra.

Para llegar al festival pirotécnico de Guararé, en la provincia panameña de Los Santos, que forma parte de una minúscula península situada en la punta suroccidental del golfo de Panamá, Harry Pendel pasó por la casa del tío Benny en Leman Street, que olía a brasas de carbón, por el orfanato de las Hermanas de la Caridad, por varias sinagogas del East End, y por una serie de atestados centros penitenciarios británicos mantenidos gracias al generoso patrocinio de su majestad la reina. Todos estos establecimientos y algunos otros se hallaban en la negrura selvática que se extendía a ambos

Librodot

lados de Pendel, en el irregular pavimento de la sinuosa carretera por la que circulaba, en los cerros que se re-cortaban contra el cielo estrellado, y en el Pacífico, liso como una tabla de planchar y de color gris acerado bajo el resplandor de una límpida luna nueva.
El difícil recorrido resultaba aún más arduo a causa del clamor de sus hijos, que le pedían canciones e imitaciones desde la parte trasera del todoterreno, y de las bien intencionadas exhortaciones de su desdichada esposa, que resonaban en sus oídos incluso en los tramos más desiertos del camino: ve más despacio, cuidado con ese ciervo, mono, venado, caballo muerto, iguana verde de un metro de largo o familia de seis indios en una bicicleta, Harry, no entiendo por qué has de conducir a ciento diez kilómetros por hora para llegar a una cita con un muerto, y si es por no perderte los fuegos artificiales, has de saber que las fiestas se prolongan durante cinco noches y cinco días y que ésta es la primera noche, y si no llegas allí hasta mañana, los niños lo comprenderán.
A esto se sumaba el ininterrumpido y lastimero monólogo de Ana, la aterradora tolerancia de Marta, incapaz de pedirle algo que no pudiese dar, y la presencia de Mickie, su figura enorme e indolente repantigada en el asiento contiguo, desplazándose hacia él y empujándolo con su mullido hombro a cada curva y cada bache, y preguntándole una y otra vez, en un triste estribillo, por qué no hacía trajes como los de Armani.
Al pensar en Mickie lo abrumaba una horrenda sensación.
Sabía que en todo Panamá y en toda su vida había tenido un solo amigo, y ahora ese amigo lo había matado. Ya no discernía entre el Mickie que había querido y el Mickie que había inventado, salvo por el hecho de que el Mickie que había querido era mejor, y el Mickie que había inventado era una especie de erróneo homenaje, un acto de vanidad por su parte: convertir en paladín a su mejor amigo, deslumbrar a Osnard con la talla de las compañías que frecuentaba. Porque Mickie había sido un héroe por derecho propio. Nunca había necesitado la afluencia de Pendel. En los momentos decisivos Mickie siempre se había alzado, siempre había desempeñado un papel vital, como un temerario opositor a la tiranía. Se había ganado a pulso las palizas y la cárcel, así como el posterior derecho a permanecer en estado de ebriedad el resto de su vida. Y a comprar cuantos trajes quisiese para arrancarse de la piel el hedor y el tosco roce del uniforme de recluso. No era culpa de Mickie ser débil en tanto que Pendel lo había pintado fuerte, o haber abandonado la lucha en tanto que en las ficciones de Pendel había continuado con ella. Si lo hubiese dejado en paz..., pensó. Si no hubiese jugado con él, y luego no me hubiese ensañado con él porque me remordía la conciencia...
En una estación de servicio situada al pie de cerro Ancón había puesto gasolina suficiente para el resto de su vida, y le había dado un dólar a un mendigo negro de cabello blanco al que la lepra, un animal salvaje o una esposa decepcionada habían dejado sin una oreja. En Chame, por pura distracción, se había saltado un control de aduanas, y en Penonomé advirtió que lo seguían un par de linces, como se llamaba a unos policías jóvenes, muy delgados y adiestrados en academias norteamericanas que vestían uniformes de cuero negro, viajaban dos en una moto, iban armados de metralletas, y tenían fama de tratar cortésmente a los turistas y matar a los atracadores, los camellos y los asesinos, pero esa noche al parecer también a los peligrosos espías británicos. El lince de delante se encarga de conducir,

el de detrás se encarga de matar, le había explicado Marta, y eso precisamente recordó Pendel cuando la moto se situó a su izquierda y vio en las viseras negras de sus cascos el curvo reflejo de su propia cara, como la toma de un ojo de pez. Recordó de pronto que los linces operaban sólo en Ciudad de Panamá y no pudo evitar preguntarse si habían llegado hasta allí por el placer de pasearse o a fin de matarlo con mayor intimidad. Pero nunca saldría de dudas al respecto, pues cuando volvió a mirar, los había engullido de nuevo la negrura de la que habían surgido, dejándolo a solas con la sinuosa e irregular carretera, los perros muertos que aparecían de vez en cuando en el haz de luz de sus faros y la maleza, tan densa a ambos lados que no se distinguían los troncos de los árboles; sólo veía dos muros negros y ojos de animales, y oía, a través del techo corredizo del todoterreno, el intercambio de insultos entre las especies. En un punto vio un búho crucificado en un poste del tendido eléctrico; el pecho y el interior de las alas eran blancos como el pecho y los miembros de un mártir. Pero si la imagen pertenecía a una pesadilla recurrente o era la encarnación última de ésta, seguía siendo un misterio.

Después de eso Pendel debió de adormilarse durante un rato y probablemente tomó un desvío equivocado, ya que cuando volvió a mirar, se hallaba de excursión en Parita dos años atrás, merendando al aire libre con Louisa y los niños en un rectángulo de hierba rodeado de casas de un solo piso con amplios porches alzados sobre pilares y bloques de piedra para montar y desmontar del caballo sin ensuciarse los zapatos. En Parita una vieja bruja con una capucha negra contó a Hannah que la gente del pueblo ponía boas constríctor jóvenes bajo las tejas de sus casas para eliminar a los ratones, y a partir de ese momento Hannah se negó a entrar en cualquier casa del pueblo, ya fuera para tomar un helado o para ir al baño. Tenía tanto miedo que en lugar de asistir a misa como habían planeado, se quedaron de pie frente a la iglesia, haciendo señas a un anciano que, en lo alto del blanco campanario, tañía la enorme campana con una mano y les devolvía los saludos con la otra, lo cual, coincidieron todos después, había sido mejor que ir a misa. Y cuando acabó de tocar la campana, el anciano los obsequió con una asombrosa imitación a cámara lenta de los movimientos de un orangután, primero colgándose de un travesaño de hierro y luego quitándose las pulgas de las axilas, la cabeza y la entrepierna y comiéndoselas.

Al pasar por Chitré, Pendel recordó el vivero de langostinos. Las hembras ponían sus huevos en los troncos de los mangles, y Hannah había preguntado si antes quedaban embarazadas. Y recordó también a una amable horticultora sueca que les habló de una orquídea llamada «putita de la noche», porque de día no olía a nada pero de noche ninguna persona decente la tenía en su casa.

–Harry, no será necesario que se lo expliques a los niños. Ya normalmente están expuestos a bastante material explícito.

Pero las restricciones de Louisa no sirvieron de nada, pues durante toda esa semana Mark llamó a Hannah su «putita de noche», hasta que Pendel le ordenó que se callase.

Y después de Chitré se encontraba ya la zona de combate: primero el cielo rojo a lo lejos, luego el fragor de la artillería y por último el resplandor de las bengalas mientras pasaba de un control policial a otro camino de Guararé.

Pendel caminaba, y junto a él caminaba gente vestida de blanco, guiándolo hacia el patíbulo. Lo sorprendió gratamente sentirse tan reconciliado con la muerte. Si alguna vez volvía a vivir su vida, decidió, insistiría en que buscasen un nuevo actor para el papel de protagonista. Caminaba hacia el patíbulo acompañado de ángeles, y eran los ángeles de Marta, los reconoció de inmediato, el verdadero corazón de Panamá, la gente que vivía al otro lado del puente, que no recibía ni ofrecía sobornos, que hacía el amor a la gente que amaba, que quedaba embarazada y no abortaba, y mirándolo así, también Louisa los admiraría si fuese capaz de saltar la cerca que la confinaba, pero ¿acaso hay alguien capaz de saltarla? Nacemos en una cárcel, todos nosotros, del primero al último, sentenciados a cadena perpetua desde el instante en que abrimos los ojos, y por eso Pendel se entristecía al contemplar a sus hijos. Pero aquellos niños que lo rodeaban eran distintos, eran ángeles, y se alegró de tenerlos cerca en las últimas horas de su vida. Nunca había dudado que Panamá albergaba por kilómetro cuadrado más ángeles, miriñaques blancos y tocados de flores, hombros perfectos, olores de comida, música, baile, risas, borrachos, policías corruptos y fuegos de artificio letales que cualquier otro paraíso comparable, y allí se había congregado todo aquello para acompañarlo. Y le complació ver bandas de música tocando, y grupos de danza folklórica compitiendo, negros desgarbados de mirada romántica con chaquetas de críquet y zapatos blancos moldeando tiernamente el aire en torno a las desenfrenadas caderas de sus parejas de baile. Y ver las puertas de la iglesia abiertas de par en par a fin de proporcionar a la santísima Virgen una vista panorámica de la bacanal que tenía lugar en la plaza, tanto si quería como si no. Obviamente los ángeles habían decidido que no debía perder contacto con la vida corriente, incluidas sus muchas imperfecciones.

Caminaba despacio, como cualquier condenado, manteniéndose en el centro de la calle y sonriendo. Sonreía porque alrededor todo el mundo sonreía, y porque un gringo descortés que se niega a sonreír en medio de una jaranera multitud de mestizos hispanoindios dotados de una inconcebible belleza es una especie en peligro de extinción. Y Marta estaba en lo cierto, aquél era el pueblo más apuesto, virtuoso e inmaculado de la tierra, como Pendel ya había observado. Morir entre ellos sería un privilegio. Como voluntad póstuma, pediría que lo enterrasen al otro lado del puente.

Preguntó dos veces el camino, y lo enviaron en direcciones distintas. La primera vez un grupo de ángeles le indicó que cruzase por el centro de la plaza, donde se convirtió en blanco móvil de sucesivas andanadas de cohetes multiojiva disparados a la altura de la cabeza desde puertas y ventanas por los cuatro costados. Y aunque Pendel rió y sonrió y disimuló y dio todas las muestras posibles de que había tomado a bien la broma, fue un verdadero milagro que consiguiese llegar a la otra orilla con los dos ojos, las dos orejas y los dos testículos en su sitio y sin una sola quemadura, porque los cohetes no eran en absoluto una broma, y en eso precisamente residía la gracia. Eran misiles de alta velocidad al rojo vivo que escupían fuego líquido, disparados a corta distancia bajo la supervisión de una pecosa amazona pelirroja de rodillas huesudas y raído pantalón corto que se había auto-proclamado artillera jefa de una unidad bien pertrechada y llevaba a rastras sus letales cohetes tras la espalda como una cola, sujetos por un cordel, mientras brincaba y gesticulaba lascivamente. Estaba fumando –a saber

Librodot

qué– y entre calada y calada gritaba órdenes a sus soldados, dispuestos por toda la plaza: «¡Cortadle los huevos al gringo! ¡Que muerda el polvo!» Aspiraba de nuevo el humo del cigarrillo y reanudaba sus instrucciones. Pero Pendel era un buen hombre, y aquellos niños eran ángeles.
La segunda vez que preguntó le señalaron una hilera de casas situadas a un lado de la plaza, con engalanados rabiblancos en los porches y relucientes BMWs aparcados enfrente, y mientras desfilaba ante los bulliciosos porches, Pendel pensaba: A ti te conozco, eres el hijo de fulano, o la hija. ¡Dios mío, cómo pasa el tiernpo! Pero su presencia, cuando lo pensó por segunda vez, le resultaba indiferente, y tampoco le preocupaba si lo reconocían o no, porque la casa donde Mickie se había suicidado estaba unas cuantas puertas más adelante, lo cual era una excelente razón para concentrarse exclusivamente en un compañero de prisión llamado Spider, que se había ahorcado en la celda mientras Pendel dormía a un metro de él, siendo hasta la fecha el único cadáver con el que se había enfrentado de cerca. Así que en cierto modo fue culpa de Spider que Pendel, distraído, penetrase en una especie de informal cordón policial compuesto por un coche patrulla, un círculo de curiosos, y unos veinte policías que obviamente no podían haber llegado hasta allí en aquel único coche pero, como es costumbre entre los policías panameños, se habían reunido como gaviotas en torno a un barco de pesca al olfatear en el aire una posibilidad de beneficios o diversión.
El centro de atención era un viejo campesino sentado en el bordillo de la acera con su sombrero de paja entre las rodillas y las manos en la cara. Estaba aturdido y de vez en cuando, en repentinos ataques de ira propios de un gorila, profería un ronco lamento. Congregados alrededor, había una docena de consejeros, espectadores y asesores, incluidos varios borrachos que necesitaban mutua ayuda para mantenerse en pie y una anciana, seguramente su esposa, que expresaba a pleno pulmón su conformidad con el viejo cada vez que éste le permitía meter baza. Y puesto que la policía no parecía dispuesta a abrir paso a través del grupo, y mucho menos a través de sus propias filas, Pendel no tuvo más opción que unirse a los curiosos, si bien no tomó parte activa en el debate. El viejo había sufrido graves quemaduras. Cada vez que apartaba las manos de la cara para defender su postura o refutar la de otro saltaba a la vista que se había quemado. Le faltaba una amplia porción de piel en la mejilla izquierda, y la herida se extendía cuello abajo por el triángulo que revelaba la camisa desabrochada. Y como tenía quemaduras los policías sugerían llevarlo al hospital del pueblo para ponerle una inyección que, según consenso general, era el remedio adecuado para las quemaduras.
Pero el viejo no quería una inyección, ni quería el remedio. Prefería el dolor a la inyección, prefería pillar una condenada infección y cualquier otra secuela a irse con la policía al hospital. Y su obstinación se basaba en que era un viejo borracho y probablemente aquéllas eran las últimas fiestas de su vida, y todo el mundo sabía que después de la inyección pertinente uno ya no podía beber durante el resto de las celebraciones. Por tanto había tomado la decisión consciente, y ponía por testigos al Creador y a su esposa, de decir a los policías que se metiesen la inyección en el culo, porque prefería emborracharse, lo cual además aliviaría el dolor. De manera que les estaría a todos muy agradecido si tenían la bondad de irse al infierno, incluidos los policías, y si realmen te querían hacerle un favor, el mejor modo era llevarles algo de beber a él y a su esposa, a ser posible una botella de seco.

Librodot

Pendel escuchó con atención, intuyendo la presencia de un mensaje en cada palabra, aun si no percibía claramente el significado. Poco a poco la policía se dispersó, y también los curiosos. La anciana se sentó junto a su marido y le rodeó el cuello con un brazo, y Pendel empezó a subir por los peldaños de la única casa de la calle que tenía las luces apagadas, diciéndose: Ya estoy muerto, estoy tan muerto como tú, Mickie, así que no pienses que tu muerte va a asustarme.
Llamó con los nudillos y nadie salió a abrir. El sonido sí despertó la curiosidad, sin embargo, de la gente que pasaba por la calle, porque ¿a quién se le ocurría llamar a una puerta en fiestas? Dejó de llamar y ocultó el rostro en las sombras del umbral. La puerta estaba cerrada pero no con llave. Accionó el picaporte y entró, y su primera impresión fue que se hallaba de nuevo en el orfanato, se acercaba la Navidad, y él interpretaba una vez más a un Rey Mago en el auto navideño, con una linterna, un bastón y un sombrero que alguien había donado a los pobres, salvo que en el interior de la casa en la que había entrado los actores no ocupaban los lugares que les correspondían y alguien había secuestrado al Niño Jesús.
Había un suelo embaldosado en lugar de pesebre. El aura era un resplandor intermitente, creado por los cohetes que estallaban en la plaza. Y había una mujer envuelta en un mantón contemplando una cuna y orando con las manos bajo la barbilla, que era Ana, y al parecer había sentido la necesidad de cubrirse la cabeza en presencia de la muerte. Pero la cuna no era una cuna. Era Mickie, del revés como ella había anunciado, Mickie con la cara contra el suelo de la cocina, el trasero en alto, y un lado de la cabeza, donde antes estuvieron la oreja y la mejilla, convertido en un mapa de Panamá, y junto a él la pistola que había utilizado, apuntando acusadoramente al intruso, proclamando al mundo lo que el mundo ya sabía: que Harry Pendel, sastre, proveedor de sueños, inventor de personas y escapatorias, había asesinado a su creación.
Gradualmente, a medida que los ojos de Pendel se adaptaban a la inconstante luz de los fuegos artificiales, las bengalas y las farolas de la plaza, empezó a distinguir las sucias huellas que Mickie había dejado tras de sí al volarse media cabeza: restos suyos en las baldosas del suelo, en las paredes y en sitios tan sorprendentes como una cajonera burdamente pintada con alegres piratas y sus chicas. Y fueron éstas las que lo animaron a dirigirse a Ana, no con palabras de consuelo sino con una finalidad práctica.
—Tenemos que tapar las ventanas.
Pero ella no contestó, no se movió, no volvió la cabeza, lo que le hizo pensar a Pendel que a su manera estaba tan muerta como él, que Mickie también la había matado, que formaba parte de los daños contingentes. Ana había intentado hacer feliz a Mickie, había aliviado su angustia y había compartido su cama, y ahora él le había descerrajado un tiro: esto en pago por todos tus desvelos. Así que por un momento Pendel se enfureció con Mickie, acusándolo de un acto de gran brutalidad contra su esposa, su amante, sus hijos, y también contra su amigo Harry Pendel.
Sin embargo recordó de inmediato su propia responsabilidad en aquello y su descripción de Mickie como gran espía y líder de la resistencia; trató de imaginarse cómo debía de haberse sentido Mickie cuando la policía se presentó en su casa y le anunció que iba a volver a la cárcel, y la verdad de

Librodot

su propia culpabilidad eclipsó al instante cualquier cómoda reflexión sobre las intrascendentes carencias de Mickie como suicida.
Tocó a Ana en el hombro, y al ver que no reaccionaba, se encendió en su interior cierto sentido residual de las obligaciones del animador: esta mujer necesita un poco de estímulo. Deslizó las manos bajo las axilas de Ana, la obligó a levantarse y la abrazó. Estaba tan rígida y fría como debía de estar Mickie. Había pasado tanto tiempo en la misma posición, contemplando el cadáver, que la inmovilidad y la placidez habían penetrado de algún modo en sus huesos. Era una muchacha frívola, divertida y voluble por naturaleza, a juzgar por las dos o tres veces que Pendel había tenido ocasión de verla, y probablemente en toda su vida había contemplado algo tan quieta durante tanto tiempo. En un primer momento había gritado y protestado –imaginaba Pendel, recordando la conversación telefónica–, y cuando ya se había desahogado, su ánimo había declinado hacia un estado contemplativo. Y a medida que se había serenado, había aumentado su inmovilidad, y por eso aquella rigidez, por eso el castañeteo de los dientes, por eso la incapacidad de responder a su indicación respecto a las ventanas.
Buscó algo de beber para ofrecérselo, pero sólo halló tres botellas de whisky vacías y media botella de seco, y decidió que el seco no era lo que necesitaba. Así pues, la llevó hasta una silla de mimbre y la dejó allí sentada. Buscó cerillas, encendió un fogón de la cocina, puso al fuego un cazo con agua, y cuando se volvió para mirarla, advirtió que sus ojos se habían posado de nuevo en Mickie. Fue al dormitorio, cogió la colcha de la cama y cubrió con ella la cabeza de Mickie, percibiendo por primera vez el tibio olor a óxido de su sangre sobre el humo de la pólvora y los efluvios de la comida que llegaban del porche mientras los cohetes seguían silbando y estallando en la plaza, y las chicas gritaban al ver los petardos que los chicos mantenían encendidos en sus manos hasta que la mecha casi se había consumido, momento en el cual los lanzaban a los pies de ellas. Fuera la fiesta seguía desarrollándose con toda normalidad para que ellos se sumasen como espectadores cuando deseasen; sólo tenían que desviar la mirada del cuerpo de Mickie y dirigirla hacia las puertaventanas para participar en la diversión.
–Llévatelo de aquí –balbuceó Ana desde la silla de mimbre. Y alzando mucho más la voz, añadió–: Mi padre me matará. Llévatelo. Es un espía inglés. Eso dijeron. Y tú también lo eres.
–Cállate –ordenó Pendel, sorprendiéndose a sí mismo.
Y de pronto Harry Pendel cambió. No era otro hombre sino que por fin era él, un hombre pletórico de fuerza y dueño de sí mismo. Alumbrado por la extraordinaria luz de la revelación vio, más allá de la melancolía, la muerte y la pasividad, la reválida de su vida como artista, un acto de simetría y desafío, venganza y reconciliación, un salto majestuoso al reino en que las frustrantes limitaciones de la realidad quedan eclipsadas por la verdad superior del sueño del creador.

Y algún indicio de la resurrección de Pendel debió de trascender a Ana, porque tras tomar unos sorbos de café dejó la taza y fue a ayudarlo en las tareas de limpieza: primero llenar de agua una palangana y añadir desinfectante, luego buscar una escoba, una fregona, rollos de toallas de papel, paños de cocina, detergente y un cepillo de fregar, después encender una vela y colocarla a baja altura para que la llama no se viese desde la

Librodot

plaza, donde un nuevo despliegue de fuegos artificiales, esta vez lanzados al aire y no a los gringos que pasaban, anunciaba la elección de la reina de la belleza, y al cabo de un momento ésta apareció en su carroza con su mantilla blanca, su corona de flores blancas, sus hombros blancos y una mirada radiante y orgullosa, una muchacha de una vitalidad y una hermosura tan refulgentes que primero Ana y luego Pendel interrumpieron sus tareas para verla pasar con su séquito de princesas y saltimbanquis y flores suficientes para mil funerales de Mickie.
Reanudaron el trabajo. Restregaron y fregaron hasta que el agua de la palangana pareció negra en la penumbra y tuvieron que cambiarla y luego cambiarla otra vez, pero Ana trabajaba con el ahínco que Mickie siempre le atribuía –una buena compañera, decía, tan insaciable en la cama como en el restaurante–, y pronto el restregar y fregar se convirtió en una catarsis para ella y empezó a parlotear alegremente corno si Mickie sólo se hubiese marchado un momento a comprar otra botella o a tomar un whisky con un vecino en alguno de los porches iluminados, donde en ese mismo instante la gente aplaudía y jaleaba a la reina de la belleza, en lugar de yacer boca abajo en medio del suelo con una colcha en la cabeza, el trasero en alto y la mano extendida aún hacia la pistola que Pendel, sin que Ana lo notase, había guardado en un cajón para usarla más tarde.
—Mira, mira, es el párroco —dijo Ana, que no dejaba de hablar.
Un grupo de hombres eminentes ataviados con panabrisas blancas acababa de llegar al centro de la plaza, rodeado por otro grupo de hombres con gafas de sol. Así lo haré, pensó Pendel. Le daré un carácter oficial.
— Necesitaremos vendas —dijo—. Busca un botiquín. No había botiquín, así que cortaron en tiras una sábana.
— También tendré que comprar una colcha nueva —comentó Ana.
El esmoquin magenta de Mickie colgaba del respaldo de una silla. Pendel alargó el brazo, sacó la cartera de Mickie y le entregó a Ana un fajo de billetes, suficiente para una colcha nueva y un poco de diversión.
—¿Cómo está Marta? —preguntó Ana, guardándose el dinero en el escote.
—Muy bien —contestó Pendel efusivamente.
—¿Y tu esposa?
—Bien, gracias.
Para vendarle la cabeza a Mickie tuvieron que sentarlo en la silla de mimbre donde había estado Ana un rato antes. Primero cubrieron la silla con toallas, luego Pendel volvió cara arriba a Mickie, y Ana llegó al lavabo justo a tiempo de vomitar, sin poder siquiera cerrar la puerta, levantando una mano con los dedos extendidos en un delicado gesto. Mientras Ana vomitaba, Pendel se inclinó sobre Mickie y recordó de nuevo a Spider, y cómo le había practicado el boca a boca sabiendo que no conseguiría reanimarlo ni insuflándole en los pulmones todo el aire del mundo, por más que los carceleros culpables lo alentasen a seguir intentándolo.
Pero Spider nunca había sido amigo suyo en la misma medida que Mickie, ni su primer cliente, ni un esclavo del pasado de su padre, ni un preso de conciencia en las cárceles de Noriega, ni le habían arrancado la conciencia a golpes durante su condena. Spider nunca había pasado de mano en mano por la cárcel como carne nueva para disfrute de psicópatas. Spider había enloquecido porque estaba acostumbrado a follarse a dos mujeres por día y tres los domingos, y la perspectiva de cinco años sin un solo polvo equivalía para él a morir lentamente de inanición. Y Spider se había ahorcado y se

Librodot

había ensuciado los pantalones y la lengua le había asomado entre los labios, lo cual hizo aún más ridículo el boca a boca, mientras que Mickie se había destrozado la cara, dejándose un lado entero, si uno pasaba por alto el orificio negro, y el otro tan hecho trizas que uno no podía pasar nada por alto.

Pero como compañero de celda y víctima de la traición de Pendel, Mickie se resistió con la obstinación de su corpulencia. Cuando Pendel lo cogió por debajo de las axilas, Mickie hizo valer más aún su peso, y a Pendel le representó un esfuerzo colosal levantarlo y otro no menor evitar que se desplomase de nuevo cuando lo tenía ya casi en la silla. Y darle a su cabeza una forma vagamente regular requirió una considerable cantidad de relleno y vendas. Pero de algún modo Pendel obtuvo un resultado satisfactorio, y cuando Ana regresó, le pidió que sujetase a Mickie la nariz con dos dedos para poder pasar la venda por encima y por debajo de ella, dejándole así espacio para respirar, esfuerzo tan inútil como tratar de devolver la respiración a Spider, pero al menos en el caso de Mickie tenía un objetivo. Y colocando la venda oblicuamente, logró asimismo dejarle un ojo al descubierto para que pudiese ver, ya que Mickie, hiciera lo que hiciese mientras apretaba el gatillo, había acabado con aquel único ojo muy abierto, e incluso se advertía en él una expresión de perplejidad. Así que Pendel vendó alrededor, y cuando hubo terminado, solicitó la ayuda de Ana para arrastrar a Mickie y la silla lo más cerca de la puerta posible.
—En mi pueblo la gente tiene un serio problema —le confió Ana, necesitando obviamente una sensación de intimidad–. El cura es homosexual, y lo odian; en cambio, el cura del pueblo de al lado se folla a todas las chicas y lo adoran. En los pueblos pequeños se plantean esa clase de problemas humanos. –Se detuvo para tomar aliento y recuperar fuerzas–. Mi tía es muy estricta. Escribió al obispo para decirle que los sacerdotes que follan no son buenos sacerdotes. –Dejó escapar una risa encantadora–. El obispo le contestó: «Dígale eso a mis feligreses y verá lo que le hacen.»
Pendel rió también.
–Parece un buen obispo --comentó.
–¿Te verías capaz de ser sacerdote? –preguntó Ana, empujando de nuevo–. Mi hermano sí que es muy creyente. «Ana –me dice–, creo que voy a ordenarme sacerdote.» Y yo le digo: «Estás loco.» Nunca ha salido con una chica, ése es su problema. Quizá también sea homosexual.
–Cierra la puerta con llave cuando salga y no abras hasta que regrese –indicó Pendel–. ¿Entendido?
–Entendido. Cierro con llave.
–Daré tres golpes suaves y uno fuerte. ¿Entendido?
–No sé si me acordaré de eso.
–Claro que te acordarás.
Después, viéndola mucho más alegre, Pendel pensó que conseguiría la curación completa sugiriéndole que se volviese y admirase su gran obra: las paredes, el suelo y los muebles limpios, y en lugar de un amante muerto, una baja más de los fuegos artificiales de Guararé con un vendaje improvisado, sentado estoicamente ante la puerta en espera de que su viejo amigo pase a recogerlo con el todoterreno.

Pendel había circulado a paso de caracol entre los ángeles, y los ángeles le habían dado palmadas al todoterreno como si fuese la grupa de un caballo, habían gritado «¡Arre, gringo!», y habían lanzado petardos bajo el chasis, y un par de chicos se habían encaramado al parachoques trasero, e incluso habían intentado en vano que una princesa de la belleza se sentase en el capó, pero la chica no quería ensuciarse la blusa blanca, y Pendel no la alentó porque no era momento de dar paseos a nadie. Por lo demás había sido un recorrido sin incidentes, lo cual le había permitido ajustar algunos detalles de su plan porque, como Osnard había recalcado en las sesiones de adiestramiento, el tiempo destinado a los preparativos nunca es tiempo perdido, siendo el secreto del éxito analizar una operación clandestina desde los puntos de vista de todos los implicados y preguntarse: ¿Qué hará él? ¿Qué hará ella? ¿Adónde irá cada uno cuando esto acabe? Y así sucesivamente.

Dio tres golpes suaves y uno fuerte pero no hubo respuesta. Repitió la maniobra y oyó un alegre «¡Ya voy!». Cuando Ana abrió la puerta –sólo parcialmente porque Mickie estaba detrás–, Pendel vio, bajo el tenue resplandor de la plaza, que se había peinado y se había puesto una blusa limpia que le dejaba los hombros al descubierto como las que llevaban todos los demás ángeles, y que las ventanas del porche estaban abiertas para dar entrada al olor de la pólvora y alejar el de la sangre y el desinfectante.

–En tu habitación hay un escritorio –dijo Pendel.

–¿Y?

–Busca una hoja de papel. Y también un lápiz o un bolígrafo. Hazme un cartel donde diga AMBULANCIA para ponerlo en el salpicadero del todoterreno.

–¿Vas a hacer ver que eres una ambulancia? Genial.

Como una adolescente en una fiesta, desapareció en la habitación, y entretanto Pendel sacó la pistola de Mickie del cajón y se la guardó en el bolsillo de los pantalones. No sabía nada de armas y aquélla no parecía demasiado grande, pero debía de tener un buen calibre, como atestiguaba el orificio en la cabeza de Mickie. De pronto se le ocurrió coger también un cuchillo de sierra de un cajón de la cocina y lo envolvió en una toalla de papel antes de esconderlo. Ana regresó con expresión triunfal: había encontrado el cuaderno de dibujo de un niño y lápices de colores. El único problema era que, en su entusiasmo, se había olvidado la «I» en la última sílaba de la palabra, de modo que el cartel rezaba: AMBULANCA. Pero por lo demás era un buen cartel, así que lo cogió, fue a colocarlo en el salpicadero del todoterreno y encendió las luces intermitentes de emergencia para acallar los bocinazos de los vehículos parados detrás del suyo.

Una vez más el humor acudió en auxilio de Pendel, pues cuando empezaba a subir por los peldaños del porche, se volvió hacia los indignados conductores y con una sonrisa juntó las manos en un gesto de súplica para obtener su indulgencia y luego alzó un dedo pidiéndoles un minuto. A continuación abrió la puerta de la casa y encendió la luz del recibidor, revelando a Mickie con la cabeza vendada y un solo ojo, tras lo cual los bocinazos y los gritos remitieron casi por completo.

–Ponle el esmoquin sobre los hombros cuando lo levante –dijo a Ana–. Todavía no. Espera.

Entonces Pendel se acuclilló en la postura de un levantador de pesas y recordó que era fuerte, además de traidor y asesino, y que su fuerza residía

Librodot

en los muslos, las nalgas, el vientre y los hombros, y que en el pasado ya había tenido que llevar a Mickie a su casa en muchas ocasiones y aquélla no era distinta, salvo por el hecho de que Mickie no sudaba, ni amenazaba con vomitar, ni rogaba que lo devolviesen a la cárcel, refiriéndose a su esposa. Con todo esto en la mente, Pendel rodeó la espalda de Mickie con un brazo y lo puso en pie, pero aquellas piernas no proporcionaban gran sostén, y peor aún, ningún equilibrio, porque en aquel calor húmedo Mickie apenas se había puesto rígido. Así que Pendel tuvo que aportar la rigidez necesaria mientras ayudaba a su amigo a salir y, con un brazo en la balaustrada de hierro y toda la fuerza que le habían otorgado sus dioses, a descender por los cuatro peldaños hasta el todoterreno. La cabeza de Mickie descansaba ahora sobre el hombro de Pendel, y éste percibía el olor de la sangre a través de los jirones de sábana. Ana le había colgado el esmoquin de los hombros, y Pendel no sabía con certeza por qué se lo había pedido, a no ser porque era un buen esmoquin y no resistía la idea de que Ana se lo regalase al primer mendigo que pasase por la calle; quería que el esmoquin desempeñase algún papel en la gloria póstuma de Mickie, porque ahí es a donde vamos, Mickie –tercer peldaño–, vamos hacia nuestra gloria, y tú serás el más elegante de la fiesta, el héroe mejor vestido que las chicas han visto jamás.
–Adelántate y abre la puerta del coche –indicó a Ana, y en ese preciso instante Mickie, en una de sus habituales e imprevisibles reafirmaciones de su voluntad, decidió acelerar la marcha, en esta ocasión lanzándose hacia el todoterreno en caída libre desde el último peldaño. Pero Pendel no tenía por qué preocuparse. Dos muchachos lo esperaban con los brazos abiertos, atraídos por Ana; era una de esas chicas que congregan una corte de admiradores con sólo salir a la calle.
– Id con cuidado –les ordenó severamente–. Puede que se haya desmayado.
– Tiene los ojos abiertos –observó uno de los muchachos, incurriendo en la errónea aunque harto corriente suposición de que si uno ve un ojo, el otro tiene que estar también ahí.
– Echadle la cabeza hacia atrás --dijo Pendel. Pero Mickie la echó atrás él mismo mientras los muchachos lo miraban alarmados. Pendel graduó el reposacabezas del asiento del acompañante y acomodó en él la cabeza de Mickie, extendió el cinturón de seguridad en torno a su enorme abdomen y lo abrochó, cerró la puerta, dio las gracias a los muchachos, expresó su gratitud con un gesto a los conductores que esperaban tras
él, y se sentó al volante.
–Diviértete en las fiestas –dijo Pendel, pero ya no era un mandato.
Ana volvía a ser la de siempre y lloraba desconsoladamente, insistiendo en que Mickie no había hecho nada en toda su vida que mereciese la persecución de la policía.

Condujo despacio, pues así se lo exigía su ánimo. Y Mickie, como habría dicho el tío Benny, merecía un respeto. La cabeza de Mickie se ladeaba en las curvas y se sacudía en los baches, y sólo el cinturón de seguridad impedía que cayese sobre Pendel, que era poco más o menos como se había comportado Mickie en el viaje de ida, salvo que Pendel no lo había imaginado con un ojo abierto. Siguió los indicadores que señalaban el camino al hospital, manteniendo encendidas las luces de emergencia y sentándose

muy erguido, en la misma actitud que adoptaban los conductores de las ambulancias que pasaban a toda velocidad por Leman Street. Ni siquiera se inclinaban en las curvas.
¿Y quién es usted exactamente?, preguntaba Osnard, examinando a Pendel sobre su falsa identidad. Soy un médico norteamericano adscrito al hospital de la zona, eso soy, respondió. Llevo un paciente gravemente enfermo en el coche, así que no me entretengan.
En los controles de carretera, los policías se apartaban para dejarlo pasar. Un agente incluso cortó la circulación en sentido contrario por deferencia al herido. No obstante, el gesto resultó innecesario, porque Pendel pasó de largo el desvío al hospital, siguiendo en dirección norte por la misma carretera que había recorrido horas antes. Volvería a atravesar Chitré, donde los langostinos hembra ponían sus huevos en los troncos de los mangles, y Sarigua, donde las orquídeas eran putitas. Al entrar en Guararé, recordó, había encontrado bastante tráfico, pero de salida apenas circulaba nadie. Avanzaron bajo la luna nueva y el cielo despejado, solos Mickie y él. Al doblar a la derecha en el desvío a Sarigua, una mujer negra corrió hacia el todoterreno descalza y con expresión desesperada y le suplicó que la llevase. A Pendel le remordió la conciencia por negarse, pero los espías en misiones peligrosas no cogen autoestopistas, como había advertido ya en Guararé, así que siguió hacia adelante, contemplando cómo se tornaba cada vez más blanca la tierra a medida que ascendía.
Conocía el lugar exacto. Mickie, al igual que Pendel, adoraba el mar. De hecho, mientras Pendel repasaba su vida, cayó en la cuenta tardíamente de que el mar había ejercido una influencia apaciguadora en sus muchos dioses enfrentados, y por eso Panamá le había sido tan peculiarmente propicio antes de la aparición de Osnard. «Harry, muchacho, da igual si hablamos de Hong Kong, de Londres o de Hamburgo, te las regalo», había afirmado Benny, señalándole el istmo en un atlas de bolsillo durante una de sus visitas a la cárcel. ¿Desde qué otro lugar del mundo puedes subirte en un autobús y ver la Gran Muralla china a un lado y la torre Eiffel al otro?» Pero Pendel, desde la ventana de su celda no había visto ninguna de las dos cosas. Había visto a ambos lados mares de distintos azules, y había escapado en las dos direcciones.
Había una vaca con la cabeza gacha plantada en medio de la carretera. Pendel frenó. Mickie se deslizó estúpidamente hacia adelante y el cuello le quedó atrapado en el cinturón de seguridad. Pendel lo soltó y dejó que acabase de resbalar hasta el suelo. Mickie, estoy hablándote. He dicho que lo siento, ¿no? De mala gana, la vaca abandonó la carretera. Unos carteles verdes indicaban el camino hacia una reserva natural. Se conservaban allí los restos de un antiguo campamento tribal, recordó. Había altas dunas, y unas rocas blancas que, según Hannah, eran conchas encalladas. Estaba también la playa. La carretera se convirtió en una senda, y la senda era recta como una calzada romana con altos setos a ambos lados. A veces los setos juntaban sus manos sobre él y rezaban. A veces desaparecían, permitiéndole ver ese apacible cielo que acompaña siempre a un mar tranquilo. La luna nueva se esforzaba por ser mayor de lo que era. Entre sus puntas se había formado una casta neblina blanca. Se veían tantas estrellas que parecían nieve en polvo.
La senda se cortó pero Pendel siguió adelante. Era extraordinario lo que un vehículo con tracción a las cuatro ruedas podía superar. Cactus gigantes se

erguían como soldados ennegrecidos a ambos lados del todoterreno. ¡Alto! ¡Salga del coche! ¡Ponga las manos sobre el techo! ¡Documentación! Siguió adelante, dejando atrás un letrero que se lo prohibía. Reflexionó sobre las huellas de los neumáticos. Descubrirán a quién pertenece el todoterreno por las roderas. ¿Cómo? ¿Comprobando una por una las ruedas de todos los todoterrenos de Panamá? Reflexionó sobre las pisadas. Mis zapatos. Descubrirán que las huellas son de mis zapatos. ¿Cómo? Se acordó de los linces. Se acordó de Marta. «Di-
jeron que eras espía. Y también Mickie.» Eso mismo dije yo. Se acordó del Oso. Se acordó de los ojos de Louisa, demasiado asustada para preguntar lo único que quedaba por preguntar: Harry, ¿te has vuelto loco? Los cuerdos están más locos de lo que nos imaginamos, pensó. Y los locos están bastante más cuerdos de lo que a algunos nos gustaría creer.
Detuvo el coche lentamente, observando a la vez el terreno. Lo quería duro como el acero. Allí lo tenía. Roca blanca y porosa como coral sin vida que no ha sido pisado en un millón de años. Dejando los faros encendidos, se apeó y fue a la parte trasera del todoterreno, donde guardaba su cuerda de remolque. Buscó el cuchillo de cocina, y tardó en encontrarlo el tiempo suficiente para aterrorizarse. Por fin recordó que lo había guardado en un bolsillo del esmoquin de Mickie. Cortó más de un metro de cuerda, rodeó el todoterreno hasta la puerta de Mickie, la abrió, tiró de él y lo tendió con delicadeza en el suelo, del revés pero no con el trasero en alto porque el viaje había alterado su postura; ahora prefería yacer más de costado y menos sobre el abultado abdomen.
Pendel cogió los brazos de Mickie, se los dobló tras la espalda y se dispuso a atarle las muñecas: un nudo doble corriente pero algo más pulcro. Entretanto, para conservar la cordura, pensó sólo en cuestiones prácticas. El esmoquin. ¿Qué habrían hecho con el esmoquin? Cogió el esmoquin del interior del todoterreno y lo extendió sobre la espalda de Mickie, como una capa, como él lo habría llevado. A continuación se sacó la pistola del bolsillo y a la luz de los faros indagó qué posición del botón fijaba el seguro, y cómo no, había cargado con ella todo el viaje en posición de «fuego», porque como era lógico así la había dejado Mickie. Después de volarse los sesos difícilmente podría haber puesto el seguro.
A continuación se montó en el todoterreno y retrocedió unos metros sin saber exactamente por qué, pero consciente de que no deseaba una iluminación tan intensa para lo que se disponía a hacer; quería que Mickie disfrutase de cierta intimidad en ocasión tan señalada y de una especie de sacralización natural, aunque fuese de un carácter primitivo, o primigenio, por así decirlo, allí, en medio de un campamento indio de once mil años de antigüedad sembrado de puntas de flecha y cortantes hojas de sílex, que Louisa en un primer momento permitió recoger a los niños, aunque luego se desdijo, porque si todo el mundo que visitaba el lugar se llevaba un fragmento, al final no quedaría ninguno; allí, en aquel desierto hecho por el hombre y por los mangles, tan salobre que incluso la tierra estaba muerta.

Tras apartar el coche, regresó junto al cadáver, se arrodilló y tiernamente desenrolló hasta que el rostro de Mickie presentó poco más o menos el mismo aspecto que en el suelo de la cocina, pero un poco más viejo, un poco más limpio y, al menos en la imaginación de Pendel, más heroico.

Librodot

Mickie, muchacho, esa cara tuya estará colgada donde se merece, en la sala de los mártires del palacio Presidencial, una vez que Panamá se libere de todo aquello que te repugnaba, dijo a Mickie en su corazón. Por otra parte, lamento mucho que me hayas conocido, Mickie, porque no soy digno de nadie.
Le habría gustado pronunciar unas palabras en alto, pero todas sus voces eran internas. Así pues, echó un último vistazo alrededor y, viendo que no había nadie que pudiese poner reparos, disparó dos veces contra el cadáver con el mismo afecto con que uno administraría una inyección letal a un animal de compañía enfermo, un disparo bajo el omóplato izquierdo y otro bajo el derecho. Envenenamiento por plomo, Andy, pensó, recordando su cena con Osnard en el club Unión. Los profesionales tres balazos: uno en la cabeza, dos en el cuerpo, y lo que quedó de él en las primeras páginas de todos los periódicos.

Con el primer disparo, pensó: Éste es por ti, Mickie. Con el segundo, pensó: Este es por mí. Mickie ya se había ocupado del tercero personalmente, así que durante un rato Pendel se quedó inmóvil con la pistola en la mano, escuchando el mar y la silenciosa oposición de Mickie.
A continuación cogió el esmoquin de Mickie y se lo llevó al todoterreno. Tras recorrer unos veinte metros, lo lanzó por la ventanilla, como haría cualquier asesino profesional al descubrir con enojo que, después de haber maniatado, eliminado y abandonado en el lugar desierto de rigor a su víctima, su condenado esmoquin se ha quedado en el coche, el que llevaba puesto cuando lo he matado, así que lo tira también.
De nuevo en Chitré, circuló por las calles vacías buscando una cabina telefónica que no estuviese ocupada por borrachos o parejas. Quería que su amigo Andy fuese el primero en enterarse.

23

La enigmática reducción del personal de la embajada británica en Panamá durante los días previos a la operación Pasillo Seguro levantó cierta polvareda en la prensa británica e internacional y se utilizó como excusa para un debate más general acerca del papel desempeñado desde la sombra por Gran Bretaña en la invasión estadounidense. La opinión latinoamericana era unánime. ¡TÍTERE YANQUI!, denunciaba el osado diario panameño La Prensa sobre una fotografía de hacía un año donde el embajador Maltby estrechaba la mano tímidamente al general norteamericano al frente del Mando Sur en una de tantas recepciones. En Inglaterra la opinión se dividió al principio en las dos posturas previsibles. En tanto la prensa de Hatry describía el éxodo diplomático como una «operación Pimpinela genialmente concebida y organizada en la mejor tradición del Gran Juego» y «un trasfondo secreto que nunca debe dársenos a conocer», la competencia clamaba ¡COBARDES! y acusaba al gobierno de vil connivencia con los peores elementos de la derecha norteamericana, de aprovecharse de la «precariedad presidencial» en un año de elecciones, de fomentar la histeria antijaponesa y secundar las ambiciones coloniales de Estados Unidos a

costa de los lazos de Gran Bretaña con Europa, todo con el único propósito de afianzar la posición de un primer ministro patético y desacreditado en la etapa previa a las elecciones generales y apelar a los aspectos más vergonzosos del carácter nacional británico.
En tanto la prensa de Hatry sacaba en primera plana fotografías en color del primer ministro camino de la gloria en Washington —EL COMEDIDO LEÓN BRITÁNICO ENSEÑA LOS DIENTES—, la competencia denunciaba las «mediatizadas fantasías coloniales» de Gran Bretaña bajo la doble consigna LA REALIDAD Y LA FALACIA y MIENTRAS EL RESTO DE EUROPA SE SONROJA, y comparaba las «fal-
sas acusaciones contra los gobiernos de Panamá y Japón» con las intencionadas falsedades difundidas por la prensa de Hearst a finales del siglo anterior con el objetivo de justificar una actitud hostil por parte de Estados Unidos en lo que se convertiría en la guerra hispano-norteamericana.
Pero ¿cuál era el papel de Gran Bretaña? ¿Cómo, si es que había algo de verdad en ello —citando un editorial del Times titulado NO CONNIVENCIA— habían conseguido los ingleses meter sus pezuñas en el abrevadero de los norteamericanos? Una vez más todas las miradas se dirigieron a la embajada británica en Panamá y a su relación —desmentida— con un antiguo alumno de Oxford, víctima de Noriega e ilustre vástago de la clase política panameña, Mickie Abraxas, cuyo cuerpo «mutilado» había aparecido en un páramo cercano al pueblo de Parita, abandonado allí según todos los indicios tras ser «torturado y asesinado ritualmente», al parecer por una unidad especial vinculada al equipo presidencial. La prensa de Hatry publicó la primicia. La prensa de Hatry agrandó la noticia. Los canales de televisión de Hatry la agrandaron un poco más. En poco tiempo todos los periódicos británicos del más amplio espectro tenían su versión del caso Abraxas, desde NUESTRO HOMBRE EN PANAMÁ hasta ¿LLEGÓ A ESTRECHAR EL HÉROE CLANDESTINO LA MANO DE LA REINA? y UN RECHONCHO BORRACHÍN ERA EL 007 DE GRAN BRETAÑA. Un artículo más serio y
por consiguiente menos difundido de un afanoso diario independiente informó de que la viuda de Abraxas había abandonado Panamá horas después de ser hallado el cadáver de su marido y supuestamente se recuperaba ahora de la tragedia en un lugar secreto de Miami bajo la protección de un tal Rafael Domingo, íntimo amigo del fallecido y prominente panameño.
Una precipitada refutación hecha pública por tres forenses panameños, que sostenían que Abraxas era un alcohólico empedernido y se había suicidado en un momento de profunda depresión tras beberse una botella de whisky, fue recibida con el desdén que merecía. Un periódico sensacionalista de Hatry resumía en un titular la reacción del público ante tamaña necedad: ¿A QUIÉN CREEN QUE VAN A ENGAÑAR, SEÑORES? Una declaración oficial del encargado de negocios británico, el señor Simon Pitt, en la que manifestaba que «el señor Abraxas no tenía conexión formal o informal con esta embajada ni con ninguna otra representación oficial británica en Panamá», se reveló como especialmente absurda al descubrirse que en otro tiempo Abraxas había presidido la Casa de la Cultura anglo-panameña. Había renunciado al cargo «por razones de salud». Un experto en materia de espionaje explicó la lógica oculta de este hecho en interés de los no iniciados. Una vez «clasificado» como posible agente británico por los observadores del

Librodot

servicio de inteligencia en la zona, Abraxas había recibido orden, por razones de encubrimiento, de cortar todo lazo manifiesto con la embajada. Para ello, lo adecuado habría sido simular una «disputa» con la embajada a fin de «distanciar» a Abraxas de sus supervisores. Tal disputa no había existido, según el señor Pitt, y Abraxas podía haber pagado cara esta falta de imaginación por parte de los servicios de inteligencia británicos. Fuentes fidedignas informaban de que las fuerzas de seguridad panameñas mostraban interés por sus actividades desde hacía tiempo. Un portavoz de la oposición que había tenido la temeridad de parafrasear a Oscar Wilde, afirmando que la muerte de un hombre por una causa no da en sí misma validez a esa causa, fue objeto de escarnio en la prensa sensacionalista, llegando uno de los órganos de Hatry al punto de prometer a sus lectores escandalosas revelaciones sobre la desventurada vida sexual del portavoz.
Y de pronto una mañana la atención se concentró en EL TRÍO DE ASES PANAMEÑO, como de ahí en adelante se los conocería, concretamente los tres diplomáticos británicos que, en palabras de un comentarista, habían «sacado furtivamente de la embajada sus bienes, mujeres y carromatos la víspera misma del violento ataque aéreo de Estados Unidos». El hecho de que fuesen cuatro, uno de ellos mujer, no era razón suficiente para estropear un buen titular. Una desafortunada explicación de este suceso por parte de una portavoz del Foreign Office sólo fue motivo de risa: «El señor Andrew Osnard no pertenecía al cuerpo diplomático. Fue contratado temporalmente por su conocimiento de los asuntos relacionados con el canal de Panamá, campo en el que estaba altamente cualificado.»
La prensa reveló con sumo gusto en qué consistía tan alta cualificación: Eton, carreras de galgos y un circuito de karts en Omán.
P: ¿Por qué abandonó Osnard Panamá tan deprisa?
R: Se consideró que el período útil del señor Osnard en el país ya había expirado.
P: ¿Se debió eso a que Mickie Abraxas había expirado? R: Sin comentarios.
P: ¿Es Osnard un espía?
R: Sin comentarios.
P: ¿Dónde está Osnard ahora?
R: Desconocemos el actual paradero del señor Osnard.

Pobre mujer. Al día siguiente la prensa tuvo el honor de ilustrarla con una fotografía de Osnard solazándose, sin comentarios, en las pistas de esquí de Davos acompañado de una belleza de la alta sociedad que le doblaba la edad.
«El Foreign Office requirió la presencia en Londres del embajador Maltby para unas consultas poco antes de ponerse en marcha la operación Pasillo Seguro. La simultaneidad de ambos hechos fue pura coincidencia.»
P: ¿Poco antes? ¿Cuándo exactamente?
R (la misma desdichada portavoz): Poco antes. P: ¿Antes de que desapareciese, o después? R: Esa pregunta no tiene sentido.
P: ¿Qué relación existía entre Maltby y Abraxas? R: Desconocemos la existencia de tal relación.
P: Para un hombre de la talla intelectual de Maltby, Panamá era un destino bastante modesto, ¿no?
R: Sentimos gran respeto por la República de Panamá. Consideramos al señor Maltby el hombre indicado para el puesto.

Librodot

P: ¿Dónde está ahora?
R: El embajador Maltby se halla en excedencia por tiempo indefinido debido a asuntos de carácter personal. P: ¿Puede concretar el carácter de esos asuntos? R: Acabo de decirlo. De carácter personal.
P: Personal ¿de qué tipo?
R: Tenemos entendido que el señor Maltby ha recibido una herencia y quizá contemple la posibilidad una nueva carrera. Es un hombre de gran erudición.
P: ¿Eso es otra manera de decir que lo han expulsado cuerpo diplomático?
R: Ni mucho menos.
P: ¿O que lo han retirado anticipadamente?
R: Agradezco su asistencia a esta rueda de prensa.
Descubierta en su casa de Wimbledon, donde gozaba de cierto renombre como jugadora de petanca, la señora Maltby e su negó juiciosamente a hacer declaraciones sobre el paradero de su marido:
—No, no. Fuera de aquí todos. No van a sonsacarme nada. Ya conozco a la gentuza de la prensa desde hace tiempo. Son unas sanguijuelas. Se lo inventan todo. Tuvimos que soportarlos en las Bermudas cuando vino la reina. No, no he tenido noticias suyas. Ni espero tenerlas. Su vida es asunto de él, no tiene nada que ver conmigo. Sí, quizá llame algún día, si se acuerda del número y consigue reunir unas monedas. No voy a decir nada más. ¿Espía? No diga tonterías. ¿Cree que es un nombre de gimnasio. ¿Abraxas? No he oído hablar de él. Ah, sí, ya me acuerdo. Fue el animal que me vomitó encima en
en la celebración del cumpleaños de la reina. Un individuo detestable. ¿Unidos sentimentalmente? ¿Qué insinúa, cretino? ¿Es que no ha visto las fotografías? Ella tiene veinticuatro, y él cuarenta y siete, y me quedo corta. VOY A ARRANCARLE LOS OJOS A LA HIJA DEL JUEZ, DECLARA LA ESPOSA ABANDONADA DEL EMBAJADOR.

Un intrépido reportero afirmó que había seguido la pista a la pareja hasta Bali. Otro, famoso por sus informadores secretos, los había localizado en una mansión de Montana, que la CIA ponía a disposición de «elementos valiosos» merecedores de una especial gratitud, donde vivían rodeados de los mayores lujos.
«La señorita Francesca Deane abandonó por voluntad propia el cuerpo diplomático, hallándose destinada en Panamá. Era una funcionaria muy apta, y lamentamos su decisión, que tomó por razones estrictamente personales.»
P: ¿Las mismas razones que tenía Maltby?
R (la misma portavoz, vapuleada pero imperturbable): Paso.
P: ¿Eso significa «sin comentarios»?
R: Significa que paso. Significa sin comentarios. ¿Qué diferencia hay? ¿Podríamos dejar ya ese tema y volver a cuestiones más serias?
Una periodista latinoamericana por mediación de su intérprete:
P: ¿Era Francesca Deane amante de Mickie Abraxas? R: ¿De qué habla?
P: En Panamá corre el rumor de que la ruptura del matrimonio Abraxas fue culpa de ella.
R: Obviamente no puedo hacer comentarios sobre un rumor que corre en Panamá.

P: En Panamá corre el rumor de que Stormont, Maltby, Deane y Osnard eran un grupo de terroristas ingleses muy bien adiestrados cuya misión, encomendada por la CIA, consistía en infiltrarse en el gobierno panameño y hundirlo desde dentro.
R: ¿Está acreditada esa mujer? ¿La había visto alguien antes? Disculpe. ¿Sería tan amable de enseñarle su carnet de prensa al conserje?
El caso de Nigel Stormont causó poco revuelo. EL CALAVERA DEL FOREIGN OFFICE DESAPARECE y un refrito de su conocido idilio con la esposa de un ex colega durante su etapa en Madrid no pasaron de las primeras ediciones. El ingreso de Paddy Stormont en una clínica oncológica suiza y el hábil trato con la prensa por parte de Stormont atajaron posteriores especulaciones. A medida que pasaron los días, Stormont fue quedando en segundo plano, considerado arbitrariamente un personaje menor en lo que se Bretaña como un colosal e impenetrable golpe maestro de Gran Bretaña que, en palabras del editorialista mejor pagado de Hatry, «había salvado el pellejo a Estados Unidos y demostrado que bajo la dirección del Partido Conservador, es capaz de ser un miembro resuelto y bien recibido de la vieja y grandiosa Alianza Atlántica, tanto si sus llamados socios europeos vacilan como si no a la hora de la verdad».
La participación de un simbólico contingente británico en la invasión, inadvertida fuera del Reino Unido, fue motivo de júbilo nacional. Las mejores iglesias enarbolaron la bandera de san Jorge, y a los escolares que no habían hecho novillos por su propia cuenta se les dio un día de fiesta. En cuanto a Pendel, existía el tácito acuerdo de no mencionar siquiera su nombre, respetado por diario y canal de televisión con sentido patriótico. Tal es el destino de los agentes secretos en cualquier lugar del mundo.

24

Era de noche y volvían a saquear Panamá, incendiando torres y chabolas, aterrorizando a animales, niños y mujeres con fuego de artillería, diezmando a los hombres en las calles, esperando haber concluido el trabajo al amanecer. Pendel estaba en el balcón, como la otra vez, observando sin pensar, oyendo sin sentir, aplastándose sin encorvarse, expiando sus pecados tal como los había expiado el tío Benny ante su jarra de cerveza vacía: «Nuestro poder no conoce límites, y sin embargo no podemos dar de comer a un niño hambriento ni cobijar a un refugiado... Nuestros conocimientos son inabarcables, y construimos las armas que nos destruirán... Vivimos en la periferia de nuestra propia existencia, aterrorizados por la oscuridad interior... Hemos hecho daño, hemos corrompido y arruinado, hemos cometido errores y engañado.»
Dentro de la casa, Louisa volvía a gritar pero a Pendel no le molestaba. Escuchaba los agudos chillidos de los murciélagos que zigzagueaban y protestaban en la oscuridad por encima de él. Adoraba a los murciélagos; Louisa, en cambio, los aborrecía, y a Pendel siempre lo asustaba el odio irracional hacia ciertas cosas, porque nunca se sabía dónde podía terminar. Un murciélago es feo, y por eso lo detesto. Eres feo, y por eso voy a matarte. La belleza, concluyó, era amenazadora, y tal vez por eso, aunque su oficio

Librodot

consistía en embellecer, siempre había considerado la desfiguración de Marta una fuerza imperecedera,
—Entra —gritaba Louisa—. Harry, por amor de Dios, entra ya. ¿Te crees invulnerable o algo así?
Y habría deseado entrar, al fin y al cabo se sentía padre de familia hasta la médula, pero esa noche el amor de Dios no formaba parte de sus pensamientos, ni se consideraba invulnerable. Todo lo contrario. Se consideraba herido y sin curación posible. En cuanto a Dios, era tan nefasto como cualquier otro por no ser capaz de terminar lo que había empezado. Así pues, en lugar de entrar, prefirió quedarse en el balcón, lejos de las miradas acusadoras y la excesiva conciencia de sus hijos y la crítica lengua de su esposa y el imborrable recuerdo del suicidio de Mickie, y contemplar a los gatos de los vecinos, desfilando en apretada formación a través de su jardín. Tres eran atigrados, uno rojizo, y a la luz de las bengalas de magnesio que ardían con estable intensidad los veía con sus colores naturales, y no pardos como se suponía que eran todos los gatos de noche.
Había otras cosas que despertaban en Pendel un vivo interés en medio del caos y el estruendo. El modo en que la señora Costello, del número 12, seguía tocando el piano del tío Benny, por ejemplo, que es lo que él habría hecho si hubiese sabido tocar y hubiese heredado el piano. Ser capaz de aferrarse a una música con los dedos cuando se está muerto de miedo, ésa debe de ser una extraordinaria manera de conservar la calma. Y su concentración era asombrosa. Incluso a aquella distancia veía cómo cerraba los ojos y movía los labios igual que un rabino al compás de las notas que tocaba en el teclado, tal como hacía el tío Benny mientras la tía Ruth, detrás de él, con las manos apoyadas en sus hombros, hinchaba el pecho y cantaba.
Atraía también su interés el preciado Mercedes azul metalizado de los Mendoza, del número 7, que rodaba sin control pendiente abajo porque Pete Mendoza, en su alegría por haber llegado a casa antes del ataque, lo había dejado en punto muerto y no había echado el freno de mano, y el coche había ido tomando conciencia de ello gradualmente. Estoy libre, se dijo el Mercedes. Han dejado la puerta de la celda abierta. Sólo tengo que echarme a andar. Así que empezó a andar, primero con parsimonia, como Mickie, y quizá también como Mickie esperando la colisión fortuita que cambiase el curso de su vida, pero a la vez, en su desesperación, corriendo a todo galope, y sólo Dios sabía adónde iría a parar o a qué velocidad, o qué daños a terceros podría ocasionar antes de detenerse, o si por algún prodigio de la ingeniería alemana la escena del cochecito de bebé de una película rusa cuyo título Pendel había olvidado estaba preprogramada en uno de sus componentes integrados.
Estos insignificantes detalles entrañaban una enorme importancia para Pendel. Al igual que la señora Costello, podía centrar en ellos su mente mientras los cañones seguían disparando desde cerro Ancón y los helicópteros iban y venían como si todo ello formase parte de una tediosa rutina, de la realidad cotidiana, si es que aquello era la realidad cotidiana: un pobre sastre prendiendo fuego a cualquier cosa por complacer a sus amigos y sus mayores, y contemplando después el mundo convertido en humo. Y todo lo que uno creía que le importaba, acababa siendo intrascendente.
No, su señoría, yo no empecé esta guerra.

Sí, su señoría, ahí le doy la razón: es posible que yo compusiese el himno. Pero permítame que señale, con el debido respeto, que quien compone el himno no es necesariamente quien empieza la guerra.
—Harry, no entiendo por qué te quedas ahí fuera si tu familia está rogando tu presencia. No, Harry, no dentro de un momento. Ahora. Queremos que entres, por favor, y nos protejas.
Ay, Lou, ay, Dios mío, ojalá pudiese ir con vosotros. Pero tengo que dejar atrás la mentira, aun cuando, con la mano en el corazón lo digo, no sepa cuál es la verdad. Tengo que quedarme e irme al mismo tiempo, pero en este preciso instante no puedo
quedarme.
No se había dado aviso previo, pero Panamá estaba siempre bajo aviso. Pórtate bien o si no… Recuerda que no eres un país sino un canal. Además, se exageraba la necesidad de tales avisos. ¿Acaso un cochecito Mercedes azul sin niño dentro avisa antes de despeñarse por un par de tramos de sinuosa carretera y caer sobre un grupo de fugitivos? Claro que no. ¿Avisa un estadio de fútbol antes de desmoronarse, matando a centenares de personas?
¿Avisa un asesino a su víctima con antelación de que la policía lo visitará y le preguntará si es un espía inglés, y si le gustaría pasar una semana o dos con unos cuantos psicópatas en una selecta cárcel panameña? En cuanto a un aviso específico por razones humanitarias —«Vamos a bombardear. Estamos a punto de traicionarlos»—, ¿para qué alarmar a la gente? Un aviso no ayudaría a los pobres, ya que en cualquier caso no podrían hacer nada al respecto, salvo lo que hizo Mickie. Y los ricos no necesitaban aviso previo, porque a esas alturas era ya un principio establecido en las invasiones de Panamá que los ricos no corrían el menor riesgo, que era lo que Mickie siempre decía, tanto borracho como sereno.
Así que no hubo aviso, y los helicópteros llegaban del mar como de costumbre, pero en esta ocasión sin hallar resistencia porque no había ejército, así que El Chorrillo había tomado la sabia decisión de rendirse antes de que apareciesen los aviones, lo cual era indicio de que por fin iban por el buen camino, y que Mickie al actuar con igual previsión tampoco se había equivocado, aun si el resultado había creado algún que otro inconveniente. Un bloque de pisos parecido al de Marta se desplomó voluntariamente, recordándole a Mickie tendido del revés. Una improvisada escuela primaria se prendió fuego a sí misma. Un santuario de la geriatría abrió un boquete en su propia pared del mismo tamaño que el orificio en la cabeza de Mickie. Después echó a la calle a los internos para que pudiesen ayudar con el problema del fuego, tal como hacía la gente en Guararé, es decir, básicamente pasándolo por alto. Y otra mucha gente, en una demostración de sensatez, había empezado a correr antes de que hubiese nada de qué huir —una especie de ensayo de incendio— y a gritar antes de ser heridos. Y todo esto había ocurrido, advirtió Pendel pese a los gritos de Louisa, antes de que el primer indicio de conflicto llegase a su balcón de Bethania o los primeros temblores sacudiesen el armario de la limpieza situado bajo la escalera, donde Louisa se había refugiado con los niños.
—¡Papá! —Esta vez era Mark—. ¡Papá, entra! ¡Por favor!—Papá. Papá. Papá. —Ahora Hannah—. ¡Te quiero!
No, Hannah. No, Mark. De cariño hablaremos en otro momento, si no os importa, y desgraciadamente no puedo entrar. Cuando un hombre prende

Librodot

fuego al mundo y mata de paso a su mejor amigo, y envía a su no amante a Miami para ahorrarle futuras atenciones de la policía, aunque sabe, por la manera en que ha desviado su mirada, que no se irá, es mejor que abandone cualquier idea de ofrecer protección.
—Harry, lo tienen todo ensayado. Todo es milimétrico. Usan alta tecnología. Las nuevas armas pueden seleccionar una ventana a una distancia de muchos kilómetros. Ya no atacan objetivos civiles. Ten un poco de consideración y entra.
Pero Pendel no podía entrar aunque por muchas razones lo deseaba, porque una vez más no le respondían las piernas. Siempre que prendía fuego al mundo o mataba a un amigo, se dio cuenta de pronto, le fallaban las piernas. Y grandes llamas empezaban a aparecer en El Chorrillo, y de lo alto de las llamas se elevaba una columna de humo negro, aunque, como los gatos, el humo no era tampoco totalmente negro; era rojo en la parte inferior por efecto del fuego, y plateado en lo alto por efecto de las bengalas. Este incipiente incendio atrapó la mirada de Pendel, y no podía mover los ojos ni las piernas en ninguna otra dirección. No le quedaba más remedio que contemplarlo y pensar en Mickie.
—¡Harry, quiero saber adónde vas, por favor!
Yo también. No obstante la pregunta de Louisa lo desconcertó hasta que se dio cuenta de que estaba caminando, no hacia Louisa o los niños sino alejándose de ellos, alejándose de su aflicción, de que avanzaba pendiente abajo a grandes zancadas por una superficie dura, siguiendo los pasos del Mercedes de Pete, aunque en el fondo de su mente deseaba darse media vuelta, correr cuesta arriba y estrechar entre sus brazos a su esposa e hijos.
—Harry, te quiero. Aunque hayas obrado mal, yo he obrado mucho peor. Harry, no me importa qué eres, ni quién eres, ni qué has hecho o a quién. Harry, quédate.
Caminaba con paso largo. La empinada pendiente le golpeaba los tacones de los zapatos, sacudiéndolo de arriba abajo, y ocurre que cuando uno desciende por una pendiente y pierde altura, regresar resulta cada vez más difícil. El descenso era tan seductor… Y tenía toda la carretera para él solo, porque generalmente durante una invasión quienes no salen a saquear se quedan en sus casas e intentan telefonear a sus amigos, que era precisamente lo que veía hacer a todo el mundo en las ventanas iluminadas. Y a veces consiguen línea, porque sus amigos, como ellos, viven en zonas donde los servicios no se interrumpen en tiempo de guerra. Pero Marta no podía telefonear a nadie. Marta vivía entre gente que, aunque sólo espiritualmente, procedía del otro lado del puente, y para ellos la guerra era una obstrucción grave y a veces fatal en la marcha de sus vidas cotidianas.
Siguió andando, y deseando volver pero sin hacerlo. Estaba trastornado y necesitaba encontrar algún medio de convertir el cansancio en sueño, y quizá para eso servía la muerte. Le habría gustado hacer algo que perdurase, como tener de nuevo la cabeza de Marta contra su cuello y uno de sus pechos en la mano, pero por desgracia se sentía indigno de cualquier compañía y prefería continuar solo, partiendo de la idea de que causaba menos estragos cuando estaba aislado del mundo, que era lo que el juez le había dicho y tenía razón, y también Mickie se lo había dicho, y tenía más razón aún.
Definitivamente ya no le importaban sus trajes, ni los suyos ni los de nadie. La línea, la forma, la vista asentada, la silueta no le despertaban ya el menor

Librodot

interés. La gente debía ponerse lo que más le gustase, y la mejor gente no tenía elección, advirtió. Muchos de ellos se conformaban con un par de vaqueros y una camisa blanca, o un vestido de flores que lavaban y se ponían toda la vida. Muchos de ellos no tenían la menor idea de qué era «la vista asentada». Como aquellos que pasaban corriendo junto a él, por ejemplo, con los pies sangrando y la boca abierta, apartándolo de su camino y gritando «¡Fuego!», gritando como sus hijos. Gritando «¡Mickie!» y «¡Pendel, hijo de puta!». Buscó entre ellos a Marta, pero no la vio, y probablemente había decidido que Pendel era demasiado deshonesto para ella, demasiado odioso. Buscó el Mercedes azul metalizado por si había decidido cambiarde bando y unirse a la muchedumbre aterrorizada, pero no vio ni rastro de él. Vio una boca de incendios que había sido amputada por la cintura. Derramaba chorros de sangre negra en la calle. Vio a Mickie un par de veces pero ni siquiera le dirigió un gesto.

Siguió andando y se dio cuenta de que se había adentrado bastante en el valle, y debía de ser el valle que se adentraba en la ciudad. Pero cuando uno camina solo por una carretera que recorre diariamente en coche, resulta difícil reconocer los lugares, en especial si están iluminados por bengalas y te zarandea la gente que huye en todas direcciones. Pero su destino no era problema para él. Se dirigía hacia Mickie, hacia Marta. Se dirigía al centro de la bola anaranjada de fuego que no dejaba de mirarlo mientras andaba, ordenándole que siguiese, hablándole con las voces de todos sus nuevos vecinos panameños que aún estaba a tiempo de conocer. Y sin duda en el lugar adonde se encaminaba nadie le pediría nunca más que mejorase la apariencia de su vida, y nadie confundiría sus sueños con la terrible realidad en que vivían.

FIN